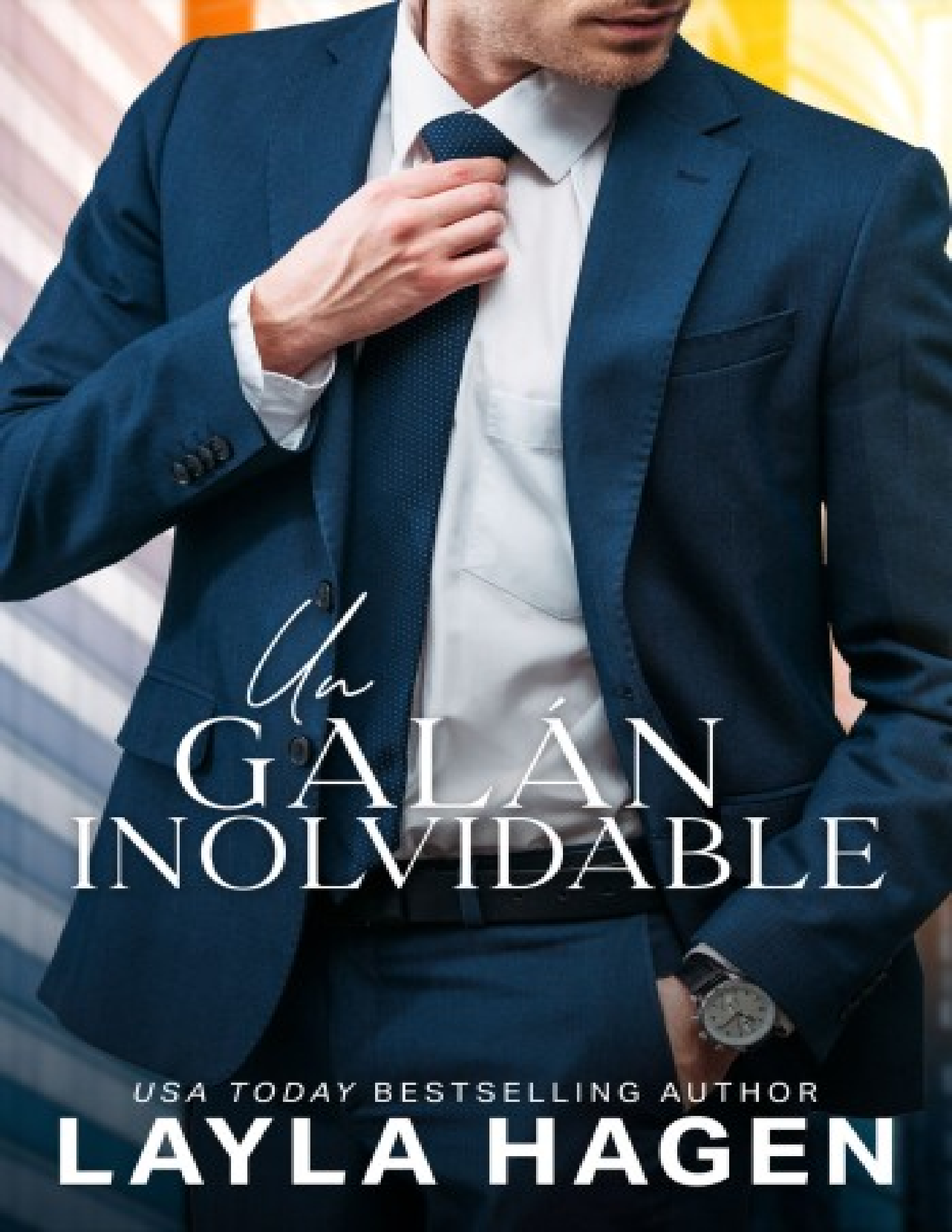

Un
GALÁN
INOLVIDABLE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAYLA HAGEN

Créditos

Un Galán Inolvidable
Los Hermanos LeBlanc Libro 2
Layla Hagen

Un Galán Inolvidable
Copyright ©2026 Layla Hagen
Portada: Uplifting Designs
Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

Derechos de Autor

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y Uno

Capítulo Treinta y Dos

Epílogo

Capítulo Uno

Julian

—Tío Julian, ¿aún tienes amigos en la fábrica de caramelos? —me preguntó mi adorable sobrina Bella.

Parte de la familia estaba reunida en la mansión de nuestros padres y abuelos en Garden District. Terminadas las vacaciones de Navidad, ya estábamos con los preparativos para el famosísimo carnaval de Nueva Orleans, que culminaba con el *Mardi Gras*.

—Claro —le aseguré a Bella.

Mi sobrina frunció el ceño. Aunque tenía ocho años, me costaba asumir que ya no era una niña pequeña, sino que incluso estaba más cerca de ser adolescente. Solo de pensarlo, se me hizo un nudo en la garganta.

—Echo de menos sus caramelos.

Chad, el padre de Bella, que estaba sentado a dos sillas de distancia, dijo:

—Comes demasiados dulces, peque.

—Pero en carnaval me dejas comer todas las chuches que quiera.

Dispuesto a asegurarle todas las golosinas que deseara, me acerqué a ella y le susurré con complicidad:

—Tranquila, no te faltará ni un dulce, Bella. —Y me dedicó una amplia sonrisa.

Adoraba a mi sobrina como si fuera mi hija. Durante muchos años, mi hermano Chad se encargó solo de la crianza; su exmujer apenas se había involucrado en la vida de Bella, lo que nos permitió al resto de la familia pasar mucho tiempo con ella.

—¿Va todo según lo previsto con nuestra carroza? —preguntó mi madre, que estaba sentada junto a mi padre.

La abuela Isabeau y el abuelo David estaban al otro lado de la mesa, junto con la abuela Celine y el abuelo Felix. Vivían todos juntos y, aunque podía ser un poco caótico, se las apañaban para que la convivencia fuera amena.

Nuestros cuatro abuelos estaban muy unidos, a pesar de que varias décadas atrás habían sido rivales comerciales. Competían entre sí y, al principio, se opusieron rotundamente al noviazgo de nuestros padres, pero al final todo salió bien y, gracias a ello, *The Orleans Conglomerate* se convirtió en un imperio.

—Hubo un pequeño contratiempo, pero mi equipo se encargó de solucionarlo —respondí.

—¿Qué pasó? —preguntó Isabeau, enderezándose en su silla.

—¿Tiene que ver con las inundaciones del mes pasado? —preguntó mi madre—. He oído que afectaron a varios almacenes.

—Ese es precisamente el problema, pero no os preocupéis, lo tengo bajo control. Tendremos todo solucionado para el desfile.

El desfile era una gran tradición y nuestras familias llevaban generaciones participando en el evento. La temporada de carnaval era mi época favorita del año: comenzaba el seis de enero con la Epifanía, y duraba hasta el *Mardi Gras*, es decir, el Martes de Carnaval. Al día siguiente, el Miércoles de Ceniza, se da inicio al periodo de ayuno de cuarenta días conocido como Cuaresma, que culmina en Jueves Santo. En resumidas cuentas, era una gran fiesta que duraba semanas o meses, dependiendo de cuándo cayera la Pascua cada año. Durante ese tiempo había numerosos desfiles, algunos más concurridos que otros. Nuestra gigantesca carroza era motorizada.

—Menos mal —dijo Celine, llevándose una mano teatralmente en el pecho—. No podría asomar la cabeza por la ciudad si la carroza que patrocinamos no estuviese perfecta.

—Tranquila, si no estuviese seguro de que así es, no asomaría la mía por esta casa —respondí con un guiño. Me levanté, decidido a dar la reunión por terminada—. Me ha encantado ponerme al día con vosotros, pero esta noche me toca trabajar en el bar.

La reunión fue más tranquila de lo habitual, lo cual era lógico porque solo estábamos Chad, Bella y yo de visita. Pero cuando mis cinco hermanos y yo, más la prometida de Chad, nos reuníamos con nuestros padres y abuelos, el bullicio era tal que apenas podíamos oírnos unos a otros. Aún así, me gustaba el caos y pasar tiempo con la familia.

—Gracias por encargarte de todo lo del carnaval —añadió Isabeau.

—Es un placer. Ya tienes mucho de qué ocuparte, abuela. Déjalo en mis manos.

Hizo una mueca de disgusto al oír la palabra "abuela".

Como mis padres nos tuvieron muy jóvenes, mis abuelos quisieron que los llamáramos por sus nombres. No dieron el brazo a torcer hasta que llegó Bella y los llamó "yayo", "yaya" o alguna variante. Todavía les daba coraje que sus nietos los llamaran abuelos, pero a mí me gustaba molestarlos un poco.

Tras despedirme, me subí al coche. El trayecto desde Garden District hasta el Barrio Francés no duró mucho, y tuve suerte de encontrar un buen sitio para aparcar detrás del bar, porque la ciudad estaba abarrotada.

En cuanto me bajé del coche, supe que la noche sería movida por el ruido que provenía del bar. A pesar de que las ventanas y puertas estaban cerradas, el bullicio se filtraba al exterior. Era normal que el Barrio Francés estuviera lleno de gente los sábados por la noche, pero conforme se acercaban los desfiles de carnaval, la cosa no haría más que aumentar.

The Orleans Conglomerate era una gran empresa formada por múltiples ramas: restaurantes, bares, panaderías, locales de música y otros negocios. Las familias Broussard y LeBlanc estábamos presentes en muchos sectores. Yo me encargaba de los bares, y cada uno de mis hermanos estaba al mando de una parte diferente del grupo. Aun así, nos las arreglábamos para participar en otras actividades. En mi caso, me ocupaba de todo lo relativo al carnaval.

Isabeau estaba muy agradecida de que me hiciera cargo del patrocinio de la carroza; antes de jubilarse, ella y Celine habían estado al mando. Pero a mí no me suponía ninguna molestia. Era un experto en delegar, razón por la que había podido aumentar los beneficios y abrir cinco bares más. Tenía un instinto muy agudo y siempre contrataba a gente en la que podía confiar, lo cual era clave. Me gustaba dejar a mis empleados a su aire y rara vez necesitaba hacerles seguimiento. Pero el tema de la carroza me había causado más molestias de las que pensaba.

La propietaria de la empresa que anteriormente se encargaba de las decoraciones me había enviado una serie de correos electrónicos carentes de profesionalismo, quejándose por haber dejado de trabajar con ella. No podía creer el descaro de esa señora, y como no tenía tiempo para atender ese tipo de asuntos, le pedí a mi asistente que se ocupara. Esperaba que mi último correo dejara zanjado el asunto; esa mujer no tenía más alternativa que aceptar mi decisión y pasar página. No habíamos incumplido el contrato ni nada por el estilo.

—Julian, ¡gracias a Dios que estás aquí! —exclamó uno de los camareros cuando entré.

Lucky Spot era mi bar favorito. Contaba con una pequeña oficina y pasaba más tiempo allí que en la sede empresarial en Royal Street.

Me encantaba ir al local, y era común que pasara tras terminar la jornada laboral, además de los fines de semana. Estaba ubicado en Dumaine Street, en pleno centro. Disfrutaba del cambio de ambiente e impregnarme de la energía del bar.

—¿Qué pasa?

—Algunos proveedores nos han dejado tirados.

No me extrañaba, y menos en esa época del año. Muchos vendedores se comprometían con pedidos que no podían cumplir.

—Envía a alguno de los chicos a comprar ahora mismo. —Cualquier solución era mejor que ninguna—. ¿Sabes qué hace falta?

—Sí, tengo una lista.

—Perfecto. Lo dejo en tus manos.

Miré a mi alrededor, observando a los clientes que abarrotaban el bar: todos tenían una copa en la mano y charlaban o bailaban. Nunca me cansaba de la energía vibrante de esa zona de Nueva Orleans. Había viajado por todo el mundo, pero nada se comparaba con los fines de semana en el Barrio Francés.

Miré al personal y me fijé en Alexa, una de nuestras camareras más jóvenes, que parecía tener las mejillas sonrojadas. Al verla mejor reparé en que tenía los ojos rojos. ¿Tendría alergia?

—Alexa, ¿te encuentras bien? —le pregunté cuando me acerqué a ella.

Ella me miró y respondió:

—Bueno... creo que he cogido un resfriado. Pensaba que estaba mejor, pero desde que empecé el turno, no paro de moquear.

—Vete a casa.

Ella echó la cabeza hacia atrás y respondió:

—Pero si acabo de llegar.

—Así no vas a recuperarte. Vete a casa.

Las comisuras de su boca se torcieron hacia abajo y, negando con la cabeza, dijo:

—Pero yo...

—No te preocupes, te pagaré la jornada. Y recibirás la propina también —le aseguré. Me gustaba cuidar de mis empleados.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—¿Acaso el departamento de recursos humanos no te ha explicado cómo trabajamos aquí?

—Algo me comentaron —dijo encogiéndose de hombros—, pero según mi experiencia, parecía demasiado bueno para ser verdad.

—En *The Orleans Conglomerate* cumplimos con nuestra palabra. Vete a casa. Además, yo puedo echar una mano.

—Gracias, Julian. Eres el mejor jefe del mundo.

—Gracias. Ahora vete, antes de que contagies al resto y nos hagamos mala fama. —La fama me tenía sin cuidado, pero Alexa tenía que irse a casa lo antes posible.

Mientras me dirigía detrás de la barra, saqué mi teléfono con la intención de enviar un correo electrónico a nuestros proveedores de bebidas para cambiar el horario de entrega; quería que a partir de ahora fuera a primera hora de la tarde.

No me lo puedo creer. Tenía otro correo electrónico de nuestra antigua decoradora de la carroza. Esa mujer no paraba.

Asunto: Reunión presencial.

Resoplé. No tenía tiempo para atender reclamos de una proveedora descontenta. Era el tercer correo que me enviaba, y mi opinión sobre ella no hacía más que empeorar. ¿Qué forma de trabajar era esa? Al principio, estuve tentado de decirle a mi asistente que la volviera a contratar para el año siguiente, pero rápidamente cambié de opinión. No me gustaba su falta de profesionalidad.

Pero me estaba matando la curiosidad y, en lugar de borrar el correo electrónico, lo abrí.

Señor Leblanc:

Ha sido muy poco profesional por su parte rescindir nuestro contrato sin siquiera tomarse la molestia de reunirse conmigo en persona, de comerciante a comerciante. Se ha valido de su asistente y sus abogados para evitar tratar conmigo, algo que no está a la altura del prestigio de *LeBlanc & Broussard*. Esta es la dirección de la tienda, por si puede pasarse.

Georgie

Me quedé mirando el correo electrónico. ¿Hablaba en serio? ¿Quién se creía que era? ¿Pensaba que yo estaba al mando de una pequeña tienda familiar y tenía tiempo para visitarla cuando me viniera en gana? Si me reuniera personalmente con todas las personas a las que le surgiera un problema, nunca tendría tiempo de hacer mi trabajo.

Borré el mensaje. Al final se daría por vencida. Después, le envié el correo a nuestro proveedor de bebidas.

Georgie. ¿Era el diminutivo de Georgina? Me imaginé a una anciana escondida detrás de su ordenador, hecha una furia y redactando los correos. No era culpa mía que su almacén se hubiera inundado. Tampoco era culpa suya, claro está. La única culpa que tenía era haber redactado un mal contrato que me permitía rescindirlo en caso de catástrofe natural.

Da igual.

Probablemente tenían un seguro que cubriría todos los daños. O al menos deberían haberlo tenido. No era mi responsabilidad que una empresa no supiera gestionarse o no se adelantara a los imprevistos. "Cada cual a lo suyo" era mi lema, y lo único que quería era proteger los intereses y el legado de mi familia.

¿Qué coño me pasa? ¿Estoy empezando a sentirme culpable?

—Sabíamos que te encontraríamos aquí.

Una voz familiar me sacó de mis pensamientos. Mis hermanos menores, Anthony y Beckett, habían llegado. Era habitual que se pasaran por el bar los sábados por la noche.

—¿Soy yo o este lugar está aún más petado de lo normal? —preguntó Beckett—. La temporada de carnaval ni siquiera ha comenzado.

—¿Os pongo un *sazerac*[1] a cada uno? —ofrecí. Era otra tradición en Nueva Orleans.

—Por supuesto, hermano —respondió Anthony.

Sabía que no debía tener favoritismos, pero como hermano mayor, tenía debilidad por ellos dos que eran los más pequeños. En la actualidad, la gran diferencia de edad que nos separaba no tenía ninguna relevancia, pero de niños los protegí a capa y espada. A medida que fueron creciendo y empezaron a hacer travesuras gordas, les enseñé todos los trucos que sabía, para gran disgusto de nuestro hermano Xander. Siempre lo fastidiaba con que era adoptado, por ser muy diferente al resto: exigente, precavido... un cascarrabias en toda regla.

—¿Zachary también viene? —le pregunté a Beckett.

—No, tiene una cita esta noche. Hablando de eso, acabo de fichar a *mi próxima* cita entre la multitud.

—¡Beckett, en mi bar no!

—¡Tío! El trato es que no podemos liarnos con las empleadas, no dijiste nada de las clientas.

—Tienes razón —silbé, colocando los cócteles frente a mis hermanos—. Aquí tenéis vuestros *sazerac*.

Mientras bebían sus cócteles, recordé la petición de chuches de Bella y rápidamente envié otro correo electrónico. Estaba decidido a no defraudar nunca a mi sobrina. Era una niña muy sensata para tener ocho años, y rara vez pedía cosas extravagantes. Considerando que provenía de una de las familias más adineradas y poderosas de la ciudad, no era un detalle menor.

1. Nota de la Traductora: El *sazerac* es un cóctel clásico de Nueva Orleans, proclamado bebida oficial de la ciudad. Se elabora con coñac o whisky de centeno, absenta, azúcar y amargos de *Peychaud.*

Capítulo Dos

Georgie

—Bueno, ya he terminado con esta máscara —dijo Zelda, mi asistente y amiga.

Me levanté de mi asiento, para mover los hombros y estirar un poco las caderas. Me había quedado rígida de estar sentada tanto tiempo.

—Te ha quedado perfecta —comenté, admirando su trabajo.

Zelda bostezó. Miré a las otras dos chicas, y me di cuenta de que ellas también estaban exhaustas. Habían estado trabajando horas extras desde la maldita inundación.

Books & Beads vendía, como su nombre indicaba, libros, abalorios y todo lo relacionado con el mundo del carnaval.

—Chicas, por favor, iros a casa. Yo me quedaré a cerrar.

Zelda me miró:

—¿Estás segura? Tú también estás cansada, y has llegado antes que todas.

Cierto. Pero el trabajo parecía interminable y nadie lo haría por mí. Estaban agotadas y no podía exigirles más de la cuenta.

—Por supuesto. —Estiré los brazos por encima de la cabeza y esbocé una sonrisa—. Muchas gracias por el currazo. Os prometo que todo saldrá bien y que nos recuperaremos.

Zelda me dedicó una sonrisa incómoda, mientras que las otras se movían nerviosas en sus sitios.

Suspiré. Nadie se lo creía de verdad. Ni siquiera yo estaba segura.

—Hasta el lunes —saludó Zelda. Un momento después, entornó la mirada y preguntó—: ¿No me digas que mañana vendrás a trabajar?

Apreté los labios y le dediqué una sonrisa culpable:

—Por supuesto. La tienda estará abierta.

—Pero también estarás con las máscaras, ¿no?

—Sí.

—En tal caso, yo también vendré y...

—Ni hablar —la interrumpí—. Venga ya, marchaos todas. Os merecéis el domingo libre. Todo se calmará después del *Mardi Gras*.

Esa era una versión optimista. Pero la realidad era que si no conseguía clientes de forma urgente, después del martes de carnaval tendría que cerrar la tienda.

Acompañé a las chicas a la puerta y, sin motivo alguno, empecé a sonreír. Me encantaba mi negocio.

Teníamos un pequeño taller en la parte trasera, y una nave más espaciosa cerca del almacén. Pero en ese momento, estábamos trabajando en nuestras exclusivas máscaras hechas a mano en la tienda, que causaron furor el año anterior.

Las otras empleadas se fueron marchando, pero Zelda se quedó indecisa en la puerta:

—Georgie... Mañana voy a venir.

—Por favor, no vengas. Eres joven, y es sábado noche. Pásatelo bien pero *tampoco* te desmadres. Ten cuidado.

—¿Que soy joven? —dijo entre risas—: Te recuerdo que tengo la misma edad que tú.

A menudo olvidaba que tenía veintiocho años. Llevaba trabajando en la tienda desde los trece, y en muchos sentidos, me sentía como una adulta madura, especialmente en ese momento. La inundación, sin duda, me había envejecido diez años.

—Como te decía, no hace falta que vengas mañana. Estaré en la parte trasera trabajando en las máscaras, así puedo atender también a los clientes que entren.

—Si se llena, avísame y vendré a echar una mano, ¿vale?

—Gracias, Zelda.

Le di un rápido achuchón. Era una gran amiga.

Después de que se marchara, cerré la puerta con llave, giré el cartel a "Cerrado" y suspiré. Me había pasado el día atendiendo clientes y pintando máscaras, por lo que las chicas habían avanzado mucho más que yo. La verdad era que al día siguiente estaría desbordada porque se avecinaba la temporada de carnaval. Pero el personal necesitaba descansar.

Tenía la intención de contratar trabajadores a tiempo parcial como todos los años, pero la inundación supuso un fuerte golpe y no tenía los recursos económicos necesarios ni siquiera para considerar la posibilidad de contratar ayuda adicional.

Adoraba *Books & Beads* con toda mi *alma*. Estábamos ubicadas en Burgundy Street, donde el alquiler era asumible y circulaban un montón de peatones. Llevaba en mi familia dos generaciones. Venía de una larga estirpe de fuertes mujeres sureñas. Mi abuela, que era madre soltera, había abierto la tienda por su cuenta. Luego mi madre, que también me crió sola, se hizo cargo del negocio, y yo prácticamente pasé mi infancia dentro de la tienda. A partir de los trece años, tan pronto como terminaba mis tareas del instituto, ayudaba a mi madre en el trabajo hasta la hora de cierre. Al cumplir los dieciséis, me contrató formalmente, con nómina y todo. En ese momento, me pareció un dineral.

Estudié empresariales en el Loyola College, con la intención de poder dirigir nuestro negocio con éxito. Lo estaba haciendo muy bien hasta que ocurrió lo de la inundación. El seguro cubrió gran parte de los daños, y las reparaciones avanzaban rápidamente, pero el principal problema era que los contratos que teníamos con los clientes eran muy antiguos, de la época de mi abuela.

Ella había sido demasiado indulgente, y en caso de catástrofe natural, permitía a los clientes rescindir el contrato. Aunque pudiéramos cumplir con el encargo, ellos tenían la potestad de cancelarlo sin penalización.

Mi equipo y yo habíamos trabajado a destajo desde aquella fatídica noche ocurrida dos semanas atrás; aún así, nuestros mejores clientes de toda la vida seguían abandonándonos. El que más me dolía era el contrato con la familia LeBlanc, porque justo en ese momento estábamos confeccionando todos sus trajes y decoraciones para la carroza. Invertí el dinero del seguro para reparar todo lo que se había echado a perder por la inundación, dato que le comenté a Julian LeBlanc en numerosas ocasiones, pero parecía que no le importaba lo más mínimo. Y para rematar, no sabía qué hacer con el enorme excedente de mercadería que me quedó de su carroza.

Apreté los dientes al pensar en ese cobarde que ni siquiera tuvo la decencia de decírmelo a la cara. Estaba convencida de que, si nos pudieramos reunir en persona, no le cabría ninguna duda de que era capaz de cumplir con su encargo y se habría replanteado la decisión. Pero el muy gallina no quiso, y delegó el asunto en manos de sus abogados.

Aún así, estaba decidida a mantener una actitud positiva. Las cosas se resolverían de una manera u otra.

Miré a mi alrededor con una sonrisa: la tienda era acogedora, pintoresca y auténtica. No había cambiado mucho desde que mi abuela la abrió, y eso era lo que nos hacía tan populares.

Las estanterías de madera eran más antiguas que yo. Unos años antes, habíamos cambiado los muebles donde exponíamos las cuentas, mostacillas y otros abalorios, principalmente para enseñar mejor los artículos. Éramos únicas, incluso en el Barrio Francés. La gente confiaba en nosotras y teníamos una gran reputación: una empresa familiar con clientes de renombre. Al menos así solía ser.

Desde que Julian LeBlanc canceló el contrato, otros clientes importantes siguieron su ejemplo.

Suspirando, fui a una de las estanterías, cogí mi libro favorito y me senté en el sillón de la abuela. El cuero estaba gastado, pero en buen estado. Olía a jazmín, su fragancia favorita, que tanto me reconfortaba.

Ella, que también había sido matrona, solía decir que olía a bebé. Yo no es que hubiera tenido mucho contacto con recién nacidos como para confirmarlo, pero en mi memoria, ella olía de maravilla.

En cuanto empecé a leer, todo mi cuerpo se relajó. Sin duda, ese era mi plan favorito para un sábado a la noche: un buen libro y una copa de vino. Me levanté, abrí el armario bajo la encimera y cogí una pequeña botella de tinto, donde también guardaba *snacks*. Después de descorcharla, me serví una copa.

Volví al sillón y di un sorbo. *Mmm, está perfecto.* Mi madre bromeaba con que pese a tener tan solo veintiocho años, parecía una señora de cuarenta y ocho, pero a mí no me importaba. En días como esos, la echaba mucho de menos. Se había mudado a la zona de Baton Rouge después de jubilarse y, aunque la necesitaba, no

quería estresarla con lo que estaba pasando en la tienda. En ocasiones, me había preguntado cómo había afectado la inundación al negocio, pero le aseguré que todo iba bien.

Terminé la copa tras solo diez páginas, pero decidí parar para no beber de más, ya que apenas había comido. No quería ni siquiera un mareo leve. Adoraba el Barrio Francés, pero los sábados por la noche toda precaución era poca, sobre todo porque tenía que cruzar casi todo el casco antiguo para llegar a Saint Louis y coger el autobús. Vivía de alquiler en Gentilly, en la casa más pequeña del mundo. El trayecto en autobús duraba treinta minutos, pero aprovechaba ese tiempo para relajarme.

Mejor me voy a casa antes de que el vino se me suba a la cabeza.

Me levanté del sillón, lavé y guardé mi copa. Antes de salir, cogí mi bolso, comprobé la puerta trasera, y di las gracias por ese acto reflejo, porque no estaba cerrada con llave. Salí por la puerta principal, ya que el callejón trasero estaba demasiado oscuro para mi gusto.

Al salir de *Books & Beads*, respiré hondo. El aire de enero era frío y fresco, y la música de jazz y un bullicio de voces resonaban en las calles. *¡Qué noche más bonita!* Me encantaba dar un paseo por el barrio para empaparme de su ambiente.

¿Y si hago una parada antes de volver a casa? El vino me estaba dando ideas peligrosas... y animando un poco.

De modo que, en lugar de ir a la estación de autobuses, mis pies me llevaron en otra dirección. Sabía que Julian LeBlanc tenía varios bares en el casco antiguo, y lo había estado investigando un poco. Quería plantarme frente a él y decirle lo que pensaba, pero al final me acobardé. Al parecer, solía frecuentar su bar de Dumaine Street. Podría pasarme por allí para ver si estaba; quizás así encontraría el momento para hablar con él.

Al verme rodeada por el bullicio de la gente, me detuve en seco, y me percaté de que ni siquiera me había molestado en comprobar mi aspecto. Llevaba unos vaqueros, un jersey ligero, y mi cabello rubio recogido en un moño despeinado; probablemente estaría hecha un desastre. Ni siquiera había tenido tiempo ese día para

aplicarme el delineador negro que tanto me gustaba para resaltar mis ojos azules.

¿Qué más da? No pretendía impresionar al mismísimo Julian LeBlanc, sino entender por qué había revocado nuestro contrato a la primera aún habiéndole prometido la entrega de los abalorios para su carroza a tiempo. Pero no hubo forma de convencerlo, ni a él ni a sus abogados.

Atravesé con cuidado el Barrio Francés, evitando Bourbon Street, no solo porque los sábados por la noche era una locura, sino porque mi exnovio, Kyle Deveraux, regentaba un gran club allí. Esperaba no volver a verlo nunca más.

Por más que lo intentaba, no conseguía recordar por qué me había fijado en él en primer lugar. Era diferente a los chicos con los que solía salir. Kyle procedía de una familia tradicional y prestigiosa de Nueva Orleans y, mientras estuve con él, no perdía oportunidad de recordármelo. Después de romper, me prometí a mí misma que sería la última vez que saldría con un hombre poderoso.

Sacudí la cabeza, decidida a sacar a Kyle de mis pensamientos. Reconocía las cosas buenas que tenía en mi vida y me sentía afortunada; no iba a castigarme por las piedras con las que me había tropezado en el camino.

Para olvidarme de todo aquello, me entretuve mirando a mi alrededor. Me fascinaba el casco antiguo y soñaba con mudarme allí, aunque por el momento estaba fuera de mi alcance económico. Me gustaba la arquitectura antigua ya que, para mí, captaba perfectamente la esencia cultural de la ciudad. Prefería sin duda los edificios de época antes que los modernos, pues sentía que tenían alma y una historia detrás.

Se contaban muchas historias espeluznantes sobre las casas del Barrio Francés. A pesar de haber nacido y crecido allí, nunca había visto un fantasma ni nada remotamente parecido. Sin embargo, y fiel a mis raíces sureñas, eso no significaba que no creyera en fantasmas.

Me sorprendió ver todas las decoraciones con temática de carnaval; no recordaba que las pusieran tan pronto. Pero me parecía

muy positivo: animaría a la gente y, además, aumentaría las ventas de *Books & Beads*.

Vi a una persona pasar a mi lado con un *beignet*[1] y el aroma me cautivó. Empezaba a tener ideas aún más peligrosas. Después de hablar con Julian, podría ir al *Café Du Monde* y darme el gusto de comer un *beignet* antes de coger el autobús. Y también podría pasar por mi tienda italiana favorita y comprar un bocadillo de *muffaletta*[2]. Sería una cena excelente, ya que no tenía nada para comer en casa, y además era una pésima cocinera.

Aceleré el paso y, un minuto después, llegué a la puerta del bar en Dumaine Street.

El bar se encontraba en una preciosa casa de fachada roja y coloridas contraventanas. Estaba abarrotado y, en cuanto entré, comprendí su atractivo.

Oh, Dios mío. Había aún más gente de la que esperaba. El Barrio Francés no carecía de locales nocturnos, pero aquel tenía algo diferente. Era enorme, pero acogedor al mismo tiempo. La iluminación era perfecta, tenue, pero permitía ver a la gente. Y la música era realmente increíble. Tenían una banda de jazz en directo en una esquina que no ocupaba mucho espacio y tocaban de maravilla. Me tentó quedarme un rato a disfrutar, pero había ido hasta allí por un motivo específico: encontrar a Julian LeBlanc.

Me dirigí a la barra con la intención de convencer a uno de los camareros para que me lo presentara. Supuse que estaría en la parte de atrás, trabajando en la oficina o algo así. Pero pronto me di cuenta de que eso podría llevarme más tiempo de lo que pensaba, ya que había un sinfín de clientes haciendo cola para pedir bebidas y no quería abrirme paso a empujones.

Recorrí a todos los camareros con la mirada hasta que me detuve en un hombre particularmente atractivo, a la izquierda de la barra. Estaba bueno a rabiar: ojos azules vibrantes, cabello oscuro, un físico musculoso y los antebrazos cubiertos de tatuajes.

Vaya, vaya, vaya. Al menos tengo algo con lo que deleitarme la vista mientras espero.

Estaba charlando con dos chicos que curiosamente se parecían mucho a él.

—Julian, necesito que me prepares otro *sazerac* —pidió uno de ellos.

Me quedé sin aliento. *¿El buenorro es Julian?* No podía ser. Sabía que debería haberlo buscado en Google para hacerme una idea de a quién estaba buscando.

—Enseguida te lo preparo —respondió Julian.

—Oye, tío, me tocaba a mí. He pedido mi bebida antes que él —intervino un cliente enfadado.

Julian lo miró directamente:

—Cuando acabe esta, te preparo la tuya. Corre por cuenta de la casa, ¿qué me dices?

—Me parece bien —respondió el cliente—. Me gusta la política del bar.

Julian sonrió, y evitó la bronca del cliente.

Tras esa pequeña escena comprendí que Julian Leblanc *no* carecía de habilidades sociales, simplemente no le apeteció tratar conmigo. ¿Y por qué tenía que ser tan atractivo?

Debo dejar de fijarme en lo bueno que está. Eso no cambia nada de lo que ha pasado. No le quité los ojos de encima mientras avanzaba en la fila. Movía las manos con destreza, lo que me indicó que estaba acostumbrado a trabajar en la barra. Cuando me enteré que Julian LeBlanc pasaba tiempo en el bar, di por hecho que estaría en la oficina o limitándose a dar vueltas por el bar, pero no trabajando propiamente dicho. Eso le hizo ganar puntos en mi opinión.

No, ¿pero qué estoy diciendo? ¡No ha ganado ningún punto! ¡Cero!

Sin embargo, no quería enemistarme con él, así que tenía que encontrar una forma cordial de acercarme. Necesitaba que hablara conmigo el tiempo suficiente para poder explicarle mi situación.

Mi turno llegó unos minutos más tarde.

—¿Qué te pongo? —me preguntó.

—Nada, gracias. Pero necesito hablar con usted. Soy Georgie. —Tragué saliva—. De *Books & Beads*.

Él entrecerró los ojos:

—No me suena, pero puedo invitarte a una copa.

¿No te suena de nada?

—Le envié varios correos electrónicos por la cancelación de las decoraciones para la carroza.

Su mirada se volvió fría al instante y la sonrisa que había mostrado a otros clientes desapareció. Sabía que había sido una fachada y era demasiado bueno para ser verdad. Una pena, porque fue fascinante.

—Necesito hablar con usted sobre el contrato —insistí.

Él negó con la cabeza:

—Esta noche tengo el local lleno. No puedo perder el tiempo hablando de lo que ya pasó. El pedido ha sido cancelado. Si me disculpa, tengo que atender a los clientes que sí quieren consumir.

—No hay problema. Esperaré a que se vacíe el local y entonces hablaremos.

—El local no se va a vaciar pronto. Es sábado —dijo enfatizando cada palabra.

¿Acaso piensa que soy estúpida?

—Puedo esperar hasta que haya un momento de calma. —Estaba decidida a no dar marcha atrás.

—No tenemos nada que hablar.

Los dos chicos con los que había estado charlando se fijaron en mí.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos.

—Nada, Anthony. Yo me encargo. —Se volvió hacia mí—. Nuestros abogados ya le han explicado que tenemos el derecho de cancelar el pedido por catástrofe natural.

—Sí, ¿pero por qué lo ha hecho si le hemos dado nuestra palabra de que conseguiríamos entregar el pedido a tiempo? Se lo dijimos desde el principio. —Mi voz se quebró. ¡Qué nervios tenía!—. Llevamos generaciones preparando vuestras carrozas y somos las mejores en nuestro sector. Conocemos a la perfección sus gustos.

—Sí, pero hemos encontrado otro proveedor con bastante rapidez.

Hice una mueca de dolor. *¿Otro proveedor?* No podía ser más cruel: éramos mucho más que eso. Mi abuela mantuvo una relación cercana con sus abuelos durante todos esos años. ¡Cómo se atrevía a despacharnos así! Me estaba cabreando y tenía que controlarme.

—Mire, no es algo personal —continuó.

¿Era mi imaginación o me estaba mirando los labios? Sentía todo el cuerpo caliente, lo cual no tenía sentido. Se suponía que debía estar enfadada y determinada, pero era como si mi cerebro y mi cuerpo estuvieran desconectados.

—Eran nuestro mayor cliente. Su decisión está arruinando mi negocio.

¿Por qué he soltado eso? No necesitaba su compasión.

—Lo siento, pero los negocios son los negocios —contestó de forma tajante. Tragué saliva con dificultad, y prosiguió—: El contrato permite que...

—Oh, usted sabe tan bien como yo que ese contrato lo redactó mi abuela de su puño y letra, no un abogado. —Se me quebró la voz —. Era una buena persona y quería tener contentos a sus clientes. Nunca imaginó que alguien se aprovecharía de ello.

Julian se quedó en silencio durante un breve instante. Quizás me había excedido un poco, y en realidad, sabía perfectamente de la existencia de esa cláusula, o la falta de otra que nos protegiera.

—Su forma de comportarse es muy poco profesional —respondió finalmente.

Ese comentario me hizo estallar.

—¿En serio? ¿Eso cree? ¿Que *yo* soy poco profesional? —pregunté con evidente enfado—. Es usted quien se escuda detrás de los abogados.

—¿Pero qué está hablando? Soy el CEO de una gran empresa, y no tengo tiempo para tratar con todo el mundo. Para eso tengo abogados.

—Vaya hermano, qué duro —comentó el hombre llamado Anthony.

Tragué saliva y repliqué:

—Veo que esta noche no llegaremos a ninguna parte.

—Mi decisión es definitiva —insistió Julian, y sentí que mi mundo se derrumbaba.

Esperaba conseguir algo productivo esa noche, pero lo único que logré fue empeorarlo aún más. Podría haberlo convencido para que nos volviera a contratar, al menos para el año próximo, pero mi enfado terminó cerrando toda posibilidad, justo lo que había prometido no hacer.

—Señora, ¿quiere apartarse? Estoy esperando para pedir —dijo un chico detrás de mí.

—Sí, claro. Lo siento —respondí, y me eché a un lado.

Más me valía marcharme ya al *Café du Monde*.

1. Nota de la Traductora: Los *beignet* son unos buñuelos cuadrados de masa frita y cubierta de azúcar glas, característicos de Nueva Orleans.

2. Nota de la Traductora: Un *muffaletta* es un bocadillo de origen siciliano, muy popular en Nueva Orleans, relleno de fiambres, quesos y encurtidos.

Capítulo Tres

Julian

Si había algo que me caracterizaba era mi determinación. Nunca dudaba ni cambiaba de opinión sobre un asunto, y esa forma de ser que tanto me enorgullecía me había servido mucho en los negocios. Rara vez me sentía culpable por las decisiones que tomaba, pero parecía que siempre había una primera vez para todo. Cuando me desperté a la mañana siguiente, empecé a repasar la conversación con mi asistente sobre la carroza de carnaval.

Mientras hacía memoria, aproveché para salir al balcón de mi piso a tomarme un café. Vivía en pleno Barrio Francés, a solo dos calles del bar y la oficina. Las mañanas eran muy silenciosas y marcaban un fuerte contraste con la movida nocturna.

En la época de Navidad, mi asistente me comentó que la empresa que producía todo lo necesario para la decoración de la carroza que nuestra familia auspiciaba se había visto afectada por las inundaciones.

"Nos han asegurado que pueden cumplir con la entrega, pero tenemos una cláusula en el contrato que nos permite cancelar el pedido".

Mi respuesta fue: "No podemos correr ningún riesgo. Lo más sensato es buscar otro proveedor".

Eso fue todo. No le pedí más detalles ni le di más seguimiento. Así era mi forma de trabajar: daba instrucciones a mis empleados y confiaba en que hicieran su parte.

Cuando recibí el primer correo electrónico de Georgie el día de Navidad, me enteré que mi asistente había cambiado de proveedor. Me molestó tanto su tono acusatorio que me arruinó la celebración, y mi familia se dio cuenta. Nunca había visto a un comerciante desenvolverse con tan poca profesionalidad.

Pero sus palabras de la noche anterior me vinieron a la mente. "Sabes tan bien como yo que ese contrato lo redactó mi propia

abuela, no un abogado". ¿Sería así o solo un intento de manipulación?

Mierda. La verdad es que no sabía nada sobre su empresa. Había dado por sentado que era una gran compañía, como todo en estos tiempos. Y había supuesto que era una cláusula estándar en todos sus contratos, no un beneficio concedido por una anciana desesperada por atraer clientes al negocio.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué me pasa? Esa mujer solo intenta manipularme.

Y, sin embargo... parecía realmente angustiada. Me sentía mal porque siempre cerraba buenos tratos, pero no me aprovechaba de la gente ni pasaba por encima de nadie.

Georgie era una mujer de armas tomar. Su tono desafiante había sido, por lo menos, *excitante*. Su cabello rubio, sus ojos azules y su jersey ajustado lograron llamar mi atención. Pero me decepcionó su comportamiento poco profesional. Por lo demás, era justo el tipo de chica en la que me fijaría.

¿Pero qué digo? No importaba lo atractiva que fuera, ni que me hubiera despertado esa mañana pensando en sus labios y con una erección que no desaparecía. Eso no venía a cuento.

Traté de respirar hondo para calmarme, pero fue en vano; mi mente iba a toda velocidad tratando de recordar dónde estaba la tienda de Georgie. Por desgracia, había borrado su correo electrónico, pero como no podía dejar de pensar en ello, decidí tomar cartas en el asunto.

Volví al salón, cogí el teléfono y llamé a mi asistente. Nunca la molestaba los fines de semana a menos que fuera una emergencia. No era el caso ese día, pero así lo sentía.

—Madre mía, Julian. ¿Qué pasa? —respondió casi sin aliento.

—Tranquila, no es nada malo —le aseguré.

—Ah, vale. Me has asustado.

—¿Cómo se llama la empresa que fabrica las decoraciones de la carroza?

—*Southern Carnival*. Es uno de los mayores fabricantes del sur.

—No, me refiero a la empresa con la que trabajábamos antes.

Ella suspiró antes de preguntar:

—¿Has vuelto a recibir correos electrónicos acusatorios de esa mujer? Lo siento mucho. He intentado bloquear su correo, pero no deja de insistir. Puedo ocuparme de ella y que nuestros abogados...

—Tranquila, solo dime su nombre.

—Déjame que lo mire. —Tras unos segundos, dijo—: Tiene una tienda en el Barrio Francés, *Books & Beads*. La dirección es...

Memoricé la calle y le di las gracias.

Después de colgar, busqué el horario comercial en Google, y vi que abrían los domingos. La foto que apareció me sorprendió: parecía una pequeña y pintoresca tienda familiar.

Dios mío, ¿aquí es donde hemos estado encargando durante décadas? No podía ser.

Abría en media hora, lo que me daba tiempo justo para vestirme y tomarme otro café.

Una de las cosas que más me gustaba de vivir en el casco antiguo era que podía ir andando a todos lados, y era el centro neurálgico de mi vida. Además, la mayor parte de mi familia también tenía negocios allí. Mis abuelas tenían una perfumería en Dumaine; mi madre regentaba una galería a dos calles de distancia, y nuestro restaurante insignia, *LeBlanc & Broussard*, estaba en Royal Street. Teníamos muchos establecimientos por toda la ciudad, pero sin duda la mayoría estaban concentrados en el Barrio Francés.

Por el camino, vi algunos grupos de turistas, lo que indicaba que la temporada de carnaval ya había comenzado. En los días pico de las celebraciones, las calles estarían abarrotadas las veinticuatro horas del día.

Books & Beads estaba en Burgundy Street, que a esa hora estaba desierta, salvo por una cafetería y una pequeña pastelería justo al lado de su tienda. Al principio pensé que se encontraba cerrada porque el interior estaba oscuro, pero luego divisé a alguien moviéndose. Era Georgie. Maldita sea, era aún más guapa de lo que recordaba. Aunque la luz era muy tenue, sus curvas me atraían como un imán.

Cogí aire y entré. Lo único que tenía que hacer era no intentar ligar con ella. Coquetear era parte de mi naturaleza; me encantaban las mujeres y el juego de seducción. Por supuesto, con mis

empleadas tenía un trato totalmente profesional, pero Georgie no entraba en esa categoría.

Al entrar escuché el sonido de unas campanas colgadas sobre la puerta.

—Buenos días —dijo Georgie. Su voz era cálida y amable, completamente diferente a la de la noche anterior. Entonces se dio la vuelta, y en cuanto me reconoció, su sonrisa desapareció—. Oh, es usted. —*Ese* era el tono que esperaba escuchar—. ¿Qué hace aquí?

Me detuve en seco y miré a mi alrededor. El lugar parecía muy antiguo, pero acogedor.

—En el correo que me envió ayer, dijo que pasara por aquí para hablar del tema.

—Vaya, veo que lo ha leído *hasta* el final, pensaba que lo había borrado como todos los demás. Anoche dejó bien claro que no había nada que hablar. —Su voz contenía aún más enfado que el día anterior.

Me acerqué al mostrador y vi que estaba ordenando un montón de cuentas.

—Seré completamente transparente: no soy el tipo de jefe que está encima de sus empleados. No es mi forma de trabajar.

—¿A qué se refiere?

Sus ojos azules, no como el cielo sino como aguamarina, eran impresionantes.

—Significa que confío en mi equipo y no microgestiono sus tareas. Si un empleado me informa de un problema y me presenta una solución, mi única indicación es que lo resuelva. No le pregunto cómo lo hará porque confío en que lo hará bien. —Tras una breve pausa, añadí—: No conocía los detalles de este caso.

—Pues qué afortunado es —comentó con una sonrisa sarcástica.

—¿Por qué lo dice? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Debe de ser muy cómodo poder delegar el trabajo a otras personas.

—¿Usted lleva el negocio adelante sola? —pregunté, echando un vistazo a la tienda.

—Tengo un equipo pequeño, pero sé absolutamente todo lo que ocurre aquí.

—Mi asistente se limitó a elegir la opción que garantizaba que recibiríamos todas las decoraciones a tiempo.

—Pero esa es la cuestión —resopló—. Le dije a su asistente que ya estábamos rehaciendo su pedido. De hecho, ya habíamos terminado la mitad.

Eso sí era un problema. Significaba que ella estaba asumiendo el coste de la mercadería de su propio dinero.

—Supongo que mi asistente consideró que cambiar de proveedor era la opción más segura.

Georgie se rió, mirando hacia abajo. El día anterior llevaba el pelo recogido, pero en ese momento lo tenía suelto. Tenía una larga melena, casi hasta la cintura, y tan sedosa y abundante que sentí el impulso de buscar una excusa para acercarme y admirarla mejor.

—Llevamos más de sesenta años trabajando en esa carroza. Desde que mi abuela firmó un contrato con sus abuelos.

—No lo sabía —admití—, ni tampoco he visto nunca el contrato.

—Por supuesto que no, si para usted es una simple tarea que ni siquiera le compete ¿verdad?

—Exacto.

Tampoco me enorgullecía de ello. Me gustaba implicarme y tratar bien a la gente, pero estaba dispuesto a admitir que había metido la pata en este caso y que nunca debería haber ocurrido.

Con la cabeza gacha, dijo:

—Pero para mí es el trabajo de toda una vida. Cuando se corrió la voz de que lo habíamos perdido como cliente, otros hicieron lo mismo, y ahora...

No necesitaba terminar la frase. Tenía graves problemas económicos. El seguro habría cubierto los daños causados por la inundación, pero si ya había empezado a trabajar en la sustitución de lo perdido, seguramente sus números estaban en rojo.

—Georgie, ¿puedo tutearte? —Al ver que ella asintió, proseguí—: Tengo una propuesta para ti.

Levantó la cabeza de golpe y por fin me miró. *¡Estupendo!* Veía un atisbo de esperanza en sus ojos.

Estaba aún más guapa que antes, y quería acercarme a ella, pero no era una opción. Se trataba de un asunto estrictamente comercial, nada más.

—La próxima temporada de carnaval, volverás a estar a cargo de nuestra carroza.

Su rostro se iluminó al instante con una sonrisa.

Joder, esa sonrisa alcanzaría a iluminar todo el casco antiguo.

—Gracias a Dios, eso sería de gran ayuda.

—Tienes mi palabra. Mi asistente se pondrá en contacto contigo la semana que viene para dejarlo todo por escrito. Por desgracia, es demasiado tarde para hacerlo este año.

—Me viene muy bien saber que puedo contar con vuestra empresa para el próximo año. —Se mordió el labio inferior—. Ya me las apañaré como sea para este. De todos modos, los turistas empezarán a llegar en masa y los esperaré con los brazos abiertos —dijo y señaló alrededor de la tienda.

No podía imaginar que alguien pudiera ganarse la vida vendiendo libros, abalorios, máscaras y todo lo que tenía por allí, pero no lo dije en voz alta. No me gustaba alardear de mi posición privilegiada, aunque a veces lo hacía sin darme cuenta.

Georgie pareció hacer un discreto gesto de triunfo. Su estado de ánimo cambió de forma espectacular.

—Estoy deseando contárselo a mis empleadas. Seguro que deben pensar que en cuanto termine la temporada cerraré la tienda.

Joder, ¿tan grave era la situación?

—¿Cuántos clientes te han dejado? —le pregunté con cautela.

Su sonrisa se desvaneció de nuevo:

—Cinco de los más importantes, así que este año nos sobra mercancía. Si conoces a alguien que necesite decoraciones, recomiéndanos, por favor.

Por supuesto que lo haría, pero no conocía a nadie. De nuevo, no me implicaba lo suficiente con los demás como para saberlo.

—Pero bueno, doy las gracias por haber recuperado, al menos, a uno de los clientes —continuó—. Y quién sabe, quizá los demás también cambien de opinión y vuelvan a mí.

Si eran como yo, probablemente ni siquiera estarían enterados que habían cambiado de proveedor. Pero no quería arruinarle el ánimo.

—Gracias, Julian. Te lo agradezco de verdad. —Se mordió el labio inferior de nuevo.

Aparté la mirada y exhalé bruscamente. Tenía que alejarme de esa mujer o iba a perder mis formas. Georgie era demasiado atractiva como para no coquetear con ella.

—¿Vas a participar en los desfiles? —pregunté.

—¿Bromeas? Por supuesto.

—Tengo una tradición en el bar: el *Sazerac Day*. Cuando el primer desfile pasa por la puerta, invito a todo el mundo a una ronda de *sazeracs* gratis.

Eso solía ocurrir muy pronto en la temporada de carnaval. Ese año, las celebraciones durarían dos meses, hasta la celebración del *Mardi Gras*.

—Eso no puede ser muy bueno para el negocio —dijo ella—. Me sorprende de ti.

Sonreí:

—Aunque no lo creas, no siempre pienso en el dinero. Me gusta pasarlo bien en el trabajo. Es el próximo lunes, así que pásate por allí.

¿Qué estoy haciendo?

A tomar por saco. Nunca había sido de pensar demasiado las cosas, y no iba a empezar en ese momento. Quería volver a ver a Georgie y, sí, seguía sintiéndome fatal por haberle perjudicado el negocio.

—No puedo decir que no a un *sazerac* gratis. ¿A qué hora empieza? —preguntó.

—No hay un horario fijo, pero dame tu número y te enviaré un mensaje para avisarte.

—No tienes idea de con quién estás hablando —dijo, y se llevó una mano al pecho y abrió los ojos de forma teatral—. Me tomo los carnavales tan en serio que hasta tengo varios trajes pensados para ese día.

Su comentario me hizo reír.

—No sabía que formaras parte del desfile. Yo, en cambio, me limito a mirar el espectáculo.

—No participo del desfile, pero aún así me gusta disfrazarme. —Y tras una breve pausa, añadió—: Si buscas mi tienda en Internet, encontrarás mi número de móvil.

—¿En serio? —pregunté incrédulo.

—Sí, me gusta estar disponible para cualquier consulta, aunque no me contactan mucho. No te lo esperabas, ¿eh? —dijo riendo.

—Para nada. —Volví a mirar a mi alrededor—. ¿Entonces, tu abuela abrió este lugar?

—Sí, hace más de sesenta años. Lo hizo todo ella sola. —Su voz rebosaba orgullo—. Acababa de tener a mi madre y como no conseguía trabajo, montó su propio negocio. Al principio, empezó vendiendo libros de su propia colección, y a medida que fue ganando dinero, empezó a comprar más libros y luego abalorios. Una cosa llevó a la otra y siguió ampliando la oferta. —Ahora estaba más animada. Se notaba que le tenía un gran cariño a su abuela, y eso me gustaba. Era diferente a todas las mujeres que había conocido—. Más tarde se metió en el negocio de las carrozas. Mi madre prácticamente creció aquí, y la historia volvió a repetirse cuando ella me tuvo a mí. Las tres pasábamos mucho tiempo en la tienda.

—Y ahora tú llevas la tienda sin ellas.

La luz de sus ojos se apagó un poco:

—Mi abuela falleció hace muchos años, pero sigo sintiendo su presencia cada día que estoy aquí. —Señaló un sillón de cuero desgastado y dijo—: Ella trajo ese sillón. Me gusta sentarme allí y leer todas las tardes. Mi madre se jubiló hace tiempo y se mudó a Baton Rouge, lo cual está muy bien, ya que se ha partido el lomo trabajando desde que era adolescente. Ahora disfruta de la vida con sus gallinas y una cabra.

—Es curioso, mis abuelos se volcaron a la pesca tras la jubilación; en cambio, mis abuelas quisieron mantenerse en actividad y abrieron una perfumería.

—¿En serio? No lo sabía. ¿Dónde está?

—En Dumaine Street.

—Oh, creo que he pasado por delante varias veces. Quería entrar, pero los precios me echaron para atrás.

—Si le dices a mis abuelas que eres tú quien decora la carroza que patrocinamos, te harán un descuento. Buscan cualquier excusa para hacer descuentos a los clientes. No sé por qué no bajan directamente los precios —dije, y me eché a reír.

Georgie me sonrió y pude ver que bajaba un poco la guardia. No sabía por qué era importante para mí, pero estaba decidido a salir de la tienda en buenos términos.

¿A quién quiero engañar? Tenía que ser sincero conmigo mismo y reconocer que, además, quería caerle bien a Georgie.

—¿Qué dijeron tus abuelas cuando les dijiste que ibas a cambiar de proveedor?

—No se lo dije —admití—. Ni siquiera lo pensé.

—Ya veo.

—Entonces... ¿vendrás la semana que viene?

—¿Me estás invitando solo porque te sientes culpable? —preguntó Georgie. Había un brillo en sus ojos.

—Por supuesto.

—Muy bien, porque deberías sentirte culpable.

Eché la cabeza hacia atrás y me eché a reír a carcajadas. Me gustaba su descaro.

—Creo que nunca he conocido a un vendedor que me hable como tú.

Georgie se irguió, colocando las manos en sus caderas y echando los hombros hacia atrás, lo que hizo que su pecho se elevara. No pude evitar contemplarla un momento. Gran error... no iba a poder olvidar esa imagen en mucho tiempo.

Al levantar la vista, me di cuenta de que tenía las mejillas sonrojadas. No había sido precisamente sutil.

—Me alegro de que hayas aprendido algo nuevo —susurró.

—¿Sabes qué? Como me siento tan culpable, te invitaré dos *sazeracs*.

Ella entrecerró los ojos. Maldita sea, era completamente irresistible.

—¿Quieres emborracharme por algún motivo?

—No hay ningún motivo oculto —respondí, levantando las manos en señal de inocencia.

—Aceptaré, pero con una condición: que te tomes dos conmigo.

Eso me hizo reír de nuevo. Maldita sea, cuánto hacía que no me reía tanto un domingo por la mañana, y no era porque fuera un gruñón como mi hermano Xander. Hacía tiempo que no tenía tan buena compañía.

—Te doy mi palabra —aseguré.

—¿Vas a ir con el disfraz completo?

—Por supuesto que no.

Ella sonrió con aire burlón:

—Mmm... no es justo. Me gustaría verte con un disfraz.

La idea que rondaba mi cabeza era arriesgada. Tenía previsto organizar una fiesta muy exclusiva en el Marriott durante la temporada de carnaval, coincidiendo con el gran desfile, y me encantaría que Georgie estuviera allí. Pero acababa de conocerla y no podía invitarla de inmediato a la *suite* presidencial del Marriott. De momento, lo más prudente sería empezar con una invitación al *Sazerac Day* en mi bar.

—¿Tú qué vas a ponerte? —pregunté.

—Será una sorpresa. La verdad es que ni yo lo sé, pero tengo varias opciones. —Hizo un gesto con los brazos, como abarcando la tienda—. Ya ves... aquí tengo todo lo que pueda necesitar. Veremos si me reconoces con el disfraz.

—Te reconocería a un kilómetro de distancia, Georgie. Incluso con los ojos vendados...

Se le desencajó la mandíbula y me detuve a mitad de la frase. *Menos mal que no iba a coquetear.*

Me aclaré la garganta y proseguí:

—Lo que quiero decir es que eres difícil de olvidar.

—Ja. ¿Debería chivarme a tus otros proveedores que, si te tienden una emboscada en el bar y te hacen pasar un mal rato, es posible que cedas y se salgan con la suya?

A pesar de mi resolución, me incliné hasta casi tocar su oído, y dije:

—No, Georgie. Te aseguro que nadie más lo conseguiría. Solo tú. —Cuando me enderecé, ví que tenía la cara completamente roja—. Nos vemos el martes.

—Sí —susurró.

Estaba deseando que llegara ese día.

Capítulo Cuatro

Georgie

Adoraba la temporada de carnaval. Lo cual era lógico considerando cómo me ganaba la vida. La ciudad se llenaba de gente y, tal y como había previsto, nuestras máscaras artesanales estaban siendo todo un éxito entre los turistas. Los collares de cuentas, que vendía a un precio más que razonable, también eran muy populares.

Yo me encargaba de atender la tienda desde la apertura hasta el cierre, y Zelda de dirigir el taller. A primera hora del lunes por la mañana les di la buena noticia a mis empleadas: habíamos recuperado a nuestro mayor cliente de cara a la próxima temporada. El buen humor era palpable.

Aún así, no podía quitarme de la cabeza a Julian LeBlanc. ¿Cómo no pensar en esos ojos azules de ensueño?

Julian cumplió su promesa. El lunes temprano recibí un correo electrónico de su asistente para gestionar el nuevo contrato. Hacía un par de años que, con la ayuda de un abogado, había creado un nuevo contrato estándar que era menos indulgente que el de mi abuela, y no permitía a los clientes liberarse de un pedido tan fácilmente. Salvo por eso, no volví a tener noticias de Julian, de modo que casi olvidé su invitación para tomar un *sazerac* en su bar.

Hasta el lunes siguiente.

Era el primer día del desfile y el caos reinaba en el Barrio Francés. De hecho, la situación era tal que decidí cerrar la tienda por la tarde; las carrozas y la multitud de espectadores festejando harían imposible que alguien pensara en comprar algo.

A la una, recibí un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido: *Sazeracs* gratis a partir de las 2 pm.

Firmado: Julian LeBlanc.

¡Ja! No se había olvidado de mí. Desde luego, no iba a decir que no a un *sazerac* gratis el primer día del desfile.

Mi corazón latía rápido sin motivo aparente mientras respondía al mensaje.

No me puedo creer que tenga las mejillas rojas como un tomate.

Pero me moría de ganas de asistir y tenía toda la intención de disfrutar el evento de principio a fin.

Georgie: Allí estaré, con mi máscara.

Estaba deseando ponerme el disfraz.

Había elegido unas medias negras y un vestido con los colores tradicionales del *Mardi Gras*. Era llamativo, alegre, y me encantaba. Además, me abrigué con una chaqueta para evitar un resfriado, sobre todo en esa época del año.

Me preparé en la trastienda, tarareando para mis adentros.

—Georgie, me voy. ¿Necesitas algo? —dijo Zelda un rato después.

—No, gracias. ¿Dónde vas a estar? —pregunté. Todo el mundo estaba de celebración.

—Probablemente en Bourbon Street —respondió con una mueca de dolor—. Lo siento.

—Zelda —dije, mirándola directamente a los ojos—, no tienes que disculparte por nada. Puedes ir a su club si te apetece.

—Oh, no —dijo negando con la cabeza—: No volveré a poner un pie allí ni muerta. No gastaré ni un céntimo en el establecimiento de ese imbécil.

Contar con su apoyo me reconfortaba. Un escalofrío me recorrió al imaginar la posibilidad de encontrarme con mi ex; no podía tener tanta mala suerte. A él también le gustaban las celebraciones de carnaval, pero, citando sus propias palabras, era "más que nada para codearse con gente de su círculo social". No podía imaginarlo haciendo cola para conseguir un *sazerac* gratis.

Kyle es parte de mi pasado, y ya no puede hacerme daño. Más me vale olvidarlo.

Y, sin embargo, me había dejado profundas cicatrices. Al principio estaba tan aturdida por la ruptura, que ni siquiera fui consciente del daño que me había provocado.

Todo se remontaba a aquel día que fui a su club y lo esperé junto a los sofás, como de costumbre.

Entonces una mujer preciosa se sentó a mi lado y me dijo como si fuera lo más normal del mundo: "Ahora yo estoy saliendo con Kyle, y ya no eres bienvenida aquí".

Pensé que era una broma, y me eché a reír. Pero ella continuó y me pidió que me vaya.

Completamente desencajada, le pregunté si me lo estaba diciendo en serio y si Kyle le había pedido que me dijera eso.

"Sí, me pidió que te transmitiera el mensaje, para que todo sea más fácil", se limitó a responder.

Fue como si me hubieran dado una bofetada. Llevábamos seis meses saliendo, y aunque estábamos pasando por una especie de crisis, aquello fue lo más humillante que me pasó en la vida.

"Si no te vas por las buenas, tendré que pedirle al seguridad que te acompañe fuera", fue lo último que dijo.

Salí corriendo de allí antes de que viera cómo rompía a llorar. Y nunca más volví.

En los meses siguientes, estaba tan desconsolada que ni siquiera podía pensar en tener una cita con alguien. La primera vez que un chico me invitó a salir tras la ruptura, mi cuerpo se negó en redondo. Y ese sentimiento no me había abandonado.

Aunque no sabía cuándo, estaba segura de que algún día esa enorme herida en mi corazón se curaría por completo.

Me puse la máscara antes de salir de *Books & Beads*. Mi disfraz era un poco exagerado, pero me gustaba mi lado excéntrico. Hacía un día precioso; el sol brillaba con fuerza y me calentaba la cara. El Barrio Francés estaba lleno de vida: los cánticos de los juerguistas resonaban en las calles, las bandas de jazz tocaban por toda la zona y muchos bares tenían las puertas abiertas, inundando las calles de música.

La multitud se hacía cada vez más grande a medida que me acercaba al bar, aunque el desfile aún no había llegado a Dumaine Street. Entré con una sonrisa de oreja a oreja; había varias personas disfrazadas, pero ninguna tan llamativa como yo.

El bar estaba aún más lleno que la última vez que estuve allí. Que Julian ofreciera bebidas gratis era todo un detalle. Me dio un escalofrío solo de pensar en el dineral que le habría costado.

Por suerte, no tuve que esperar mucho para llegar a la barra. Pensé que lo vería preparando las bebidas, y me decepcioné al ver que no era así.

¿Pero qué me pasa? Si no he venido aquí por él. Sin embargo, esperaba ver esos resplandecientes ojos azules en algún momento.

Esperé hasta que uno de los camareros estuvo libre y llamé su atención. Me miró y con una sonrisa dijo:

—Un *sazerac*, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es el primero que pides?

—¡Sí! —respondí con una sonrisa.

—Bien.

—¿Así es como te aseguras que nadie se pase de listo?

—La verdad es que sí, aunque la mayoría de la gente no intenta aprovecharse de los cócteles gratis —dijo entre risas.

Me costaba creerlo, pero si les funcionaba, ¿quién era yo para cuestionarlo?

Lo miré fijamente mientras lo preparaba, tan hipnotizada por la destreza de sus manos que no me di cuenta de que alguien me estaba observando.

—Te dije que te reconocería.

Mi cuerpo vibró al instante. Me di la vuelta y suspiré. Oh, sí, esos resplandecientes ojos azules me miraban ardientes como el fuego. Cuando se fijó en mi boca, la temperatura de mi cuerpo se disparó. En vez de reprimirme o pensar que era inapropiado, lo tomé como un triunfo: mi cuerpo, por fin, reaccionaba de nuevo ante un hombre atractivo.

—¿Qué me ha delatado?

—La máscara, tu energía. No lo sé... Te dije que eras especial. —Se inclinó hacia mí y susurró—: Y que te reconocería en cualquier lugar.

—Te lo he puesto fácil, ¿verdad?

—¿Te has vestido así por mí?

Madre del amor hermoso. Hasta me ardían las orejas.

Me aclaré la garganta y guardé la máscara en el bolso que llevaba colgado al hombro.

—Siento decepcionarte, pero aprovecho cada evento del carnaval para ponerme un disfraz.

Enderezándose de nuevo, me regaló una sonrisa radiante antes de dirigirse al camarero:

—Tomaré un *sazerac* con Georgie.

—Aquí tienes —ofreció rápidamente el camarero.

Después de chocar las copas, di un sorbo:

—*Mmm*, está increíble.

La mezcla de whisky de centeno, absenta y limón era perfecta.

—Servimos el mejor *sazerac* de la ciudad —dijo con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco, aunque por la tenue luz del local no sabía si él podía verme:

—Julian, todos los bares de esta ciudad presumen de tener el mejor *sazerac*.

—Sí, pero nosotros hasta hemos ganado premios —replicó con un guiño.

—Bueno, entonces sin duda merece ese título.

Aunque había unos centímetros de distancia entre nosotros, todo mi cuerpo seguía ardiendo.

—Tío, ¿has empezado a beber sin mí? —interrumpió una voz masculina.

Julian se volvió hacia el recién llegado y su rostro se iluminó al instante:

—¡Zachary! Ven y tómate una copa con nosotros. Georgie, te presento a mi hermano, Zachary.

—Hola, Zachary —saludé con una sonrisa.

Me miró de arriba abajo antes de decir:

—Vaya, ¡tú sí que sabes vestirte para carnaval! Me encanta tu disfraz.

—Gracias —respondí.

—Georgie es la dueña de *Books & Beads* —explicó Julian—. De hecho, es la encargada de decorar la carroza que patrocinamos. Este año tuvimos un pequeño problema, un error mío, pero el año que viene volverá a ocuparse de nuestro carro.

Casi se me cae la copa, sorprendida de que admitiera que había sido *su* error.

Zachary me estrechó la mano:

—Encantado de conocerte. No sé qué ha pasado, pero lo siento. Ya me encargaré de darle a mi hermano su merecido. Gracias por hacernos las mejores decoraciones durante todos estos años.

No sabía si era el *sazerac* que se me estaba subiendo a la cabeza o los cumplidos que me hacían aquellos chicos, pero me sentía en las nubes.

—Gracias, Zachary. Ya me caes bien.

Julian me miró fijamente y preguntó:

—¿Tan rápido?

Zachary resopló:

—Sí tío, así de guay soy. ¡Salud!

Cogió su copa de la barra y la chocó con la mía y con la de Julian.

—¡Está perfecto, como siempre! —exclamó después de dar un sorbo—. Voy a dar una vuelta y saludar a unos amigos.

Después de que se marchara, le pregunté a Julian:

—¿Ha venido toda tu familia?

—No, no a todos les gusta el jaleo de los desfiles. Pero siempre nos juntamos para celebrar un tradicional *brunch* de carnaval en *LeBlanc & Broussard*. —Estaba pensando en lo mucho que me gustaba ese restaurante cuando añadió—: Estoy deseando ver a mi sobrina.

—¿Eres tío?

—Sí, mi hermano Chad, que es el que me sigue, es padre. Hace tiempo que se divorció de la madre de mi sobrina, Bella, y lo ayudamos en todo lo que podemos. Nos encanta pasar tiempo con la peque, pero ahora que él se ha comprometido, la vemos menos. La echo de menos.

Dios mío, se me va a salir el corazón. Le di unos sorbos más a mi bebida.

—Te aconsejo ir más despacio con el cóctel —dijo Julian.

—Sí, mejor... Me he pasado un poco —respondí entre risas.

—¿Quieres que le diga al camarero que prepare la segunda ronda?

Me humedecí los labios antes de contestar:

—No, como has dicho, prefiero ir más despacio.

—Claro, avísame cuando te apetezca. ¿Cómo va el negocio? ¿Han tenido éxito las máscaras hechas a mano?

Abrí la boca para responder pero me quedé paralizada. *No, no puede ser, no puede estar aquí*. Sin embargo, no cabía duda de que era él: su cabello corto y rubio, sus marcados pómulos, el traje...

Kyle Deveraux estaba allí en persona.

Julian me puso una mano en el brazo y me sujetó:

—Georgie, ¿estás bien?

Sentí un fuerte mareo; estaba a punto de desmayarme.

—¿Quieres sentarte? ¿Te encuentras mal? —preguntó.

—Lo siento, es que he visto a alguien a quien esperaba no volver a ver nunca más.

—¿A quién?

—A mi exnovio.

Julian siguió mi mirada:

—¿Quién es?

—Ese chico rubio con perfil de modelo... pero que es una persona horrible.

—¿Kyle Deveraux? —preguntó con incredulidad.

—¿Lo conoces? —*Mierda*.

Probablemente se movieran en los mismos círculos.

—Sí, y tampoco es santo de mi devoción —respondió con los dientes apretados.

Bajé la mirada hacia la copa, y la sostuve con más fuerza antes de vaciarla de un gran trago.

—Creo que ya estoy lista para el segundo *sazerac.*

Julian me miró fijamente, y me sentí muy incómoda bajo su escrutinio.

—Georgie...

—No, no digas nada, por favor. Necesito otra copa para armarme de valor.

—Julian, te necesitamos aquí. Ha habido un percance —dijo uno de los camareros.

—Georgie, ¿segura que estás bien? —preguntó Julian en voz baja.

—Sí, claro.

—No tardaré mucho. Lo prometo. —Esos ojos parecían aún más azules después del *sazerac*.

—Tómate tu tiempo. No puedo acapararte durante toda la celebración.

Pero eso era lo que necesitaba. Me sentía segura con Julian, aunque apenas lo conocía.

—Segunda ronda para Georgie —le dijo al camarero sin apartar los ojos de mí.

Luego me guiñó un ojo y juraría que mi ropa interior se estaba prendiendo fuego.

El chico me miró incrédulo, no era fácil sorprender a un camarero del Barrio Francés, pero retiró mi copa vacía y se limitó a asentir:

—Ahora mismo.

Me giré hacia la barra y apoyé ambos codos en la encimera. Rezaba para que Kyle no me viera. Me encantaba charlar con todo el mundo en los desfiles, pero en ese momento solo quería desaparecer.

La suerte no me acompañó. Unos segundos después, oí su voz:

—Sabía que te encontraría aquí.

Respiré hondo, me armé de valor y me giré para mirarlo:

—Hola, Kyle.

Me miró y resopló, negando con la cabeza.

—¿Qué? —pregunté, entornando la mirada y poniendo una mano en la cadera.

Esperaba que mi lenguaje corporal transmitiera que su presencia no me afectaba en absoluto.

—¿En serio te has puesto eso?

—Sí, ¿por? A mí me encanta. Estamos en carnavales y es el momento de disfrazarse.

—Puedes disfrazarte pero con buen gusto —criticó.

—Madre mía, Kyle, no entiendo para qué has venido a saludarme, pero desde ya te digo que no pienso tolerar ninguno de tus estúpidos comentarios.

—¿De qué hablas? —preguntó con la mirada clavada en mí.

—Siempre te ha gustado humillarme y hacerme sentir inferior.

—Está claro que no estás a mi altura. Si supieras las cosas que comentaba la gente cuando empezamos a salir... Como la ropa que te ponías para ir a trabajar a tu tienducha, por ejemplo.

Me estaba muriendo por dentro. ¿Por qué sus palabras seguían haciéndome daño?

—Aquí tienes tu *sazerac* —interrumpió el camarero, que al instante miró a Kyle y preguntó—. ¿Va todo bien aquí?

—¿Y a ti qué te importa? —le increpó.

—Estoy bien. —Intenté sonreír al camarero, pero apenas logré esbozar una sonrisa.

Me volví hacia Kyle, y pregunté:

—¿Entonces qué haces aquí? Siempre te jactabas que en todo el Barrio Francés no existía otro bar a la altura del tuyo. Por cierto, este es mucho mejor que el *Deveraux Club*.

Mi comentario lo hizo enfurecer. Kyle no podía soportar que alguien le dijera que no era el mejor en todo.

—Hay que estar al tanto de lo que hace la competencia. Que te guste más este sitio es la confirmación de que el mío es superior. Tu gusto es, cuanto menos, cuestionable.

Le di un gran trago al *sazerac* y le dediqué una sonrisa:

—Entonces tu gusto es bastante cuestionable considerando que has tenido el tropezón de salir conmigo durante seis meses, ¿no?

Sus ojos se volvieron fríos y supe que estaba a punto de soltar más tonterías, pero no me importaba. Tenía mi cóctel y pensaba disfrutarlo.

Capítulo Cinco

Julian

Siempre que estábamos en medio de un gran evento, ocurría algún contratiempo. No había excepción a la regla. Ese año tocó que se estropeara un congelador, y no nos podíamos permitir no tener hielo ni bebidas frías.

Envié a los ayudantes de camarero a comprar bolsas de hielo y acababan de regresar. Tendrían que ir a cada hora a la tienda para asegurarnos de contar con hielo suficiente.

—Bien, todo parece estar controlado —concluí, al ver que llenaban las cubiteras de hielo para llevar a la barra.

—Julian —me llamó Andrew, el jefe de barra de turno—, ¿puedes venir un momento?

—Claro.

Como fuese otra emergencia perdería mi legendaria calma. O tendría que llamar a Zachary, que era un experto a la hora de resolver conflictos.

—Oye, hay un tío acosando a tu amiga. No me gusta cómo le está hablando.

Maldito Deveraux.

—Gracias por avisarme.

Caminé desde la trastienda hasta la barra; Georgie estaba en el mismo lugar donde la había dejado, hablando con Kyle.

Observé su lenguaje corporal y no me gustó un pelo: los hombros encorvados, la cabeza gacha. Unos minutos atrás estaba feliz y ahora parecía otra persona.

Conocía demasiado bien a Kyle Deveraux: habíamos ido al mismo colegio y nos dedicábamos al mismo sector empresarial.

Era un gilipollas en toda regla.

No me lo pensé un segundo más y me dirigí directamente hacia ellos.

—Mejor dicho, ¿qué haces tú aquí? —escuché que Kyle le preguntaba—. ¿No deberías estar viendo el desfile en la calle con gente de tu nivel?

¿Pero qué coño?

Ese fragmento de la conversación fue suficiente para llenarme de ira.

Me acerqué a Georgie, para intervenir:

—La he invitado yo. —Y sin siquiera pensarlo, añadí—: No quería que mi chica se perdiera el primer evento de la temporada. —Georgie, de la sorpresa, estuvo a punto de chocar contra la barra, pero la sujeté a tiempo por la cintura—. ¿Te queda algo del cóctel? Necesito un trago urgente. —Cogí su copa y le guiñé un ojo, bebiendo solo un pequeño sorbo.

Georgie me miró atónita y acerqué mi oído a su boca para explicarle lo que estaba haciendo.

—¿Qué haces? —susurró.

No podía decírselo sin que Kyle se diera cuenta, aunque ni yo mismo sabía en qué me estaba metiendo. Pero jamás ignoraba mi instinto.

Sin quitar mi mano de su cintura, le devolví el vaso y acerqué mi boca a la suya:

—Tú sígueme el juego.

Al principio, mi único propósito era abrazarla y dar la impresión de que estábamos juntos, pero el aroma de su perfume inundó mis sentidos. Se me subió directamente a la cabeza y, de repente, no pude pensar en otra cosa que besarla.

Claro que eso desconcertaría a ese idiota y haría que se marcharse con el rabo entre las piernas. Pero lo cierto es que se me estaban acabando las excusas para no besarla... llevaba soñando con hacerlo desde que fui a su tienda.

No me lo pensé un segundo más y me lancé. Presioné lentamente mis labios contra los suyos... y ella se entregó al beso. *¡Madre mía!* No pude evitar gemir contra su boca, e introducir la lengua para saborearla poco a poco. Sabía a *sazerac*, tal como esperaba.

Estaba claro que Georgie deseaba ese beso tanto como yo. La exploré sin restricciones, me daba igual que mis empleados y clientes viesen el espectáculo. No me importaba lo más mínimo. Estaba experimentando un momento espectacular, que me encendió por completo. No quería que se terminara nunca. Además de besarla, me *moría* de ganas de tocarla, subirla a la barra y hacerla mía.

El sonido de un vaso roto y la sensación de un líquido inundando mis zapatos me devolvió al momento presente.

—Dios mío, lo siento mucho —dijo Georgie.

—No te preocupes, cariño. Te he hecho perder la cabeza, y me lo tomaré como un cumplido. —Le di un beso en la frente antes de darme la vuelta.

El muy capullo seguía allí. Nos miró y resopló:

—Vaya, veo que estáis muy acaramelados, mejor os dejo a solas.

—Sí. Ve a molestar a otra persona, y deja en paz a mi chica.

Aunque ya no estaba en contacto con Georgie, me di cuenta que la situación la había afectado.

—Lo que tú digas —replicó, y se marchó pisando fuerte.

—¡Por fin! —exclamé. Me di la vuelta para mirar a Georgie, y la vi agachada recogiendo cristales con las manos—. Deja eso, no quiero que te hagas daño. Voy a por una escoba.

—Lo siento mucho. —Su voz temblaba ligeramente.

Me agaché y le cogí las muñecas con las manos:

—¿Lo dices por el beso? Porque yo no lo lamento en absoluto.

Cuando por fin me miró a los ojos, se mordió el labio inferior. Tenía las pupilas dilatadas, y su lenguaje corporal me decía que no se arrepentía para nada. De hecho, parecía querer más.

—Lo siento —dijo tras un largo suspiro—. Me he quedado paralizada... Él siempre se las apaña para hacerme daño.

—Creo que lo hemos puesto en su sitio. Por eso te besé.

Aunque me moría de ganas de hacerlo desde la última vez que te vi.

Ella sonrió:

—Ha estado muy bien.

—Venga, vamos a levantarnos. No quiero que te cortes.

Uno de los chicos se aproximaba con una escoba y un recogedor. Nos levantamos y nos apartamos para que pudiera limpiar.

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar esa escena —murmuró ella.

—Georgie, deja de disculparte. No es tu culpa.

—No estoy tan segura; el estúpido de mi ex ha montado un numerito en tu bar.

—A Kyle le gusta llamar la atención por cualquier motivo.

—Vaya, veo que lo conoces bien —dijo sorprendida.

—Más de lo que me gustaría. ¿Quieres otro *sazerac*? Se te ha caído la copa prácticamente llena.

Georgie había recuperado parte del brillo en la mirada, pero no estaba ni de cerca tan contenta como cuando llegó al bar. Odiaba a ese idiota por haberle estropeado el momento.

—Creo que ya he bebido suficiente por hoy. Además, he comido muy poco y no quiero emborracharme.

Me incliné hacia ella:

—¿Te cuento un secreto? Tenemos *beignets*.

—¡¿Qué?! —preguntó atónita—. ¡Me encantan! ¿Por qué no lo dijiste antes?

Me reí. Había cumplido mi objetivo: que sus ojos volvieran a brillar y que se olvidara de ese idiota. Estuve a punto de pedirle al de seguridad que lo sacaran del bar, pero habría sido un numerito desagradable.

—Los tenemos bien guardados, y solo se los ofrecemos a los clientes a los que se les va la mano con el alcohol.

—Vaya —respondió, partiéndose literalmente de risa—, crees que soy una borracha.

—Para nada —dije con una sonrisa—. Solo quiero tener un detalle contigo.

—Bueno, como buena vecina de Nueva Orleans, no puedo decir que no a un *beignet*. No entiendo a la gente que no le gusta.

Estaba dispuesto a ir cada día al *Café Du Monde* y comprarle *beignets* con tal de que me dedicara esa sonrisa.

—Acompáñame a la trastienda. Todavía no los hemos sacado a la barra.

—Mmm... qué privilegiada soy. Esto se pone cada vez mejor.

Pasé un brazo sobre sus hombros y la acerqué a mí mientras la conducía hacia la parte posterior.

—Por si acaso Kyle está mirando —le expliqué, y ella se tensó al instante.

—Bien pensado.

Obviamente no lo hacía por eso, pero necesitaba cualquier excusa para tocarla.

Justo antes de entrar en la trastienda, eché un vistazo hacia atrás y observé a la multitud. Como lo imaginé, ese cabrón nos estaba mirando. *Misión cumplida.*

La llevé al pequeño almacén donde guardábamos los *beignets*.

—¿Los compraste en *Café Du Monde*? —preguntó ella.

—¡Por supuesto! Son los favoritos de todo el mundo, y me incluyo. Algunos de mis hermanos dicen que hay sitios donde los hacen mejores, pero yo soy de la vieja escuela.

—Yo también.

Georgie cogió uno y le dio un mordisco con los ojos cerrados. El impulso de volver a sentir sus labios me inundó, y apenas pude contenerlo. No tenía una excusa válida para besarla en ese momento, pero aun así quería reclamar su boca.

Georgie mantuvo los ojos cerrados hasta que terminó de comer.

—Esto era justo lo que necesitaba.

—Me alegro que te haya levantado el ánimo.

—Tú y yo tenemos mucho más en común de lo que pensaba —susurró.

—Ya te digo. —Miré la hora—: El desfile pasará por aquí en unos diez minutos, así que si quieres otro, cógelo ahora, porque si no...

Georgie lo cogió antes de que terminara la frase. *Me encanta cómo es.*

Mientras masticaba, coqueteé con una idea peligrosa.

—Mejor no salgas a la calle a ver el desfile.

—¿Por qué?

—Tengo un sitio mejor para verlo.

Era tan fácil hacerla sonreír. ¿Cómo había conseguido ese idiota apagar su chispa?

—Me apunto.

—Hay un balcón en la segunda planta, y podemos ver el desfile en primera línea.

—¿Pero no está reservado?

—No, no está abierto al público. Estaríamos solos tú y yo, Georgie. —Y aunque sabía que me estaba pasando un poco de la raya, me acerqué a ella.

—Vale —susurró—. Nunca he tenido la oportunidad de verlo desde un balcón. A la señora que vive encima de *Books & Beads* no le gusta tener visitas, y los demás sitios están siempre abarrotados.

—Entonces, démonos prisa. Así podemos ver las primeras carrozas.

Georgie se metió literalmente el resto del *beignet en la boca;* parecía una ardilla con las mejillas a punto de explotar. Cubriéndose la boca con las manos, se echó a reír.

Apoyé mis manos en sus hombros, y la guié hacia delante. La escalera de caracol que llevaba al piso superior era extremadamente estrecha, por lo que evitaba subir si había bebido unas copas de más.

—Esto es espectacular —comentó cuando llegamos arriba.

El sonido de las trompetas, la música de jazz y los vítores de la gente era ensordecedor. Cuando nos acercamos a la barandilla, vimos el desfile aproximándose desde el final de la calle.

—Me encanta la vista. Es normal que la gente pague mucho por tener un balcón privado para ver la celebración.

No podía parar de mirar sus labios.

—¿Tengo algo en la boca? —preguntó.

—Azúcar glas.

Georgie apenas tenía un poco de azúcar en una comisura, pero no era eso lo que estaba mirando. La verdad es que no podía evitarlo. Se frotó la boca rápidamente y, cuando bajó la mano, sus carnosos y sensuales labios estaban rojos, como si acabara de recibir un beso apasionado. El impulso de hacerlo se hacía más fuerte con cada segundo que pasaba, pero tenía que controlarme porque no quería incomodarla. El imbécil de su ex ya le había hecho pasar un mal rato.

Cuando el desfilé estuvo a escasos metros, se dio la vuelta, se agarró a la barandilla con ambas manos y miró hacia la calle. A esa hora del día, normalmente estaría en la barra con mis empleados, apagando incendios, pero no iba a dejar a Georgie allí sola ni loco. Ver el desfile con ella era una experiencia que no me quería perder.

Mientras observaba hacia abajo se movía rítmicamente al son de la música.

—Estar aquí tiene una desventaja: no puedo coger ningún collar de cuentas.

—¿De verdad? —pregunté incrédulo—. ¿Es que no tienes suficientes collares en la tienda?

—Obviamente no me hacen *falta* —replicó—. Pero me divierte atraparlos.

—Vale, te conseguiré uno —le prometí.

Giró la cabeza brevemente y tuve la impresión de que también se había fijado en mi boca. Mi polla se estremeció de solo pensarlo. *¡Maldita sea!* Mi control pendía de un hilo, nunca me había visto en una situación así.

Esperaba que mi parte racional prevaleciera o iba a besarla allí mismo, contra la barandilla.

Georgie tragó saliva con dificultad. Me incliné ligeramente hacia ella, pero entonces se dio la vuelta de forma intempestiva y miró hacia la calle. Era un desfile pequeño, pero encapsulaba todo lo que me encantaba de esa época del año en Nueva Orleans. La energía era contagiosa, la gente se lo estaba pasando en grande, celebrando la vida y formando parte de esa increíble cultura.

—Me gusta mucho ese traje —dijo, y señaló a una mujer que llevaba todo el cuerpo tatuado, y parecía un disfraz muy realista.

—Georgie, ¿tienes frío? —pregunté al darme cuenta de que no llevaba chaqueta—. Si quieres, puedo traerte una manta.

—Oh, no, gracias. Con los *sazerac* y *beignets* que me he tomado, tengo la temperatura corporal más alta de lo normal, pero en el buen sentido. ¿Se entiende? —preguntó sin dejar de bailar.

Me reí:

—No, pero da igual mientras te lo estés pasando bien.

Observaba más a Georgie que al propio desfile. Era una mujer segura de sí misma, lo cual ya me resultaba irresistible de por sí, además de muy sexy. Me estaba costando la vida mantenerme alejado de ella.

Cuando pasó una de las carrozas más grandes, dijo:

—No puedo creer que ese armatoste quepa en la calle.

—Ya te digo. —No sabía cómo se las apañarían, pero de alguna manera siempre lo conseguían.

Uno de los motivos por los que ya no se permitían carrozas motorizadas en el Barrio Francés era por lo estrechas que eran las calles. La que estaba desfilando delante del bar era tan alta que teníamos a las bailarinas literalmente delante de nuestro balcón lanzando collares como si no hubiera un mañana. Eso me dio una idea: Georgie estaba demasiado emocionada como para darse cuenta, bailando y observando los trajes, pero yo tenía un plan. Justo cuando pasaron junto al balcón, cogí un par de collares.

Georgie no estaba pendiente de mí, y bailaba aún más animada que antes. *Vaya, qué bien se mueve*. Se sobresaltó cuando puse una mano en su cintura, pero siguió bailando sin darse la vuelta. Lo tomé como una buena señal y levanté mi otra mano frente a ella:

—Tal como le prometí, aquí tiene sus collares de cuentas.

—Julian, no me lo puedo creer —dijo con la voz entrecortada.

Se los puse alrededor del cuello mientras ella seguía bailando.

—Vaya ritmo llevas —le susurré al oído.

—Tú tampoco bailas tan mal.

—Que no bailo tan mal, ¿eh? ¿Se supone que es un cumplido? —bromeé.

—Sí, porque no quiero que se te suba a la cabeza. A ver... tengo que admitir que besas increíble, pero si además admito que bailas bien, ¿qué será de mí?

—Hablando de mi forma de besar, ¿qué fue lo que más te gustó?

Estaba mucho más relajada que cuando la besé. *Buena señal*. Quizás su incomodidad inicial se debía simplemente a que ese idiota seguía merodeando por allí.

—No lo sé... Es como si tuvieras un don —dijo entre risas—. Vaya, creo que el *sazerac* me está haciendo efecto.

—Parece que sí —dije riéndome.

Se tapó la boca y se dio media vuelta para mirarme.

—Lo siento, me he ido de lengua.

—Pues yo lo he disfrutado mucho —le aseguré.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos hasta que ella apartó la mirada. Nos mantuvimos en silencio durante el resto del desfile, pero bailamos y disfrutamos del momento. Nuestra química era palpable; Georgie era muy diferente de las mujeres con las que había salido anteriormente. Su autenticidad me atraía tanto como sus curvas.

—Nunca me había divertido tanto en un desfile —le confesé, cuando la celebración tocaba a su fin.

—No me lo creo —dijo—. Con la de desfiles que debes de haber visto.

—Es verdad —respondí—, pero compartirlo contigo ha sido una experiencia totalmente diferente. Creo que nunca he visto a nadie disfrutarlo tanto como tú.

—¿Acaso no te has fijado en toda la gente que hay ahí abajo? Se lo estaban pasando pipa.

—Pero yo siempre lo disfruto como espectador. Esta vez ha sido diferente, y me encanta que seas tan desinhibida.

—Bueno —dijo con una tímida sonrisa—, quizá me haya pasado un poco. No vi a nadie en el bar con un disfraz tan llamativo como el mío.

—Te queda genial.

Georgie me miró con la boca abierta.

—Y además, *eres* una chica increíble —añadí—. Espero que el idiota de tu ex no te haya estropeado el día.

Su actitud cambió al instante. Mierda*, ¿por qué he tenido que recordárselo?*

—Intento que no, pero es difícil. Mi madre me educó para que nunca me importara el qué dirán. Ella tuvo que soportar cosas mucho peores, teniendo en cuenta que mi padre nos abandonó cuando yo era pequeña. Fue una época muy dura para ella.

—Me imagino —murmuré.

—Pero tampoco soy de piedra. Y aunque Kyle me soltó varios comentarios humillantes, tú lo arreglaste todo con los *beignets* y los collares. Me lo he pasado muy bien contigo.

—No te olvides del beso.

Ella asintió:

—Y el beso, sí. Esa fue la mejor parte.

Estuve a punto de decir que podía repetirlo en cualquier momento. Solo tenía que darme una señal y la besaría hasta quitarle el sentido.

—Creo que debería irme.

—No, no te vayas. Quédate. —No sabía qué proponerle, pero no quería que se fuera.

Georgie se humedeció los labios y respondió:

—Es probable que tus empleados te necesiten en algún momento.

—Es verdad, he perdido la noción del tiempo.

Eso era quedarse corto, no tenía idea de cuánto rato hacía que me había escaqueado de mis responsabilidades, pero no me arrepentía en absoluto.

—¡Oye, tío, ¿qué coño pasa?! ¡Hace rato que te estamos buscando! —me gritó Beckett desde la calle—. Pensábamos que te habías marchado de tu propio evento. —Al ver a Georgie, saludó—: ¡Hola! Me resultas familiar.

Anthony también estaba con él, con una sonrisa cómplice en el rostro.

—Chicos, ella es Georgie. Georgie, estos son mis hermanos, Beckett y Anthony —dije.

De forma instintiva, le puse una mano en el hombro y ese gesto no pasó desapercibido entre mis hermanos. Tendría que lidiar con sus pullas más tarde.

—¡Bajo en un minuto! —les aseguré.

—Tengo que irme —repitió ella.

Por mucho que odiara que se marchara, tenía que volver al trabajo. *Maldición.*

—Te acompaño a tu tienda.

—Ni hablar —zanjó—. Tienes el bar a reventar y tus hermanos te están esperando.

Me aclaré la garganta y respondí:

—No quiero que ese cabrón vuelva a acercarse a ti.

Era cierto, pero también una excusa para pasar más tiempo con ella.

Se humedeció los labios, y me miró de reojo. Era jodidamente preciosa. Esos ojos y sus largas pestañas me tenían embelesado.

—Estoy segura de que ya se ha ido. Muchas gracias por todo.

—¡Julian! —llamó uno de los camareros desde la escalera caracol.

—¿Ves? —dijo con una sonrisa burlona—. Será mejor que bajes antes de que piensen que te he secuestrado.

—No me importaría que me secuestraras, Georgie —dije levantando las cejas —. En absoluto.

Capítulo Seis

Julian

Cada año en carnaval teníamos la tradición de almorzar en familia en *LeBlanc & Broussard*. El restaurante estaba lleno, como de costumbre, pero contábamos con una mesa solo para nosotros. Nuestro restaurante insignia se ubicaba en la planta baja de un edificio de tres pisos en Royal Street. En la segunda planta estaban las oficinas principales del grupo familiar.

—Papá, ¡es la mejor tarta de nueces pecanas del mundo mundial! —exclamó Bella, que estaba sentada en la cabecera de la larga mesa.

Había comido de todo, pero mi sobrina tenía devoción especial por las tartas.

Estaba sentado a unos asientos de distancia de Bella, Chad y Scarlett. Desde que mi hermano tenía pareja, no necesitaba tanta ayuda con la niña como antes. Lo normal era que me llamara de improviso para pedirme si podía cuidarla un rato mientras él tenía que hacer un recado, lo cual aceptaba siempre que podía. Pasar tiempo con mi sobrina era una de mis actividades favoritas, y la echaba de menos ahora que no la veía tan a menudo.

—¿Qué tal estuvo el *Sazerac Day* en el bar? —preguntó mi abuela Isabeau, que estaba al otro lado de la mesa junto a Beckett, Anthony, Xander y Zachary.

Me incliné hacia delante para que me escuchara bien:

—Fue un éxito, como siempre. La gente lo disfrutó mucho.

—Lo dice como si hubiese estado allí. Lo que vosotros no sabéis es que se pasó casi todo el tiempo en el balcón con una chica muy guapa —dijo Anthony.

Me enderecé y lo miré fijamente. *¿Qué demonios hace? ¿Por qué me pone en una situación tan incómoda?* Sabía que no me gustaba hablar de mi vida privada, al igual que al resto de mis hermanos.

—¿Tienes algo que compartir con nosotros? —preguntó mi abuela Celine.

—Nosotros también queremos saberlo —añadió Zachary—. Cuando le preguntamos no dijo ni mu.

De niños tenía el poder de intimidarlos para que me dejaran en paz, pero eso había dejado de funcionar hacía unos quince años.

Me quedé perplejo al ver que toda la familia me estaba mirando. Mis padres apoyaban los codos sobre la mesa, sin quitarme los ojos de encima.

—Solo le hice un favor a una amiga.

—Eso no es suficiente —dijo Zachary.

¿En serio me está hundiendo en lugar de ayudarme?

—No es asunto nuestro —intervino Xander.

Como no podía ser de otra manera, Xander, que era el más sensato de mis hermanos, intentó apoyarme. Aun así, nadie apartó la mirada, esperando mi respuesta.

—¿Tienes novia, tío Julian? ¿Como papá? Sería muy guay.

Me volví para mirar a mi sobrina. El brillo de sus ojos me enterneció; aunque no quería decepcionarla, tenía que cortar el asunto de raíz:

—No, Bella. No tengo novia.

Hubo un resoplido colectivo en la mesa.

—Entonces, ¿qué hacías allí solo con ella? —preguntó Zachary—. ¿O estos dos le están dando demasiado bombo al asunto? Yo no fui al bar ese día.

—Es verdad que estuve allí con una chica. —Me decanté por contarles una versión lo más cercana a la verdad—. Georgie es quien lleva decorando nuestra carroza varios años, y tras un percance que ocurrió este invierno, revoqué el contrato que teníamos con su empresa.

—Querido, eso no me parece nada bien —dijo Celine—. Teníamos un acuerdo con su abuela desde hacía muchos años. Era una persona estupenda...

—Lo sé, y he enmendado mi error. Para ser sincero, no era consciente de los pormenores y mi asistente se ocupó de gestionar el asunto. De todos modos, ella volverá a encargarse de la carroza el

año que viene, y la invité al *Sazerac Day* como muestra de buena voluntad. —Elegí mis siguientes palabras con mucho cuidado—: También ocurrió que cuando ella fue al bar, se encontró con alguien que le hizo pasar un mal rato.

—¿Un abusón? —intervino Bella—. Los abusones son lo peor.

—Algo así. —Qué descripción más acertada, aunque detestaba el hecho de que alguien hubiese hecho sentir mal a Bella—. Necesitaba alejarse de ese tío, y le ofrecí ver el desfile desde el balcón.

Mi madre sonrió de oreja a oreja:

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo. Has sido todo un caballero. Ahora, ¿podemos pasar a otro tema?

—Quiero hacerte algunas preguntas —dijo Isabeau, pasando olímpicamente de mi madre—. ¿Qué quieres decir con que hubo un percance y cancelaste el contrato? ¿Tiene que ver con la inundación?

—Sí, mi asistente decidió buscar a otro proveedor para curarnos en salud.

Isabeau se llevó la mano al corazón:

—¡Oh, no! Hace años le dije a Stella que quitara esa cláusula, que le daba a los clientes una salida arbitraria. Esa mujer era demasiado bondadosa, y en aquel momento, la pobre estaba desesperada por conseguir clientes y nadie aceptaba trabajar con ella a menos que ofreciera esa garantía. Le prometí que jamás me aprovecharía de eso.

Entendía que mi abuela se sintiera mal por todo lo ocurrido. *Mierda*.

—Como he dicho, he rectificado mi error y Georgie está contenta.

Isabeau seguía mirándome fijamente:

—Me imagino que otros clientes también la habrán dejado tirada, ¿no?

Asentí:

—Sí.

—¿Y ha podido recuperar a algún cliente? —preguntó Celine.

Ella también parecía afectada, y empezaba a preguntarme si su relación con la abuela de Georgie iba más allá de lo comercial. Quizás habían sido amigas.

—No, todavía no —admití. Georgie no me había contado todo sobre su negocio, pero sabía que ese era más o menos el caso.

Las dos se miraron, pero no añadieron nada más. Su silencio me incomodaba.

Incluso después de que la conversación pasara a otro tema, mi mente seguía en Georgie y su negocio. Me sentía responsable y tenía una necesidad imperiosa de ayudarla a recuperar a sus clientes. Si eran familias tradicionales de Nueva Orleans como la mía, con las que a menudo me cruzaba en todo tipo de eventos, era probable que pudiera ponerme en contacto.

Joder, solo estoy buscando una excusa para volver a verla.

Tras servirme un poco más de postre, encontré a mis abuelas sentadas a mi lado en lugar de a mis hermanos.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

—Estamos muy preocupadas por lo que nos has contado, querido. Por *Books & Beads* —dijo Isabeau—. Stella era un pan de Dios. Además, era matrona y me ayudó a dar a luz a tu padre. Fue un parto muy difícil; tuvimos suerte de salir los dos con vida, y fue gracias a ella. Todo sucedió muy rápido y no hubo tiempo para llamar a un médico. Stella estaba sola y sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Tras lo cual le prometí que la ayudaría en lo que fuera. Unos años más tarde, se dedicó a fabricar abalorios, disfraces y todo lo necesario para decorar las carrozas de carnaval, y montó el negocio. También vendía bolsos y otros accesorios. Hace mucho que no voy a *Books & Beads*, pero era una tienda muy bonita y pintoresca.

—Sigue siendo una tienda preciosa.

—Cuando Stella se enteró que patrocinábamos una carroza, me preguntó si podía ayudar con la decoración. Una cosa llevó a la otra y me convertí en su primer cliente.

Mis ojos se abrieron como platos mientras la culpa se acumulaba en mi interior:

—No lo sabía.

—Luego se la recomendé a nuestros amigos y se corrió la voz —continuó Isabeau.

—De hecho, yo también empecé a contratarla mucho antes de que nuestras familias se unieran —dijo Celine—. No me gustaría que su trabajo hubiese sido en vano. Era una mujer encantadora, que en paz descanse —dijo, antes de persignarse—. También conocí a su hija, ¿sigue en la tienda?

—No, se ha jubilado. Ahora la lleva la nieta de Stella.

—Georgie, ¿verdad? —preguntó Isabeau. Su memoria era impecable, como de costumbre.

—Así es.

Isabeau se volvió hacia Celine:

—Deberíamos visitar a la chica algún día, y preguntarle si podemos ayudarla en algo.

—Yo me ocupo —les aseguré. Era el responsable y tenía que arreglarlo.

—¿Qué vas a hacer?

Entrecerré los ojos. Mis abuelas nunca me cuestionaban, pero teniendo en cuenta mi metedura de pata, me lo merecía. Afortunadamente, mi plan ya se había cristalizado en mi mente.

—Le pediré a Georgie que me acompañe a varios de los miles de eventos a los que me invitan durante la temporada de carnaval. Seguro que allí nos cruzaremos con varios de sus antiguos clientes y, aunque no los conozco, puede que eso ayude a que vuelvan a contratarla.

—Es una idea muy buena —dijo Isabeau.

Ahora solo tenía que convencer a Georgie.

—Deberíamos visitar a la chica de todos modos —añadió Celine.

—Sí, estaría bien —respondió Isabeau.

Mi madre las miraba con una sonrisa irónica, negando con la cabeza. Era habitual que permaneciera en silencio durante nuestras reuniones familiares, y cuando le pregunté por qué lo hacía, me dijo que mis abuelas ya se ocupaban de hablar por todo el mundo, y que prefería quedarse callada.

Mi madre era una presencia tranquilizadora en esa familia tan bulliciosa.

—Tío Julian —dijo Bella—, ¿me acompañas otra vez al bufé?

Chad me lanzó una mirada de advertencia. Sabía lo que significaba.

—Claro —respondí e hice un gesto con la cabeza—, pero vamos a la mesa de frutas. Me muero por unas fresas.

Ella frunció la nariz:

—Pues yo no. ¿Quién prefiere fresas antes que tarta o chocolate?

Ese era el problema de los bufés: con tantas cosas ricas, ¿por qué elegir fruta? Pero sabía cómo convencer a Bella. Era uno de mis talentos.

Mientras nos dirigíamos hacia la mesa, le expliqué:

—Estoy intentando comer más sano. ¿Me ayudas a elegir algunas frutas?

—¡Claro!

Puse unas uvas en mi plato y me llevé dos a la boca:

—Mmm... están buenísimas.

Los ojos de Bella se iluminaron:

—¿Puedo probarlas?

—Claro.

Lo tomé como una gran victoria. Desde que de bebé empezó a comer alimentos sólidos, había sido yo quien la incentivaba a probar cosas nuevas, como el brócoli.

Mientras llenábamos nuestros platos con varios tipos de fruta, dije:

—Echo de menos ir a tu casa y ver películas juntos.

Me miró de reojo:

—Yo también, tío Julian. Tenemos que hablar con papá.

—Lo haré.

Y de paso, mi hermano y Scarlett podrían aprovechar para tener un rato a solas.

—¿Sabes qué película quieres ver? —pregunté.

—Hace tiempo que tengo *Harry Potter y el cáliz de fuego* en mi lista.

Apenas pude contener la risa. Me gustaba darle los gustos a mi sobrina, pero tampoco incumplir las reglas de mi hermano. Al fin y al cabo, era su hija.

—Bella, tu padre dice que aún eres demasiado pequeña para verla.

Me miró desilusionada:

—Ya sabes cómo es papá. Nunca me deja hacer nada.

—Él es quien manda, pequeña.

—Ya no soy una niña —murmuró.

Madre mía, está creciendo a pasos agigantados.

Había visto *El cáliz de fuego* y estaba claro que no era para niños de la edad de Bella. Era demasiado oscura para ser una película infantil.

Volvimos a la mesa y Chad clavó la mirada en el plato de su hija. Me miró sorprendido y no pude evitar dedicarle una sonrisa presumida.

Cuando me senté y escuché a mis abuelas seguir hablando de *Books & Beads*, volví a pensar en Georgie. Quería hablar con ella cuanto antes. Tenía en mente algunos eventos en los que podría encontrarse con sus antiguos clientes y allanar el camino.

Sin embargo, mi lado empresarial sabía que había una forma mucho más fácil de conseguir el mismo resultado: llamar y enviar correos electrónicos a los contactos pertinentes. En nada conseguiría restablecer sus contratos gracias a mi gran poder de convicción.

Pero quería volver a ver a Georgie, y ahora tenía la excusa perfecta.

Capítulo Siete

Georgie

—Hoy las ventas han ido genial —dijo Zelda mientras hacíamos el cierre de caja. Miró el libro de contabilidad con total incredulidad.

—Te dije que todo saldría bien.

Ese día habíamos vendido una cantidad récord de abalorios, y nuestras máscaras hechas a mano habían tenido tanto éxito que tuve que pedirle a las chicas que hicieran algunas más.

—Nadie tiene tu energía, Georgie —comentó entre risas—. Te echas al hombro todo el negocio.

—Si no lo hago yo, no lo hará nadie.

—¿Crees que hoy vendrán más clientes?

Ya eran las cinco de la tarde. La mayoría de los turistas quedaban agotados después de pasar todo el día caminando de un lado a otro, pero en esa época del año el horario de atención al público se extendía considerablemente.

—Estoy bastante segura de que sí —respondí.

—Puedo ir a comprar unos *po' boy*[1] —dijo, y mi estómago empezó a rugir al instante.

—Sí, por favor. Para mí, con extra de mayonesa y pepinillos.

—Cualquier día de estos, la señora Judy dejará de vendernos los bocadillos. Siempre se queja de que somos las únicas que pedimos extra de mayonesa y pepinillos.

—Son dos ingredientes imprescindibles del *po' boy*. —Al menos lo eran en la receta especial de mi abuela.

—Voy ahora mismo, me muero de hambre.

—Pregunta a las chicas si quieren algo. Y toma —dije al tiempo que cogía mi bolso, y sacaba mi tarjeta de crédito para dársela a Zelda—: Compra para todas. Hoy hemos trabajado muy duro.

Ella me miró extrañada:

—Georgie, no tienes por qué, pero gracias. Ah, y la mayoría de las empleadas ya se han ido. Tú les dijiste que se fueran,

¿recuerdas?

—Tengo tanta hambre que se me ha olvidado —contesté después de llevarme la mano a la frente.

—Razón de más para darme prisa con esos bocadillos. —Zelda me guiñó un ojo y salió a toda prisa por la puerta principal.

No sabía qué haría sin ella. Era una suerte tenerla.

Aproveché que tenía un momento libre para revisar el móvil. Había saltado una notificación hacía un rato, pero estaba ocupada atendiendo a los clientes. Me gustaba dedicarle tiempo a cada persona, y preguntarles para qué desfile era, si lo necesitaban para otra ocasión o si ya tenían otro traje para poder combinarlo. Disfrutaba asesorando a cada uno de los clientes.

Me dio un vuelco el estómago al ver un mensaje de Julian.

Julian: Hola, Georgie, se me ha ocurrido una idea para compensarte por las pérdidas de este año. Llámame cuando tengas tiempo para conversar.

¿De qué está hablando? ¿Por qué se siente en la obligación de compensarme? Al fin y al cabo, ya habíamos restablecido el contrato con la familia LeBlanc.

¿Y por qué estaba sonriendo tanto? Quizás porque aquella tarde en el balcón había sido una de las mejores de mi vida. No solo porque fue la primera vez que pude contemplar un desfile desde una azotea, sino porque además, Julian se convirtió en mi héroe al plantarle cara a mi ex.

¡Y el beso! ¡Vaya beso!

Desde entonces, no me había quitado el collar que él había atrapado para mí. Sí, se me estaba yendo la olla, pero no tenía problema en reconocerlo. La mayoría de los clientes pensaban que era uno de los que vendía en la tienda. Zelda lo había mirado de reojo varias veces, y era probable que no entendiera por qué llevaba un collar que no habíamos fabricado nosotras, pero no hizo ninguna pregunta.

Como tenía un poco de tiempo, decidí llamarlo.

—Hola, Georgie.

Mmm... esa voz profunda y grave era irresistible. Me estremecí solo de escucharlo.

—¡Hola! Acabo de ver tu mensaje.

—Imaginé que estarías muy ocupada. Como te decía en el mensaje, he estado pensando en lo que ha pasado con tus otros clientes. ¿Puedes decirme quiénes son?

—Claro —respondí, y le recité los primeros seis nombres importantes que se me vinieron a la mente.

—Conozco a cuatro de los que me has nombrado, y algunos estarán en los eventos a los que voy a asistir durante la temporada de carnaval.

Me humedecí los labios:

—Okey...

—Sería un honor que me acompañaras.

—¿A dónde? —No podía estar sugiriendo lo que yo pensaba.

—A los eventos.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Puedes llevar a cualquier persona?

—Siempre se puede llevar a un acompañante.

Mi corazón latía con fuerza. ¿Sentía pena por mí? Eso no parecía propio de Julian. En pocas palabras, cuando su asistente revocó el contrato, su respuesta fue que no tenía tiempo para revisar esas cuestiones y entrar en detalles. Pero el hecho de que estuviera pensando en mí y en mis problemas, y se le ocurriera una solución... reflejaba exactamente lo contrario.

—¿Qué ganas tú con eso? —Antes de darle una respuesta, decidí pincharlo un poco.

—Me quitaría mucha culpa de encima.

—¿Por qué te sientes culpable exactamente? Hemos restablecido nuestro contrato.

—No tengo una explicación razonable. Pero cuando mi instinto me habla, no lo contradigo.

Un momento, ¿su instinto le decía que me ayudara? Necesitaba saber más, pero parecía que él tampoco tenía las respuestas.

—Cuéntame del evento —pedí.

—Es una fiesta en Garden District. Te enviaré todos los detalles.

Me mordí el interior de la mejilla al darme cuenta de lo que implicaba. Esos eventos eran muy elegantes y sofisticados, y no

tenía mucha ropa formal en mi armario, algo que Kyle siempre me había señalado. ¿Por qué no fui *yo* quien rompió con *él*? Si jamás me trató bien, hacía comentarios descalificativos y se reía de mí. Al principio pensaba que solo estaba bromeando... hasta que me di cuenta de la realidad.

—¿Cuándo es?

—El jueves por la noche. Te enviaré la invitación.

Mi corazón latía tan rápido que apenas podía oírlo.

—Pues cuenta conmigo. Muchas gracias, Julian. —Acaricié las cuentas del collar que llevaba puesto, sonriendo como una tonta.

—Perfecto. Y cuando te vea, charlaremos un poco más sobre el resto de los eventos.

—¿Cómo hay que ir vestido?

—De fiesta.

Justo lo que pensaba. Tenía que buscar un vestido elegante porque lo último que quería era avergonzarlo.

—Genial —respondí con voz tensa y el estómago encogido—. Estoy pensando en qué ponerme.

—Si quieres, puedes enviarme fotos de los conjuntos y te daré mi opinión.

Por alguna razón, me lo imaginé moviendo las cejas mientras decía ese comentario. *Mmm... ¿está ligando conmigo?* No me importaba que coqueteara, en ese momento lo que me tenía intranquila era no tener la ropa adecuada para el evento.

—No será necesario, pero gracias por la oferta.

—Georgie, no te preocupes por nada. Con lo guapa que eres da igual lo que te pongas.

Vaya, está ligando abiertamente conmigo.

—¿Me puedes enviar los detalles? —pregunté, después de aclararme la garganta.

—Claro, lo haré ahora mismo.

Me envió un mensaje tan pronto como colgamos. Había copiado el texto de la invitación.

Estimado señor LeBlanc:

Es un honor para nosotros invitarlo de nuevo a nuestro baile anual de *Mardi Gras*. Como ya sabe, las ediciones

anteriores han sido todo un éxito.

Leí el resto rápidamente, luego busqué en Google la dirección, el nombre del evento y vi algunas fotos de años anteriores. Era aún más elegante de lo que había imaginado. No era una fiesta sino una auténtica gala, de vestido largo y esmoquin. No tenía absolutamente nada que estuviese a la altura y no podía permitirme el lujo de comprar un vestido en ese momento.

De pronto, se me ocurrió una idea: mi madre tenía un vestido de fiesta de cuando era más joven que me encantaba. Me lo había puesto para la boda de una amiga hacía unos años y había causado sensación.

La llamé del tirón, ya que el negocio seguía bastante tranquilo. Normalmente el trabajo bajaba entre las cuatro y las seis, pero aprovechaba la temporada para abrir hasta tarde.

Mi madre respondió después de unos cuantos tonos:

—Hola, cariño. ¿Has terminado por hoy?

—No, pero estoy en un momento tranquilo.

—Claro. Casi se me olvida que es época de carnaval.

Me reí:

—Mamá, ¿cómo puedes decir eso? Si donde tú vives también se celebra.

—Los animales me mantienen tan ocupada que a veces se me olvida en qué día vivo. —Sonreí al percibir la felicidad en su voz. Me alegraba que estuviera tan tranquila—. ¿Necesitas que vaya a ayudarte?

—No, no te llamo por eso. Oye, ¿me podrías prestar otra vez tu vestido rojo de satén?

—Claro. ¿Tienes una fiesta?

—Es una larga historia, pero voy a asistir a una gala en Garden District.

Mi madre silbó:

—¡Qué emocionante! Sin duda, será toda una experiencia.

—Ya te digo.

—¿Quién te ha enviado la invitación?

—No me han invitado como tal. Voy como acompañante.

Hubo una pausa antes de que preguntara:

—¿Has vuelto con Kyle Deveraux?

—¡Por el amor de Dios, no! —exclamé—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Lo siento. Olvida que te lo he preguntado.

—No pasa nada. —Y tras una breve pausa, añadí—: ¿Recuerdas que hace un tiempo tuvimos el problema de la inundación?

—Sí.

—Bueno, eso me hizo perder a algunos clientes. Convencí a uno de ellos para que volviera a trabajar con nosotros el año que viene, y se ofreció a ponerme en contacto con los otros clientes que se marcharon.

—¿No había otra forma de contactar con ellos? —preguntó con desconfianza.

—Lo intenté, pero no conseguí nada.

—¿Quién es exactamente este cliente?

—La familia LeBlanc.

—Oh, conocí a las abuelas hace años —dijo—. Son buenas personas.

—¿Por qué no tengo recuerdos de ellas?

—Eras muy pequeña. Tu abuela siempre les tuvo mucho cariño. Solía decir que, si no fuera por ellas, ni siquiera tendría un negocio. Bueno, ¿para cuándo necesitas el vestido?

—Para el jueves.

—Vaya. ¿Cuándo puedes venir a casa? Aunque, pensándolo bien, me pasaré yo por allí.

—Gracias, me has salvado. —Me llevaría bastante tiempo conducir hasta su casa, y no me gustaba dejar la tienda sola tanto tiempo en plena temporada.

—Me vendrá bien dar un paseo por el Barrio Francés en esta época del año, a ver si echo algo de menos.

Empecé a reírme:

—Sabes que no será así.

—Es verdad, no lo echo de menos en absoluto. —Mi madre adoraba su vida tranquila con sus animales.

Me alegraba que hubiera conseguido exactamente lo que quería: vivir en el pantano. Además, dado que era una zona remota y poco

solicitada, logró comprar una propiedad bastante grande a buen precio.

—Muy bien, cariño. Nos vemos pronto.

* * *

Mi madre llegó el jueves a las cuatro en punto. Llevaba todo el día ansiosa pensando en el evento, y en cuanto la vi entrar por la puerta, mis nervios se dispararon aún más.

La tienda estaba llena de clientes, así que no pude atenderla de inmediato. Me encontraba explicándole a una señora mayor qué cuentas y qué máscara combinarían mejor con su traje, y a ella parecían gustarle todas mis ideas.

—Me lo llevo todo —terminó diciendo.

—Excelente.

—Es la primera vez que vengo a Nueva Orleans desde Washington D.C. Pienso aprovecharlo al máximo mientras mi cuerpo me lo permita.

Me cae bien esta señora, le gusta disfrutar de la vida.

—Se lo pasará muy bien en el desfile —dije con una sonrisa—. Zelda le cobrará en la caja.

Después de que se marchara, fui hacia mi madre y la abracé rápidamente:

—Muchas gracias por venir.

—De nada, no hay problema. —Llevaba el vestido en una funda —. Lo he planchado y está listo para que te lo pongas.

—Todavía tengo que atender a algunos clientes.

—Tenemos tiempo de sobra. ¿Quieres que te peine también?

Asentí:

—He traído el rizador y voy a necesitar tu ayuda.

—Pues date prisa, deberíamos haber empezado hace media hora. Te esperaré en la trastienda, ¿vale? Puedo ponerme al día con quien esté allí ahora y ver cómo va todo.

Se me revolvió el estómago. Por *eso* mi madre se había ofrecido a venir: quería ver cómo iba el negocio.

Eso me pasa por haberle ocultado la gravedad de la inundación en lugar de decirle exactamente lo que estaba pasando.

Mi teléfono vibró y lo revisé de inmediato.

Julian: ¿Sigue en pie nuestro plan de recogerte a las cinco?

Georgie: Sí. Ha venido mi madre para ayudarme con los preparativos.

Julian: Estoy deseando verte.

Mi corazón dio un vuelco.

Tranqui.

Después de que mi madre se fuera a la trastienda, atendí a los otros cuatro clientes que quedaban antes de reunirme con ella. La encontré conversando con Danielle y Eva, que estaban trabajando en las máscaras.

Fuimos a una habitación aparte, donde había unas cuantas sillas y un espejo junto a la pared, entre cientos de cajas de suministros.

—¿Tienes todo el maquillaje? —preguntó.

—Sí, he traído mi neceser.

—Entonces te peinaré primero y así me cuentas todo sobre ese tal Julian LeBlanc.

—Vale. —Sentí que se me enrojecía la cara y me reí nerviosamente mientras me sentaba. Ya había enchufado el rizador en la toma de corriente que había junto al espejo—. En realidad, no hay mucho que contar. Lo conocí hace poco y simplemente se ofreció a...

—¿Llevarte a una gala? No es algo que pase todos los días.

—Sí, *él* es bastante fuera de lo común, pero en el buen sentido.

—Ten cuidado, ¿vale?

Empezó con el maquillaje. Mi madre lo hacía genial: me había peinado y maquillado desde siempre, incluso en el baile de graduación. Me encantaba que resaltara lo mejor de mí.

—Sé que lo has pasado mal con Kyle —continuó—. No quiero que te lances a otra relación si no estás preparada.

—Mamá, no es nada de eso, te lo prometo.

—Está bien. No quiero ser una aguafiestas. Venga, voy a hacer mi magia.

Cuarenta minutos más tarde, tenía un maquillaje y peinado estupendos. Mi madre era realmente una experta. Me había hecho un elegante medio moño, dejando que mis rizos rubios cayesen de forma muy natural sobre mis hombros.

Sacó el vestido de la funda de plástico y lo sujetó mientras yo me lo ponía con cuidado. Era tan suave y ligero pero parecía agua sobre la piel.

—Esta tela es increíble. No puedo creer que haya durado todos estos años.

—Te queda mucho mejor a ti que a mí.

Me reí:

—Mamá, tenemos el mismo tipo de cuerpo. —Por eso podía ponérmelo.

—Pero a ti te queda mejor, mi niña. Estás preciosa. —Inclinó la cabeza con una pequeña sonrisa.

—Gracias, mamá. Tengo que darme prisa. Julian llegará en unos minutos y todavía tengo que ponerme los zapatos.

—Veré si ha llegado.

Antes de que pudiera detenerla, salió disparada por la puerta.

Saqué los zapatos de la caja y me los puse. Acto seguido, di unos pasos por la habitación para acostumbrarme a los tacones. No solía usarlos muy a menudo, y tendría que tener mucho cuidado fuera: los adoquines y los tacones no hacían buena pareja.

Cuando me sentí segura de que no me daría de bruces contra todo, me apresuré a ir a la parte delantera de la tienda. Efectivamente, mi madre y Julian estaban conversando detrás del mostrador, cerca de mi sillón favorito. Zelda estaba charlando con dos clientes, pero no dejaba de mirarlos a ellos. Suspiró aliviada cuando me vio. Le guiñé un ojo para hacerle saber que tenía todo bajo control.

Pero cuando me acerqué a mi madre y a Julian, me di cuenta de que no era así.

—Así que ten cuidado: te estaré vigilando.

—¡Mamá! —*Dios mío, qué vergüenza*—. ¿Le has estado dando la lata a Julian todo este tiempo?

Él se giró y me dedicó una sonrisa resplandeciente:

—Sí, así es. Pero no te preocupes, está todo bien.

Abrí la boca, pero no logré articular palabra. Verlo en esmoquin hizo que se me dispararan las hormonas.

La noche aún no ha empezado, y ya me está costando controlarme.

1. Nota de la Traductora: El *po' boy* es un bocadillo tradicional de Nueva Orleans, compuesto normalmente de camarones rebozados, servidos en una baguette francesa, con tomate, lechuga y mayonesa.

Capítulo Ocho

Julian

Georgie parecía conmocionada. Intenté mantener la mirada fija en su rostro, porque en cuanto la vi con ese vestido rojo, no podía pensar con claridad. Estaba, lisa y llanamente, despampanante. Con gran dificultad, me volví para hablar con su madre:

—Tal como le he prometido, cuidaré bien de Georgie.

—Te lo agradezco.

—Julian, deberíamos irnos ya —intervino Georgie.

—Sí, no quiero entreteneros más —dijo su madre, y se volvió hacia mí—: Dale mis recuerdos a tus abuelas.

—Lo haré. De hecho, estoy seguro de que les encantaría volver a verla. Tienen una perfumería en Dumaine Street, por si se queda más tiempo en el Barrio Francés.

Me miró sorprendida:

—¿De verdad? ¿No son demasiado mayores para...?

—Por favor, prefiero que no se lo diga —le advertí, y me dedicó la primera sonrisa sincera del día—. Están muy orgullosas de haber montado su tienda. Tienen mucha energía.

—¿Sabes qué? Les haré una visita —dijo—. Vosotros dos divertíos. Pero tampoco os paséis —añadió antes de guiñarme un ojo.

—¡Mamá! —protestó Georgie.

Parecía realmente avergonzada, pero no había motivo para ello. Su madre tenía toda la razón. Sabía que mi interés por su hija iba mucho más allá de ayudarla a recuperar clientes.

Sonreí a Georgie:

—Tengo el coche aparcado en la calle de atrás.

—Estupendo, podemos salir por el taller.

Georgie me guió a través de la tienda. La parte trasera era mucho más pequeña de lo que había imaginado. Una vez fuera, la conduje al coche.

—¿Estás bien? —le pregunté al ver que estaba demasiado callada.

—Sí... Siento mucho el comportamiento de mi madre. No sé qué mosca le ha picado. Normalmente es tranquila y simpática.

—Ha sido así. Entiendo su advertencia, quiere proteger a su hija y que nadie te haga daño.

Georgie se detuvo en seco:

—¿De verdad dijo eso? Lo siento...

—No tienes que disculparte por nada. —Instintivamente, le acaricié la mejilla, y el contacto me reconfortó. No era tan espectacular como besarla, pero me conformaba con ese simple contacto—. Intenté explicarle que el motivo de la gala es recuperar clientes, pero no pareció creérselo.

Georgie se rió nerviosamente:

—Yo también y ni caso. Ha venido hasta aquí a traerme este vestido, que es suyo. Es apropiado para el evento, ¿verdad?

—Podrías ir sin nada y te aseguro que serías la mujer más guapa —aseguré.

Georgie puso los ojos como platos:

—Ay Julian, hay que ver las cosas que dices...

Me aclaré la garganta, pero en lugar de cambiar de tema, redoblé la apuesta:

—Lo digo en serio. Estás increíble y el vestido te queda genial.

Le abrí la puerta del coche, y me dedicó una sonrisa radiante.

* * *

A pesar del tráfico, llegamos a Garden District a tiempo, pero encontrar aparcamiento fue complicadísimo.

Me mofé al ver todos los Aston Martin y Ferrari que había allí aparcados. *Cómo le gusta a la gente presumir en estos eventos*. Al pasar junto a un Ferrari amarillo, sentí que Georgie se ponía tensa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada.

—¿Georgie?

Me había hablado sin parar de todas las tradiciones con respecto a la gala que había leído en internet, y de repente se quedó callada. Y estaba muy, muy pálida.

—¿Te encuentras mal?

—No. Es que acabo de ver el coche de Kyle.

—Joder, no había pensado en eso —comenté con un resoplido—. Era obvio que estaría aquí.

—Es probable que asista a la mayoría de tus eventos.

—Me lo encuentro mucho durante esta temporada —admití—. Georgie, no estamos obligados a asistir. Si quieres podemos hacer otra cosa, ir a otro sitio, ¿qué te parece?

Me miró y esbozó una leve sonrisa:

—Tú vas de esmoquin y yo con el mejor vestido de mi madre.

—Podemos ir a un restaurante elegante y disfrutar de una deliciosa cena.

—Pero has confirmado que vendrías acompañado —susurró.

—¿Y qué más da? Me importa una mierda. Lo único que quiero es que pases un buen rato y que nada te haga sentir incómoda.

Georgie cerró los ojos por un instante. Cuando los volvió a abrir, reflejaban una extraña determinación.

—No quiero tener que ocultarme. Kyle y yo vivimos en la misma ciudad, y aunque nos movemos en diferentes círculos, es inevitable que nos encontremos de vez en cuando. No soy una cobarde y no tengo motivos para esconderme.

—Por supuesto que no. Pero eso no significa que tengas que enfrentarte a él esta noche.

—Quiero entrar al evento, Julian.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Estupendo. Pero en cuanto te sientas incómoda, me lo dices y nos vamos de aquí, ¿vale? Busquemos un sitio para aparcar.

Mientras avanzaba por la calle, pregunté:

—¿Quieres contarme qué pasó entre vosotros? ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Solo seis meses. Al principio, era encantador, pero poco después aprovechaba cada oportunidad que tenía de remarcar que

era la primera vez que él salía con alguien de... "una clase inferior".

—¡Qué idiota! ¿De verdad te decía esas cosas?

—Pues sí, y otras mucho peores. No me cerraba, pero como yo estaba siempre con muchísimo trabajo, no tenía tiempo para darle vueltas al asunto ni analizar demasiado lo que me decía. Siempre hacía comentarios sarcásticos como "tu tienducha" o "eres una humilde emprendedora".

—¿Cómo dejaste a ese imbécil?

—Eso es aún más patético. No fui yo... Kyle envió a su nueva novia de mensajera para romper conmigo.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no dar un puñetazo al volante:

—No me lo puedo creer.

—Por desgracia, así fue. —Suspiró—. No quiero entrar en detalles.

—Kyle siempre ha sido un cabrón. Además de estirado, ya era insufrible en la escuela, y ahora de mayor está peor que nunca. Su cadena de clubes no es tan grande y rentable como su ego quiere hacernos creer.

Georgie pareció animarse un poco al oír mis palabras:

—¿En serio? Porque no paraba de presumir de su supuesto imperio.

—Típico de él.

Finalmente encontré un lugar para estacionar a dos calles de distancia. Caminamos hacia la mansión a paso muy lento.

—Por cierto, si ese idiota te aborda de nuevo, ¿qué tal si continuamos lo que empezamos en el bar?

Ella se enderezó y me miró:

—¿Qué quieres decir?

—¿Tengo que recordarte lo de nuestro beso?

Georgie respiró hondo, pero luego sonrió y apartó la mirada. Aun así, pude ver cómo se le sonrojaban las mejillas. Y no era un reflejo de la tela roja de su vestido.

—La cara que puso fue espectacular —continué—. Además, le dije que eras mi chica, y quiero que lo siga creyendo. Lo cual es completamente creíble si hemos venido juntos al evento.

—Pensé que lo de traer a un acompañante, era en plan comercial o de negocios.

—En teoría, sí. Pero la mayoría de la gente trae a su pareja.

—Julian, eso no me lo habías dicho.

—No me pareció importante.

Reanudamos la marcha y la sujeté por la cintura con la misma firmeza que antes. Como ella no hizo ningún movimiento para liberarse, supuse que necesitaba el apoyo para caminar más cómoda. Por otra parte, la acera era un poco peligrosa, incluso sin tacones altos. No había baches en sí, pero las raíces de los árboles habían crecido sin control y dejado grietas en el pavimento.

—No entiendo mucho qué es lo que estamos haciendo —dijo ella, al cabo de unos instantes.

—Yo tampoco, pero se nos ocurrirá algo.

—No me gusta mentir.

—No tenemos por qué hacerlo. Le diremos a la gente lo que pasó de verdad: nos conocimos después de que yo, injustamente, prescindiera de tus servicios. Cuando tú viniste a echarme la bronca, me pareciste tan irresistible que acabamos besándonos.

Sentí cómo todo su cuerpo se estremecía. Entreabrió los labios y volvió a bajar la mirada hacia la acera.

—¿Se te acaba de ocurrir? —murmuró.

—Sí, soy muy impulsivo. Mi familia dice que los vuelvo locos, y mis empleados también.

—Me compadezco de ellos.

—Pero parece un buen plan, ¿no?

Me miró de nuevo antes de asentir:

—Vale, te seguiré el juego.

¡Bien!

Tendría todo el evento para abrazar y disfrutar de Georgie.

Capítulo Nueve

Georgie

Me encantaba Garden District, y ya desde pequeña admiraba las imponentes mansiones que abundaban en aquel barrio. Aunque todas las familias tradicionales y prestigiosas de Nueva Orleans vivían o tenían una casa allí, rara vez había podido visitar alguna. La opulenta propiedad donde tenía cita la gala, que era de estilo neogriego, con majestuosas columnas y fachada de mármol, me dejó asombrada.

El interior era aún más impresionante. No era coleccionista ni experta en arte, pero las pinturas que colgaban de las paredes debían de valer una fortuna. Había flores frescas en cada rincón de la sala. Parecía un cuento de hadas.

—Vamos a dejar tu abrigo —dijo Julian, señalando a un señor mayor elegantemente vestido que estaba recibiendo los abrigos de los invitados.

Me desabroché la chaqueta y Julian empezó a quitármela. En cuanto sus dedos rozaron mis hombros desnudos, me estremecí y pensé en el beso que nos habíamos dado en su bar. Había sido tan apasionado que aún podía sentirlo en mis labios. Julian era un experto besador.

—¿Tienes frío?

—¿Eh?

Julian me respondió señalando mi brazo. *Claro, se me ha puesto la piel de gallina*.

—Es por la tela del abrigo, que me raspa un poco. —¿Qué clase de mentira era esa? Nadie se la creería.

Pero Julian no hizo ningún comentario al respecto. Simplemente se inclinó hacia mí y dijo:

—¿Lista para montar el espectáculo?

—¡Claro que sí! —dije entre risas.

Me ofreció su brazo y lo acepté encantada. Andar con tacones nunca había sido mi fuerte, ni siquiera en superficies planas.

—¿Y qué se hace exactamente en este tipo de eventos? —pregunté.

—Comer, beber y codearse con "gente bien" —dijo haciendo comillas con los dedos—. Creo que he cerrado más acuerdos comerciales en eventos como estos que en la oficina.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, después de un par de copas, las personas están más abiertas a hablar de negocios. Y creo que dan por sentado que si alguien ha sido invitado a un evento así, habrá pasado un filtro.

—Vaya, qué interesante —murmuré—. Tu mundo es muy diferente al mío.

—No es nada emocionante, te lo aseguro.

—Todo lo contrario. A mí me parece muy emocionante.

—Entonces, ¿por qué pareces que quieres salir corriendo? —preguntó en tono desafiante.

Dejé de mirar a mi alrededor y susurré:

—¿Tan obvio es?

—Sí.

—Lo siento. No puedo evitar estar alerta por si aparece Kyle.

Julian se detuvo y se dio la vuelta para mirarme fijamente:

—Georgie, estamos a tiempo de irnos, si quieres.

—No, en serio —respondí, negando con la cabeza—. Es una experiencia nueva para mí y quiero aprovechar al máximo esta noche. Y *tú* eres un excelente acompañante.

—¿Ah, sí?

—Sí, no me pidas que me explaye, pero es lo que siento.

—Aceptaré el cumplido —dijo con una sonrisa.

Cuando entramos en lo que supuse que era la zona principal de la fiesta, solté un grito ahogado:

—¡Madre mía, esta sala...!

Rebosaba riqueza, elegancia y opulencia. Las lámparas de cristal, los adornos dorados que cubrían las paredes y las pinturas eran de ensueño.

Aunque había varias mesas, la gente deambulaba por la enorme sala.

—Dijiste que la familia Tableau eran clientes tuyos, ¿verdad? —preguntó Julian.

—Sí, aunque nunca he tratado directamente con ellos, sino con sus empleados.

—Pero yo sí. Vamos a saludarlos.

—¿Se supone que tengo que convencerlos de algo? —dije con los ojos abiertos como platos—. Estoy tan fuera de mi zona de confort que no me apetece en absoluto.

—¿Por qué? —preguntó Julian con el ceño fruncido.

—No suelo hacer este tipo de cosas, y menos cerrar un acuerdo. Tengo los mismos clientes que mi abuela, y luego mi madre, consiguieron.

—Pero si no recuperas a tus antiguos clientes, tendrás que conseguir otros nuevos, ¿no?

—Es cierto. Y no puedo posponerlo más.

—Ve a conquistarlos.

—¿Algún consejo? —pregunté.

—Sé tú misma. Pero... tampoco les hagas pasar un mal rato.

—Aunque no lo creas, no pensaba hacer eso —comenté muerta de risa.

—¿Entonces soy el único que ha podido ver esa faceta de tu personalidad? ¡Qué honor!

—No sé qué me pasó contigo. Creo que estaba enfadada porque no hubieses dado la cara y por ser el primero en revocar el contrato.

—Lo cual fue un gran error por mi parte. Pero tranquila, se lo diré a ellos. —Tras un breve pausa, prosiguió—: Date prisa, y aprovecha que están tomando algo. Si esperas demasiado, otra persona acaparará su atención.

Asentí:

—Tienes razón. Vamos.

Nos dirigimos hacia una pareja ideal; ambos parecían tener unos cincuenta años. La mujer tenía el pelo castaño oscuro peinado con un sofisticado recogido con perlas entrelazadas. Su marido, de barba gris y cabello oscuro, iba muy elegante de esmoquin.

—Buenas noches, Bo y Calliope. Qué alegría veros aquí —saludó Julian.

Ellos lo miraron con agradables sonrisas.

—Esta es Georgie —nos presentó.

—Encantada de conocerlos, señor y señora Tableau —dije.

—Puedes llamarnos por nuestro nombre —respondió ella.

—Es un nombre precioso, Calliope.

—Yo pienso igual —dijo Bo, pasando un brazo por sus hombros —, pero ella se empeña en que ya no se usa.

—Ay, cariño. No es que ya no se use, es que es más antiguo que Matusalén. Mi madre tenía predilección por los nombres raros, y aunque tengo mis años, sigo sin acostumbrarme a él. —Sonrió como si fuera una discusión que hubieran tenido muchas veces antes—. Bueno, Georgie, cuéntanos sobre ti.

Joder, qué rápido había llegado el momento. Pensaba que estaríamos un rato conversando antes de entrar en tema.

—Tengo una tienda en el Barrio Francés. Se llama *Books & Beads*.

Los miré con atención, pero ninguno de los dos parecía conocerla. Afortunadamente, Julian se dio cuenta de mi incomodidad e intervino:

—Georgie se encarga de hacer todas las decoraciones y el vestuario para la carroza que patrocina mi familia. —Su voz era aún más seductora de lo habitual, a pesar de que se trataba de un asunto de negocios. Rezumaba autoridad y era irresistible—. De hecho, tengo entendido que también se encarga de la vuestra.

Calliope y Bo intercambiaron una mirada antes de centrarse en mí:

—Es posible, lo que pasa es que ese tipo de detalles los dejamos en manos de nuestros empleados, lo siento —dijo Bo con delicadeza.

Mi corazón se derrumbó al oír la palabra *detalles*.

Me resultaba extraño que el trabajo de mi vida fuera un simple detalle para los demás. Pero recordé lo que Julian había dicho antes: un entorno relajado ayuda a cerrar mejores acuerdos comerciales. *Total, no tengo nada que perder.*

—Así es, me he ocupado de decorar las carrozas de la familia Tableau salvo este año.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha pasado este año? —preguntó Calliope.

Me sorprendió el tono de preocupación en su voz:

—Con la inundación, se me estropeó parte de la mercadería que ya tenía preparada para vuestra carroza. —Elegí cuidadosamente mis siguientes palabras para no ofenderlos—. Me puse en contacto con vuestro equipo para informarles de que aún podía cumplir con la entrega, pero decidieron ir sobre seguro y cambiar de proveedor.

—¡Dios mío! —exclamó Calliope—. Lo siento mucho. —Miró a su marido con sincera angustia en los ojos—: ¿Bo, has escuchado eso?

—¿Cuánto tiempo llevas decorando las carrozas para nuestra familia? —preguntó él, que también tenía el ceño fruncido.

—Mi abuela empezó el negocio hace sesenta años. Su familia ha sido cliente nuestro desde ese entonces.

—Esto es indignante —dijo Bo en voz bastante alta.

—Cariño, tenemos que arreglarlo cuanto antes —insistió Calliope —. Nosotros no hacemos ese tipo de cosas; nos gusta mantener las tradiciones, y nuestra carroza siempre ha estado estupenda.

—Georgie, supongo que mi personal tiene tu información de contacto —continuó Bo.

—Sí, claro. —Mi corazón latía con fuerza. *¿Así de fácil los he recuperado?*

—Se pondrán en contacto contigo el lunes y restableceremos nuestra relación comercial. Y hablaré con ellos sobre ese cambio. Probablemente sea demasiado tarde para este año, y lo siento muchísimo. Nuestra carroza participará en un desfile dentro de dos días, pero el año que viene volveremos a confiar en vosotras.

—Vaya, gracias, eso sería maravilloso. —Estaba tan emocionada que me habría encantado darles un abrazo a los dos. Sin embargo, intenté mantener la calma y el decoro, no quería que supieran que ese era el motivo por el que había asistido al evento—. No me lo esperaba. Es muy amable por su parte.

—Por supuesto. Tienes nuestra palabra —dijo Calliope—. Y por favor, perdónanos. Es lo que ocurre cuando delegas trabajo en los empleados.

—Oh, no hay problema, de verdad. Son cosas que pasan y... —No quería empezar a tartamudear y hacer el ridículo delante de Julian.

Afortunadamente, él intervino en la conversación:

—Te entiendo, Calliope, yo cometí el mismo error. Pero lo he rectificado y Georgie volverá a encargarse de la carroza de mi familia el año que viene.

—Como debe ser —dijo Bo—. Para algo existen las tradiciones, y si algo lleva décadas funcionando bien, ¿para qué cambiarlo? Es lo que le digo a mis empleados: me vuelven loco con la innovación constante, la novedad y lo último de lo último.

—No todos los cambios son negativos, Bo —replicó Julian.

—Es normal que los sigas, eres joven —respondió, y le dio una palmada en el hombro a Julian con una sonrisa y preguntó—: ¿Cómo están tus abuelas?

—Estupendamente.

—Hablé con Isabeau hace unas semanas —dijo Calliope—. Me prometió que vendría a comer a casa de los Boudreaux dentro de dos semanas. Estoy deseando ponerme al día con ella. Espero que también convenza a Celine y, por supuesto, a tus abuelos.

Cuando empezó a saludar con la mano a alguien que estaba detrás de nosotros, Julian dijo:

—Me ha encantado conversar con vosotros.

—Lo mismo digo —respondió Calliope—. Ha sido un placer conocerte, Georgie.

—Igualmente —respondí, y les estreché la mano a ambos.

Una vez que estuvieron fuera del alcance del oído, me volví hacia Julian. Tenía una mirada triunfante en los ojos.

—¿Ha sido un sueño o qué? —susurré.

—Para nada, ha sucedido de verdad.

—Ha sido pan comido. Ni siquiera tuve que convencerlos de nada.

—Tenía la sospecha de que ellos tampoco tenían ni idea de lo que había pasado con *Books & Beads*, y creo que la mayoría de tus clientes están en la misma situación. Además, conozco a esas familias: les gustan las tradiciones, la nostalgia y son leales a

quienes cumplen con su palabra. —Tras una breve pausa, añadió—. ¿Quieres tomar algo para celebrar?

—¿Un *sazerac*? —pregunté.

—Quizás más tarde. Lo más común es empezar con una copa de champán. —Se inclinó hacia mí y me susurró al oído con aire conspirador—: No es mi bebida favorita, pero es importante mantener las apariencias. Sé que ya te lo he dicho, pero estás fantástica.

Sentir su aliento caliente en mi piel me hizo estremecer otra vez. Luego puso una mano en mi espalda y casi se me escapa un gemido.

¿Cómo podía su tacto hacerme reaccionar de esa forma? Ni siquiera era un gesto inapropiado. Julian solamente estaba siendo... bueno, coqueto, y empezaba a pensar que esa era su forma de ser con todas las mujeres.

Pero quería que solo fuera así conmigo.

Capítulo Diez

Georgie

—Mejor pasar desapercibido, ¿verdad? —pregunté.

Julian se rió:

—Bueno, hay momentos en los que está bien llamar la atención. Pero este no es el indicado. —Se enderezó, y se volvió hacia el camarero—. Tomaremos dos copas de champán.

La barra de caoba esculpida era la más elegante que había visto en mi vida. Y aunque se notaba que era una estructura para un evento, encajaba a la perfección con el estilo del salón.

Nos sirvieron las bebidas en un abrir y cerrar de ojos, y chocamos las copas.

—Por haber cumplido un objetivo.

Le sonreí:

—Gracias por hacer esto posible.

—Tú sígueme el juego, Georgie.

—Soy una persona normalmente muy optimista, pero no me esperaba esto. Gracias.

—Tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que firmarás un contrato como Dios manda con todos tus clientes, incluida mi propia familia, ¿de acuerdo?

Asentí:

—Ya me estoy ocupando de eso.

—Perfecto.

—Vaya, el champán está buenísimo.

—Es verdad. Busquemos también algo para picar.

—¿Habrá bufé? —pregunté.

—No lo creo. Lo normal es que los camareros ofrezcan canapés y luego se sirve la cena en la mesa.

Di otro sorbo al mejor champán que había probado nunca. Me estremecí al pensar en lo caro que debía ser, pero no importaba. Esa

noche era gratis y pensaba disfrutar de cada gota.

Acto seguido, pasó otro camarero con una bandeja de comida, y al echar un vistazo, me percaté de que había muchos circulando por el salón. Julian cogió dos platos pequeños y me entregó uno. Había un surtido de camarones fritos y una versión muy sofisticada de un *po'boy* con un palillo que servía para montar el bocadillo. Inmediatamente me decidí por el *po'boy*.

—Mmm, esto es justo lo que quería —dije antes de dejar nuestras copas en una mesa vacía cercana.

Lo devoré y continué con los camarones fritos, que también estaban exquisitos.

Cuando ambos terminamos, un camarero apareció para llevarse los platos vacíos. Julian y yo volvimos a coger nuestras copas.

—Ahora que ya tenemos algo en el estómago, ¡salud! —dijo.

Sonreí:

—Estaba pensando en beberme el resto del tirón.

—Me lo imaginé... Ya te he visto en acción con los *sazerac* —comentó con un guiño.

—¿Ese es el concepto que tienes de mí?

—Un muy buen concepto. Créeme —afirmó.

Volvimos a chocar las copas y aunque bebí sorbos mucho más grandes no pude terminarla de una vez, pero Julian tampoco.

Una vez que hicimos una pausa para respirar, dijo:

—Nos vendría bien un poco de agua.

—Me has vuelto a leer el pensamiento.

—Ahora vuelvo.

—Aprovecharé para ver unos cuadros.

El más cercano representaba un paisaje del pantano de Luisiana. Las sombras, la luz, los colores del agua y los árboles eran tan buenos que me transportaron directamente allí. Era como si pudiera olerlo. Cerré los ojos y respiré hondo.

—Tienes que estar bromeando.

Abrí los ojos de golpe: Kyle se acercaba a mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, mirándome de arriba abajo.

—He venido con Julian —respondí con desenfado.

—Estos no son eventos de tu tipo —dijo con un resoplido.

—Pues ya ves que estoy cambiando —repliqué con más descaro del habitual. ¿Con qué derecho se acercaba a mí y me soltaba cualquier tontería?

—Veo que llevas tu único vestido bueno. Madre mía, eres...

—No te atrevas a terminar esa frase —dijo Julian, y me sobresalté.

Ni siquiera me había dado cuenta de que se acercaba a nosotros. Dejó los vasos de agua en otra mesa y se volvió hacia Kyle.

—¿O qué? —lo desafió Kyle—. ¿El ilustre Julian LeBlanc va a ensuciarse las manos en medio de un evento como este?

—No tengas la menor duda —desafió Julian.

Su actitud me hizo pensar que no estaba fanfarroneando; tenía las manos cerradas en puños, los hombros hacia atrás, y la cabeza bien alta.

Kyle resopló:

—¿De verdad has venido aquí con ella?

Para mi sorpresa, Julian se transformó al instante. Me miró y su cuerpo se relajó.

—Por supuesto. Quería presentársela a todo el mundo.

Luego se acercó a mí y me atrajo hacia sus brazos de una forma muy íntima. Mi seno izquierdo quedó presionado contra el costado de su cuerpo. Estábamos literalmente pegados el uno al otro y hasta podía sentir los latidos de su corazón contra mi pecho.

—Si tienes pensado llevarla a más eventos sociales, tienes que saber que ese es el único vestido decente que tiene —dijo Kyle con desdén.

La mirada de Julian volvió a llenarse de ira.

—Nada de lo que digas puede hacerme daño —le dije a Kyle, mirándolo a los ojos—. Pero tampoco quiero que nos molestes, así que vete a tomar por culo, por favor.

Kyle echó la cabeza hacia atrás. Como ni siquiera tuvo la decencia de romper conmigo en persona, no me conocía enfadada. En el bar de Julian, me había pillado con la guardia baja y no pude reaccionar como me hubiese gustado pero ahora estaba preparada.

Julian me soltó y se acercó a Kyle:

—Podemos resolver esto fuera. Ahora mismo.

—Te gustaría, ¿verdad? —dijo Kyle.

—Hay mucha gente en esta fiesta que quiere darte una paliza —dijo Julian con los dientes apretados—. No sé como tienes la cara de aparecerte por aquí habiendo estafado a media ciudad.

Ahora era Kyle quien estaba enfadado. Su sonrisa de satisfacción desapareció:

—¿Y tú qué sabes? No es de tu incumbencia.

—Lo *sé* perfectamente —dijo Julian—. Así que te lo diré una última vez: vete a tomar por culo.

—Como tú digas —resopló Kyle antes de marcharse.

Julian se quedó clavado en el sitio con la respiración agitada. Le pasé el vaso de agua.

—Vaya, veo que necesitas calmarte —comenté.

—Sí. —Su voz sonaba un poco tensa.

—Lo siento mucho.

—Georgie, no es culpa tuya que Kyle sea un imbécil. No quiero que vuelvas a disculparte por nada de eso.

—¿A qué te refieres con que ha estafado a media ciudad? —No era mi intención poner a Julian en un aprieto, pero tenía que preguntarlo.

—Hace un tiempo, le pidió a mucha gente que invirtiera en una nueva y prometedora empresa, pero al final, perdió todo el dinero. Al menos, esa fue su explicación. Pero estoy seguro de que se lo quedó, y que se trataba de una estafa piramidal. Lo supe sin siquiera leer la letra pequeña.

—¿Y cómo se salió con la suya?

—Porque tiene buenas conexiones. Y los que confiaron en él no se animaron a admitir que los había timado. Menos en estos círculos.

—Julian —interrumpió un hombre que se acercaba a nosotros—. ¡No me lo puedo creer! —exclamó mirándome directamente a los ojos—. Después de todos estos años, por fin has traído a una dama a un evento.

La actitud de Julian cambió. Se enderezó y puso cara seria.

—Robert, ¿cómo estás? —saludó estrechandole la mano—. Esta es Georgie.

Robert me sonrió radiante:

—Georgie, eres un milagro. No me lo podía creer cuando Kyle me dijo que Julian LeBlanc estaba aquí con una cita.

Me quedé pasmada. *¿Qué está pasando?*

—¿Cuál es tu apellido? —preguntó.

—Melrose —respondí.

—Mmm... no me suena.

Julian me puso una mano en la espalda:

—Georgie regenta *Books & Beads* en el Barrio Francés. Fabrica los mejores artículos de carnaval de la ciudad.

Hablaba como si no pudiera estar más orgulloso de mí. Y ese gesto me llenó de ternura.

—Qué bien —comentó Robert—. Oye, Julian, no he tenido tiempo de revisar tu propuesta ni la de Kyle. ¿Vas a estar en el evento de los Landry?

—No tenía pensado ir —respondió Julian—, pero si tú vas, confirmaré mi asistencia.

—Será una buena oportunidad para hablar. No es el evento más destacado del calendario social, pero es bueno para hacer negocios. Espero veros a los dos allí... —Se detuvo al ver que no recordaba mi nombre.

—Georgie —terminé por él.

—Exacto. Prometo aprenderme tu nombre también. —Dicho eso, se dio media vuelta y se marchó.

Julian se llevó la mano a la corbata para aflojársela.

—¿Julian? —pregunté confundida—. ¿Qué ha sido eso?

Él miró su copa de champán vacía sobre la mesa y dijo:

—Una complicación inesperada.

Parecía decidido a deshacerse de la corbata.

—¿Quieres que te ayude con eso? Así como vas, solo conseguirás enredarla aún más.

—Por favor, novia... adelante —dijo con una sonrisa devastadora.

Sus palabras me dieron un vuelco al estómago. Lo dijo en tono jocoso, pero aún así me preguntaba... ¿cómo sería ser realmente la novia de Julian LeBlanc? Ni siquiera podía imaginarlo. Me acerqué a él con dedos temblorosos.

—¿Quieres que te la quite o solo que afloje el nudo para que no te moleste?

—¿Se puede? —preguntó perplejo.

—Claro que sí —respondí con una risa—. No te creerías la de trucos que he aprendido confeccionando disfraces.

—Entonces, adelante.

Me aboqué a aflojarle el nudo. No era nada complicado, pero su cercanía me alteraba los sentidos. Podía oler el aroma de su piel, además de su loción para después de afeitar. Aunque su incipiente barba era un claro indicio de que ese día no se había afeitado.

—Listo —comenté.

Respiró hondo:

—Así está mucho mejor —respondió con una honda bocanada de aire. Luego se tocó la corbata—. No puedo creer que aún la lleve puesta sin sentirla. Pensé que terminaría estrangulándome.

—Pásate por *Books & Beads* cuando necesites ayuda con las corbatas.

—Cuidado, Georgie. Puede que te tome la palabra.

Su comentario me excitó profundamente. Su tono era coqueto, pero aún así detecté un dejo de nerviosismo.

—Cambiando de tema, porque no me estoy enterando de nada, ¿qué ha hecho ese tal Robert para ponerte tan nervioso?

—Es el propietario de dos edificios en el Barrio Francés que quiero comprar para abrir dos bares. Pero no me lo está poniendo fácil, y hay otra persona interesada. Adivina quién es.

Por fin estaba atando cabos:

—Kyle.

—Exacto. Ni siquiera sé para qué los quiere si está hasta el cuello de deudas. Nadie sabe qué ha hecho con todo el dinero que ha robado. Pero no es mi problema.

—Entonces, en la fiesta de los Landry, Robert y tú hablaréis de negocios —comenté, jugueteando con los pulgares.

—Eso parece. Llevaba tanto tiempo detrás de él por este asunto que estaba a punto de tirar la toalla.

—No me lo creo de ti.

Julian me dedicó una sonrisa irónica:

—Es que debo elegir mis batallas —respondió con una sonrisa torcida—. Si hay un asunto que me consume demasiado tiempo, paso a otra cosa. Según mi experiencia, el tiempo es oro.

—Parece que Robert espera que te acompañe al próximo evento.

—Eso parece. —Julian hizo una pausa y luego añadió con mucha sinceridad: —Me gustaría que me acompañaras, la verdad. Esta noche está siendo mucho más divertida que de costumbre.

—¿En serio? —pregunté con incredulidad—. No entiendo qué tiene de divertido ayudarme a reconquistar a los Tableau y después enfrentarse a Kyle.

—Lo creas o no, haces que todo sea mucho menos aburrido. Además, más tarde habrá un baile. Y tú eres la mejor bailarina que conozco.

Sus ojos se posaron en mi abdomen por un momento y los volvió a levantar. Ni siquiera se detuvo en ningún lugar inapropiado, pero fue suficiente para encenderme.

—Piénsalo. Tampoco es gran cosa, y si no te apetece, le diré a Robert que tenías otros planes. Aunque, por supuesto, no es asunto suyo. Pero podríamos aprovechar para ver si nos cruzamos con otros de tus clientes.

—Vaya, me estás sobornando para que vaya contigo.

—Más o menos —dijo con una sonrisa—. Pero es verdad: no he visto a nadie más de los clientes que me mencionaste hoy aquí, aunque aún hay tiempo para que aparezcan.

Su comentario me desanimó.

—Además, la fiesta de los Landry es la mejor de todas las que se organizan, probablemente porque no es tan pija como el estirado de Robert. Suele ser un evento muy divertido, con un grupo de jazz y...

—Me has convencido —le interrumpí.

—...tienen música en vivo —terminó Julian—. Espera, ¿eso es lo que te ha convencido?

—Me gusta la música y me gusta bailar. Y si te sirve de ayuda, por supuesto que te acompañaré. Te lo debo.

—No, no me debes nada.

—Por los Tableau y por fastidiar a Kyle.

—Venga ya con eso. —Se acercó y se inclinó para decirme al oído —: Aunque agradezco mucho tu entusiasmo, piénsalo bien antes de aceptar.

—De acuerdo, me lo pensaré.

—¿Es verdad lo que me han contado? —interrumpió un hombre que se acercaba a nosotros—. ¿Mi hermano tiene novia y yo no lo sabía?

Julian se giró en dirección a la voz:

—¡Xander! —exclamó con una sonrisa—. ¡Qué sorpresa! No me esperaba verte aquí.

—Tuve que hacer una excepción por trabajo —explicó, antes de posar su mirada en mí.

—Te presento a Georgie —dijo Julian.

—¿Georgie, la del negocio de las carrozas? —Me sorprendió que supiera de mí.

—La misma.

Xander entrecerró los ojos:

—Bueno, contadme... ¿Qué pasa exactamente entre vosotros? ¿Desde cuándo estáis juntos?

Miré a Julian, dispuesta a seguir sus instrucciones.

—Hablaremos de ello más tarde. Ahora mismo hay demasiada gente mirándonos —respondió.

Xander asintió.

—Robert también me ha dicho que irás al evento de los Landry. Te recuerdo que es Beckett quien suele asistir.

Julian chasqueó los dedos:

—Es verdad, había olvidado que es Beckett quien va en representación de la familia.

—Sí, y de hecho le gusta.

—Tendré que convencerle para que me consiga una invitación.

Xander sonrió y su rostro se transformó por completo:

—Beckett no te lo dejará pasar tan fácilmente como yo. ¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

—Ahora no, Georgie y yo vamos a bailar —replicó mirándome a los ojos. Me limité a sonreír y asentir—. La música empezará en cualquier momento.

—Ya estoy harto de escuchar jazz por todos lados —se quejó Xander con un resoplido.

—Y si, es lo normal en temporada de carnaval —comenté.

—No le hagas caso a mi hermano. Es un gruñón empedernido —dijo Julian.

—El problema es —continuó Xander—, que es mucho más difícil hablar de negocios con la música tan alta.

—Hermano, podrías disfrutar un poco de la vida —agregó Julian, con una palmada en el hombro—. No todo gira en torno a los negocios.

Bueno... Ese era precisamente el motivo por el que estaba en esa fiesta, ¿no? Y en el momento justo en que Xander abrió la boca para contestarle, la música comenzó a sonar. No era esa música de jazz tan divertida y característica de los desfiles de carnaval, sino algo totalmente diferente.

Eché un vistazo a mi alrededor y pregunté:

—¿Dónde está la pista?

—No hay una pista de baile como tal. La gente suele bailar junto al grupo de música —respondió Julian.

—Pero no veo a nadie bailando —comenté con los labios apretados.

A pesar de estar delante de su hermano, Julian se acercó para cogerme la mano y besarme el dorso:

—No vamos a permitir que eso nos corte el rollo, ¿verdad?

No hizo falta nada más para que todo mi cuerpo ardiera en llamas. Había ido hasta allí con la esperanza de recuperar algunos clientes, pero la noche se estaba convirtiendo en algo completamente diferente.

Capítulo Once

Julian

Tenía un don para lidiar con imprevistos, pero nada me preparó para lo que estaba sucediendo esa noche.

Mi intención era llevar a Georgie al evento para que recuperara algunos clientes, y cuando vio el coche de Kyle allí aparcado, pensé que mataríamos dos pájaros de un tiro: restablecería algún que otro contrato, y aprovecharíamos para dejarle claro al idiota de su ex que no debía meterse con ella. Pero no contaba con que todos los invitados dieran por hecho que Georgie y yo estábamos juntos.

Y lo que más me descuadraba era que yo mismo estaba fomentando ese rumor. Bailar con ella, por ejemplo, terminaría de confirmarlo. Pero la verdad era que me moría por volver a abrazarla.

Esa era la respuesta: necesitaba cualquier excusa para acercarme a ella, y bailar era un plan perfecto.

La abracé con fuerza y la miré de reojo mientras la llevaba a la pista de baile. Georgie ya se mecía al son de la música.

—Me encanta cómo bailas —dije.

—No es mi ritmo preferido, y aunque no sé muy bien cómo bailarlo, ya te digo que me gusta.

—Yo te guiaré.

Georgie abrió los ojos sorprendida, pero asintió y contuvo el aliento. Lo tomé como un sí rotundo.

—Kyle nos está mirando —agregué.

Llevé una mano a su cintura al tiempo que movía las caderas, y ella me siguió el ritmo al instante. Estábamos tan cerca el uno del otro que era imposible no sentir sus impresionantes curvas contra mi cuerpo.

—No dejas de sorprenderme, Julian —comentó con la voz un poco tensa.

Acerqué mi boca a su oído para que todo el mundo, en especial el idiota de su ex, pensaran que estábamos juntos.

—Aún no has visto nada.

Además de querer dar la impresión de que estamos juntos, estoy aprovechando para seducirla.

Me enderecé justo a tiempo para ver cómo se lamía el labio inferior. Mi plan estaba funcionando.

Ella sonrió y dijo:

—No puedo creer que esté mirando. De hecho, nos está mirando todo el mundo.

Tampoco era de extrañar: éramos los únicos en la pista de baile.

—Bien.

—¿No te molesta?

—Estoy bailando con la mujer más guapa de la fiesta —susurré —. Que miren todo lo que quieran.

La música se animó, así como nuestro baile. Era increíble lo sincronizados que estábamos, y no pude evitar pensar que eso mismo ocurriría en la cama. Exploraría su cuerpo hasta que me suplicara por más y le daría un placer inimaginable.

Georgie se estaba soltando y no podía estar más contento. La había observado en el balcón de mi bar bailando con pasión y total desinhibición. Esa noche la noté un poco retraída al ver el coche de Kyle, pero estaba empezando a relajarse.

Otras personas se unieron a la pista de baile, pero no eran tan buenos como nosotros.

—¡Julian! —protestó tras hacerla girar un par de veces.

Me di cuenta demasiado tarde de que estaba a punto de perder el equilibrio. Miró sus tacones y soltó un grito entre risas antes de tropezarse hacia adelante.

La sujeté un segundo antes de que cayera al suelo. *¡Por los pelos!*

Georgie no podía contener la risa contra mi pecho.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

—Creo que me he torcido el tobillo.

La ayudé a ponerse recta:

—¿Puedes apoyarlo bien?

—Sí, pero me duele.

—Entonces salgamos de la pista.

Le rodeé la cintura y la llevé a una sala más pequeña frente a la entrada.

Había algunas sillas y mesas altas. Recordaba del año anterior que allí se refugiaban los invitados para hablar de negocios. Al verla vacía, deduje que estaban a punto de servir la cena. *Da igual*. Primero me aseguraría de que Georgie se encontraba bien.

—Siéntate aquí —le indiqué cuando llegamos a la silla más cercana. Una vez sentada, me arrodillé frente a ella—: ¿Qué pie es?

Georgie levantó la pierna lastimada.

—Voy a tocarte el tobillo suavemente. Si te duele, dímelo, ¿de acuerdo?

—Claro. —Su voz sonaba extraña.

—¿Te duele? —pregunté mirándola a los ojos—. Aún no te he tocado.

—No, para nada —respondió con seguridad.

Empecé a revisarle el tobillo y aplicar presión poco a poco, pero el contacto con su suave piel me abrasó. No pude evitar preguntarme cómo sería el resto de su cuerpo.

—No me duele, pero siento una ligera molestia.

—Puedo llevarte al médico para que te lo revisen.

Sus ojos se agrandaron en señal de sorpresa:

—No es necesario. Probablemente no sea nada.

—Vamos a quedarnos aquí unos minutos y ponerte hielo. —Había visto cubiteras con botellas de champán por toda la sala. Seguro que tenían hielo.

Me levanté, cogí una servilleta de una de las mesas que había cerca, envolví unos cubitos de hielo y volví con Georgie, que me sonreía:

—Julian, podría haber ido yo a por el hielo.

En cuanto le puse la tela helada sobre la piel, soltó un quejido.

—No, mejor que te estés quieta. Si no es nada, el hielo hará desaparecer el dolor. De lo contrario, servirá de poco.

—¿Cómo sabes eso?

—Hice un curso de primeros auxilios. No le presté mucha atención, pero algo se me quedó grabado.

—¿En serio? A mí nunca se me ocurrió hacerlo.

—Zachary estaba empeñado con el curso y lo acompañé para que pudiera practicar conmigo. Mi hermano pequeño resultó ser muy pro, le encantó aprender todas esas cosas, y lo bordó. Yo abandoné por la mitad, pero él hizo el módulo completo.

—Qué bonito que hicieras el curso con tu hermano. ¿Soléis hacer cosas juntos?

—Todo el tiempo. Muchas veces me tocó cuidar de ellos por ser el mayor, y aunque me quejaba a mi madre, la verdad es que lo disfrutaba en secreto.

—¿Y ahora también pasas mucho tiempo con tu familia?

—Nos reunimos siempre que podemos. El punto de encuentro suele ser la casa de mis padres y mis cuatro abuelos.

—¿Viven todos juntos?

—Sí, en una mansión enorme no muy lejos de aquí, de hecho.

Sostuve su tobillo con una mano y le apliqué hielo en la parte delantera, donde le dolía. Casi sin darme cuenta, empecé a acariciarle la pierna con las manos. Segundos después, se le puso la piel de gallina.

¡Mierda! Se me está yendo la pinza. Ya estaba fantaseando con llevar mi mano bajo su vestido rojo. A decir verdad, estaba fantaseando con quitarle el vestido por completo.

Tragué saliva con dificultad, observando su piel. Era irresistiblemente suave y tentadora.

La habitación quedó sumida en un absoluto silencio.

—Han parado la música —observó Georgie.

—Deben estar sirviendo la cena. —Miré de reojo a través de la puerta entreabierta—. Exacto, los camareros están... ¡Joder! Kyle viene hacia aquí.

—No estoy de humor para soportarlo —dijo con un resoplido.

De repente me vino una idea a la mente... que no era precisamente desinteresada:

—Sé cómo deshacernos de él sin tener que decir ni una palabra.

—¿Cómo?

—¿Confías en mí?

—Sí, claro —asintió.

—Bien, porque mi plan es besarte como la otra vez.

Acto seguido, sellé mi boca sobre la suya, y Georgie separó sus labios para recibir mi beso. Primero succioné su labio inferior antes de pasarle la lengua. Al escuchar su gemido, estuve a punto de caerme de rodillas. Su respuesta me caló hondo y la besé apasionadamente. Embriagado por su sabor, no podía detenerme, y que se entregara sin reservas solo aumentaba mi ansia. Puse una mano en su espalda para acercarla y explorarla con más profundidad.

Sentí su cuerpo vibrar contra el mío. Quería aplacar su deseo allí mismo y en ese preciso momento. Llevarla a un sitio discreto, fuera de la vista y el oído de cualquiera, y provocar que llegara al clímax... una y otra vez.

Era puñeteramente irresistible. Jamás había disfrutado tanto de un beso como esa vez. Me tomé mi tiempo, bajé el ritmo, y la exploré con lentitud. Georgie se estremeció, y suspiró contra mi boca.

—Menos mal que os encuentro. Oh, ¡por el amor de Dios!

Di un paso hacia atrás: Xander estaba de pie en la puerta mirándonos con una ceja levantada.

—Ahora entiendo el cabreo de Kyle Deveraux —añadió.

—¡El hielo! —exclamó Georgie bajando la mirada.

—Oh, mierda. Se me ha caído —dije.

—¡Ay! —se quejó al levantarse de la silla.

—Georgie, siéntate —le ordené, y ella no opuso resistencia. Estaba tan perdido en el beso que había olvidado por completo el hielo—. ¿Quieres que te lo siga aplicando en el tobillo?

—Sí, parece que me ha aliviado bastante —respondió con dificultad.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Xander—. Me pareció que algo no iba bien en la pista.

—No creo que sea nada grave —dijo Georgie—, pero me duele un poco. ¿Vamos a nuestra mesa? —Miró a Xander—: ¿Ya han servido la cena?

—Sí, pero tengo otra propuesta. ¿Por qué no nos largamos los tres de esta fiesta?

En otras circunstancias, le habría llevado la contraria a mi hermano solo por molestarlo, pero esa vez estaba de acuerdo con él. Miré a Georgie, y me percaté de que evitaba mi mirada. ¿Se sentía incómoda? Parecía haber disfrutado mucho del beso.

—Mi hermano tiene razón, y tú necesitas más hielo en el tobillo.

—¿No se supone que tendríamos que hablar con otros clientes?

—Habrá tiempo de sobra en el próximo evento. Y la verdad es que, aparte de los Tableau, no he visto a ninguno más de los que me has nombrado.

—Tenía la esperanza de que terminaran apareciendo por aquí —se lamentó con el ceño fruncido.

—Lo normal es que todos los invitados lleguen antes de que se sirva la cena —dijo Xander—. Es muy raro que alguien se presente después.

Georgie se encogió de hombros con un suspiro:

—Entonces podemos irnos. Aunque no estoy segura de poder apoyar bien el pie.

—Te ayudaré. —Le cogí la mano mientras se levantaba y daba un paso vacilante.

—No me duele realmente, pero tengo cierta molestia.

—Os esperaré en la entrada —dijo Xander—. ¿Has traído abrigo? —le preguntó a Georgie.

—Sí. Es blanco con botones dorados.

—Te lo traeré.

—Gracias, Xander.

—No creas que te has librado de una explicación, Julian. No entiendo nada de lo que está pasando aquí —respondió.

—Por supuesto que sí —dije justo cuando mi hermano se marchaba. Entonces fijé mi mirada en Georgie—. ¿Estás bien?

—Claro. Es que ha sido tan inesperado... —comentó entre risas que evidenciaban su nerviosismo.

—Georgie, ¿qué pasa? Dímelo.

—Creo que esta noche se nos ha ido un poco de las manos.

—Sí, tienes razón. Pero no te preocupes, todo va bien. —Sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Espero que sí. ¿Hay alguna forma de salir de aquí sin tener que cruzar todo el salón?

—Lamentablemente no, así que vamos a darle a los invitados un espectáculo digno de admirar. —Le rodeé la espalda con el brazo para sostenerla con firmeza—. Te tengo. Si quieres parar, dímelo y haremos un descanso o una pausa, pero no dejaré que te caigas.

—Eso es lo que menos me preocupa —respondió mirándome de reojo.

Caminamos a un ritmo normal por el salón de baile. Los invitados estaban demasiado ocupados con la cena como para prestarnos atención, excepto el cabrón de Deveraux.

—Kyle nos está mirando —murmuré.

—Me encanta que haya visto nuestro beso.

Su comentario me sentó como un puñetazo en el estómago. Estaba claro que el beso había sido para aparentar, pero eso no empañaba el espectacular momento que compartimos. Parecía que para ella solo había sido un medio para alcanzar un fin, lo cual tenía su lógica. ¿Por qué entonces su comentario me afectó tanto si al fin y al cabo yo era el autor de la maldita artimaña?

No era propio de mí darle demasiadas vueltas a un asunto, y decidí olvidar el tema. No darle relevancia a las cosas sin importancia era mi lema para disfrutar de la vida al máximo, y siempre me había funcionado. Sin embargo, lo que me tenía completamente confundido es que no me parecía una nimiedad, sino algo importantísimo.

—Mi tobillo está mucho mejor. Pero quiero quitarme estos tacones antes de romperme el cuello.

—Te llevaré a casa —le aseguré.

Tal y como había prometido, Xander estaba esperando fuera con el abrigo de Georgie. Se lo ofreció y ella se lo puso de inmediato.

Maldita sea, ¡yo quería ponerle la chaqueta!

Pero, ¿qué me pasa? Parecía un chaval de dieciséis años buscando cualquier excusa para tocar a una chica.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó.

—A la vuelta de la esquina. Georgie, mejor quédate aquí; yo traeré el coche —dije mientras nos encaminábamos al exterior.

—Julian... —me advirtió Xander.

—Es verdad, todavía te debo una explicación —contesté.

—Sip.

—Georgie —empecé—, quiero advertirte dos cosas con respecto a mi hermano: primero, no se anda con rodeos. Segundo, no le importará ponerte en un aprieto.

Xander miró a Georgie con disculpa:

—Lo siento, Georgie. No tengo nada en contra de ti, pero no me gusta enterarme de cosas de mis hermanos por terceras personas. Siempre nos contamos todo.

Suspiré, pensando que lo mejor era decirlo de una vez por todas:

—El motivo por el que no te he contado nada, es porque Georgie y yo estamos fingiendo que somos pareja.

—¿Cómo que fingiendo? —preguntó Xander, echando la cabeza hacia atrás.

—Hace un tiempo estuve saliendo con Kyle Deveraux —explicó Georgie rápidamente, y me di cuenta de que quería tomar la iniciativa.

—¿Ese imbécil? No puede ser —comentó Xander, para mi enorme sorpresa.

Mi hermano era un completo gruñón, pero siempre muy educado. Era evidente que la mala reputación de Kyle se había extendido fuera de los confines del Barrio Francés.

—Como te decía, en el evento del *Sazerac Day*, mi ex me acorraló en el bar de Julian. Y a tu hermano se le ocurrió esa idea brillante para ayudarme a quitármelo de encima.

—Ahora tiene más sentido lo del balcón —murmuró Xander.

Georgie entrecerró los ojos, pero prosiguió con su explicación:

—Hoy he acompañado a Julian con la intención de encontrarnos con algunos de los clientes que dejaron *Books & Beads*. De hecho, esta noche he recuperado a la familia Tableau. Pero cuando vimos a Kyle, una cosa llevó a la otra...

—Y ahora la alta sociedad de Nueva Orleans cree que estáis juntos. Entendido. Buena suerte con eso —dijo Xander entre risas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Georgie—. Julian, ¿esto puede causarte problemas?

—No te preocupes por nada —respondí, negando con la cabeza, y riéndome como mi hermano.

—Yo no estaría tan tranquilo —añadió Xander—, esa información llegará a ya sabes quienes antes de que cante el gallo.

—A mi familia —refunfuñé.

—Así que, si fuera tú, llamaría o pasaría por casa lo antes posible. No digo que estés *obligado* a hacerlo, pero te lo aconsejo encarecidamente —dijo Xander, reprimiendo la risa.

—Gracias por el consejo —respondí con sarcasmo—. Ya se me ocurrirá algo. Por favor, hazle compañía a Georgie mientras traigo el coche.

—Claro. Y así aprovecharé el tiempo para darle algunas recomendaciones.

—¿Recomendaciones de qué? —pregunté a mi hermano.

—Sobre ti, obviamente.

—Ve a por el coche, Julian —respondió Georgie riendo—. No te preocupes, puedo manejar a tu hermano.

La sorpresa en el rostro de Xander era de lo más cómica. Estaba claro que ella podía lidiar con él, y no conocía a mucha gente con ese talento.

—Ahora vuelvo —le aseguré, tocándole la parte baja de la espalda.

Al ver que no retiraba la mano, Xander levantó una ceja de modo intimidatorio, y tuve que romper el contacto.

Maldita sea, me daba celos dejarla allí con mi hermano. Pero tendría a Georgie toda para mí durante el resto de la noche.

Lo estaba deseando.

Capítulo Doce

Georgie

No podía creer los acontecimientos de la noche. ¿En qué momento se nos había ido tanto de las manos?

En cuanto Julian desapareció de nuestra vista, Xander preguntó:

—¿Cómo tienes el tobillo? ¿Quieres que nos acerquemos a la barandilla para que puedas agarrarte?

—Va bien, estoy sosteniendo todo mi peso en la otra pierna —respondí—. Bueno, ¿qué consejos ibas a darme sobre tu hermano?

Xander se quedó en silencio durante unos segundos y no sabía si iba en serio o no.

—Julian es extremadamente impulsivo.

—Me he dado cuenta.

—A veces eso lo lleva a meterse en problemas.

—¿Crees que esto podría salir mal? —pregunté.

—No creo que sea para tanto. Pero... ha estado hablando con Robert, ¿verdad?

—Sí.

—No me gusta que haga negocios con él. Sinceramente, espero que Kyle compre ese edificio para que mi hermano no tenga que tratar con ninguno de los dos. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes. —Negué con la cabeza, bajando la mirada—. Ni yo misma me explico cómo he podido salir con él.

—Ese tío es una lacra. La parte positiva es que has recuperado a la familia Tableau.

—Han sido muy amables —dije con una sonrisa—. Ni siquiera tuve que negociar ni convencerles de nada, ellos mismos se ofrecieron a volver a contratar mis servicios.

—Los Tableau son buena gente. Mis abuelas se enfadaron mucho cuando se enteraron de lo que pasó. Por lo que tengo entendido, le tenían mucho cariño a tu abuela.

Ese comentario me llegó directo al corazón.

—Mi abuela y mi madre tenían un vínculo muy cercano con Isabeau y Celine. Aunque yo nunca las conocí.

—Estoy seguro de que se presentarán ante ti cuando menos te lo esperes. Al menos, eso es lo que dijeron. Y cuando Julian comparta la noticia con la familia...

—¿Es realmente necesario? —Empezaba a ponerme un poco nerviosa.

—Sí, o se enterarán por otras personas, te lo aseguro.

—¿Y por qué tanto jaleo? —pregunté.

—Porque es algo inaudito. Julian nunca ha presentado una novia.

Su respuesta hizo que se me calentaran las orejas. Menos mal que estábamos fuera y la luz era tenue porque, de lo contrario, Xander me habría visto roja como un tomate.

—Hazme un favor —dijo, mientras se acercaba el coche de Julian.

—Claro, lo que sea.

—Vigila a mi hermano. Asegúrate de que no se meta en líos.

—Haré todo lo posible —prometí.

—Te acompaño al coche.

Mi tobillo empezaba a doler de verdad. Me tomaría un ibuprofeno y cruzaría los dedos para que al día siguiente me encontrara mejor. No podía permitirme perder un día de trabajo durante la temporada de carnaval.

Xander me acompañó al coche y, como todo un caballero, me abrió la puerta para ayudarme a entrar.

—Ha sido un placer conocerte, Georgie.

—Igualmente —respondí, antes de que la cerrara.

—¿Dónde vives? —preguntó Julian, mientras nos alejábamos.

A pesar de la tenue luz de las antiguas farolas, la belleza de las casas me dejó sin aliento.

Saqué mi teléfono y tecleé mi dirección en el GPS antes de colocarlo junto al volante.

Mi estómago rugió con fuerza.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí. Los canapés estaban buenísimos, pero eran minúsculos.

—¿Qué te apetece?

—Algo sencillo... un arroz con pollo, por ejemplo. En realidad, me da igual.

—Conozco un sitio estupendo de comida para llevar aquí, en Garden District, pero tenemos que desviarnos unos minutos.

—Perfecto. —Me quité los zapatos, y sentí un alivio inmediato—. Más que el tobillo, creo que mi problema son los tacones. Ya me siento mucho mejor. No sé cómo me los voy a volver a poner para entrar en mi casa.

—No hará falta. Yo te llevaré en brazos.

Me volví hacia él y me eché a reír:

—¡Sí, claro!

—Lo digo en serio. Tengo mucha fuerza —dijo flexionando el bíceps.

—No digo que no.

Había tenido la oportunidad de sentir esos músculos mientras me besaba. Suspiré solo de recordarlo. Estaba tan sumida en el beso que olvidé por completo que lo estábamos haciendo para librarnos de Kyle. Me entregué al placer que aquel hombre tan guapo me provocaba.

Y ahora estaba más confundida que nunca.

Unos minutos más tarde, Julian anunció:

—Hemos llegado. Pero tranqui, yo me bajo a pedir. ¿Quieres arroz con pollo u otra cosa?

—Sorpréndeme. ¿Quieres que te acompañe?

—Prefiero que te quedes aquí sentada y no fuerces el tobillo.

Me quedé en el asiento mientras él se bajaba del coche. Todavía estaba tratando de procesar lo que había pasado esa noche, pero necesitaba más tiempo a solas para asimilarlo. Estar cerca de Julian nublaba mi capacidad de raciocinio.

La voz de la consciencia me decía que tuviese cuidado, que perder el juicio era una señal de alarma, pero la ignoré olímpicamente.

No tuve mucho tiempo para darle más vueltas a mis pensamientos porque Julian regresó un par de minutos después.

—Qué rápido.

—Lo sé. Por eso son tan populares.

El aroma era delicioso. Eché un vistazo a la bolsa de papel que me había dado.

—Hay un montón de recipientes. ¿Qué has comprado?

Empecé a investigar, pero él me detuvo:

—No mires, espera a llegar a casa.

—¿Por qué?

—Porque la expectativa te hará disfrutarlo aún más.

Sus palabras hicieron que mi cuerpo se estremeciera.

Por el amor de Dios, si ni siquiera lo ha dicho con una connotación sexual.

¿O sí?

Cuando se trataba de Julian LeBlanc, no podía estar segura de nada.

Durante el trayecto, intenté convencerlo para que soltara prenda, pero no tuve suerte.

Llegamos a mi casa, y cuando estaba empezando a calzarme los zapatos, Julian me detuvo:

—No, te dije que te llevaría en brazos.

—Pensé que era una broma.

—No lo es, preciosa. Así que coge tus zapatos y la bolsa de comida, que yo me ocuparé de ti.

Sabía que era una forma de hablar, pero sus palabras fueron muy reconfortantes. Se acercó a mi lado del coche y abrió la puerta.

Sostuve la comida en una mano y los tacones en la otra.

—¿Lista? —preguntó.

—La verdad es que no, pero vamos a intentarlo.

Julian me sacaba de mi zona de confort, pero lo estaba disfrutando.

Me levantó con mucha facilidad, con un brazo bajo mis rodillas y el otro sosteniéndome la espalda. Lo ideal hubiera sido poder agarrarme a él, pero tenía las manos ocupadas y confiaba plenamente en que podría llevarme a mi casa sin tropezar.

Caminó con cuidado hasta la puerta principal.

—No hay forma de que saques la llave, ¿verdad?

—Ni de coña.

Me apoyó en el suelo y me quitó los zapatos y la bolsa de papel. Metí la mano en mi pequeño bolso y enseguida encontré la llave.

Abrí la puerta y la empujé para abrirla:

—Bienvenido a mi humilde hogar.

Julian echó un vistazo con curiosidad mientras entrábamos.

—Es una casa muy acogedora.

—Sí, ¿verdad? Me encanta.

—Pero queda lejos del Barrio Francés. ¿Cómo vas hasta allí todos los días?

—Cojo el autobús. Es perfecto porque la parada está junto a la catedral de San Luis y me deja a la vuelta de la esquina.

—Pero es bastante inseguro por la noche —comentó con el ceño fruncido.

—Nunca he tenido ningún problema. —Señalé la mesita que había entre la cocina y la televisión y dije—: Puedes dejar la comida ahí.

Mi dormitorio estaba separado, pero la cocina, el comedor y la sala de estar conformaban un mismo ambiente.

—¿Dónde vives tú? —pregunté.

Era curioso verlo de esmoquin en mi casa. No encajaba para nada con mi estilo de vida y mis pertenencias, que eran de segunda mano o heredadas. Pero ahí estaba él, impecable y perfectísimo, junto a mí, una chica de clase trabajadora.

—En el Barrio Francés.

Suspiré con nostalgia:

—Mi sueño es vivir algún día allí. Sería fantástico tener mi propia casita o incluso un pequeño apartamento.

—Estoy seguro de que lo conseguirás —respondió.

Julian siempre me animaba con sus palabras.

—¿Puedo abrir todo lo que has comprado? La expectación me está matando —dije de forma teatral.

—Bien —sonrió con picardía—. Esa era mi intención.

—Te lo advierto: mis expectativas son muy altas.

—Y *no* te decepcionaré. Nunca prometo más de lo que puedo cumplir. Ya deberías saberlo. —Por la intensidad de su mirada tuve la extraña sensación de que quería decir algo más.

Saqué los cinco recipientes y los abrí uno por uno. Dos contenían arroz con pollo, y olían de maravilla. El tercero tenía *étouffée*[1] de camarones.

—Hace tiempo que no como esto.

—Es la especialidad de la casa. Pensé que podría gustarte, ya que te encantaron las gambas que sirvieron en el evento. Las saboreaste como si fueran un manjar —dijo con una sonrisa.

Vaya, ¿me estuvo observando con tanta atención?

—La verdad que sí. —El cuarto recipiente contenía *gumbo*[2]—. Oh, cuánto hace que no pruebo un estofado de estos. Se tarda una eternidad en cocinarlo. A mi madre le sale genial, pero no la veo tan a menudo como me gustaría. —El último contenía roscón de Reyes —. ¡Qué delicia!

—No sería carnaval sin roscón de reyes, ¿verdad?

—Exacto. No sé por qué la gente no lo entiende.

Cogí cubiertos para los dos y, cuando nos sentamos, me di cuenta de lo pequeña que era mi mesa. El espacio era tan reducido que no había forma de que no termináramos tocándonos. *Dios mío*.

—Qué hambre tenía —dije, tras el primer bocado—. Está increíble. ¿Por qué no comes?

Él me miraba fijamente:

—Quería asegurarme primero que te gusta la comida. Ahora estás mucho más relajada.

—Bueno, me he librado de los tacones infernales. Mi tobillo está mucho mejor.

—Me alegro.

—Y estar en casa me relaja. Es mi lugar seguro.

—Kyle aún tiene el poder de ponerte nerviosa —concluyó Julian.

Me estremecí al oír su nombre.

—Sí, y no sé por qué. No era así cuando salía con él... quiero decir tan desagradable. Siempre hacía algún comentario sarcástico, pero últimamente se está pasando tres pueblos. De todos modos, habría pagado mucho dinero por ver su cara cuando nos vio.

—Yo también.

—Supongo que él también estará invitado a la fiesta de los Landry.

—Ni siquiera se me había ocurrido —dijo Julian—. Sí, seguro que estará allí. En tal caso, iré yo solo.

—No —respondí con cautela, dando otro bocado para poder meditar mis palabras antes de continuar—. Lo he pensado y quiero ir.

—Georgie, has estado tensa casi toda la noche.

—¿Cómo lo sabes?

Estiró el brazo y me tocó la parte superior de la espalda descubierta.

—Estabas nerviosa, y se notaba.

Mi piel se calentó ante su contacto, pero me relajé con su caricia.

—Ahora que lo mencionas, parece que la tensión se ha desvanecido. Pero me entusiasma ir a otro evento. Buena comida, buena música...

—No te olvides de los contactos de los clientes —añadió.

¿Qué estábamos haciendo? ¿Convenciéndonos el uno al otro de que seguir con la farsa era una buena idea? La idea de volver a besar a Julian me hizo pensar que incluso encontrarme con Kyle había merecido la pena.

—Eso también. Pero, ¿no tienes que comprobar primero si puedes conseguir una invitación?

Él ladeó la cabeza:

—No es por presumir, pero soy un LeBlanc. *Conseguiré* esa invitación.

—Menos mal que no querías presumir.

Me guiñó un ojo:

—A veces no puedo evitarlo. Además, deberíamos saber un poco más el uno del otro si vamos a decirle a la gente que somos *pareja*.

Dijo la última palabra con un tono extraño, como si nunca la hubiera pronunciado en su vida. Luché con todas mis fuerzas por no reírme, y lo conseguí llevándome otro bocado a los labios.

—Tú primero —logré decir.

—Bueno, somos seis hermanos. Yo soy el mayor, y el segundo es Chad, que está al mando de los restaurantes que pertenecen a *The*

Orleans Conglomerate. Obviamente, *LeBlanc & Broussard* es nuestro negocio insignia, pero hay muchos más en la cartera.

—Y tú estás a cargo de los bares —dije, después de tragar un bocado.

—Exacto.

—¿Cuántos tenéis?

—Como veinte.

Mis ojos se abrieron como platos:

—¡Madre mía! ¿Todos en el casco antiguo?

—No todos pero sí unos cuantos: tenemos diez bares en Nueva Orleans y otros diez por el estado de Luisiana. Después viene Xander, que es el director financiero del grupo empresarial y no se centra en una rama específica. Fue algo que se dio de forma espontánea; un día empezó a encargarse de la contabilidad, nos dimos cuenta de que se le daba muy bien y así quedó. Luego está Zachary.

—¿Es tan despreocupado como tú?

—En cierto modo, sí, pero también es el mejor en casos de emergencia. Es quien se encarga de la parte logística.

—El grupo *Orleans* se dedica a casi todo, ¿no?

—Sí, aunque rara vez se habla de esa actividad. Probablemente porque no es tan renombrada como el resto de los negocios. Mis hermanos menores, Beckett y Anthony, se encargan de lo demás: panaderías, locales de música...

—¿En qué se diferencian de los bares? —Me imaginé algo parecido al local de Kyle en Bourbon Street.

—Algunos son clubes de jazz. También tenemos dos salas grandes para conciertos.

La familia LeBlanc debía de ser inmensamente rica. Hasta ese momento no había atado cabos, quizá porque Julian parecía muy normal y accesible. Se rumoreaba acerca de su enorme fortuna, pero era más de lo que podía imaginar.

—¿Y tú tomaste el relevo de tus padres o de tus abuelos?

—Mis cuatro abuelos y mi padre llevaron el grupo empresarial adelante durante mucho tiempo. Antes eran competidores entre sí, y no les hacía gracia que mis padres estuvieran juntos.

—La trama se complica. Esto se está poniendo interesante.

—Ya te digo —continuó Julian—. Y a mis abuelos les encanta contar anécdotas, y cada vez añaden más detalles. No sé si son inventos o la verdad.

—Mi abuela también era así, cada vez que repetía una historia, cambiaba algo. Cuando era niña pensaba que era por la mala memoria de los ancianos. Luego empecé a sospechar que le gustaba exagerar un poco.

—¡Eso mismo me pasa con ellos! —Julian chasqueó los dedos como si se le hubiera encendido una bombilla.

—Tus abuelas parecen estar muy presentes en vuestras vidas.

—Son el alma de la familia. Y también muy extrovertidas.

—¿Y tus abuelos cómo son?

—Más bien reservados, o están en casa o de pesca en el pantano. Son mis abuelas las que suelen asistir juntas a los eventos.

—Genial.

Cuando terminamos de comer, pasamos al postre.

—Tengo que reconocer que no es mi roscón favorito de la ciudad —dijo Julian—, pero está bastante bueno.

—¿Cuál es tu favorito?

—El que hacen en nuestras panaderías, por supuesto —respondió con un guiño.

—Menos mal que no querías presumir —le desafié.

—Tienes razón, pero realmente es el mejor.

—A mí también me gusta este.

El roscón de Reyes era pura felicidad para mí. A decir verdad, me gustaban todos los dulces.

—¿Cuál es tu postre favorito? —preguntó Julian.

—El *Bananas Foster*[3]. ¿Y el tuyo?

—Creo que no tengo ninguno.

Me quedé boquiabierta:

—No quiero juzgarte... pero no lo entiendo.

Los dos nos reímos y nos centramos en el roscón.

Una vez que terminamos, empecé a meter todos los recipientes en la bolsa de papel, pero Julian me detuvo:

—No, yo lo haré. Tú siéntate en el sofá.

—Estoy bien, puedo caminar, Julian.

—Estás bien porque no estás apoyando peso sobre el tobillo. No te muevas más de lo necesario.

Puse las manos en las caderas y le espeté:

—¿Y cómo se supone que me voy a duchar? ¿Se te ocurre alguna idea?

Sus ojos brillaron y contuve el aliento. Luego su mirada se posó en mis labios.

Mierda. Sabía que me estaba visualizando desnuda en la ducha.

La tensión aumentaba con cada segundo que pasaba. Sus fosas nasales se dilataron y miró al suelo:

—Intenta moverte lo menos posible.

Se levantó, guardó los recipientes, llevó los cubiertos al fregadero y los lavó. Estuve tentada de levantarme de un salto solo para ver qué haría, pero cuando puse el pie en el suelo e intenté impulsarme, me di cuenta de que tenía razón. Me dolía al apoyarlo.

Así que me quedé donde estaba, y observé todos sus movimientos. Era desconcertante verlo fregar los platos con su esmoquin. Sabía que no era justo, pero no pude evitar compararlo con Kyle, que siempre vivió rodeado de empleadas domésticas, y jamás movió un dedo. Julian me resultaba sorprendente.

Cuando terminó, se secó las manos y se volvió hacia mí. Estaba irresistible en traje.

Aunque estaría mejor sin nada puesto.

—Me voy —dijo—. Avísame si mañana te sigue doliendo.

—Estaré bien. Me pondré una venda o algo.

—Tenemos un médico amigo de la familia, y hace visitas a domicilio si es necesario.

—¿Visitas a domicilio? —pregunté perpleja—. ¿Eso todavía existe?

—No, pero es un favor que nos hace a nosotros.

—Estoy segura de que no es necesario.

Me clavó la mirada:

—Vas al médico cuando no te queda otra opción, ¿eh?

—Más o menos.

Se acercó y apoyó una mano en el respaldo del sofá y la otra en la mesa:

—Georgie, prométeme que mañana por la mañana me avisarás cómo estás. De lo contrario, vendré hasta aquí a comprobarlo personalmente.

Esa idea me pareció *completamente* irresistible. ¿Qué significaba "comprobarlo personalmente"? ¿Me volvería a tocar el tobillo?

—Te prometo que te enviaré un mensaje.

—Bien. Te llamaré para darte detalles sobre la fiesta de los Landry. —Se enderezó—. ¿Necesitas ayuda para levantarte del sofá?

—Sí, por favor.

Me rodeó la cintura con cuidado. *Vaya, eso ha estado bien*. Pensé que solo me daría la mano, pero me gustaba tanto sentir su brazo a mi alrededor que no dije nada. Cuando me incorporé, me apreté contra su pecho de forma completamente involuntaria, por supuesto, pero mi cuerpo vibró ante su contacto.

Cuando dio un paso atrás, sentí su ausencia.

—Me lo he pasado muy bien esta noche, a pesar de todo —comentó, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Yo también. Y bailas muy bien.

Me guiñó un ojo:

—Y eso que no he sacado a relucir mis mejores pasos. Pero te prometo que lo haré la próxima vez.

1. Nota de la Traductora: *Étouffée* es un estofado de marisco típico del estado de Luisiana.

2. Nota de la Traductora: *Gumbo* es un guiso criollo tradicional de Nueva Orleans.

3. Nota de la Traductora: El *Bananas Foster* es un postre típico de Nueva Orleans, que lleva plátanos caramelizados en una base de azúcar, ron y canela, y se acompaña con helado de vainilla.

Capítulo Trece

Julian

A la mañana siguiente, lo primero que hice al llegar a la oficina fue llamar a Beckett. Eran las diez, pero ninguno de los dos era madrugador. Tardó unos cinco tonos en contestar, y estaba a punto de rendirme cuando finalmente respondió.

—Buenos días —dijo con voz perezosa.

—Hola, hermano.

—¿A qué debo el honor?

—Beckett, son las diez de la mañana.

—Pues por tu voz parece que son las doce.

Me eché a reír:

—Eres de lo que no hay.

—¿Qué quieres tan temprano?

—Escucha, tienes una invitación para la fiesta de los Landry, ¿verdad?

—Sí.

—¿Vas a ir? —pregunté.

—Ya he confirmado mi asistencia, así que sí.

—¿Me puedes ceder tu invitación?

—¿Por qué?

—Porque tengo un asunto pendiente con Robert y él estará allí.

—Claro, tío. No hay problema.

—¿Has confirmado que irás solo o con acompañante?

—Ya sabes que nunca llevo acompañante. —Unos segundos más tarde, dijo—: Un momento, *¿tú* vas a llevar a alguien?

Xander tenía razón: no había forma de evitarlo. Tenía que contárselo a mi hermano. También tendría que contárselo al resto de la familia, aunque no estaba seguro de cómo hacerlo, ya que no era habitual que contara esas cosas.

—Voy a llevar a Georgie.

—¿Cómo? Cuéntame más.

—Tranquilo, hermano, no es nada. Estamos fingiendo que somos pareja.

Pero esa definición me parecía incorrecta. Desde luego, no estaba fingiendo que disfrutaba de su compañía, ni de su boca ni de su cuerpo.

—Creo que he oído mal. ¿Has dicho "fingiendo"?

—Sí.

—¿Qué coño...?

—Te lo resumo: necesitaba quitarse a Kyle Deveraux de encima, actué por impulso, y una cosa llevó a la otra.

Él se echó a reír:

—Sabía que eso acabaría metiéndote en problemas.

—¿*Tú* me estás soltando un sermón a *mí?*

—Para nada, pero jamás te imaginé en un lío de estos.

—Yo tampoco —admití.

—¿Quién más lo sabe de la familia?

—Xander.

—¿Cómo es posible que él se haya enterado antes que yo? —preguntó incrédulo.

—Estuvo en el evento de anoche. ¿Puedes dejar de darme la lata?

—No, es lo más divertido que has hecho en mucho tiempo.

—No es divertido... es una auténtica locura.

—Claro —respondió, y sabía que estaba conteniendo una carcajada.

—Entonces, ¿puedes enviarme la invitación de la fiesta?

—¡Claro! Aunque ahora me tienta pedir otra, solo para poder ir y fastidiarte en persona. Y hablar con Georgie, claro.

—Como quieras. No me importa.

Hizo una pausa:

—¿El asunto con Robert tiene que ver con los edificios que quieres comprarle en el Barrio Francés?

—Sí.

—¿Los mismos que también quiere Deveraux?

—Exactamente.

—¿Estás seguro de que no estás haciendo todo esto para competir con él?

—Todo el mundo compite con Kyle. Mejor dicho, él compite con todo el mundo. Y no, lo mío con Georgie...

Mi voz se apagó porque no podía explicarlo. Intenté recordar qué me había llevado a besarla en el bar... La vi tan vulnerable que quise ayudarla sin importar las consecuencias.

—Estás demasiado callado —dije.

—No tengo nada más que añadir y, ya que me has despertado, será mejor que me vista. Les prometí a las abuelas que pasaría por casa.

Eso me dio una idea.

—¿Te importa contarles la noticia?

Mi hermano se quedó en silencio durante unos segundos y luego se echó a reír:

—¿Quieres utilizarme para difundir el chisme?

—No exactamente, pero se enterarán en cualquier momento. Había muchos amigos y conocidos suyos ayer en el evento.

—Vale, ahora lo entiendo. Claro, puedes contar conmigo.

—Gracias, hermano.

Después de colgar, me di cuenta de que Georgie no había cumplido su promesa de dar señales de vida, así que le envié un mensaje.

Julian: ¿Cómo tienes el tobillo?

No me respondió, así que empecé mi jornada laboral. Media hora más tarde, me impacienté y le envié un segundo mensaje.

Julian: Si no respondes, iré a llamar a tu puerta. Lo digo en serio.

Me respondió casi al instante.

Georgie: Lo siento, se me olvidó. Estaba atendiendo unos clientes. Estoy bien.

Me quedé pasmado mirando su mensaje. *¿Qué coño?* ¿Cómo era posible que estuviese en la tienda si el día anterior le costaba caminar y apenas podía apoyar el pie? *No me lo puedo creer.*

No podía dejar de pensar si realmente se encontraba bien, y estuve a punto de llamarla por FaceTime para poder centrarme en el

trabajo de una maldita vez. Pero estaba seguro de que me repetiría que todo estaba bien y que no me preocupara.

Tenía que verla. No me quedó otra que cancelar a último momento una reunión por Zoom, algo que jamás hacía. Se me ocurrió una excusa estúpida, pero serviría. Era tan poco habitual en mí que no podía creer que lo estuviera haciendo.

El Barrio Francés estaba mucho más animado por las mañanas en temporada de carnaval. Llegué a *Books & Beads* diez minutos más tarde, y para mi sorpresa, había muchos clientes. Vi a Georgie charlando con uno de ellos, y observé atentamente sus movimientos. Parecía estar bien. Pero aún así, no podía creer que se hubiera torcido el tobillo y ya estuviese trabajando. ¿Quién hacía eso?

Alguien que tiene que ir a trabajar todos los días para ganarse la vida, dijo mi parte racional.

A menudo olvidaba cuán diferentes eran nuestras vidas. A mis hermanos y a mí nunca nos faltó de nada, y aunque teníamos una ética de trabajo intachable, nunca experimentamos la angustia de no llegar a fin de mes ni penurias económicas.

La veía bien, pero no me quedaba tranquilo. Quería hablar con ella, así que entré en la tienda, y las malditas campanas me delataron. Georgie me miró atónita.

—Disculpe, vuelvo en un momento —le dijo al cliente que estaba atendiendo, antes de dirigirse directamente hacia mí. Di unos pasos hacia la derecha para no estorbar a nadie que quisiera entrar—. Julian, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí?

Tragué saliva. Joder, sabía que estaba haciendo el ridículo, pero no podía evitarlo:

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Ella parpadeó:

—Por eso mismo te envié un mensaje.

—Quería verte.

Abrió la boca, la volvió a cerrar, y bajó la mirada hacia su tobillo:

—La verdad es que ni siquiera necesité vendarme. Anoche me tomé un ibuprofeno después de ducharme. —Luego me miró y

sonrió alegremente, inclinando la cabeza—. Tranquilo, no fue nada complicado.

Había pasado la noche entera obsesionado con la imagen de ella en la ducha. ¿Lo sabía? ¿Tenía idea del impacto que sus palabras tenían en mí?

—Ya ni siquiera me duele —continuó—, solo si apoyo todo mi peso en esta pierna.

—Joder, Georgie, ¿por qué no te has tomado el día libre?

Me miró extrañada:

—Porque sabía que el local estaría lleno. Las demás chicas están en el almacén y no podía permitirme cerrar el negocio.

—Me gustaría llamar al médico de la familia. Puede venir a la tienda.

—De verdad, Julian, estoy bien. Puede que tarde un par de días en curarse del todo, pero no es nada grave.

Georgie tenía razón. Sin embargo, lo único que quería era sacarla de allí y asegurarme de que se quedara en cama hasta que sanara por completo.

En *mi* cama.

—¿Estás segura de que ya no te duele?

—¿Quieres comprobarlo?

—No me tientes, porque estoy dispuesto a llevarte a la trastienda para hacer precisamente eso.

Georgie separó los labios y sacó la lengua. Se humedeció el labio inferior y se llevó las manos a las caderas:

—No tan rápido, guapo. ¿Qué va a pensar la gente?

—La verdad es que no me importa.

Sus ojos se abrieron como platos al percatarse del tono serio de mi voz. *¡Qué locura, madre mía! Pero no podía evitarlo.*

—Julian, agradezco mucho tu preocupación, pero estoy perfectamente, ¿vale?

Tragué saliva y me enderecé. ¿Qué estaba haciendo? No tenía derecho a irrumpir allí ni a exigir nada. Pero maldita sea, deseaba con todo mi ser tener esos privilegios.

—Vale. Por cierto, tengo todo arreglado para la fiesta de los Landry. En cuanto mi hermano me reenvíe el correo electrónico, te lo

enviaré a ti para que conozcas todos los detalles. Avísame si cambias de opinión.

—No lo haré.

—Aún tienes tiempo para decidir. La verdad es que no es importante.

—Pero entonces, ¿quién evitará que te metas en líos?

—¿Qué?

Ella se rió:

—Vaya, lo siento. Creo que Xander no quería que lo supieras.

—¿Saber qué exactamente?

—Me pidió que te vigilara.

—No necesito que nadie... Da igual. Hablaré con él.

Ella miró de reojo y me di cuenta de que no la estaba dejando trabajar.

—Me voy.

—Gracias. Tengo que volver con mis clientes.

—Claro.

Sentí que mi teléfono vibraba mientras me apartaba hacia un rincón. Beckett me había enviado la invitación a la fiesta, y busqué la fecha para poder decírselo a Georgie.

¿Cómo? ¡No puede ser!

El evento era dentro de un mes, después de *Mardi Gras*.

Le respondí inmediatamente a mi hermano.

Julian: ¿La fecha es correcta?

Beckett: Sí.

No quería esperar un mes para volver a verla. Pero entonces se me ocurrió una idea brillante: la fiesta que yo organizaba cada año en el Marriott.

Esperé a que Georgie terminara con su cliente para pedirle que se acercara.

—¿Pasa algo? —preguntó mientras se dirigía hacia mí.

Me aclaré la garganta y respondí:

—La fiesta de los Landry es dentro de un mes.

—Oh. Pensé que sería antes —respondió con los hombros caídos.

¿Por qué estaba tan decepcionada? ¿Porque no podría contactar con algunos de sus antiguos clientes? ¿O porque, al igual que yo,

quería pasar tiempo conmigo?

—Estaba deseando asistir a otro evento —continuó.

—Tengo una propuesta. Todos los años organizo una fiesta en la *suite* del Marriott para ver las carrozas motorizadas desde el balcón. Me encantaría que vinieras.

Abrió la boca y se volvió a lamer el labio inferior. *¿Se puede ser más irresistible?*

—Espera —dijo con la mirada iluminada—, ¿te quedan invitaciones para ese evento?

—Georgie, es mi fiesta y te estoy invitando personalmente.

Di que sí. Di que sí.

—Ya veo, necesitas que vaya. No sabrías explicar la ausencia de tu novia, ¿no?

Ni siquiera se me había ocurrido, pero era una excusa perfecta.

—Exacto. Además, estoy seguro de que te lo pasarás genial.

—Pues cuenta conmigo.

Su asistente la llamó, y Georgie hizo una mueca de disgusto.

—Te enviaré un mensaje con todos los detalles.

La vi alejarse, era evidente que estaba bien. Ahora que la había visto, me sentía más tranquilo, lo cual no tenía ni pies ni cabeza. No sabía qué me había impulsado a ir a su tienda, pero tenía claro que, para cuando fuéramos a la fiesta, no me excedería y haría las cosas bien.

De lo que sí estaba completamente seguro era de que la cuidaría a toda costa.

Capítulo Catorce

Georgie

¡Madre mía!

Seguía mirando a Julian por el rabillo del ojo, aunque la señora Daisy necesitaba toda mi atención. Pobre mujer; era su primer carnaval y estaba totalmente perdida, pero había venido al lugar adecuado.

Contuve la respiración hasta que él salió de mi tienda. No podía creer que se hubiese presentado allí.

—Querida, creo que debería llevar una máscara y acabar de una vez —dijo ella.

—Oh, no, señora Daisy. Le prometo que saldrá de *Books & Beads* con el mejor disfraz de todo el desfile.

—Eso me alegraría el día —dijo con una sonrisa—. Mi pobre Dominic siempre quiso asistir a un carnaval, pero nunca lo conseguimos. Nos pasamos toda la vida trabajando, y ahora que él ha fallecido, es una forma de honrarlo.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el pecho, dejándome sin aliento y con un nudo en la garganta.

—Haremos que Dominic se sienta orgulloso, lo prometo.

Aunque tenía muchos otros clientes, me tomé mi tiempo con la señora Daisy hasta que se marchó de la tienda con una gran sonrisa. Luego me dediqué a atender al resto. El día había sido frenético, no esperaba que la tienda estuviera tan llena por la mañana, pero daba las gracias por cada uno de los clientes que pasaron ese día a comprar.

Entre el éxito de las máscaras y la renovación del contrato de Tableau para el año siguiente, tenía muchas esperanzas de que las cosas salieran bien.

Para la hora del almuerzo, estaba completamente agotada y me dolía un poco el tobillo. Tenía la mala costumbre de apoyar el peso

en la pierna del pie lesionado. Me vendría muy bien otro ibuprofeno pero apenas había comido y tenía el estómago muy sensible.

Podía ir corriendo a comprar comida a un establecimiento que quedaba a tres puertas de distancia, y volver en menos de cinco minutos. No perdería ningún cliente, o al menos no demasiados.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, colgué el cartel de "Vuelvo enseguida" y salí de la tienda. Cerré con llave y eché a correr, a pesar de que el tobillo me dolía cada vez más con cada paso que daba.

Una vez dentro, pude relajarme y respirar hondo. La señora Sophie hacía, sin duda, los mejores *po' boys* del casco antiguo.

—¡Hola, Georgie! Qué de tiempo sin verte —me saludó en cuanto entré.

—Lo sé. Zelda es la que normalmente viene a comprar, hemos estado liadísimas. —Tras una breve pausa, añadí—: Me encantaría un *po'boy*.

—Claro, jovencita. ¿Con extra de mayonesa y pepinillos, como siempre? —dijo "pepinillos" con gran disgusto, pero sabía que me tenía mucho cariño y me lo seguía preparando como a mí me gustaba.

—Sí, por favor —respondí con una sonrisa avergonzada.

—Qué horror —murmuró entre dientes y negando con la cabeza.

—No hace falta que me lo envuelvas. Me lo iré comiendo en el camino.

—Chica, ¿qué clase de almuerzo es ese? Ve y toma asiento allí —dijo, señalando los taburetes de la barra.

—No, de verdad, no tengo tiempo. Estoy sola en la tienda.

—Trabajas demasiado, Georgie.

—Igual que tú.

—Pues sí, haz lo que digo pero no lo que hago.

Entre risas, pagué mi almuerzo y le di un bocado en cuanto me lo entregó.

—Gracias, Sophie. Tengo que irme.

Ella simplemente negó con la cabeza.

En cuanto salí a la calle y vi dos señoras mayores delante de mi tienda, casi me atraganto.

Mierda.

Corrí hacia ellas y dije:

—¡Ya estoy aquí! Por favor, ¡no se vayan!

Madre mía, ¡qué forma de hablar es esa! Y lo peor era que llevaba el bocadillo a medio comer en la mano, y cuando el viento me revolvió el pelo, un mechón cayó justo sobre la mayonesa.

—Lo siento mucho —dije, con la respiración agitada mientras me detenía para abrirles la puerta—. ¿Qué necesitan? Por favor, pasen. Voy a limpiarme un momento.

Dios, qué nerviosa estaba. Era un poco torpe, pero nunca había hecho el ridículo de ese modo delante de los clientes.

Una de las ancianas me entregó una toallita húmeda.

—Gracias —dije con la mayor gratitud, dejando el bocadillo en la encimera. Después de arreglarme el pelo, me deshice de la toallita.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Cariño, relájate. Somos Celine Broussard e Isabeau LeBlanc.

¡Las famosas abuelas! Tal y como me había advertido Xander.

—Encantada de conocerlas. ¿Qué las trae por aquí?

—Teníamos intención de pasar antes, pero no hemos tenido tiempo —contestó Isabeau—. En fin, esta mañana hemos hablado con nuestra amiga Calliope...

—Querida, mejor ahórrale a la pobre esos detalles innecesarios —dijo Celine—. Conocíamos a tu abuela.

—Lo sé. A menudo me contaba historias sobre ustedes —respondí.

Celine miró a su alrededor:

—Me avergüenza decir que no he venido aquí muy a menudo, pero recuerdo algunas cosas. Ese sillón era de tu abuela, ¿verdad?

Mi corazón dio un vuelco.

—Sí, era de ella.

Qué bonito era compartir sus recuerdos con alguien.

—Le gustaba leer allí cuando no había clientes —continuó Isabeau.

—Yo hago lo mismo.

Isabeau echó un vistazo a las estanterías:

—Tienes una colección impresionante, y un talento innegable.

—Gracias. Aprendí el oficio de mi madre, que lo aprendió de Nana.

—Me alegro de que continúes con la tradición. ¿También eres matrona? —preguntó Celine.

—Oh, no. Nana era la única en la familia.

—Supongo que es una profesión que está en desuso, pero tu abuela era muy buena —dijo Isabeau—. Si no fuera por ella, mi hijo no hubiese podido... Prefiero no pensar en aquella noche.

Parecía realmente conmocionada. Celine le rodeó los hombros con un brazo:

—Tranquila, querida. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Quieren sentarse? Tengo otra silla detrás del mostrador.

—No hace falta, muchacha —dijo Isabeau—. No somos tan viejas.

Negué con la cabeza:

—No quería decir eso, solo que estén a gusto.

—Lo estamos. Disfruta de tu bocadillo; sabemos lo que es devorarse el almuerzo cuando hay un momento de calma en el negocio. Estoy segura de que esta pausa que se han tomado los turistas para comer no durará mucho.

—Gracias, tengo mucha hambre —respondí, y levanté mi bocadillo para darle un mordisco.

—¿Estás bien del tobillo? —preguntó Isabeau, y me quedé de piedra.

—Cariño, vas a asustar a la chica —le dijo Celine. Se giró en mi dirección y explicó—: Hemos hablado con Beckett esta mañana, después con Xander, que mencionó que te habías hecho daño. Mi amiga Calliope también me llamó. Entre otras cosas, mencionó que te caíste mientras bailabas con Julian. Fuisteis la comidilla de la fiesta.

De repente, empecé a sentirme acorralada. Era evidente que el motivo de su visita no era solo para recordar a mi abuela.

—Me duele más de lo que pensaba. ¿Podrían no mencionárselo a Julian?

Me di cuenta de mi error cuando Isabeau abrió mucho los ojos:

—¿Por qué no?

—Creo que se preocupa demasiado por mí.

—¿Ah, sí? —dijo Celine con una sonrisa de satisfacción—. ¿Has oído eso?

—Puedo llamar a nuestro médico de cabecera —dijo Isabeau—. Lleva con nosotros toda la vida. Vendrá aquí si...

—No, gracias. —No quería ser descortés, mi madre me había enseñado a no interrumpir nunca a alguien cuando está hablando, pero parecía tan decidida que temí que fuera a llamarlo antes de terminar de hablar. —Julian ya se ha ofrecido, pero no es necesario.

Isabeau se quedó boquiabierta:

—¿Ah, sí? Vaya, qué bien lo ha educado Adele. Calliope me ha dicho que también vas a acompañarlo a la fiesta de los Landry.

—Así es —susurré, sin saber qué más añadir.

Celine le dedicó a Isabeau una sonrisa triunfante:

—Creo que te lo pasarás muy bien. Era una de nuestras fiestas favoritas, aunque mucha gente la criticaba.

Al segundo siguiente sonó el timbre y entró un chico joven con su madre.

Isabeau miró de reojo y le dio un codazo a Celine:

—Queríamos pasar a conocerte, no te entretendremos más. Estamos muy contentas de que Julian haya entrado en razón.

Celine chasqueó la lengua:

—Cuando nos dijo que había rescindido el contrato, no nos lo podíamos creer. Sentimos mucho lo que ha pasado.

Negué con la cabeza:

—No pasa nada, de verdad. Ha quedado todo aclarado.

—Sí, pero quiero que sepas que cuando firmé ese contrato con tu abuela, le prometí que cuidaría de su familia —dijo Isabeau.

Por segunda vez en el día, se me hizo un nudo en la garganta de la emoción:

—¿De verdad?

—Sí. Como ya te he dicho, le debo todo. Quería asegurarme que ella y su familia estuvieran bien cuidadas.

—Ella siempre decía que eras su ángel de la guarda —comenté con una tímida sonrisa.

—Lo intenté. —Isabeau metió la mano en su bolso—. ¿Te gusta la lila?

—¿La flor? Claro. Es mi favorita en primavera.

—Tenemos una fragancia muy especial para ti —dijo Celine, mientras Isabeau colocaba un frasco pequeño sobre el mostrador.

—¿Es uno de vuestros perfumes? —pregunté emocionada—. Julian me habló de la tienda. Pasaré por allí algún día.

—Cuando quieras. ¿Puedes olerla y decirnos qué te parece?

Cogí con cuidado el pequeño frasco verde y le quité el tapón.

Fue amor a primera vista... o al primer aroma, mejor dicho. La primera nota que percibí fue el suave olor a lila, y me transmitió una sensación fresca a flores de primavera. Tenía otras notas olfativas, pero no podía distinguirlas.

Las miré y volví a tapar el frasco:

—Me encanta, muchas gracias. ¿Cuánto les debo?

—No digas tonterías, chica. Es un regalo —respondió Celine.

—¿Pero por qué? —susurré.

—Por tu abuela —dijo Isabeau, con los ojos un poco llorosos.

—Está bien, gracias. Pero a cambio, cada una de ustedes se llevará un collar de cuentas.

—No hace falta que... —empezó Isabeau justo cuando entró una clienta.

—No aceptaré un no por respuesta —respondí y ambas sonrieron.

—Ya entiendo por qué Julian se ha fijado en ti —comentó Celine.

La recién llegada carraspeó y preguntó si íbamos a tardar mucho más. Celine le aseguró que ya se estaban marchando. Sin embargo, ante mi insistencia, cada una cogió un collar antes de salir.

Qué día tan extraño. Primero, la visita de Julian dispuesto a regañarme, y después sus abuelas, que parecían estar al tanto de todo.

Tal y como había predicho Isabeau, la pausa del almuerzo terminó rápidamente y volví a verme abrumada por los clientes. No tuve otro descanso hasta las cuatro en punto.

Estaba sentada en mi sillón, a punto de coger un libro, cuando me di cuenta de que tenía algunos mensajes sin leer de Julian. El

primero era extremadamente largo, y al leerlo, me di cuenta de que era la invitación a su fiesta en el Marriott. Sonreí cuando leí la última línea**:**

Julian: Código de vestimenta informal. ¡Trae tu mejor conjunto de *Mardi Gras*!

Oh, eso es justo lo que me gusta.

Julian: He oído que Isabeau y Celine te han visitado. Espero que no te hayan asustado. Llámame cuando puedas. Necesito que me cuentes todo.

Eché un vistazo al frasco de perfume de lila que había dejado todo el día sobre el mostrador y me lo apliqué en las muñecas. Era divino. Después de olerlo otra vez, llamé a Julian.

—Empezaba a preocuparme —dijo a modo de saludo.

—Mmm. ¿Tenías pensado volver a irrumpir en mi tienda?

—No fue tan así como lo cuentas.

—Si tú lo dices... Hablando de Celine e Isabeau, parecían tener bastante información.

—Espero que no te hayan asustado.

—Para nada, pero siento curiosidad: ¿Qué podrían haber dicho para asustarme?

—Con mis abuelas, nunca se sabe. No lo harían a propósito, pero es algo innato en ellas.

—Fueron muy amables. Hablamos de mi abuela e incluso me trajeron un perfume. No sé muy bien qué contiene, pero mencionaron que lleva lila.

—¡¿Lila?! —preguntó Julian incrédulo, y se echó a reír.

—¿Qué?

—No me lo puedo creer.

—Julian, me estás preocupando.

—No importa.

—Ni hablar, no puedes dejarme así.

Suspiró:

—Son muy supersticiosas con la lila; Celine le hizo una fragancia a mi madre cuando era joven y justo después conoció a mi padre. Eso bastó para convencerla de que tiene un poder especial. También

le hicieron un perfume con lila a Scarlett, y le atribuyen a la flor el poder mágico de que ella y Chad estén juntos.

—Vaya... —No sabía qué decir.

—Seguro que pronto te contarán toda la historia.

—¿Crees que volveré a verlas?

—Si mis abuelas fueron hasta allí a presentarse, es porque quieren conocerte.

Mi corazón se aceleró ante esa posibilidad. Las dos eran cariñosas y cercanas, y me recordaban muchísimo a mi abuela.

—No me importaría. Oye, ¿saben de lo nuestro?

Mis mejillas se sonrojaron solo con mencionar la palabra "nuestro".

—Creo que sí, más si han conversado con Calliope. Beckett también ha hablado con ellas.

—¿Tu hermano Beckett?

—Sí, hablé con él esta mañana y le pedí que les contara todo lo que está pasando.

No podía dejar pasar esa oportunidad para darle caña:

—¿No has tenido el coraje de hablar directamente con ellas, eh?

—Es complicado —fue todo lo que dijo.

Necesitaba burlarme un poco más de él:

—Por cierto, en la invitación no se hace referencia a ningún tipo de baile. Pero habrá baile, ¿no?

—En mi fiesta no suele haber una pista como tal, pero puedo llevarte a bailar a otro sitio cuando termine.

¿Me estoy imaginando cosas o me está lanzando una indirecta? En todo caso, mi cuerpo ya lo ha captado.

—Te tomaré la palabra.

—Tendré la oportunidad de lucirme en la pista sin que nadie nos mire.

Volví a sonrojarme aún sin saber si era una indirecta o no. *¿Por qué no me sorprende?*

—¿A dónde piensas llevarme a bailar y que nadie nos mire? —pregunté.

No respondió de inmediato, pero podía oír el sonido de su respiración acelerada a través del teléfono.

—Puedo encontrar un lugar privado en todos los bares que tengo.

El tono de su voz era ahora peligrosamente sexy. Intenté recomponerme oliendo mi muñeca, pero el aroma a lila me nubló la mente, y me sentí aún más susceptible a él.

—Necesito detalles. ¿Por qué quieres bailar conmigo y que nadie nos vea?

—No puedo contártelo. Tengo que enseñártelo.

Madre del amor hermoso. Si lo tuviera delante, fingiría un esguince solo para que me llevara en brazos otra vez. ¿Adónde? Eso era lo de menos. Mientras tuviera esos fuertes brazos rodeándome, iría hasta el fin del mundo.

¿Era la lila la que me daba esas locas ideas? Sí, la culpa la tenía mi nuevo perfume.

—Me estás convenciendo poco a poco.

Tras otra pausa, añadió:

—De hecho, puedo cumplir esa promesa hoy mismo. Paso a recogerte cuando cierres la tienda y vamos juntos al bar.

Mi corazón latía tan rápido que hasta me sentía mareada. Dios mío, nunca me había pasado algo así. *Es la lila, estoy segura*.

—Me encantaría, pero no creo que mi tobillo esté en condiciones.

—¡¿Cómo?!

—He pasado mucho tiempo de pie, lo mejor es que descanse esta noche.

—Georgie...

—No hace falta que llames a ningún médico —le interrumpí, sabiendo lo que iba a decir—. De verdad. Solo necesito ibuprofeno.

—Tampoco deberías abusar del ibuprofeno.

—Me haces quedar como una yonqui.

—No es eso lo que quería decir.

—Julian, ¿por qué te preocupa tanto?

—No lo sé —respondió con un suspiro—. No puedo evitarlo.

Parecía como si estuviese confesando su falta de autocontrol.

—Te agradezco mucho la preocupación, pero estoy bien. Puedo cuidar de mí misma.

—Pues no lo parece.

Madre mía, qué intenso es.

—¿Siempre eres tan insistente?

—Para nada, pero hago una excepción contigo porque eres especial.

—¿En qué sentido?

—Eso es otra cosa que no puedo explicar.

Otra vez volvía el mareo. Quizás no fuera por las lilas. Quizás fuera por Julian... o una combinación de ambas cosas.

—En cuanto a la fiesta —dije, para cambiar de tema—, creo que deberíamos saber más el uno del otro, por si alguien se entromete en nuestros asuntos.

—No te preocupes por eso. No creo que la gente pregunte mucho.

—Vale.

—Aunque tú sabes más de mí que yo de ti —dijo.

—Eso no es verdad. Me has contado mucho sobre tu familia —bromeé—, pero nada sobre ti. ¿Qué te gusta? ¿Qué cosas detestas? ¿Por qué decidiste dedicarte al negocio de los bares? ¿Por qué sigues expandiéndote si ya tienes un montón de locales? Parece mucho trabajo.

—Soy una persona ambiciosa, y quiero dejar mi huella en *The Orleans Conglomerate*, lo cual no es tan fácil como parece. Mis abuelos y, a veces, incluso mi padre, se oponen cada vez que quiero abrir algo nuevo.

—¿Por qué?

—No quieren que nos sobrecarguemos de trabajo. Pero mis hermanos y yo queremos traspasar la frontera de Luisiana y llegar a lugares como Nueva York, Londres, etcétera.

—Qué guay.

—La próxima vez que veas a mis abuelas, coméntaselo.

—Ya veo... primero mandas a Beckett y ahora a mí a hacer tu trabajo sucio. ¿Es mi imaginación o no puedes con tus abuelas?

Julian se rió:

—Nadie puede, créeme. Pero con los años, he aprendido que el secreto para lidiar con ellas es dar pequeños pasos.

—Claro... —Hice una pausa para pensar—. Siento sonar como un disco rayado, pero ¿estás seguro de que no deberíamos inventar una historia? ¿O saber más información el uno del otro?

—No puedo imaginar a nadie tan entrometido como para preguntarte cosas sobre mí.

Me había pillado. Quería saberlo todo sobre él, pero no podía admitirlo. Sería como confesar que había disfrutado demasiado de nuestros besos fingidos y de bailar juntos.

—No estoy segura, Julian. La gente puede llegar a ser muy cotilla.

—Y yo tengo un talento especial para mandarlos a tomar por saco.

Vaya, si quería tener información acerca de él tendría que ser más creativa.

—Ya te diré si se me ocurre alguna otra pregunta con respecto a la fiesta.

—Y cuando quieras salir a bailar, llámame. Será un placer.

Será un placer. ¿Por qué ha sonado tan irresistible?

—Lo pensaré —dije—, pero la temporada está siendo muy ajetreada, así que...

—No tienes que explicarme nada. Por cierto, te enviaré un regalo específicamente para la fiesta.

—¿Qué es? —pregunté, humedeciéndome los labios.

—Es una sorpresa. Lo recibirás mañana por la mañana.

Mi corazón latía desbocado. Ni siquiera sabía qué decir.

—Estoy deseando verte —susurró.

—Yo también.

Después de colgar, apoyé la cabeza en el respaldo y respiré hondo.

Pff... Me prometí a mi misma que nunca volvería a salir con un hombre poderoso.

Pero no estaba saliendo con Julian como tal, sino montando un paripé... y lo estaba disfrutando al máximo.

Ya... como si no fuese lo mismo, me dictó la voz de la conciencia. Tenía que reconocer que estaba jugando con fuego otra vez.

Capítulo Quince

Georgie

A la mañana siguiente, llegué a trabajar cuarenta minutos tarde. El autobús había pinchado una rueda y tardaron una eternidad en solucionarlo. Por suerte, Zelda se encargaba de abrir la tienda ese día.

Me preguntaba cuándo me enviaría Julian el regalo o si me lo traería él personalmente. No había duda de que me gustaría cualquier cosa que me regalara, y cualquier excusa era válida para verlo. Sentía un anhelo por él que no podía explicar.

Para mi gran decepción, no había ningún cliente en la tienda.

Nunca me acostumbraré a estos altibajos. Ayer estaba a reventar y hoy vacía... no lo entiendo.

—Hola —saludó Zelda, cuando entré.

—¿Hemos tenido algún cliente hoy?

—Han venido dos chicas y han comprado un puñado de abalorios y máscaras baratas. Ah, y has recibido un pedido.

Ajá. ¿Eso que siento son mariposas en el estómago?

Zelda señaló una elegante caja al lado del mostrador. Por su aspecto, era imposible descifrar el contenido.

—Gracias. ¿Quién la ha traído?

—Alguien que trabaja para Julian LeBlanc.

Cogí la caja y dije:

—Voy a la trastienda.

—Claro.

Zelda tenía una sonrisa muy pícara. ¿Tanto se me notaba? De todos modos, era asunto mío y no iba a dar explicaciones a nadie.

No alcancé a llegar al almacén que ya estaba abriendo la caja.

—Vaya —suspiré.

Dentro había una preciosa máscara de porcelana. Debía de haber costado una fortuna; nunca me atreví a usar ese material para

confeccionar mis máscaras. Estaba pintada a mano con trazos muy delicados.

Me la puse y corrí al baño a mirarme al espejo. Ya sabía qué iba a ponerme, me quedaría perfecto. La volví a guardar en su caja y saqué mi teléfono para enviarle un mensaje a Julian.

Georgie: He recibido la máscara. Es una joya.

Julian: Me alegro de que te guste. Así podré reconocerte enseguida.

Georgie: ¿Todo el mundo llevará máscara?

Julian: Sí, yo incluido.

Georgie: Es muy generoso por tu parte regalar máscaras a todos los invitados.

Julian: A decir verdad, en la invitación se especifica que cada uno tiene que llevar su propia máscara, pero quería algo especial para ti.

Georgie: Entonces ya la has visto y sabes cómo es.

Julian: No, le pedí expresamente a mi asistente que no me diera ningún detalle.

Georgie: No te lo voy a poner fácil.

Julian: Confía en mí, Georgie, te reconocería en una sala con un millón de mujeres. Me atraes como un imán.

Joder, ¿en qué momento este juego se volvió tan seductor?

De repente, mi corazón se aceleró mientras regresaba al frente.

—¿Estás bien? —me preguntó Zelda—. Te has puesto roja como un tomate.

—Estoy bien. Preparémonos para trabajar.

—Por cierto, las chicas y yo vamos a buscar un sitio para ver las carrozas motorizadas. ¿Quieres venir con nosotras?

Me mordí el interior de la mejilla:

—Lo siento, no puedo. Tengo otros planes.

—No pasa nada —dijo Zelda.

¿Pensaría que era una pija si le decía que vería el desfile desde la *suite* del Marriott? Probablemente. Podría explicarle lo que estaba pasando con Julian, pero mientras lo pensaba, me percaté de lo poco creíble del relato, así que decidí quedarme callada.

Durante el resto del día, no dejé de pensar en mi atuendo para la fiesta mientras atendía a los clientes.

Julian me había asegurado que su fiesta sería algo parecido a una reunión en un bar. Informal. Pero, ¿qué tan informal podía ser un evento en el Marriott?

Tenía que dejar de preocuparme. Era la temporada de Carnaval y tenía el conjunto perfecto.

* * *

Era el día de la fiesta y estaba feliz, contemplando mi atuendo. A las cuatro de la tarde, le dije a Zelda que tenía que irme temprano. Había pensado en llevarme el disfraz a la tienda, pero preferí cambiarme en casa.

—¿Sabes lo que te digo? Mejor cerrar del tirón —dije, y su alivio fue palpable.

—Oh, menos mal, porque las chicas me han dicho que si no llego pronto, no podré ver nada. El local ya está abarrotado.

Hice una mueca:

—Pues vete, vete, vete.

—¿Seguro que no pasa nada si cierro la tienda?

Me encogí de hombros. La verdad es que era una tontería. Perderíamos algunos clientes, pero ¿qué más daba? Tenía una oportunidad única en la vida de ver el desfile desde el balcón del Marriott. Me partía el lomo todos los días, así que podía concederme ese lujo, y a mis chicas. Como ya no se permitían las carrozas motorizadas en el Barrio Francés, la única forma de verlas era en los grandes bulevares como Canal Street.

—Sí, aprovecha y pásatelo bien.

Ella sonrió:

—Gracias, jefa.

Salir del casco antiguo fue un caos absoluto, pero conocía algunos atajos, así que decidí ir andando. No iba a coger el autobús desde la catedral, sino que iba a subirme tres paradas más adelante, pasando St. Charles Avenue.

El fallo en mi plan fue que no conté con que el autobús se retrasara. Llegó quince minutos tarde, pero finalmente pude emprender mi camino a casa. Una vez allí, me cambié a toda prisa y me puse un vestido corto brillante y multicolor. Si había una ocasión para lucir brillos, sin duda era en la temporada de carnaval. Los colores también combinaban con mi preciosa máscara. Me la puse solo para ver cómo me quedaba.

Sí, me queda fenomenal.

No tenía duda de que estaba guapa y que acapararía todas las miradas.

Me quité la máscara, y recordé el mensaje de Julian: que me reconocería hasta con la máscara puesta. No sabía si estaba ligando o era un simple cumplido... pero sus besos falsos parecían demasiado reales, y no hacían más que confundirme.

Quizás debería advertirle que, si íbamos a besarnos como parte de la puesta en escena, lo hiciera de forma comedida... sin tanta pasión.

¡Pero qué tontería es esa!, pensé frente al espejo. *Da igual que sea un paripé, mejor un beso apasionado que un beso tibio, ¿no?*

No teníamos por qué contenernos... y para ser sincera, estaba deseando que se presentara la oportunidad de darnos un beso. Sabía que era una locura y que la fiesta no era para eso, ¿o sí?

Sin embargo, tenía la sensación de que había perdido completamente el sentido. ¿Por qué iba a asistir al evento? Desde luego, no para hacer contactos. Iba vestida de *Mardi Gras*, y Julian me advirtió que la mayoría de la gente se limitaba a ver las carrozas y a emborracharse.

No, tenía que ser sincera conmigo misma; había aceptado su invitación porque quería verlo. También quería contemplar las carrozas, pero sobre todo a él.

Como si fuera una señal, me sonó el móvil.

Julian: ¿Cuándo llegarás?

Georgie: Todavía estoy en casa, pero voy bien de tiempo.

Julian: No te preocupes. Hay tiempo de sobra hasta que salgan las carrozas.

Llegué al Marriott cuarenta y cinco minutos más tarde. El tráfico era demencial, pero en cuanto entré en el vestíbulo, lo olvidé por completo. Parecía que estuviera en otro mundo, un oasis de lujo y paz donde nada podía salir mal, y una sensación de calma me caló en lo más profundo.

La *suite* estaba en la quinta planta, e inmediatamente comprendí por qué Julian me había indicado que utilizara un ascensor específico. Un empleado del hotel me preguntó:

—¿Va a la fiesta de Julian LeBlanc?

Asentí.

—Pase, por favor.

—Vaya, ¿eres ascensorista? Qué guay.

—Sí. Y tiene suerte de estar sola en el ascensor. El último grupo era tan grande que pensé que las puertas no cerrarían.

—¿Ya ha llegado mucha gente?

—Sí, es así cuando hay copas gratis —dijo con una sonrisa.

Cuando el ascensor se abrió, asintió:

—Buena suerte.

—¿Cuál es la puerta?

—Ya lo verá.

Tenía razón: era imposible no verla. Julian había alquilado la *suite* presidencial. Ni siquiera podía imaginar cuánto costaría.

De repente, bajé la mirada hacia mi vestido. No, no iba a cuestionarme mi atuendo. Era una mujer muy segura de sí misma, y no quería dejar que los comentarios de Kyle me rondaran la cabeza, pero no pude detenerlos a tiempo. Sin embargo, estaba decidida a disfrutar de la velada.

Me desabroché el abrigo al llegar frente a las puertas dobles. Había dos mujeres a cada lado, ambas uniformadas con un traje blanco y negro.

—Buenas tardes, ¿podemos coger su abrigo?

—Claro.

Una de ellas me ayudó a quitármelo mientras la otra sostenía una bandeja con copas.

—¿Champán?

—Sí, por favor.

—Debo pedirle que se coloque la máscara, por favor —me pidió con seriedad.

—Es verdad. No puedo creer que se me haya olvidado.

Me di la vuelta, saqué rápidamente la máscara de mi bolso y me la puse. Luego me giré para mirarlas.

—¿Qué tal estoy? —pregunté.

—Fantástica. Por cierto, su vestido es, con diferencia, mi favorito de esta noche.

Una amplia sonrisa iluminó mi rostro:

—Gracias. Quería ver las carrozas con estilo.

—Como debe ser. Yo también lo haría, pero no me puedo perder las generosas propinas de la fiesta. ¡Diviértase!

—Tú también.

Con la máscara puesta, no me daba vergüenza mirar los atuendos de los demás. Julian tenía razón, y el ambiente era informal. Había mucha gente en vaqueros y camisetas en tonos dorados, verdes y morados. Aunque también vi algunos vestidos brillantes como el mío.

¿Dónde está Julian? Eché un vistazo a la sala, pero no lo veía por ningún lado.

Me acerqué a una de las ventanas y miré hacia fuera. La vista era absolutamente perfecta. No podía creer mi suerte. Sentí pena por mis empleadas, que llevaban horas haciendo cola para poder echar un vistazo, y yo tenía esa panorámica perfecta.

—Hola, preciosa —la inconfundible voz de Julian resonó a mi espalda—. Te dije que te encontraría. Te vi cuando entraste.

Capítulo Dieciséis

Georgie

Su voz parecía aún más ronca y sexy de lo habitual, ¿o era que el champán me estaba nublando la cabeza? Aunque lo dudaba ya que apenas había tomado unos sorbos.

Lo miré de reojo y con cara de desaprobación, le pregunté:

—¿Por qué no llevas los colores de *Mardi Gras*?

—Siempre voy de negro para destacar. Tú, en cambio, estás preciosa... más de lo que imaginaba.

Tragué saliva con dificultad y miré el entorno de la sala. No habíamos hablado de cómo deberíamos comportarnos en esa velada: ¿Teníamos que fingir que éramos pareja? ¿O hacer el paripé delante de una persona en particular? ¿Era por eso que se me había acercado tanto y coqueteaba sin descaro alguno?

Dios mío. Tomé otro sorbo de champán para calmar los nervios.

—Gracias por la máscara.

—De nada. Te queda muy bien. —Y con una sonrisa pícara, añadió—: Te hace aún más sexy.

Mi corazón iba a mil por hora. Eché un vistazo a mi alrededor para comprobar que no había nadie cerca y constatar que el cumplido había sido sincero. *No entiendo nada.*

—¿Qué tal va la fiesta? —pregunté.

¿Por qué buscaba cambiar de tema en vez de preguntarle sin más rodeos qué pretendía realmente?

—Genial. Todos los invitados están disfrutando de la comida, que por cierto, está por allí —dijo, y señaló con el pulgar la esquina donde estaban las mesas.

No me había dado cuenta de que había un bufé junto a la entrada.

—¿Quieres que te traiga algo? —ofrecí.

—Gracias, pero más tarde quizás.

—Julian...

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó, acercándose a mí.

—¿Hace falta que...? —¿Cómo decirlo sin que resultara incómodo?— ¿Hay personas aquí presentes que piensen que estamos juntos?

—Hay mucha gente que estuvo en la última fiesta, y otros tantos que conocen a Deveraux. Pero eso no significa nada... lo que piensen los demás me trae sin cuidado.

—Mmm... pero más vale prevenir que curar, ¿no?

—Georgie, no hace falta darle tantas vueltas.

Para él era fácil decirlo. Seguro que no le costaba nada interpretar el papel de seductor, pero yo no sabía cómo seguirle el juego sin delatar que Julian me *atraía*. Demasiado.

Está bien. Puede que todo el ligoteo y las caricias juguetonas formaran parte del espectáculo, pero estaba segura que ese cumplido no.

—Vamos al bufé. Tengo una sorpresa para ti —dijo Julian.

—Vaya —respondí con una ceja levantada—, la noche se está poniendo interesante.

Me puso la mano en la espalda y me incliné ante su contacto.

Voy a interpretar el papel y disfrutar de sus beneficios, claro que sí.

Con la máscara puesta, y haciendo acopio de osadía, le puse una mano en el pecho y sentí cómo respiraba profundamente. Julian se aclaró la garganta y cubrió mi mano con la suya. Me quedé quieta un segundo, sin saber si quitaría mi mano o no. Pero no lo hizo.

¿Podría aprovechar la oportunidad para recorrer su pecho? Julian me lo impidió: mantuvo mi mano en su sitio a propósito.

Hmm, ¿qué significa eso?

Un segundo después, dio un paso atrás, entrelazó nuestras manos y me llevó al bufé para enseñarme la mesa central.

—¡*Bananas Foster*! —exclamé.

—Las he pedido especialmente para ti.

Me volví para mirarlo, y sentí su mano de nuevo en mi espalda.

—¿Como que solo para mí? —pregunté volviendo a llevar mi mano a su pecho—. ¿No estaba en el menú?

—No, lo añadí en el último momento.

Negué con la cabeza:

—Debe de haber sido complicado.

—Bueno... no te olvides que soy el jefe. Aún así tuve que mover algunos hilos y pedirle a mi hermano, que tiene varios restaurantes, que su repostero hiciera una excepción conmigo.

Mi corazón latía con fuerza. Menos mal que seguíamos con las manos entrelazadas, porque estaba a punto de perder el equilibrio. Era como si estuviera a punto de desmayarme.

Debo mantener la mente fría y recordar que es parte del espectáculo. Así tiene que ser.

Por otro lado, ese detalle tan bonito no cuadraba con el paripé. No lo había gritado a los cuatro vientos sino que me lo dijo al oído... mientras me abrazaba contra su pecho.

Sea por el motivo que sea, me estoy derritiendo.

Y pensaba disfrutar al máximo. Un tío buenorro, que me acariciaba la espalda, me había comprado mi postre favorito por qué sí. ¿Qué más podía pedir?

Julian me soltó cuando nos dispusimos a llenar los platos. En un abrir y cerrar de ojos, al menos tres personas se le acercaron, y me di cuenta de que ya no tendríamos tiempo de estar juntos. Hice un puchero mientras me servía un poco de *gumbo*.

¿Pero qué pretendía? Si Julian era el anfitrión de la fiesta.

Me limité a coger mi plato y mi copa de champán y volver junto a la ventana. La multitud aumentaba a cada segundo, y una sensación de euforia recorrió mi cuerpo. Me pregunté si pondrían música, pero no era necesario; en cuanto abrieran los ventanales, entraría el animado bullicio de la calle.

La música comenzó aproximadamente media hora más tarde. Se oía incluso a través de los ventanales. Miré a mi alrededor y pregunté en voz alta:

—¿A alguien le importa si abro una ventana?

—Adelante —dijo Julian con claridad desde el otro lado de la sala, mientras se acercaba.

Abrí y salí al balcón. Las carrozas aún estaban bastante lejos.

Supe que Julian estaba detrás de mí sin necesidad de mediar palabra.

—¿Quieres que te traiga el abrigo?

—No creo que haga falta. Va a ser solo un momento.

—Te conozco. No volverás a entrar hasta que haya pasado todo el desfile.

Sonreí tímidamente:

—Culpable.

—Puedo darte un poco de calor, aunque no te vendría mal un abrigo.

De repente, un comentario interrumpió nuestra conversación.

—Por fin os he encontrado.

Joder, no puede ser verdad. Reconocí esa voz porque se parecía demasiado a la de Kyle. Lo suficiente como para provocarme escalofríos.

Me di la vuelta para mirar a Beau, su hermano. Julian también se había girado al mismo tiempo.

—No me lo puedo creer —dijo Julian.

—Pues creételo. Te has olvidado de retirarme la invitación, a diferencia de Kyle.

¿Eh? Quería preguntarle a Julian qué estaba pasando, pero no delante de Beau.

—¿De verdad, Julian? —dijo Beau, alternando la mirada entre los dos—. Te vas a cerrar muchas puertas si sigues cancelando invitaciones por culpa de tu novia.

Julian se rió:

—Haría cualquier cosa por ella.

Sus palabras sonaron tan auténticas que ya estaba derritiéndome otra vez.

—Y no te atrevas a darme lecciones sobre negocios —continuó—. La mitad de los empresarios del Barrio Francés tienen cuentas pendientes contigo y con Kyle.

Beau puso los ojos en blanco y me miró con desdén:

—Son habladurías. A diferencia de ti y esta...

—No te atrevas —interrumpí—. Madre mía, eres peor que tu hermano.

—Le advertí que no estabas a su altura. No entiendo cómo alguien de nuestra alcurnia se haya fijado en...

—Vete —dijo Julian. Su tono era sorprendentemente tranquilo, lo que explicaba por qué Beau no lo tomaba en serio.

—Sí, claro.

Julian le hizo un gesto a una persona al otro lado de la sala, y acto seguido se acercó un vigilante de seguridad en toda regla.

¡Joder! Ni siquiera había visto al hombre. Considerando su altura, era fácil de distinguir, pero que pasara desapercibido tenía sentido: solo estaba allí para intervenir si había problemas.

—Jay, por favor, acompaña al señor Beau Deveraux fuera de la *suite*.

—No me jodas... —comenzó Beau, pero Julian lo interrumpió.

—No montes una escena, no te conviene. Me encargaré de decirles personalmente a todos tus acreedores y los de tu hermano aquí presentes que pueden cobrarse contigo ahora mismo.

Beau frunció el ceño:

—No te atreverías.

—Si no te vas ahora mismo, comprobarás que lo digo en serio. —La actitud de Julian no dejaba lugar a dudas.

Beau pareció comprenderlo, porque no insistió más.

—No hace falta que me acompañen a ningún sitio —dijo, tirando con enfado de su chaqueta—. Te vas a cargar el nombre de LeBlanc con estas actitudes, saliendo con gente como ella y... —Volvió a mirarnos antes de darse la vuelta, y dirigirse rápidamente hacia la salida.

—¿Hay alguna otra persona que esté causando problemas? —le preguntó Jay a Julian.

—No, Jay, gracias. Te avisaré si hace falta.

—Claro, señor.

Después de que se marchara, me volví hacia Julian. Aunque llevaba una máscara, podía ver claramente que estaba furioso. Tenía las fosas nasales dilatadas, y mantenía la mirada fija en la entrada, como si estuviera vigilando para asegurarse de que Beau no volviera.

—¿Le has retirado la invitación a Kyle?

Vi cómo su nuez subía y bajaba antes de darme una respuesta:

—Tenía pensado hacerlo de todos modos, pero cuando le pedí a mi asistente que se encargara, se me pasó pedirle que desinvitara a toda su familia.

—Julian, ¿por qué lo hiciste?

Se volvió hacia mí. Aunque no podía verle las cejas por la máscara, su ceño fruncido revelaba su enfado.

—¿Qué quieres decir? Es obvio que Kyle te incomoda.

—Lo sé, pero forma parte de este círculo, y esta fiesta es para ellos. No tenías por qué hacerlo.

—Claro que sí. Si alguien te hace sentir incómoda, que no venga. Así de simple.

Aunque no estuviese claro el alcance de nuestro vínculo, era innegable que Julian me gustaba más a cada segundo que pasaba. Y eso era un peligro. Un *gran* peligro.

—Gracias —murmuré.

Él miró mis brazos desnudos:

—Te traeré el abrigo.

—Te lo agradezco.

No podía creer que nadie hubiese salido al balcón. La música era bastante estridente, de modo que cerré los ojos y respiré hondo para conectarme con el ritmo.

Mientras bailaba, di una vuelta y, al abrir los ojos, supe que Julian me estaba mirando. Lo anticipé incluso antes de verlo.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —pregunté.

—No mucho. Quería contemplarte... me encanta verte disfrutar así.

—Es mi día favorito del año, tengo mi comida favorita, y a *mi* chico favorito.

—¿De verdad? —preguntó, acercándose con mi abrigo y un brillo en la mirada.

Asentí:

—El más favorito del mundo.

Me di la vuelta para ponerme el abrigo, pero decidí no abrochármelo para no limitar mi movimiento al bailar.

—¿Por qué? —me preguntó al oído, y supe exactamente a qué se refería.

—Es diferente a todas las personas que he conocido —susurré, pero captó mis palabras. Había hablado con el corazón, revelando lo que sentía.

No me preguntó nada más, y lo agradecí infinitamente. No estaba preparada para desnudar aún más mi alma.

Varias personas salieron al balcón, pero solo a contemplar el espectáculo.

—¿Por qué nadie baila?

—No importa, Georgie. Baila como si nadie te estuviera mirando —me susurró al oído, y se me puso la piel de gallina—. Como si estuviésemos solos.

Había una orden inequívoca en su voz, y era puñeteramente seductora.

Empecé a tararear, a bailar y a vitorear a las carrozas conforme se acercaban. Los disfraces eran fenomenales y me encantaba que hubiera gente tan entusiasta como yo, que mantenía viva la tradición de la confección artesanal de disfraces.

Estábamos bailando de forma diferente a cómo lo hicimos en el bar o incluso en el evento. Era más íntimo. Julian estaba detrás de mí, con las manos en mi cintura, siguiendo mi ritmo. Sus manos irradiaban calor.

Mantuvo su nariz justo encima de mi oreja. El suave ritmo de su respiración me erizaba la piel mientras yo miraba, completamente absorta, el desfile de carrozas. El balcón se estaba llenando cada vez más, pero Julian no se apartó de mi lado. Incluso cuando otros intentaban entablar conversación, él los despachaba con un rápido "más tarde" o "ahora no", y volvía a bailar conmigo.

Aplaudí junto con toda la multitud que se encontraba abajo cuando las carrozas pasaron por delante. Algunos invitados que estaban en el balcón también comenzaron a aplaudir tímidamente.

—Estás convirtiendo esto en una auténtica fiesta de carnaval —dijo Julian al oído—, y por eso me gustas aún más.

—¿Aún más, eh?

Llevaba bailando lo que me parecieron dos horas, aunque estaba segura de que había sido mucho menos. Poco a poco empezaba a perder fuerzas.

—Sí —susurró.

Me giré para mirarlo y estaba mucho más cerca. Mucho, *mucho* más cerca de lo que había estado en el balcón de su bar.

—¿Necesitas un descanso?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque has bajado el ritmo. —Joder, estaba muy en sintonía con mi cuerpo—. Además, debes de tener los pies destrozados. Por si te hace falta, me ofrezco a darte un masaje en los pies.

Eché la cabeza ligeramente hacia atrás antes de acercar mi boca a su oído:

—Eres como un paquete con todo incluido, ¿eh?

—Claro, viene con la suscripción de novio falso —añadió, y mi euforia anterior se desvaneció al instante—. ¿Lista para aceptar la oferta?

Su sonrisa era aún más seductora que antes, pero de repente ya no estaba de humor. Necesitaba un rato a solas para recomponerme.

—No es necesario, de verdad. —Me aparté a un lado y carraspeé —. Voy al baño un momento. Además, creo que ya te he tenido un buen rato para mí, y los demás invitados querrán hablar contigo.

Julian frunció el ceño, pero se limitó a asentir.

Acto seguido, me retiré al baño. No necesitaba ir, pero quería alejarme de él y de toda la gente que estaba allí.

El baño estaba revestido de azulejos de piedra verde, y emanaba mucha paz. Me quité la máscara y me quedé delante del lavabo, mirándome en el espejo. ¿Por qué estaba tan alterada? Era la mejor fiesta de carnaval a la que había asistido, tenía una vista espléndida de las carrozas motorizadas, y la compañía de Julian era la guinda del pastel.

Pero ese era el quid de la cuestión: con Julian pasaba de la euforia total a la tristeza más absoluta en un instante. Y no me gustaba que tuviese ese poder en mí. *¡Maldita sea, si soy una mujer fuerte y no dejo que nada me afecte!*

Enderecé los hombros y continué mirándome en el espejo.

Respiré hondo, y me prometí disfrutar de la velada. Volví a ponerme la máscara y regresé al salón principal, decidida a cumplir la promesa que me había hecho a mí misma.

Y así fue. Disfruté muchísimo de la fantástica fiesta. Evité cruzarme con Julian, algo que no fue nada complicado dado que estaba constantemente rodeado de invitados. Charlé con algunas personas y conversé con unas cuantas mujeres cuyos disfraces me encantaron.

Hacia medianoche, cuando la gente empezó a marcharse, pensé que era hora de que me fuera yo también. Sin embargo, no quería desaparecer sin despedirme de Julian, y había cola para saludarlo.

Me quedé junto a la puerta, charlando con todos a medida que se marchaban. Sería muy extraño que me pusiera en la fila para saludar a mi "novio falso"; invocaría mi derecho y me colaría.

De modo que, en vez de esperar mi turno, me acerqué sigilosamente por detrás y le susurré al oído:

—Julian, me voy. Solo quería avisarte.

Pensaba que asentiría y continuaría con el invitado que estaba esperando para despedirse, pero para mi sorpresa, me agarró la mano y me susurró:

—Quédate.

Capítulo Diecisiete

Georgie

—¿Qué? —pregunté después de aclararme la garganta.

—Quédate.

Quería preguntarle para qué, pero no podía retrasar más la fila.

—Vale —respondí, dando un paso atrás.

Más que una orden, parecía una súplica. No entendía cómo esa simple palabra podía tener ambos matices.

Cuanto más lo pensaba, más nerviosa me ponía. Para mantenerme ocupada, fui al bufé y me serví una copa de champán. Sobre el final de la noche, los camareros habían dejado de circular con bandejas, y colocado grandes cubiteras con hielo sobre la mesa del bufé. Di un gran sorbo y las burbujas hicieron su efecto: me relajé al instante.

Ahora que la sala estaba más vacía, podía apreciar la exquisita decoración del hotel. Era aristócrata y clásico, y como amante de las antigüedades, me fascinaban los sofás y los cojines. Parecían sacados de un museo francés.

Me senté en un sillón y miré hacia fuera. Estaba oscuro, por supuesto, así que no podía ver mucho más allá de las luces de los edificios al otro lado del bulevar. Pero, por alguna razón, eso me tranquilizó.

Después de vaciar mi copa, la dejé en una mesa cercana. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldo.

Vaya, qué sillón más cómodo. No tan perfecto como el de mi abuela, pero se le parecía bastante. *Qué ganas de echarme una cabezadita.*

—Georgie... —susurró Julian—. Georgie... Despierta.

Abrí los ojos:

—Madre mía ¿Me he quedado dormida? —pregunté al tiempo que me enderezaba y saltaba del sillón. La habitación estaba completamente vacía.

Julian me sonrió.

—¿Ya se ha ido todo el mundo?

—Sí, hasta los camareros.

Mi temperatura corporal se elevó al instante. Estábamos solos.

—Deja que te quite la máscara.

—Mejor lo hago yo —dije rápidamente, antes de llevarme la mano a la parte trasera de la cabeza y tirar del lazo.

Sin embargo, debí de tirar mal, porque solo conseguí apretarla más.

Julian sonrió y giró el dedo para que me diera la vuelta.

¿Acaso tengo alguna otra opción?

Sentí que se acercaba por detrás y que sus dedos rebuscaban entre mi pelo. Tiró del otro extremo del lazo, pero no se movió.

—Esto no va a funcionar. Voy a cortarlo.

—Intenta quitármela por encima de la cabeza.

—Se te ha enganchado al pelo y no quiero hacerte daño.

—Vale.

Julian se alejó y, por alguna razón, no me atreví a moverme. Me quedé clavada en el sitio, respirando profundamente.

Volvió mucho más rápido de lo que esperaba y cortó el lazo de la parte trasera. Me lo quitó con cuidado, sin tironear del pelo.

—¡Liberada! —exclamó al cabo de un momento.

—Gracias... —dije, al darme la vuelta—, por todo lo de esta noche. Ha sido una fiesta fantástica.

—Georgie, ¿por qué evitas mi mirada? —susurró.

Ni siquiera era consciente de que estaba desviando la mirada, fijándome en la farola de la calle como si fuera lo más interesante del mundo.

—Supongo que estoy cansada.

Me tocó la mandíbula suavemente. Respiré hondo, y con mucha delicadeza, me elevó la barbilla para hacer contacto visual.

Inclinándose hacia mí, dijo:

—Sabes que no es así. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo que te haya molestado?

No podía creer que me estuviera haciendo esa pregunta, como si fuese un novio cariñoso y atento. Claro que tampoco estaba

acostumbrada a relaciones sanas de ese tipo.

—Ha sido una noche muy larga. ¿Para qué querías que me quedara? —*Eso es, cambio de tema.*

—Te prometí llevarte a bailar después de la fiesta.

—Oh, lo había olvidado por completo. Pero es muy tarde...

—Lo sé. En realidad, no es por eso que te pedí que te quedaras. Quería aclarar las cosas. Me has estado evitando, no puedes negarlo.

Me mordí el interior de la mejilla. Podía hablar con él. No montaría una escena ni me regañaría, estaba segura.

—Es todo muy confuso... —admití—. En un momento estabas bailando conmigo y al siguiente dijiste que era parte de la actuación.

Julian se me quedó mirándome durante un buen rato. Bajó la vista a mis labios antes de volver a establecer contacto visual. Su mano seguía en mi mandíbula.

—Te aseguro que no lo hice para aparentar.

Al oír aquel canto celestial, la alegría fue tan inmensa que casi me desborda el corazón. En un instante, mi ánimo cambió de la tristeza al éxtasis más puro.

—¿Ni un poco? —susurré.

—No.

—Pero en un momento dado dijiste que el masaje en los pies era parte del paripé del "novio falso", porque había mucha gente mirando.

—Necesitaba una excusa —dijo, inclinándose hacia mí.

—¿Para qué?

—Para estar cerca de ti, para tocarte...

—Julian... —susurré.

—Te invité a la fiesta porque necesitaba verte.

—Pensé que al ser tu novia falsa, los invitados creerían que...

—Todo era una maldita artimaña. Te he deseado desde que apareciste en mi bar con aquel vestido brillante.

Sus palabras me llegaron al corazón y... a otras partes de mi cuerpo.

—Ese primer beso no fue solo porque ese idiota nos estuviera mirando —continuó—. Seguí mi instinto.

—¿Te arrepientes?

—Por supuesto que no.

—Yo tampoco.

Entonces me besó y me entregué sin ningún tipo de restricción, sin pensar demasiado. Por primera vez, no me preguntaba por qué estaba pasando. Y vaya si fue diferente. Las sensaciones se intensificaron exponencialmente: su pasión, su necesidad desenfrenada de explorarme.

Me excité en cuanto me lamió los labios. Continuó besándome y nuestras lenguas se movieron salvajemente. Sentí sus manos sobre mi cuerpo, una sobre mi trasero y la otra en mi cadera, descendiendo hasta rozar el bajo de mi vestido y mi piel desnuda. Una corriente de deseo recorrió mi cuerpo. Gimió contra mi boca y me subió el vestido. Mi necesidad no hacía más que aumentar, cada célula de mi cuerpo clamaba por más contacto. Cuando dejó al descubierto mi tanga, dejó de tocarme. Gemí y moví las caderas para recuperarlo.

Fue entonces cuando sentí sus dedos deslizarse bajo mis bragas, rozando mi piel desnuda y mi centro. Casi me corro en ese instante. La corriente de placer que me sacudía era tan fuerte que me temblaban las rodillas.

—Joder, Georgie, no puedo creer lo mojada que estás.

Eché la cabeza hacia atrás, disfrutando del contacto de sus manos en mi cuerpo, de sus íntimas caricias, y del placer que me proporcionaba. Movía los dedos lentamente arriba y abajo.

—Georgie, ¿quieres quedarte aquí conmigo esta noche? —Su voz temblaba ligeramente.

Sabía lo que me estaba pidiendo.

—Sí, quiero estar aquí contigo. Te deseo, Julian, te deseo muchísimo. Por favor...

Capítulo Dieciocho

Julian

—Por favor, ¿qué? —pregunté, manteniendo las manos quietas. Necesitaba que su respuesta no dejase lugar a dudas—. ¿Qué quieres que te haga esta noche, Georgie?

—Lo que tú quieras. Todo.

Ni en mis más remotos sueños pensé que me daría carta blanca, pero iba a aprovecharlo. Llevaba demasiado tiempo fantaseando con hacerla mía. Parecían años... toda una vida.

—Por favor, no dejes de tocarme —suplicó.

Al segundo siguiente, le subí el vestido, sin molestarme en buscar la cremallera. Por suerte la tela era elástica y no la rasgué, porque mi control pendía de un hilo.

Excepto por el tanga, no llevaba ninguna otra prenda debajo. Ni sujetador. Sus pechos eran exquisitos, redondos, turgentes, y reclamaban mis caricias. Me incliné para lamerle un pezón, que ya estaba erguido, al tiempo que llevaba una mano a su entrepierna y con la otra le acariciaba el otro pezón.

Su respiración se volvió más agitada pero tuve que retirar la mano para llevarla al dormitorio.

—¡No! —protestó entre jadeos.

—Vamos a la cama, Georgie.

—¿Dónde está el dormitorio?

La cogí de la mano y la llevé por un pasillo. La *suite* presidencial era un gran apartamento con varias habitaciones, y abrí la primera puerta que encontramos.

Georgie tiró de mis dedos y la miré de reojo: tenía los ojos fijos en la cama, y se había cubierto los pechos con un brazo.

—¿Georgie? —pregunté, y la giré para quedar cara a cara. Ella volvió a apartar la mirada—. ¿Has cambiado de opinión?

No respondió.

—Puedes decirme lo que sea.

Si decía que quería irse, y aunque me explotaran los huevos, tendría que aceptarlo. Mi prioridad era que ella se sintiera segura y respetada.

—Es que... me siento un poco cohibida caminando desnuda por la *suite*...

—¿Cohibida? —pregunté con un gruñido—. Georgie, eres una mujer preciosa. No tienes nada de qué avergonzarte.

Cuando por fin me miró, me puse detrás de ella. La habitación estaba en penumbra, pero había suficiente luz procedente del pasillo como para que pudiéramos vernos en el enorme espejo que ocupaba todo el tocador.

—Cada curva, cada parte de ti —le susurré al oído—, es absolutamente preciosa.

Pasé ambas manos por sus pechos, rodeando sus pezones. Casi me muero al ver cómo jadeaba y mecía las caderas.

—¿Esto te excita? —Al ver que ella asentía, agregué—: Bien.

Quería que estuviese completamente preparada antes de dar el siguiente paso.

Deslicé una mano bajo su tanga y presioné su abertura con los dedos. Con la otra, le acaricié ambas nalgas.

—Me encantan tu tanga.

Le besé el hombro y ella cerró los ojos. Quería que mirara nuestro reflejo en el espejo, pero quizás fuese su forma de disfrutar mejor de mis caricias. Mi único objetivo era complacerla, y hacer que pasara la mejor noche de su vida.

La giré lentamente sin quitar la mano de su tanga. Ella abrió los ojos, y no aparté la mirada: quería ver su cara en el momento justo en que introducía un dedo dentro de ella. Georgie gimió y volvió a cerrar los ojos. La besé profundamente, explorando su boca, y recorrí su cuerpo con la otra mano para empaparme de su piel sensible y su pulso acelerado.

Gimió más fuerte que antes y supe que era momento de llevarla al siguiente nivel. Se había estremecido, señal inequívoca de que estaba lista para correrse. Me urgía quitarme la ropa.

Pero cuando volvió a gemir, supe que ya no tenía tiempo para eso.

A tomar por viento.

Quería tener el honor de llevarla a la cima del placer. Ella lo necesitaba, y yo también.

Volví a sujetarle las nalgas con una mano para mantenerla firme mientras le acariciaba el clítoris con la otra. La besé con más desesperación que antes, entrelazando mi lengua con la suya, algo que la excitaba intensamente dado que su íntima humedad se hizo más abundante.

Georgie estaba al borde del orgasmo, lo único que tenía que hacer era centrar mis caricias en su clítoris. Presioné mis dedos con fuerza sobre su punto sensible, los retiré un momento antes de volver a presionar, y ese jugueteo la volvió completamente loca. Sus glúteos se tensaron en respuesta.

Mantuve mi palma sobre su pelvis para aumentar la presión y el placer. Y así fue como se corrió... en mis brazos. Su cuerpo pasó de un momento a otro de estar tenso a relajado, y sucumbió a las oleadas del clímax.

Cuando abrió los ojos, tenía la mirada perdida. Puso sus manos sobre mis hombros como si necesitara ayuda para mantenerse erguida.

—Julian... No puedo...

—Tranquila, respira hondo.

Mi mano seguía sobre su entrepierna pero movía los dedos a un ritmo más lento. Quería que se recuperara completamente del primer orgasmo antes de dar paso al segundo.

La acompañé hasta la cama sin prisa, y fue entonces cuando retiré mi mano de su tanga.

—Necesito un condón.

—¿Llevas uno en la cartera? —preguntó con una mirada extraña.

—No, pero el hotel insiste en dejar una caja de condones en el baño. Aunque les recalco que es una fiesta discreta y que la mayoría se retira antes de medianoche, siempre incluyen los preservativos de cortesía.

Ella se rió y noté al instante cómo la tensión abandonaba su cuerpo.

Joder, ¿qué estaba pensando? ¿Que tendría sexo con cualquiera esa noche? Ni de coña, *solo* quería estar con ella. Y me iba a asegurar que le quedara claro.

—Ahora vuelvo.

Ella se limitó a asentir.

Me apresuré a ir al baño. *¿Dónde coño están esos condones?* Me dijeron que los guardaban en el baño de cada habitación, pero... *Ah, aquí están, en el estante junto al lavabo.*

Cogí uno y volví con Georgie, que estaba tumbada en la cama, y me observaba. Me bajé los pantalones sin más ceremonia y me puse el condón. Terminé de quitarme los pantalones y los calzoncillos de un tirón y los hice a un lado.

—Siéntate y abre bien las piernas —pedí.

Ella se incorporó con rapidez, aunque era evidente que no se esperaba que le pidiera eso. Se humedeció los labios y abrió las piernas.

Me arrodillé y le acaricié los muslos, inclinándome para poder frotar mi polla contra su coño. Pero no la introduje, solo quería acariciarla. Lo necesitaba.

—Julian...

Sus codos temblaron y sus brazos cedieron. Georgie cayó sobre la almohada y se cubrió los ojos con las palmas de las manos. Gruñí y continué acariciándola con mi polla. Podía hacer que se corriera así.

—Me gusta que seas tan receptiva a mis caricias.

—Julian.... —balbuceó. Qué cerca estaba—. Esto es... —Ni siquiera pudo terminar la frase.

Alzó los brazos para agarrar otra almohada en la que hundir los dedos. Respiré por la nariz, exhalé por la boca y cerré los ojos. Necesitaba controlarme o correría el riesgo de sumergirme en ella en ese mismo instante, y quería que volviera a correrse una vez más. Con los ojos cerrados, se intensificó la sensación de sus pliegues contra mi polla. Si ese mero contacto era tan sublime, estar dentro sería mi perdición.

—¡Julian! —gritó.

—¡Joder! —exclamé.

Yo también estaba empezando a perder el control pero tenía que evitarlo a toda costa. No podía creer que fuera tan fácil. *Me tiene loco*.

Volvió a gritar y el sonido llenó la habitación. *Qué maravilla, quiero escuchar sus jadeos toda la noche*. Georgie se retorció, y al mover la pelvis casi me introduje en su apretado calor, pero me contuve a tiempo, limitándome a frotar mi erección arriba y abajo sobre su abertura.

Me aparté cuando sus movimientos espasmódicos se calmaron y su cuerpo se relajó. Era exactamente el respiro que necesitaba para no explotar. Me incliné sobre ella para lamerle un pezón. Cuando pasé al otro, Georgie puso ambas manos sobre mi pecho y murmuró:

—Tu ropa. Quiero que te quites la camisa.

Pero no había tiempo.

La había llevado al límite dos veces y no podía esperar más. Era imposible.

Me aparté, me puse de rodillas sobre la cama y pedí:

—Quiero que te pongas a cuatro patas y te agarres al cabecero.

Sus ojos se abrieron de par en par, incapaz de ocultar su sorpresa, pero hizo lo que le pedí. Se acomodó mucho más rápido de lo que pensaba, teniendo en cuenta que aún se estaba recuperando de un intenso orgasmo. Aparté las almohadas del cabecero de una patada para hacer espacio.

—Agárrate fuerte. Lo necesitarás para mantenerte firme.

Me ubiqué justo detrás de ella, buscando el ángulo ideal. Me incliné y la penetré sin dudarlo. Estaba tan húmeda que entré de golpe, deteniéndome solo un instante antes de llegar al fondo para que se acostumbrara a mi tamaño. Sin embargo, ella empujó sus caderas hacia atrás, acogiéndome por completo.

Eché la cabeza y exclamé:

—¡Joder! Georgie, cariño, eres increíble.

Ella se limitó a gemir.

Me retiré y la embestí con fuerza, y Georgie clavó las uñas en el cabecero, arañando la tela que lo cubría.

—Me encanta tenerte así... estar dentro de ti es... alucinante —le dije al oído.

Sentía sus paredes internas presionándome la polla con fuerza. Estaba sacudiendo mi mundo de una manera inimaginable. Agarré sus brazos mientras la embestía con salvaje abandono, disfrutando de su apretado calor. Llevé una mano hacia su vientre, acariciando sus pechos y bajando a su pubis. Georgie no paraba de gemir, y pronto conseguiría que se corriera otra vez. Esta vez yo también iba a entregarme.

Cuando su piel se cubrió de sudor, supe que había llegado el momento y aumenté la presión de mis caricias en su clítoris.

—¡Julian!

Georgie se inclinó ligeramente. No me di cuenta qué estaba haciendo hasta que vi que había apoyado los codos en el cabecero y descansaba la frente sobre los brazos. Segundos después, alcancé el clímax.

Las paredes de su vagina apretaban mi miembro cada vez más. No sabía quién gritaba más fuerte... si ella o yo. Cada embestida me llevaba más alto, y a Georgie también. El orgasmo fue brutal, intenso, y me dejó totalmente agotado.

Exprimimos hasta la última gota de placer y nos dejamos caer sobre el colchón. Jadeaba como si nunca más pudiera volver a respirar con normalidad. No sabía ni dónde estábamos, pero al ver las molduras del techo, recordé que estábamos en el hotel.

Giré la cabeza para mirar a Georgie, y vi que ella también estaba admirando el techo. Podía ver claramente cómo sus pechos subían y bajaban con cada respiración. Le cogí la mano, y ella me apretó los dedos.

Aún era incapaz de emitir palabra, tenía que recomponerme.

Estaba seguro de que recuperaría el sentido en cualquier momento.

Pero no fue así.

Me quedé profundamente dormido.

Capítulo Diecinueve

Julian

Me gustaba dormir hasta tarde, incluso entre semana. Nuestros padres nos daban la lata por eso, sobre todo cuando mis hermanos y yo salíamos hasta tarde. Sin embargo, la mañana después de la fiesta, me desperté a las ocho en punto. No me había pasado en años, pero estaba lleno de energía.

Georgie estaba completamente cubierta por las sábanas y apenas podía verla; pero allí estaba y sentía el peso de su cuerpo sobre el colchón. Se había puesto una almohada encima de la cabeza y la única parte de su piel que quedaba al descubierto era su codo izquierdo. Sentí la tentación de inclinarme y besarla, pero no quería despertarla. En cambio, me levanté con cuidado de la cama, cogí mi ropa y salí de la habitación.

Era la primera vez que pasaba la noche en el Marriot. Normalmente me iba a mi casa tras terminar la fiesta. Comprobé que la habitación estaba en buenas condiciones; siempre le pedía a los camareros que disminuyeran el flujo de alcohol a medida que la fiesta llegaba a su fin, para que la gente no se descontrolara y evitar que se dañara parte del mobiliario.

Vi un menú sobre la enorme mesa del comedor y le eché un vistazo. Me moría de hambre. Después de ducharnos, Georgie y yo nos quedamos despiertos hasta tarde y exploré su cuerpo hasta altas horas de la madrugada. Pero eso no calmaba las ganas que tenía de volver a estar con ella.

Las opciones del menú estaban muy bien, y me pregunté qué le gustaría a Georgie.

Mmm... me parece que esta mañana se merece algo más especial.

Aún era temprano y apostaba a que seguiría durmiendo como un tronco, de modo que tenía tiempo suficiente para ir al *Café Du Monde* para comprar *beignets* y café. *Sí, eso es lo que haré*.

Me vestí rápidamente y me puse la misma camisa arrugada de la noche anterior. Tenía un aspecto horrible, pero en ese momento me importaba un pimiento. Sin hacer ruido, salí de la *suite*.

Al salir del ascensor, me sorprendió encontrar el vestíbulo del hotel abarrotado. Probablemente muchos huéspedes estaban haciendo el *check out*.

La avenida St. Charles estaba relativamente vacía, y se veían cuentas de colores por doquier. Apostaba a que el Barrio Francés estaría aún más tranquilo de lo habitual. No era la primera vez que daba las gracias por que el *Café Du Monde* estuviera abierto las veinticuatro horas. Muchas veces tenía que ir corriendo a última hora de la tarde para darle el gusto a mi sobrina Bella, que adoraba los *beignets*. No recordaba la última vez que había estado en el local por la mañana. Pero quería sorprender a Georgie y demostrarle que la noche anterior había sido especial.

Era mía y tenía la intención de mantenerla en mi cama.

Bueno, no en esa cama del hotel, claro está.

Todas las calles del Barrio Francés estaban tan llenas de collares y demás abalorios como la avenida St. Charles. Sin duda, Nueva Orleans era mi lugar favorito del mundo. Tenía la suerte de viajar mucho por negocios y ningún lugar se podía comparar a mi tierra natal.

La cola en el *Café Du Monde* era sorprendentemente corta. "Al que madruga, Dios le ayuda" decían mis padres y mis abuelos, y era evidente que tenía sus ventajas.

Compré seis *beignets* y dos cafés con leche, y volví a paso ligero para que el café no se enfriara.

Una vez dentro del hotel, y a diferencia de la noche anterior en la que teníamos un ascensorista privado, estuve un buen rato para llegar a mi planta. Parecía que me había equivocado, y toda esa gente que había visto antes en el vestíbulo estaba haciendo el *check in*.

Una eternidad más tarde, llegué a la *suite* presidencial. Abrí la puerta con el codo, y escuché atentamente un ruido procedente del cuarto de baño. Georgie se había despertado. Dejé todo en la mesa del comedor, me dirigí al baño, y la encontré poniéndose los zapatos.

—¡Buenos días! —saludé.

—¡Julian! —Se enderezó y su espesa y preciosa melena cayó hacia un lado—. Has vuelto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el ceño fruncido.

Ella desvió la mirada y me di cuenta de que estaba nerviosa.

—¿Georgie? —insistí, acercándome lentamente a ella—. ¿Qué pasa?

Se agachó para terminar de calzarse los zapatos y se levantó sonriendo:

—Nada. Me acabo de despertar y...

—Pensaste que me había ido —concluí, al darme cuenta de lo que había pasado.

—Como no te vi por ningún lado, pensé que... —dijo con los hombros hundidos.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Di por hecho que seguirías durmiendo cuando volviera.

—¿De dónde?

Le cogí de la mano y la llevé a la sala principal.

—¡Has ido al *Café Du Monde*! —exclamó con un grito ahogado.

Me acerqué por detrás para besarle los hombros desnudos y rodearle la cintura con un brazo.

—Sí, quería despertarte con una sorpresa.

—Gracias. Qué maravilla —dijo, y noté su cuerpo mucho más relajado.

No me gustó que pensara que me había marchado. Tenía su lógica, pero aun así no me gustaba. Más tarde volvería a sacar el tema.

—Siéntate —le indiqué al tiempo que le acercaba una silla.

Georgie se sentó inmediatamente y abrió la bolsa de *beignets* sin más preámbulos, lo que me hizo reír.

—Lo siento. Cuando tengo hambre, soy más peligrosa que un mono con cuchillo.

—Adelante, come.

Antes de devorarse el primer *beignet*, ya estaba cogiendo el segundo. Yo también me zampé dos en un abrir y cerrar de ojos. Me gustaba verla hacer cosas cotidianas como esa, lo cual no era propio

de mí. No era precisamente el tipo de persona que disfrutaba de las pequeñas cosas de la vida, por así decirlo. Aunque a diferencia de Xander, e incluso de Chad, era mucho más sencillo, pero esto era diferente.

—He vuelto a la vida —dijo Georgie, y tras darle un sorbo al café, hizo una pequeña mueca.

—¿Qué te parece el café?

—No es el mejor que he probado.

—Qué coincidencia. A mí tampoco me vuelve loco, pero no quería perder tiempo. Cuando terminemos los *beignets* podemos ir a tomar un café como Dios manda.

Sus ojos se iluminaron con sorpresa:

—Genial. Solo tengo esta ropa... pero ¿sabes qué? Da igual, porque estamos oficialmente en temporada de carnaval.

Asentí con una sonrisa:

—Es verdad.

—Pero primero terminemos los *beignets*.

Se comió el tercero mucho más despacio que los anteriores.

—¿En qué piensas?

Dejó el bollo sobre la bolsa de papel rota y respondió:

—Que es todo un poco surrealista. No puedo creer que estemos en este lugar... Que tú estés aquí conmigo.

—¿Qué parte te cuesta creer, estar en una *suite* presidencial o que yo no me haya ido?

Ella suspiró, mirándome directamente a los ojos:

—No te andas con rodeos, ¿eh?

—Nunca —respondí apoyando los brazos sobre la mesa—. No quise presionarte antes porque pensé que no era el momento adecuado, pero aclaremos las cosas.

Me giré en la silla para quedar de frente, y ella imitó mi postura. Atrapé sus piernas entre las mías, presionando mis rodillas contra sus muslos.

—Te escucho.

—Lo que pasó anoche fue increíble, pero inesperado. Y... lo siento... Sé que no es justo que te compare con mis malas experiencias anteriores.

Me aclaré la garganta antes de decir:

—Técnicamente hablando, estarías en *todo* tu derecho teniendo en cuenta mi... historial. Pero esto es diferente... lo ha sido desde el principio. Y también quiero dejar algo bien claro: jamás me escaparía de ese modo. Nunca. Ni haría nada que te hiciera daño.

—Gracias —asintió—. Y considerando que te levantaste temprano y fuiste al *Café Du Monde* a traerme *beignets*, el mensaje me ha quedado bastante claro.

—Aun así, quería decírtelo.

—Te lo agradezco.

Apreté sus piernas y ella empezó a sonrojarse.

—¿Qué pasa? —pregunté, señalando sus mejillas.

—Nada. Estaba recordando lo de anoche.

—Sabes —dije, inclinándome hacia adelante—, todavía tenemos tiempo. El *check out* es a las once.

—No, prometiste café y no tengo mucho tiempo.

—¿Tienes que trabajar hoy? —pregunté incrédulo.

—Sí, claro. ¿Acaso tú no eres empresario? —preguntó con burla —. ¿Tus bares no abren los siete días de la semana?

—Tienes razón. —¿Qué otra cosa podía decir? ¿Que tenía mucho personal y pensaba tomarme el día libre? Sonaría muy pedante de mi parte—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Podemos tomar un café y *charlar* un poco más. Zelda es la encargada de abrir hoy la tienda.

—¿Qué quieres decir con "charlar"? —pregunté en todo burlón.

—Para que no te hagas una idea equivocada sobre lo que podría pasar después del café.

Me eché a reír:

—Georgie, llevo semanas haciéndome una idea equivocada.

—Bueno, me alegro de que se haya aclarado —dijo con una sonrisa pícara.

Nos levantamos y nos dirigimos a la salida. Cogí su abrigo que estaba colgado junto a la entrada, y se lo puse sobre los hombros.

—Si me lo abrocho, no parecerá que acabo de bajar de una carroza de carnaval —comentó entre risas.

—¿Necesitas ir a casa a cambiarte antes de ir a la tienda?

—No, siempre tengo una muda de ropa allí.

—¿Y eso? —pregunté, mientras salíamos de la *suite* y nos dirigíamos al vestíbulo.

—Porque soy muy torpe y suelo mancharme la ropa. Hasta he llegado a romperme un vestido, no me preguntes cómo, así que siempre tengo ropa de cambio en la tienda. Y a veces trabajo hasta muy tarde, especialmente durante la temporada alta, así que me quedo a dormir y me acurruco en el sillón reclinable.

—¡Georgie! —exclamé, con la mirada fija en ella.

—¿Qué? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No está bien que te exijas tanto con el trabajo.

—Tranquilo, lo hago muy de vez en cuando.

Ella evitó mi mirada, así que supuse que había sido más de un par de veces. Me gustaba que fuese una trabajadora entregada, pero no podía trabajar siete días a la semana sin descanso y hacer horas extras durante los periodos de mayor actividad. Era la antesala perfecta para el agotamiento. Uno de los motivos por los que me tomaba todo con tanta calma era que había visto a muchos de mis amigos quemarse por trabajar en exceso. Juré que nunca dejaría que eso me pasara a mí ni a ninguno de mis hermanos. Tampoco quería que le pasara a Georgie.

Una vez que salimos del hotel, ella miró a su alrededor, cerró los ojos y levantó las manos:

—¡Cómo me gusta Nueva Orleans! Aún se huele la alegría en el ambiente.

Arrugué la nariz:

—Puedo oler muchas cosas... pero no conozco el olor a alegría.

—Oye, usa un poco la imaginación —dijo, dándome un ligero codazo.

—Creéme, no te conviene dejar libre mi imaginación —respondí moviendo las cejas—. Entonces, ¿vamos a tu cafetería o a la mía?

Ella se rió:

—Enséñame la tuya.

—Tus deseos son órdenes.

Le cogí de la mano mientras cruzábamos la avenida, ignorando por completo que no era un paso de peatones. Apenas había coches,

así que no importaba. La mañana era agradable; no hacía calor, pero se estaba bien sin chaqueta.

—Te gusta romper las reglas, ¿eh? —dijo una vez que estuvimos al otro lado de la calle.

—Siempre —respondí con un guiño.

—¡Oh, no! —exclamó de repente—. No hemos cogido las máscaras de la *suite*.

—Le diré a mi asistente que las recoja mañana.

—¿Estás seguro de que no las tirarán?

—Seguro.

Caminamos tranquilamente por la calle Dauphine. Georgie no dejaba de mirar a su alrededor.

—Vaya, vaya. Veo mis collares de cuentas por varios sitios.

Estaba rebosante de orgullo, como era de esperar.

—¿Cómo sabes que son tuyos?

Cada vez que se detenía, le apretaba la mano con más fuerza. No podía evitarlo, necesitaba ese contacto con ella.

—No puedo explicarlo, pero siempre reconozco mis creaciones.

—Guay.

—No puedo creer la suerte que tengo de vivir en Nueva Orleans y trabajar en el Barrio Francés —murmuró mientras continuábamos nuestro paseo.

—Justo estaba pensando en eso esta mañana. He viajado por muchos lugares y no he conocido ningún sitio que se pueda comparar con este.

—¿En serio?

—Sí.

—Siempre me he preguntado si soy poco objetiva porque no he salido mucho de Luisiana. Pero, entre tú y yo, Nueva Orleans es mi lugar favorito del país.

Me eché a reír:

—Ja, estoy totalmente de acuerdo contigo. No entiendo a la gente que prefiere Charleston.

—¡Eres de los míos! Estoy deseando que llegue el día en que viva en el Barrio Francés.

Quería hacer eso realidad para ella. ¿Se me estaba yendo la olla o qué? Tenía treinta y ocho años y jamás me había proyectado con una mujer.

—Algún día sucederá.

—Me encanta tu optimismo.

—La vida es buena —dijo con una gran sonrisa—. ¿Qué más se puede pedir?

Giramos a la derecha en Toulouse y su sonrisa se desvaneció. Inmediatamente entendí el motivo.

—¿La cafetería está en la calle Bourbon? —preguntó en voz baja.

—Sí, no lo había pensado. Mejor vamos a la tuya.

Maldita sea, ¿por qué no lo pensé antes? Me molestaba mucho que su ex siguiera teniendo un impacto tan negativo en ella. Eso tenía que cambiar.

Nos detuvimos en la esquina de Toulouse y Bourbon. Ella se encogió de hombros, señal de que se preparaba para lo que pudiera pasar.

—No, no soy ninguna cobarde. Además tengo una tienda en el casco antiguo... no puedo evitar la calle Bourbon toda mi vida.

—Claro, pero no tenemos por qué ir. —Le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja—. No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Georgie. No pasa nada si no te apetece. O si prefieres evitarlo durante un tiempo.

Me miró extrañada:

—Nunca pensé que no ser fuerte fuese una opción.

—Pues lo es. Especialmente cuando estás conmigo. Así que tú decides.

Se enderezó y asintió:

—Vamos a tu cafetería. Quiero probar algo nuevo y... no soy tan valiente como crees, pero Kyle nunca va al club por las mañanas. Y el local abre solo por la tarde.

—Vale.

—Ni siquiera sabía que había cafeterías en Bourbon —dijo mientras paseábamos por la calle.

Puede que fuese el único lugar de la ciudad donde el hedor a alcohol era aceptable... junto a otros olores.

—Es una cafetería pequeña tipo *take away*, puedes beber el café allí, pero no hay sitio para sentarse.

—Oh, me encanta. Ojalá hubiesen más puestos de ese tipo.

—Creo que ese modelo de negocio está creciendo.

Había notado esa tendencia en el Barrio Francés: cada vez que un local se ponía en traspaso, era sustituido por tres más pequeños. Pero tenía sentido: cuánto más grande, más caro el alquiler.

—Aquí está —dije, señalando una puerta estrecha con un letrero torcido—. *Maria's Coffee*.

—Es muy pintoresco. ¿Cómo lo encontraste?

—Chad me enganchó —le expliqué mientras entrábamos.

Maria estaba detrás del mostrador, de espaldas a nosotros.

—Buenos días —la saludé.

—Julian LeBlanc en persona —dijo Maria, dándose la vuelta—. Qué de tiempo sin verte. Normalmente envías a alguien. —Vio a Georgie y se detuvo—: ¡Hola!

—¡Hola, Maria! —respondió.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó en un tono tan cortés, que me resultó extraño.

Maria era una entrometida de manual y entonces me di cuenta de que la noticia llegaría a oídos de mi familia en un abrir y cerrar de ojos. Chad nos había enganchado a todos al café de su local, y se convirtió en un centro de cotilleos para los LeBlanc.

—Quiero un café con leche.

—Lo mismo para mí —respondí.

Maria me miró expectante, esbozando una sonrisa cómplice.

—Para llevar —añadí.

Ella frunció el ceño, pero se dio la vuelta. Georgie me miró con curiosidad.

—Luego te explico —murmuré, y ella asintió, mirando todas las mezclas de café que había en el local.

Las estanterías llegaban del suelo hasta el techo, y estaban atiborradas de diversas mezclas de granos. Eso era lo que me encantaba de su tienda: se centraba exclusivamente en el café. A diferencia de las demás tiendas del casco antiguo, no vendía tazas,

recuerdos ni artículos *kitsch*, independientemente de cuál fuera su actividad real.

—¿Tenemos que elegir una mezcla? —preguntó Georgie en voz alta.

—No, os pongo lo que considero mejor. A menos que sean clientes habituales —respondió Maria.

Georgie me miró sorprendida.

—Yo soy un cliente habitual, Maria —le recordé.

—Sí, pero como ella es nueva, vuelves a punto cero.

Ah. Esa fue su forma de castigarme por no haber presentado a Georgie por su nombre. Tenía que reconocer que me divertía el toma y daca con Maria.

Unos minutos más tarde, nos sirvió los cafés.

—Que tengas un buen día —dije después de pagar, y Georgie y yo salimos de nuevo a Bourbon Street.

—Oh, puede que también me enganche a su café —comentó tras beber el primer sorbo.

—Lo sé, a todos nos pasó lo mismo. ¿Por dónde quieres ir?

Georgie se mordió el interior de la mejilla y contestó:

—Podemos bajar por Bourbon.

—O podemos ir por Royal.

—Venga —asintió inmediatamente—. De todos modos, me gusta mucho más que Bourbon.

—A mí también.

—El ambiente no podría ser más diferente —dijo Georgie, en cuanto giramos a la derecha.

—Así es.

El Barrio Francés estaba despertando. El olor a comida impregnaba el aire, una mezcla de *gumbo* y *jambalaya*, además de algo dulce.

—¿Qué pasa con Maria? —preguntó.

Le puse una mano en la cintura y la llevé por Royal hacia *Books & Beads*.

—Toda mi familia le compra café, y por alguna razón que se me escapa, ella está muy al tanto de lo que ocurre en el clan.

—Espera, ¿qué significa eso? ¿Crees que...? —Jadeó ruidosamente—. ¿Crees que se dio cuenta de que estábamos haciendo el paseo de la vergüenza?

—Me presenté en su tienda temprano por la mañana, con la camisa arrugada y una mujer guapa del brazo. Conociendo a mis abuelas, y me animo a incluir a mi madre en esa lista, es posible que le hayan contado algo sobre ti. Así que estoy seguro de que Maria se dio cuenta de todo.

—Pero parecía enfadada contigo.

—Porque no te presenté. A propósito.

—Qué astuto —dijo con una sonrisa—. Para que piense que puede ser cualquier otra mujer.

—No, eso es imposible. —Me incliné hacia ella y le besé la frente —. No podría ser con otra. —Percibí cómo ella se suavizó al instante, pero luego se apartó y se bebió el café—. No me interesa nadie más.

Georgie me miró antes de suspirar y preguntar:

—¿Qué sabe exactamente tu familia de nosotros?

Quería mantenerla cerca de mí. Royal se estaba llenando y quería evitar que se chocara con los peatones.

—Que hemos ido juntos a algunos eventos y que te presenté como mi novia.

—Tu novia *falsa*.

—Sí.

—¿Y qué van a pensar? No quiero decepcionar a tus abuelas, que me han caído muy bien. ¿Qué pensarían si supieran lo que realmente pasa entre nosotros?

—Georgie —le dije con seriedad—, estarán encantadas.

—Pero si ni siquiera me conocen —replicó, con la mirada fija en mí.

—Te regalaron un perfume de lila.

—Oh... Recuerdo lo que me contaste... que se supone que tiene "poderes especiales". —Era evidente que estaba luchando por no reírse—. Tus abuelas son peculiares.

—Esa es una buena definición.

—Entonces, no están... Quiero decir, ¿no se enfadaron porque me presentaste a tus amigos como tu novia?

—Se enteraron por Beckett antes de ir a tu tienda. Está claro que no están enfadadas. Además, ¿cuál sería el problema?

—Que yo no formo parte de vuestro mundo —dijo con un ademán, como intentando validar su explicación.

—Georgie, dejemos una cosa clara: Kyle Deveraux y su hermano son escoria.

Georgie no respondió, pero me detuve en seco para que me prestara toda su atención.

—Muchas familias de Nueva Orleans son como ellos —respondió finalmente.

—La mía no.

—Odio que me haya hecho sentir tan insignificante —comentó tras un largo suspiro—. Antes de salir con Kyle, nunca tuve problemas de autoestima. Pero su elitismo extremo hizo mella en mí, y no pude evitar sentirme inferior. Es una tontería, lo sé.

—Es un imbécil, y uno de estos días haré que él y su hermano se marchen del Barrio Francés. Te lo juro.

—No digas esas cosas.

—Es en serio, llevan demasiado tiempo saliéndose con la suya.

—Bueno, da igual. No tienes que hacerlo por mí.

—Te aseguro que te estaría haciendo un favor a ti y a toda la comunidad.

Ella se rió, pero la noté un poco recelosa.

—Después de terminar con Kyle —dijo en voz baja—, me juré a mí misma que nunca volvería a salir con alguien como él.

—Yo no soy como él —respondí, y no pude evitar ponerme tenso.

—Lo sé, y no era lo que estaba insinuando. Tú eres todo lo contrario al idiota de Kyle. Eres... increíble.

—Así está mejor —dije con una sonrisa.

—Lo que quería decir es que los dos pertenecéis al mismo mundo, la alta sociedad de Nueva Orleans.

—Georgie, te aseguro que no me siento parte de nada de eso. Reconozco que hay personas que se creen superiores por venir de una familia adinerada y tradicional, como Kyle y su hermano, que les encanta mirar por encima del hombro. Pero todas esas fiestas a las

que me invitan no tienen nada que ver conmigo. Si asisto a los eventos es solo por negocios.

Ella ladeó la cabeza, y con una sonrisa respondió:

—Lo sé, y no puedo creer que seas tan diferente a como te juzgué la primera vez.

—¿Cuál fue tu primera impresión sobre mí?

—¿Seguro que quieres saberlo? —preguntó entre risas, apurando el paso al tiempo que girábamos hacia Burgundy Street. El barrio se estaba llenando rápidamente y sabía que ella estaba deseando llegar a su tienda para atender a los clientes—. Pensé que eras un arrogante y un cobarde.

—Joder, eso ha sido un golpe duro. Entiendo lo de arrogante, pero ¿por qué un cobarde?

—Me indignaba que no dieras la cara y mandaras a tus empleados para librarte de mí.

—Es lo que hace todo el mundo... —respondí sin pensar, y ella se partió de risa—. Me refiero a delegar.

—¿Lo ves? Esa es la gran diferencia entre nosotros, yo jamás haría algo así.

Llegamos a su tienda demasiado rápido, y al ver el escaparate los nervios se apoderaron de ella—: Dios mío, está a reventar.

—No me extraña, la gente sabe lo que es bueno.

—Vaya, ¡cuántos halagos hoy! ¿Y eso?

—Nada... solo quiero que tengas un buen día.

—Julian, gracias por todo —dijo con un suspiro—. Me lo pasé muy bien en la fiesta.

—No te olvides de lo que pasó después —le recordé.

—¿Cómo olvidarlo? Si finjo que no lo recuerdo, ¿me ayudarías a revivirlo?

—Joder, claro —gruñí—. Puedo hacer que lo revivas ahora mismo, cuando tú quieras. Mi casa está a cinco minutos.

—Es verdad que vives en el Barrio Francés —dijo ella.

—Exacto. Así que ya sabes, cuando quieras que te lo recuerde... llámame —respondí con un pícaro movimiento de cejas.

—Te tomo la palabra —contestó riendo, antes de tirar el vaso de café vacío a la papelera más cercana.

La observé hasta que desapareció dentro de la tienda, luchando contra el impulso de cogerla en brazos y llevarla a mi casa. Quería pasar más tiempo con ella. Lo necesitaba.

Y lo conseguiría, pero no ese día.

Capítulo Veinte

Julian

Volví a Bourbon Street a posta, aunque tuviese que desviarme del trayecto más directo, porque quería pasar por delante del local de ese idiota. De hecho, esperaba que estuviera allí. Tenía unas ganas irrefrenables de estamparle un puñetazo.

No podía creer que esa rata inmunda hubiese humillado a Georgie. Era una mujer muy segura de sí misma, y esa era precisamente una de las cosas que me encantaban de ella, además de su alegría arrolladora y del orgullo con el que llevaba su negocio. Tenía una tienda preciosa y reconocimiento en su sector. El único momento en el que la veía mal o encerrada en sí misma era cuando hablábamos de ese imbécil o cuando él estaba presente.

Al ver la puerta del *Club Deveraux* abierta, entré sin pensarlo. Encontré una persona detrás del mostrador, cortando limones.

—¿Está Kyle? —pregunté.

El chico me miró:

—¿El jefe? No. ¿De parte de quién?

—De Julian LeBlanc —respondí, con un tono lo suficientemente autoritario como para llamar su atención.

Vi la expresión de sorpresa en los ojos del empleado. *Sí, todo el mundo me conoce en el Barrio Francés*.

—¿Quieres que le envíe un mensaje? —preguntó.

No lo había pensado, pero ahora que lo decía, me pareció una buena idea.

—Dile que deje de provocarme, o de lo contrario tendrá que atenerse a las consecuencias.

El chico dejó de cortar limones:

—Lo siento, pero no puedo decirle *eso* a mi jefe. Pensé que ibas a pedirme que te llamara más tarde.

Me acerqué a la barra y le di cincuenta dólares de propina:

—Dale el mensaje que te he dicho.

—Tío, es un billete de cincuenta.

—Lo sé.

—Bueno... correré el riesgo por ese dinero. Espero que no mate al mensajero.

Asentí y salí por la puerta.

Me sentí mucho mejor después de abandonar el local. Nunca me había tomado en serio a Kyle. En el instituto era un capullo, pero después, nos habíamos evitado mutuamente hasta que nos volvimos a enfrentar por la compra de un edificio que a los dos nos interesaba. Pero lo de Georgie traspasaba todos los límites. *Nadie* tenía el derecho de tratar a otra persona de ese modo. Y los canallas como Kyle pensaban que podían salirse con la suya. Era hora de que alguien le plantara cara.

Tardé quince minutos en llegar a casa, para darme una ducha rápida y ponerme ropa limpia. Pero tenía demasiada energía y no quería quedarme allí. Por otra parte, tampoco me apetecía ir a trabajar. A diferencia de Georgie, podía permitirme el lujo de tomarme un día libre, algo que hacía de vez en cuando para recargar pilas.

Por lo general, intentaba coincidir con los festivos de Bella en el colegio. Habíamos compartido mañanas muy divertidas recorriendo la ciudad, pero cada vez la veía menos. Chad y Scarlett se turnaban los días festivos, y ya no necesitaban que los tíos echaran una mano de vez en cuando.

Tenía ganas de pasar por la tienda de Georgie. Y ese pensamiento me hizo detenerme en seco. *¿Pero qué me pasa? Ella tiene que trabajar.* Habíamos estado toda la noche juntos, y era un hombre adulto, tendría que conformarme con eso... Pero ese impulso se hacía cada vez más fuerte.

Decidí dejar a Georgie en paz y ver cómo estaba mi madre. De camino, le pedí a mi asistente que recogiera las máscaras del hotel la semana siguiente. La galería de mi madre no quedaba lejos, y como estaba por recibir una gran entrega desde Nueva York, sabía que le vendría bien mi ayuda. Tenía que tener mucho cuidado y no esforzarse demasiado debido a sus problemas de espalda. No pude

evitar preguntarme por qué no me había llamado, quizás pensó que estaría durmiendo tras la fiesta en el Marriot.

Le compré un café de camino, pero no en Maria's. No podría esquivar sus preguntas si me presentaba solo.

Cuando llegué a la galería vi que había mucho revuelo. Estaban descargando un camión aparcado en la puerta, y silbé al ver la cantidad desmesurada de cuadros que había. Me sabía de memoria la distribución del local, y supe al instante que no tenía espacio para exponerlos a todos.

—¡Buenos días! —saludé.

Mi madre estaba en la acera, coordinando al equipo que descargaba los cuadros.

—¡Anda! —exclamó con sorpresa—. No te vi llegar.

—Me lo imaginaba. ¿Café?

Mi madre cogió inmediatamente el vaso:

—Gracias. Llevo una mañana tan alocada que no he podido ni beber uno.

—Lo sé, lo normal cuando te llega una entrega. ¿Quieres que me suba al camión y ayude a descargar?

—La verdad es que prefiero que te quedes aquí conmigo para vigilar todo.

—A tu servicio.

Me miró fijamente con una sonrisa a pesar de que estaba nerviosa por todo el asunto de los cuadros.

—Pensé que te quedarías durmiendo hasta tarde —comentó.

—Me he levantado temprano. Ni yo me lo creo.

—¿Por eso has ido temprano a la cafetería de Maria?

—¿Cómo lo sabes? Dijiste que no habías tenido tiempo de tomar café.

—Es verdad, pero Chad fue a comprar para él y para Scarlett, y Maria le dijo que habías aparecido con una mujer muy parecida a Georgie.

—¿Chad te dijo eso?

—No, en realidad fue Isabeau, que también pasó por la cafetería.

No pude evitar reírme a carcajadas:

—Menos mal que no me encontré con nadie mientras estaba allí con Georgie. Habría sido muy incómodo.

—Cariño, sabes que ninguno se creyó tu historia cuando Beckett nos la contó —dijo con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Eso de que tú y Georgie estáis fingiendo ser pareja.

—Es que es así. Nuestro plan era...

—No estoy cuestionando si esa era o no vuestra intención original. Pero cuando hablaste de ella en el *brunch* nos dimos cuenta de que no te daba lo mismo. —No dije nada y mi madre me dio un ligero codazo—. Me alegro mucho por ti. Todos estamos muy contentos.

—¿Todos?

—Estoy segura de que tus hermanos tienen más información de la que sueltan. Y tus abuelas le regalaron a Georgie un perfume con aroma a lila, así que está claro que están encantadas.

Suspiré:

—¿No estamos mayorcitos para seguir creyendo el cuento de las flores?

—Si tú lo dices... ¿pero ha funcionado o no? —preguntó con una enorme sonrisa.

—No fue el... bueno, me rindo.

Cuando mi madre o las abuelas empezaban con lo de las lilas, no había quien las parara. Creían que funcionaba y no iba a discutir con ellas. Además, tenía que reconocer que para ser oriundos de Nueva Orleans, creer que las lilas tenían poderes mágicos era una nimiedad.

Mi madre hizo una pausa antes de añadir en voz baja:

—Siempre has sido un chico un poco solitario. En eso te pareces a mí. *Y* además tienes tu propio criterio.

—Lo has dicho tú misma, he salido a ti.

Mi madre siempre había sido una persona muy decidida. Aunque su familia poseía varios negocios y se casó con alguien que también tenía un imperio, ella buscó su propio camino. Conmigo en brazos y con poco más de veinte años, abrió la galería que seguía gestionando hasta el presente.

—Aunque creo que tú has tenido muchos más cojones que todos nosotros. Seguiste tu propio camino y abriste esta galería —continué.

—Me apasiona el arte desde pequeña, y Nueva Orleans es un paraíso para descubrir nuevos artistas.

Era cierto; ella siempre estaba en búsqueda de artistas locales desconocidos, y conseguía convocar multitudes.

—Te admiro.

—Gracias —respondió—. De todos modos, quiero darte un consejo. Sé que tienes una vida estupenda que disfrutas a pleno.

—Así es... —dije en un tono mesurado.

—Pero si sientes algo especial por Georgie, no lo dejes pasar. —Abrí la boca, pero ella negó con la cabeza—. No me contradigas.

—No lo iba a hacer.

—¿Ibas a convencerme de que estaba equivocada? —sugirió.

—Puede ser.

—Ya ves, conozco bien a mis hijos. —Frunció el ceño al ver todos los cuadros que ya habían descargado—. Bueno, vamos a repartirnos las tareas: cada cuadro lleva un número, y he colocado *post-its* en la pared para indicar dónde van.

—Me pongo a ello.

—¿Necesitas ayuda?

—Siempre me lo preguntas, y sabes que no hace falta.

—Vale, es que no es fácil colgar cuadros sin ayuda.

—Ya tengo suficiente práctica —respondí con un guiño.

Empecé con el primero, los chicos los habían ordenado por números, así que solo tenía que desembalarlos y colgarlos.

Mientras me ocupaba de los marcos, las palabras de mi madre resonaban en mi mente. *¿Qué quiso decir?* A diferencia de mis abuelas Isabeau y Celine, que no se andaban con rodeos, y eran quizás, demasiado directas, mi madre era sutil. Aún así, entendí su mensaje. Y coincidía plenamente con ella.

Pasé al segundo cuadro y vi que era del pantano. *Vaya, es espectacular*. Me teletransportó a un día de pesca con mis abuelos, y hasta podía sentir la brisa del río. Mi madre tenía un ojo excelente para detectar el talento.

También sabía detectar cuándo sus hijos necesitaban consejo. Y era evidente que desde que había dejado a Georgie en la tienda, no podía dejar de pensar en ella.

Después de la charla con mi madre, se me ocurrió una idea, y el plan fue tomando forma a medida que colgaba un cuadro tras otro. Estaba claro que el paisaje del pantano de Luisiana era el eslabón común de todas las obras. Cada pieza era de un artista diferente, pero entre todos contaban una historia coherente. Mi madre era un genio hasta para exponer los cuadros de una determinada manera.

Dos horas más tarde, terminé de colocar todas las obras: sentía que se me iba a caer el brazo derecho y me dolía muchísimo el hombro izquierdo. Era el precio de hacer el trabajo sin ayuda.

Cuando volví al vestíbulo, sentí un delicioso olor.

—Justo a tiempo —dijo mi madre—. Te he traído una *muffuletta.*

—Gracias. Hacía años que no me comía un bocadillo de estos y había olvidado lo rico que es. Tengo que pasar más a menudo por *Central Grocery.*

—Ya te digo.

No dejé de estirar el hombro izquierdo mientras comía el bocadillo. Era el almuerzo rápido perfecto.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó.

—Pasaré por la oficina.

—¿Y luego al bar?

—No, esta noche no.

—Imagino que después de lo de ayer, querrás acostarte temprano —comentó mi madre, ocultando sin éxito una sonrisa detrás de su *muffuletta*.

—Qué rara estás hoy, mamá.

Yo sí era directo como mi abuela Isabeau, y más si era con mi familia. En los negocios tampoco me andaba con rodeos.

—No todos los días veo en mi hijo mayor el cambio que llevo años esperando.

Mis ojos se abrieron como platos:

—¿Qué cambio?

—Algo ha cambiado en ti. Lo sé.

—No pienso entrar en ese tema. —Miré a mi alrededor y pregunté—: ¿Quieres que haga algo más aquí? Tenía pensado pasar por la oficina pero *puedo* posponerlo.

—No, ya has hecho más que suficiente. Ahora me siento culpable de que te hayas lesionado el hombro.

—Es una ligera molestia, nada más.

—Podrías pasar por la tienda de tus abuelas. Tienen una crema buenísima para relajar los músculos. No sé de dónde sacan las fórmulas, pero siempre son excelentes.

—No lo dudo, pero el olor suele ser demasiado...

—¿Femenino? —preguntó mi madre, guiñándome un ojo—. Pues para que lo sepas, tienen esa crema con fragancia masculina también.

—Eso me valdría.

—Si vas a visitarlas, es probable que te hagan muchas preguntas.

—Gracias por el aviso —respondí entre risas.

Pensándolo bien, no me dolía tanto el hombro. Y tenía cosas más importantes que hacer, por ejemplo, pensar cuál sería el siguiente paso con Georgie.

Capítulo Veintiuno

Georgie

—Qué buen humor traes hoy —comentó Zelda, al ver que no podía borrar la enorme sonrisa que llevaba en el rostro—. ¿Es por esa gran venta que acabas de concretar?

—Sí, claro —respondí rápidamente, antes de darme la vuelta y ponerme a ordenar los nuevos productos en las estanterías—. ¿Qué tal os fue en el desfile de ayer?

—Estaba a reventar, pero fue muy divertido. ¿Y tu fiesta?

—Fenomenal.

—Ahh... por *eso* estás de tan buen humor.

Me giré para mirarla y vi que tenía una sonrisa burlona. Era evidente que no se creía mi historia sobre la "gran venta".

—Oye, no tiene nada de malo guardar secretos. Lo hace todo el mundo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté dándome la vuelta en su dirección—. ¿Me estás ocultando algo?

Zelda se puso una mano en la cadera y dijo:

—Vaya, ¿dónde ha quedado la reciprocidad? ¿Yo tengo que contártelo todo y tú no me sueltas prenda?

—No sé ni cómo contarlo... —admití.

Para empezar, mi relación con Julian no estaba del todo definida. Por un lado, todos los que habían asistido a la fiesta creían que estábamos saliendo. Y a eso había que agregarle que habíamos pasado una noche maravillosa juntos, y no tenía ni idea si eso cambiaría las cosas. Aún teníamos pendiente ir a la fiesta de los Landry, y todavía faltaba bastante para ese evento. ¿Qué iba a pasar mientras tanto? ¿Y si decía que no tenía sentido continuar con la farsa y que era mejor decirnos adiós?

Se me encogió el corazón solo de pensarlo.

—Vaya... te has venido abajo —observó Zelda.

—Es que... es complicado.

—Bueno, entonces te contaré mi historia, a ver si te animas. Ayer conocí a un chico increíble y me pidió salir.

—¡Me alegro! ¿Te vio y te pidió salir? Ya me cae bien.

—Me gustan los hombres decididos —dijo con una sonrisa.

—¿Cuándo vais a quedar?

—Este fin de semana.

—Cruzaré los dedos por ti. Bueno, voy a la trastienda —dije— a revisar los *emails*. Vendré si suena demasiado el timbre.

Acto seguido, me dirigí a la pequeña oficina, que era más bien un almacén con un escritorio. Era lo suficientemente grande para mi portátil y quería revisar mis correos electrónicos.

Me había armado de valor y enviado algunas propuestas la semana anterior. No sé de dónde me vino la inspiración, pero me senté en el escritorio y contacté con empresas que pudiesen estar interesadas en patrocinar carrozas de carnaval. En el peor de los casos, me dirían que no.

No tenía muchas esperanzas. Pero cada vez que revisaba mi bandeja de entrada, y tenía cero respuestas, sentía un nudo en el estómago. Ese día, sin embargo, había un mensaje nuevo. Se me abrieron los ojos como platos al ver el remitente: la empresa Hensley, uno de los clientes que me había dejado tras la inundación, con el cual me puse en contacto meses atrás. *¿Ahora me responden?*

Lo abrí con dedos temblorosos, aunque no estaba segura de qué era lo que me daba miedo. Al fin y al cabo, no podían rechazarme por segunda vez.

Querida Georgie:

Quiero pedir disculpas por haber terminado nuestra relación comercial de forma tan abrupta hace un par de meses. Tras recibir una llamada de Calliope Tableau e Isabeau LeBlanc, nos encantaría que volvieras a encargarte de nuestra carroza el año que viene. Entre tú y yo, los trajes y decoraciones que haces son mucho más elaborados y sofisticados que el proveedor actual.

Avísame si sigues interesada y puedes hacernos un hueco de cara a la próxima temporada.

Atentamente,
Meredith

Dios mío, me ha respondido personalmente.

No podía creer que Calliope e Isabeau hubieran hablado con ella. Por supuesto que me interesaba volver a trabajar con ellos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras escribía mi respuesta:

Por supuesto que sí.

Avíseme si debo enviarle el contrato a usted o al departamento legal de su empresa. Espero con gran interés retomar nuestra relación comercial.

Sí, eso sonaba bastante profesional. Lo firmé y envié sin más dilación.

¡Qué felicidad, por favor!

"Perseverancia todo lo alcanza", solía decir mi abuela. Y tenía razón.

Después de cerrar mi portátil, eché un vistazo a mi teléfono y vi que tenía un mensaje de Julian.

Madre mía, el día no puede ir mejor.

Se me iba a salir el corazón del pecho, y tuve que reconocer que llevaba todo el día cruzando los dedos para que se pusiera en contacto conmigo. En el fondo, temía que se olvidara de mí.

Julian: ¿Qué tal la tarde?

Era una pregunta sencilla, pero significaba muchísimo.

Georgie: Ahora tranquila, pero ha estado muy movida. ¿Y tú?

Julian: Ayudé a mi madre a colgar unos cuadros en la galería. A cambio, ella me hizo reflexionar bastante.

Me gustó que hubiese ayudado a su madre. Podría haberle pagado a cualquiera para que se ocupara, pero Julian quiso hacerlo él personalmente.

Georgie: ¿Acerca de qué?

Julian: Sobre ti. Aunque he estado pensando en ti desde antes de que ella me diera su opinión.

Georgie: ¿Tu madre sabe que estuve en la fiesta?

Julian: Por supuesto. Creo que a estas alturas lo sabe la mayor parte de la familia.

Dios, qué raro me resulta todo esto. Era cierto que desde la inundación no había vuelto a quedar con mi grupo de amigas, y aunque compartía muchas cosas con Zelda, no estaba acostumbrada a ser motivo de cotilleos, ni que nadie supiese mis movimientos. Por otra parte, gracias a eso pude recuperar a Meredith como cliente, de modo que no tenía derecho a quejarme.

Georgie: ¿Quieres compartir esas reflexiones conmigo?

Julian: Cuanto menos sepas, mejor.

Me puse de pie, apoyándome en el escritorio, esperando su próximo mensaje con gran expectación.

Julian: ¿Tienes planes para esta noche?

Estaba empezando a escribir una respuesta, cuando me llamó.

—¡Hola! ¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó sin más preámbulos.

Estaba a punto de decir "Nada. Soy toda tuya, y puedes hacer conmigo lo que quieras", cuando recordé que, en realidad, sí tenía algo que hacer.

Maldita sea. Las puñeteras obligaciones interponiéndose en mi vida personal.

—Tengo que hacer control de inventario y varios pedidos. Hemos gastado mucho *stock* y hay que reponerlo. Por desgracia, hoy y mañana tendré que quedarme hasta tarde.

—¿Y el viernes?

—El viernes estoy libre.

Mi corazón latía tan rápido que casi me mareo. ¿Me estaba subiendo la presión o estaba a punto de desmayarme? Así de fuerte me afectaba Julian LeBlanc.

—Está bien, perfecto.

—¿Qué quieres decir?

—Por favor, resérvate esa noche para estar conmigo.

—¿Para qué? ¿Para hablar sobre la fiesta de los Landry? —sugerí.

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Sé que aún falta para el evento, pero quizá deberíamos ultimar detalles.

—Esa fiesta me trae sin cuidado. Lo único que quiero es verte.

El incipiente mareo se convirtió literalmente en vértigo. Gracias a Dios que no tenía la presión alta; de lo contrario, estaría en problemas. Sentía vértigo, sí, pero en el buen sentido y con mariposas en el estómago.

—Sí, claro, cuenta conmigo. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo tengo que organizar. Mi prioridad era asegurar la fecha para que pases toda la noche conmigo.

—¡Ja! Eso ha sonado tan primitivo que me has recordado a Tarzán.

—Pues me encanta ser Tarzán contigo —comentó entre risas—: En tal caso, ¿te gustaría hacer de Jane?

Yo también me eché a reír, pero quería saber en qué consistiría la cita. ¿Debería sacar la artillería pesada? ¿La lencería delicada o la supersexy?

—Entonces, ¿esto es una... —me detuve un momento a aclararme la garganta— cena, o...?

—Es una cita, Georgie. Es una cita en toda regla.

Bien, pues tendré que sacar al campo la lencería supersexy.

—Me encanta.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Joder... —gruñó—. Mira, sé que lo nuestro empezó de forma muy poco convencional.

—Se podría decir que sí —murmuré.

—Pero entre tú y yo hay algo más, Georgie. Y no quiero ignorarlo... no me suele ocurrir.

La última frase sonó extraña. Era como si ni siquiera estuviera preparado para admitirlo, y menos ante mí.

—No te preocupes —dije con voz seria—. No me aprovecharé de ti.

—Gracias, me quedo más tranquilo.

¡Tenía una cita con Julian LeBlanc! Ya estaba pensando en el conjunto que me pondría, aunque no tenía ni idea qué íbamos a hacer.

Sonó el timbre y pensé que Zelda podría ocuparse. Pero tras sonar diez veces seguidas, comprendí que había llegado un grupo.

—Oye, tengo que ir a ayudar a Zelda.

—Claro. Entonces hoy te quedas hasta tarde en la tienda, ¿no?

—Sí, hasta las diez u once.

—¿Y vas a andar sola por el casco antiguo a esas horas?

—Sí, pero no pasa nada porque siempre hay mucha gente a esa hora caminando.

—Sí, y muchos borrachos.

—Julian, llevo toda mi vida trabajando aquí, y no será la primera vez que salga tarde de la tienda. Puedo arreglármelas sola —insistí.

—Me gustaría acompañarte hasta la parada del autobús.

—No, ni hablar.

—¿Por qué?

No sabía cómo explicarlo sin hacer el ridículo, pero tenía que intentarlo:

—Me costará mucho centrarme en lo que tengo que hacer si sé que tú me estás esperando.

Tras unos segundos de silencio, Julian se echó a reír:

—Georgie, no lo dirás en serio.

—Lo digo en serio.

—No me gusta que andes sola por el Barrio Francés por la noche.

Era entrañable que fuera tan protector.

—Mira, estoy lejos de los bares más concurridos, y rara vez me cruzo con borrachos.

—La parada del autobús está al lado de la catedral.

Era obvio que no se iba a rendir tan fácilmente.

—Sí, pero siempre evito la calle Bourbon. Mi recorrido es muy seguro.

—Tengo otra propuesta: envíame un mensaje cuando termines e iré a la tienda para acompañarte a la parada.

—¿Y si es tarde y estás durmiendo?

—Nunca me acuesto temprano. Y como vivo cerca, no me cuesta nada.

—Vale. Muchas gracias, Julian —respondí con una extraña presión en el pecho.

—Hasta ahora. No quiero entretenerte más.
¡No me lo puedo creer! ¡Qué felicidad!
Iba a ver a Julian mucho antes de lo esperado.

Capítulo Veintidós

Georgie

Tras colgar, me di cuenta de que se me había olvidado contarle que su abuela y Calliope convencieron a uno de mis antiguos clientes para que volviera a contratarme. Pero ya que esa noche tendría la oportunidad de volver a verlo, podría contárselo todo.

Solo me acompañaría hasta la parada del autobús, y aún así apenas pude concentrarme en el trabajo, ni con los clientes, y menos con el inventario. No dejaba de pensar en volver a verlo. Julian ocupaba todos mis pensamientos.

Pero las dudas comenzaron a surgir. ¿Era una buena idea? Por supuesto que me encantaba, era el hombre más sexy que jamás había conocido, pero había un motivo por el que me había prometido no volver a salir con un hombre tan poderoso e influyente. No podía compararlo con Kyle porque *eso* sería completamente injusto. El problema era que si las cosas salían mal tendría que evitar aún más calles en el Barrio Francés.

Aparté esos pensamientos de mi cabeza. No, estaba segura de que, independientemente de cómo resultara lo nuestro, Julian no se comportaría como Kyle. Sería educado y respetuoso.

—Georgie, creo que la has guardado mal —dijo Zelda.

Mierda. Mi compañera tenía razón: estábamos clasificando cajas con cuentas y cajas con máscaras. No era nada complicado porque eran de diferentes tamaños, y aun así me las apañé para liarla.

Sonó una notificación y eché un vistazo rápido a mi móvil.

Julian: ¿Cómo va el inventario?

Georgie: Estoy cansada, la verdad. Ya he cenado, y aunque me apetece picar algo, no quiero que me de sueño.

No respondió, lo cual prefería, porque no quería más distracciones. Acababa de mezclar cuentas con máscaras, y se me estaba yendo la olla.

—Sí, tienes razón. Lo siento —respondí, y rectifiqué mi error.

—¿Estás bien? Te veo muy cansada.

—Debería haber dejado el inventario para otro día, pero ya estamos metidas en el barro.

Trabajamos codo con codo en silencio durante un rato hasta que alguien llamó a la puerta. Recordaba haberla cerrado con su correspondiente cartel para que los clientes supieran que no estábamos abiertos. *¿Quién será?*, pensé con el ceño fruncido.

—¿Le has dado la vuelta al cartel, verdad? —pregunté a Zelda.

—Sí, claro. Voy a ver quién es.

Me concentré en las cajas que quedaban en absoluto silencio para escuchar cualquier ruido procedente de la puerta, hasta que al final decidí ir con Zelda. Puede que con Julian me hubiese hecho la valiente, pero había una razón por la que no mantenía la tienda abierta hasta tarde. El casco antiguo *podía* llegar a ponerse un poco peligroso, especialmente durante la temporada de carnaval. Pero me pareció que Zelda estaba charlando con alguien en la puerta, y por lo que escuchaba, era una persona educada y no estaba borracha. Aun así, quería asegurarme de que todo estaba bien.

Después de cerrar la puerta, Zelda se dio la vuelta y me tendió una caja con una enorme sonrisa.

—¿Quién era? —pregunté.

—Alguien nos ha enviado unos pralinés. La caja tiene el logo de *LeBlanc & Broussard*.

Ohhhh. Eran los pralinés más famosos de Nueva Orleans, y sin duda los mejores del mercado. Además de muy difíciles de conseguir, ya que solo los servían en sus restaurantes o en eventos benéficos.

—¿Cómo puede ser?

—Pues dímelo tú. ¿Es posible —dijo, acercándose a mí y abriendo la caja—, que los haya enviado ese tal LeBlanc que ambas conocemos?

Zelda dejó la caja abierta sobre el mostrador y me llevé uno de inmediato a la boca. Estaba relleno de licor de cereza.

—Madre mía, qué bueno está —murmuré.

—¿A que sí? No entiendo que no los vendan en todos lados.

—Yo los vendería encantada, al igual que cualquier tienda del casco antiguo. ¿Era un repartidor?

—En realidad, era un pinche de cocina del restaurante *LeBlanc & Broussard*. No me dio muchos detalles, solo que le habían pedido que nos trajera una caja.

Estaba segura de que Julian estaba implicado en el asunto. No había otra explicación.

—Ahora empiezo a atar cabos... —dijo Zelda, con una sonrisa un poco más tenue—. Y también entiendo por qué no quieres contarme nada.

—En realidad no es un secreto, solo que...

—No importa. No tienes que darme ninguna explicación.

Se metió otro bombón en la boca y dijo rápidamente:

—Bueno, voy a volver al trabajo.

—Yo iré en un momento.

—Tómate tu tiempo, jefa.

Era evidente que Zelda ocultaba una sonrisa mientras se apresuraba hacia la trastienda. Saqué mi teléfono del bolsillo; Julian no me había enviado ningún mensaje, pero quería darle las gracias. Había sido un detalle muy considerado y justo lo que necesitaba para levantarme la moral. Le envié una foto con el mensaje **"El *snack* perfecto".**

Me respondió segundos después.

Julian: Me alegro de que te guste y creo que era lo que necesitabas: un dulce ligero que no te dé pesadez ni sueño.

Dios mío. Había olvidado por completo mi comentario.

Georgie: Son mis pralinés favoritos. No entiendo cómo han sobrado en el restaurante.

Julian: No eran sobras. Tuve que luchar por esa caja.

No sabía si lo decía en serio, pero, en cualquier caso, se lo agradecí.

Georgie: Gracias. En una hora termino. ¿Sigue en pie lo nuestro?

¿Y si decía que no? Me había emocionado todo el día pensando en que lo vería por la noche. No podía decirme que no ahora.

Julian: Por supuesto. Soy un hombre de palabra.

No paraba de repetirlo, pero era cierto.

Julian: Si quieres, puedo ir antes y echarte una mano.

No podía creer que se ofreciera a ayudarme. Tras la larga noche que habíamos pasado juntos, dedicó su día ayudando a su madre. Y para colmo, quería echarme una mano a mí. Era algo totalmente inesperado.

Siempre había soñado con tener una relación de pareja en la que nos cuidáramos el uno al otro. No me quitaba el sueño tener una familia, pero sí era un objetivo a largo plazo. Julian me hacía pensar en cosas en las que no debería, dado lo incipiente de nuestra relación, pero no podía evitarlo. Era amable y considerado, y todo lo que siempre había deseado en un hombre. Todo lo opuesto a Kyle.

Georgie: No, gracias. Estamos bien. Guarda tu fuerza para protegerme de posibles delincuentes de camino al autobús.

Me gustaba tomarle el pelo, pero me sentía un poco más segura sabiendo que me acompañaría.

Julian: Entonces nos vemos en una hora.

* * *

Zelda se marchó cuarenta minutos más tarde. Las dos estábamos cansadas, pero habíamos avanzado mucho.

Después de que se fuera, decidí relajarme hasta que llegara Julian. Me senté en el sillón de Nana, pero cuando estaba a punto de coger un libro, vi una sombra moverse delante de la puerta.

Joder, Julian ya está aquí.

Salté del sillón de inmediato. Un segundo atrás, estaba que me moría de sueño, pero verlo me despertó por completo. Cogí el último praliné que quedaba y me lo llevé a la boca; lo había reservado para ese momento, para que mis besos tuviesen un sabor delicioso. Deseaba con toda mi alma que nos besáramos. Después de la noche que habíamos compartido tenía síndrome de abstinencia de Julian. Cogí mi bolso y corrí hacia la puerta.

—Has llegado más temprano de lo que pensaba —dije sin aliento.

—Estaba dando una vuelta, y me acerqué para ver si quizás habías terminado un poco antes, y entonces vi salir a Zelda.

—Las dos estamos agotadas.

Me puse a juguetear con los pulgares detrás de mi espalda y morderme el interior de la mejilla. No entendía cómo podía estar tan nerviosa.

—¿Lista para irnos? —preguntó.

—Claro.

Al salir de la tienda, se volvió hacia mí y me dijo:

—Tengo una propuesta que hacerte.

Se me pasaron un montón de posibilidades por la cabeza. ¿Y si quería llevarme a su casa para dar rienda suelta a todas sus fantasías eróticas? *No tendría ningún problema*.

—Te escucho —dije, cerrando la puerta con llave y comprobándola dos veces.

—Puedo llevarte a tu casa.

Eso no era lo que esperaba.

—¿Por qué?

—Porque es más cómodo que ir en autobús.

Me aparté un mechón de pelo detrás de la oreja:

—No, nuestro trato era que me acompañaras hasta la parada, eso es todo.

—Lo sé. Por eso no te he ofrecido antes el coche...sabía que me dirías que no.

—Mira, no quiero parecer grosera ni que no valoro tu oferta, pero quiero que me acompañes hasta el autobús y nada más, ¿vale? De verdad que no me importa volver a casa en transporte público. Me ayuda a relajarme después del trabajo y, en serio, el trato era que...

—Sé lo que acordamos, y lo entiendo. No quiero sobrepasar ningún límite, solo pretendía darte una mano para que llegues más rápido a casa.

—Gracias.

—¿Cuándo sale el autobús? —preguntó.

—Si nos damos prisa, puedo coger uno en unos minutos.

Cogimos Burgundy Street, y Julian no dejaba de mirar en todas direcciones.

—Te estás tomando muy en serio tu papel de protector de indefensos, ¿eh? —dije para picarlo.

—No puedo evitarlo. Suelo salir por las noches a dar una vuelta, y no sabes la de cosas que he visto. Durante el día todo parece muy pintoresco y bonito, pero por la noche cambia completamente.

—¿También te pasas por tus otros locales?

—Claro. En el bar que tú conoces paso la mayor parte del tiempo, pero también me gusta hacer acto de presencia en los otros, para ver cómo van los empleados y todo eso. —Y tras una breve pausa, preguntó—: ¿Me enseñas el recorrido a la parada?

—Por supuesto. Y gracias de nuevo por los pralinés —respondí, justo cuando me tocó la espalda.

Oh, eso era lo que me faltaba... su contacto. ¿Cómo puede ser que lo anhele tanto?

Me incliné hacia su mano, la necesitaba con desesperación. Y más después de la noche anterior.

—Quería darte una sorpresa —dijo después de darme un beso en la sien. Y tras acercar su boca a mi oído, añadió—: Quería entregarte la caja en persona, pero me lo prohibiste expresamente.

Se me puso la piel de gallina, su aliento caliente en mi oreja me transportó a nuestra noche en el hotel.

—¿Ves lo que me haces? —dije señalando mis brazos.

Me subió la manga para besarme el brazo, y la sensación fue casi tan excitante como si me hubiera besado la entrepierna. ¡Madre del amor hermoso! Bastaban un par de palabras bonitas y un casto beso en el antebrazo para ponerme a mil. No me reconocía a mí misma.

Levantó la vista de mi mano antes de enderezarse, con una clara expresión divertida en los ojos. Sabía lo que estaba haciendo y el efecto que me provocaba.

—¿Qué haremos el viernes?

Me cogió de la mano, entrelazando nuestros dedos. No pude evitar preguntarme si era para aparentar, pero estábamos solos y no tenía ningún sentido. Era un gesto increíblemente romántico entre dos personas adultas. Recordaba a la perfección que Julian no era de tener novia, de modo que ir cogidos de la mano debía de ser tan nuevo para él como para mí.

—Quiero que vayamos a un restaurante que me gusta mucho aquí en el casco antiguo. He reservado especialmente una mesa para nosotros, y te recomiendo que lleves abrigo.

Vaya, qué curioso. Debe tratarse de uno de esos bonitos y característicos patios interiores que tienen algunos restaurantes.

—Entendido.

Para mi disgusto, llegamos a Jackson Square demasiado rápido.

—¿Dónde está la parada? —preguntó. Y al ver que yo me partía de risa, añadió—: Oye, no te rías. Nunca he tomado el autobús.

—¿Nunca usas el transporte público? —pregunté.

—A veces el tranvía, pero eso es todo.

—Queda al otro lado de la plaza—respondí.

Caminamos flanqueando el césped. Era precioso a esa hora de la noche, con las farolas cubiertas por una ligera niebla y la iglesia de St. Louis bellamente iluminada.

—Esta zona es muy romántica por la noche. Me gusta cuando hay niebla —comenté.

—Podemos dar un paseo por el Barrio Francés después de cenar —dijo Julian.

—¡Sí! Es una idea estupenda.

—Eres fascinante —señaló con una sonrisa.

Los dos nos detuvimos de repente y él se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé... Me encanta cómo vives la vida, que honres el legado de tu abuela, la pasión que pones en todo lo que haces, tú forma de disfrutar de las pequeñas cosas...

—¿Y qué tiene eso de particular? Mi abuela siempre decía que hay que celebrar todo en la vida, por pequeño que sea. Era una mujer muy sabia, y trato de poner en práctica sus enseñanzas.

—La echas de menos —afirmó con naturalidad.

—Todos los días —dije con la voz un poco quebrada.

Había fallecido hacía muchos años, pero la recordaba como si fuera ayer; su aroma a lavanda y su forma de vestir, siempre tan arreglada.

Suspiré, y se me llenaron los ojos de lágrimas:

—Lo siento, estoy haciendo el ridículo.

—Para nada. Me encanta que vivas tus emociones con intensidad, tanto la alegría como la tristeza. Es maravilloso.

Me secó la lágrima que se deslizaba por la comisura de mi boca y me besó en la mejilla.

Sí, va a darme ese beso que tanto deseo.

Pero entonces Julian se puso recto, y no tuve más remedio que tirar de su camiseta y atraerlo hacia mí:

—¿Qué pasa? —le espeté con el ceño fruncido—. Estabas a punto de besarme y...

—Eso no puede pasar esta noche.

—¿Por qué no? —pregunté con un quejido.

—Porque me muero por besarte como un loco y hacerte mía. Y no podemos hacerlo en medio del casco antiguo y delante de la iglesia.

—Vaya, veo que guardas algo de decoro —bromeé.

—No, Georgie, lo hago por ti. Si por mí fuera, no tendría ningún problema en comerte a besos aquí mismo.

—Entonces retiro lo dicho. Igualmente el balance es muy positivo: no tienes vergüenza, pero eres considerado.

—¿Estás segura de que tienes que volver a tu casa? —preguntó.

Mi corazón se aceleró aún más. ¿Me estaba invitando a su casa? ¡Por supuesto que sí! Pero entonces recordé que no tenía otra muda de ropa en la tienda y fruncí los labios, decepcionada y respondí:

—Sí, necesito volver a mi casa.

Julian respiró hondo y bajó la mirada hacia mi hombro. Sentí que sus dedos presionaban con más fuerza mis costillas, como si necesitara prepararse, aunque no entendía para qué. Luego bajó las manos y dio un paso atrás.

Ah, ya lo he entendido.

Necesitaba prepararse para dejarme marchar. *¡Qué bonito, por favor!*

Tener el poder de excitarlo de ese modo me llenaba de felicidad. La química entre nosotros era palpable e intensa. Deseaba con todo mi corazón que pudiéramos darle una oportunidad a lo nuestro, ver hasta dónde podíamos llegar... pero entonces recordé que Julian no era el tipo de hombre al que le gustaban los compromisos.

—Entonces deberíamos darnos prisa, o perderás el autobús.

—Dios mío, es verdad. Me tienes hecha un lío.

—No lo suficiente como para olvidar que tienes que volver a casa —dijo, y se me escapó una carcajada.

Le dediqué una sonrisa tímida mientras caminábamos hacia la parada, que estaba abarrotada de gente. Julian echó un vistazo alrededor y resopló.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pensé que podría darte *un* beso, pero es imposible con tanta gente cerca.

Me aproximé para ponerle una mano en el pecho y acariciarle el pelo con la otra.

—¿Así que tus besos no son aptos para todo público?

—Es una buena forma de decirlo. —Acercó su boca a mi oído y susurró—: No puedo darte un beso sin que me entren ganas de devorarte por completo. Soy completamente incapaz de resistirlo.

No podía creer que estuviera allí, en la parada del autobús, con Julian LeBlanc susurrándome palabras bonitas al oído. Bueno, más bien palabras indecentes, pero daba igual.

Llegó el autobús y empezaron a bajar pasajeros.

—Tengo que irme.

Y como me gustaba provocarle, me puse de puntillas y le di un casto beso que bastó para que emitiera un gruñido. Me sentí la mujer más poderosa del planeta.

—Lo has hecho a propósito —dijo cuando me aparté.

Subí los escalones del autobús, y antes de alejarme, me giré para responderle:

—Por supuesto que sí.

Capítulo Veintitrés

Georgie

El viernes por la tarde, a las siete en punto, le di la vuelta al cartel de la puerta y me apresuré a ir a la trastienda. Todas mis empleadas se habían marchado, y tenía solo veinte minutos para prepararme antes de que Julian viniera a recogerme para nuestra cita. Menos mal que me había dicho que me pusiera ropa de abrigo, y me evitó el dilema de tener que elegir entre un atuendo sexy o uno cómodo. Me decanté por unos vaqueros y un jersey con un hombro semidescubierto, pero que al ser de lana, me mantenía abrigada. Por debajo, un tanga supersexy, como no podía ser de otra manera. Y una chaqueta por si acaso hacía demasiado frío.

Como no podía lavarme ni peinarme el pelo como quería, me tuve que conformar con cepillarlo. Me dejé los rizos sueltos y me gustaba cómo caían sobre mis hombros. Me apliqué un maquillaje muy simple, solo base y un poco de colorete, pero mi toque especial me lo daba el perfume. Me encantaba, y era algo nuevo para mí. Nunca le había dado mucha importancia a las fragancias, de hecho, solo tenía un perfume y lo usaba tan poco que me duraba años. Pero si seguía a este ritmo con el de lilas, pronto se me acabaría.

Aunque pensaba que me había arreglado en tiempo récord, en algo debí de fallar porque llamaron a la puerta antes de que terminara de ponerme el colorete. Julian ya estaba allí.

Comprobé mi aspecto por última vez, guardé mi pequeño neceser de maquillaje en el bolso y corrí hacia la puerta principal, que había dejado cerrada con llave.

En cuanto le abrí a mi chico, dije:

—Ya estoy lista. Vamos.

Julian dio un paso atrás y me miró de arriba abajo:

—Tranquila, estamos bien de tiempo. ¿Puedo pasar?

—¿Para qué? —pregunté, desconcertada.

—Porque necesito besarte.

—Si es por eso... claro... pasa —respondí con un gesto para que entrara.

Al segundo siguiente, me agarró de la mano y me llevó a la trastienda.

—Con las luces apagadas, nadie puede vernos desde fuera —expliqué, aunque no estaba del todo segura.

—Mejor vayamos a la trastienda —dijo con una voz tan ronca que sentí un cosquilleo por todo el cuerpo.

No llegamos muy lejos antes de que me arrinconara contra la pared y sellara nuestras bocas. Suspiré contra sus labios; el beso fue tan profundo y desesperado que avivó aún más mi deseo.

Sentí su mano en la cintura de mis vaqueros y por debajo del jersey, acariciando mi piel desnuda. De forma instintiva, levanté una pierna para enroscarme en él. Julian cogió mi muslo y se posicionó entre mis piernas. Bajó su boca por mi cuello, inhalando profundamente justo donde me había puesto el perfume.

—Georgie...

Deslizó los dedos por mi torso hasta rozar mi sujetador. Pero de forma repentina y brusca, quitó la mano y se puso recto.

—No... —supliqué.

—Es la única manera.

Estaba demasiado oscuro allí como para ver su expresión y entender qué quería decir con eso. Pero por su tono de voz, parecía estar a punto de arrancarme la ropa.

Me agarró una mano y entrelazó nuestros dedos. Ese simple gesto me pareció más íntimo que el beso.

—Vamos. La cena nos espera.

—Tienes razón.

Pensé que volvería a besarme pero en su lugar me llevó de la mano hasta la puerta principal.

—¿Dónde está el restaurante? —pregunté después de cerrar con llave.

—En la calle Toulouse.

—Mmm. Estoy tratando de adivinar cuál es... —Pero tampoco conocía demasiados locales como para saberlo—. ¿Es de tu familia?

Se volvió hacia mí con una sonrisa:

—Por supuesto. La mayoría de la gente prefiere *LeBlanc & Broussard*, pero a mí me gusta más al que vamos a ir ahora. Es más íntimo.

—Estoy deseando verlo.

La música resonaba en las calles, junto con el sonido de las conversaciones. Hacía un calor sorprendente y el aire no estaba tan húmedo como de costumbre. Parecía que incluso el tiempo conspiraba para que tuviéramos una cita estupenda.

—Se nota que la primavera está a la vuelta de la esquina —murmuré.

Julian apretó mi mano; me encantaba que no me soltara.

—¿Por qué lo dices?

—Percibo un ligero cambio en el aire. No suelo equivocarme con mis predicciones.

—Hace una noche muy agradable —coincidió cuando llegamos a *The Apothecary*.

Me quedé tan atónita que miré por la ventana del local para asegurarme de lo que estaba viendo antes de preguntar:

—¿Esto es un restaurante?

—Sí —asintió—. Antes era una farmacia. Cuando mi familia alquiló el local, hace más de veinte años, decidieron mantener el nombre. Quisieron honrar su antiguo pasado como farmacia de barrio.

—A tu familia le gusta mantener las tradiciones, ¿eh?

—Totalmente, y si es posible, mantenemos el nombre original del local. Aquí hay una pared entera de recuerdos de los anteriores propietarios.

—¿Existe algún heredero interesado en la propiedad?

—No. Y por eso mi familia acabó comprando el edificio: a falta de alguien que continuara el negocio, se decantaron por cerrarlo. ¿Lista para entrar?

—Claro.

Julian abrió la puerta y miré a mi alrededor con asombro. Las mesas estaban muy separadas unas de otras y, aunque la mitad estaban ocupadas, el local irradiaba calma. De fondo sonaba música jazz.

Me fijé en la decoración que homenajeaba a la farmacia: estanterías repletas de todo tipo de frascos.

—Buenas noches, Julian —saludó un señor mayor.

—Buenas noches, Oliver. Quiero presentarte a Georgie —dijo Julian, antes de preguntar—: ¿Está todo listo?

—Sí señor, síganme.

Nos condujo hacia la parte trasera, y pensé que saldríamos a un patio interno.

En cambio, subimos una escalera, que llegaba a una planta donde solo había cajas y otros suministros. Tras otro tramo más de escaleras, Oliver abrió una puerta que daba a la azotea.

Esbocé una sonrisa al ver dos grandes árboles en enormes macetas con luces parpadeantes entrelazadas en sus ramas sin hojas. *Qué romántico.*

Había una mesa para dos en medio del espacio y una cubitera. Por lo que parecía, teníamos la azotea sola para nosotros.

—Me he tomado la libertad de traerles una botella de vino blanco —dijo Oliver señalando la cubitera—. El tinto está en la mesa.

—Gracias —dije, mientras Julian me sostenía la silla.

Hacía un poco de frío, aún así pude quitarme la chaqueta y quedarme con el jersey que llevaba debajo.

Después de tomar asiento, Oliver preguntó:

—¿Les sirvo un poco de vino?

—Me gustaría una copa de tinto —respondí, mirando a Julian—. Independientemente de si marida bien con lo que vayamos a pedir, siempre prefiero vino tinto.

—Lo que la señorita quiera —dijo Julian, y un ligero cosquilleo me recorrió sin motivo alguno—. A mí también me apetece tinto.

—Enseguida. —Oliver abrió la botella y llenó las copas con generosidad. Tendría que beberlo poco a poco. Señalando la mesa, añadió—: Aquí tienen los menús, y el pan está en la cesta.

Acto seguido, Julian y yo cogimos un trozo de pan, y vi una leve sonrisa en sus labios.

Después de darle un bocado, eché un vistazo al menú:

—Todo tiene muy buena pinta. —Me volví hacia Oliver y le pregunté—: ¿Cuál es tu plato favorito?

—Puede que mi opinión sea sesgada, pero presumimos de servir la mejor *jambalaya*[1] del casco antiguo. —Miró a Julian—. Lo siento por la chef de *LeBlanc & Broussard*.

—No te preocupes, Oliver —dijo Julian entre risas—: No diré nada.

—Visto lo visto, tendré que pedirla —agregué con una sonrisa.

—¿Les apetece algún entrante? —preguntó Oliver.

Miré a Julian, que se giró para responderle:

—Sorpréndenos.

—Muy bien. Me encanta tenerlos como comensales. —Y mirando a Julian, agregó—: Llevaba mucho tiempo sin verlo por aquí, me alegro de que haya venido.

Después de que se marchara, le sonreí a Julian:

—Me chifla este sitio. Mira lo bonitas que son las luces de los árboles.

—Sabía que te gustarían.

—¿Dónde han puesto las otras mesas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julian con el ceño fruncido.

—Me imagino que esta azotea está abierta al público, ¿no?

—No, no tienen servicio en la azotea. Han hecho una excepción solo para nosotros —señaló—. Incluidas las luces centelleantes.

—Vaya, es todo muy romántico.

—Quería tenerte solo para mí. Me encanta la planta baja, pero aquí estaremos mejor. —Me cogió la mano por encima de la mesa—. Estoy muy contento de estar aquí contigo esta noche.

—Yo también.

Su mirada me derretía por dentro. No pude sostenerla por miedo a decir alguna tontería, así que miré las preciosas velas artesanales.

—Sé que lo nuestro empezó de forma poco convencional... Pero al menos siempre será una anécdota divertida de contar —dije.

Julian se rió entre dientes, y pude finalmente hacer contacto visual con él.

—Es cierto. Pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me daba cuenta de que quería estar contigo. No lo hacía para aparentar.

Dios mío. Me encantaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

Moví las piernas bajo la mesa con nerviosismo. Julian pareció darse cuenta, porque inmediatamente me acarició con las suyas.

—Te he deseado desde la primera vez que te vi, Georgie. Todo lo que sucedió después fue una especie de excusa para acercarme a ti.

—No te creo.

—Te lo juro. ¿Crees que no podría haber echado al idiota de Kyle de mi bar de otra manera? Pero pensé que sería una oportunidad estupenda para besarte, y antes de siquiera evaluar los pros y los contras, me lancé a la piscina. Y les di material a mis hermanos para que se lo pasaran en grande.

—¿Qué saben exactamente de nosotros?

—Casi todo. Puede que incluso lo que pasó en el Marriott.

—¡¿Cómo?! —pregunté con un nudo en el estómago. La vergüenza me subió por la garganta.

—Mi madre lo sabe, y mis abuelas también. Pero no suelen contarle todo a mis hermanos, así que ya veremos.

—Madre mía, ¿y no te importa que hablen de ti?

Julian se rió antes de responder:

—Mi familia es así, y he aprendido a no remar contra la corriente. Yo también me entrometo en sus vidas... así que no tengo derecho al pataleo.

—Me gusta que lo reconozcas. Y que no te creas por encima de nadie, y eso que podrías.... en el sentido de que vienes de una familia prestigiosa, que levantó esta ciudad y... No me hagas caso... estoy diciendo cualquier barbaridad. —*Dios mío, ¿qué le acabo de soltar?*

Julian sonrió:

—Odio a la gente que se cree que está por encima de los demás.

Oliver apareció con una bandeja con lo que parecían mejillones con queso gratinado.

—Mmm, ¡qué buena pinta! —exclamé.

—Es la especialidad de la casa. Y hoy nos ha llegado este queso excelente que estoy seguro de que les gustará. Si quieren otra ración, solo tienen que decirlo.

—Creo que será más que suficiente —respondió Julian, y yo asentí.

Había dos docenas; era imposible que repitiéramos.

—Volveré más tarde. ¿Quieren que les sirva más vino? —ofreció Oliver.

—No, gracias —respondí. Apenas había tomado unos sorbos.

Julian también negó con la cabeza, así que Oliver nos dejó solos.

—Qué bien huele —dije.

—Se me había olvidado que tenían mejillones en la carta. Normalmente vengo aquí para comer algo rápido, y nunca pido entrantes.

—¿Con qué frecuencia sueles venir?

Julian se encogió de hombros mientras cada uno cogía un mejillón:

—No muy a menudo. Pero intento pasar por todos los establecimientos que tenemos en el Barrio Francés una vez al mes.

—¿Y eso?

—Es una costumbre que empecé y que quiero mantener. Me gusta empaparme de la movida del casco antiguo, por así decirlo, y observar a la gente. Quiero que los clientes tengan una grata experiencia en nuestros establecimientos.

—Me parece muy inteligente de tu parte que te pases por los restaurantes como un cliente más.

—Además, me da la oportunidad de ponerme al día con mis hermanos si están allí. Bueno... Xander nunca va a ningún lado, solo a su oficina en el distrito financiero. Es mi polo opuesto: a él le basta con mirar las cifras para saber cómo va el negocio. Pero yo necesito estar en primera línea de combate.

—¿El resto de tus hermanos dónde trabajan?

—Cada uno tiene su propia oficina en alguno de los locales que gestionan, y como están casi todos en el Barrio Francés, es fácil quedar y vernos. —Se inclinó hacia mí y añadió—: También es muy difícil guardar secretos.

—Ya veo. —Y tras comer mi cuarto mejillón, exclamé—: ¡Qué bueno que está esto! Y yo que pensaba que me bastaría con un par.

—Podemos pedir otra ración pero no te lo recomiendo. Los platos principales son bastante abundantes, especialmente el arroz *jambalaya*.

—Entonces... —intenté reunir el valor para preguntarle lo que no había podido cuando me invitó a salir, pero mis palabras se esfumaron. De repente, me puse muy nerviosa.

Di un sorbo más grande de vino y comí otro mejillón, pero el coraje brillaba por su ausencia. Seguí bebiendo de la copa, que seguro ayudaría más que la comida.

—¿Georgie? —preguntó.

Al ver que me estaba mirando con tanta intensidad, casi me atraganto. No sabía cuánto rato llevaba mirándome fijamente.

—Pareces nerviosa. ¿Qué pasa?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté indignada.

—Estabas a punto de decir algo... Y has pasado de la calma a la ansiedad en cuestión de segundos.

Cierto. No podía prolongarlo más. Quizás fuera lo mejor.

Me mordí el interior de la mejilla y dije:

—No estoy segura de qué significa todo esto... esta noche.

Julian ladeó ligeramente la cabeza, sin apartar los ojos de mí:

—Ya te he dicho que es una cita, Georgie.

—Entonces, ¿tú y yo estamos saliendo... de verdad?

1. Nota de la Traductora: La *jambalaya* es un guiso de arroz especiado, típico de Luisiana, que además lleva carnes, mariscos y vegetales.

Capítulo Veinticuatro

Georgie

Sabía que mi pregunta era ridícula, pero necesitaba saberlo.

Julian se enderezó y me dedicó una gran sonrisa antes de responder:

—Sí, Georgie. Estamos saliendo.

—Perdona por ser tan... —balbuceé al sentir como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿A qué le tienes miedo?

—No sé si es miedo a algo en concreto... —respondí lentamente, sintiendo que otro nudo se deshacía en mi pecho.

Con Julian sentía que podía bajar la guardia y hablar con sinceridad.

—Cuando estés lista, dímelo, ¿vale?

Y tampoco me presionaba para que me abriera.

—Por lo que tú me has contado, no sueles llevar a nadie a los eventos, y menos tener una relación estable con una chica. Di por hecho que no te van los compromisos.

Julian carraspeó y respondió:

—Así es, has dado en el clavo.

Mierda. Se me volvió a contraer el estómago.

—Pero eso no significa que no pueda cambiar —continuó.

Sus ojos azules me inquietaban. No estaba acostumbrada a hablar de mis sentimientos con un hombre, mucho menos a mantener el contacto visual.

—¿Qué quieres decir?

—La mayoría de la gente se resiste al cambio. Yo, por el contrario, no tengo problema en reconsiderar mis ideas y creencias.

Extendió ambas manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba, y supe lo que pretendía. Me senté en el borde de la silla y puse mis manos en las suyas.

—Desde que te conocí he reconsiderado varias de esas creencias.

—No puedo creer que lo reconozcas tan abiertamente.

Me apretó las manos un momento, y las soltó porque era incómodo mantener esa conversación cogidos de las manos. Aún así eché en falta su contacto.

—¿Por qué no? Me gusta llamar a las cosas por su nombre.

Volví a comer los mejillones que me quedaban en el plato, que estaban mucho más ricos después de nuestra conversación. No era consciente de que llevaba ese miedo dentro.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —preguntó, entre bocado y bocado.

Me encantaba verlo comer los mejillones con la mano. Yo, en cambio, optaba por usar el tenedor para disfrutar del exquisito queso gratinado que se desbordaba.

—Creo que no. ¿Y tú?

—No, solo quiero disfrutar de ti. Eso es todo... lejos de cualquier fiesta y de miradas ajenas.

Una sensación de calidez me recorrió el cuerpo.

—La verdad es que se agradece —respondí, frotándome las palmas—: Hora de comer el último mejillón.

—Si quieres, podemos pedir más —ofreció Julian con una sonrisa. Ya se había comido su parte de la ración.

—No, está bien. Quiero dejar lugar para la *jambalaya*. Y tenías razón, el queso llena mucho. Es una de las mejores comidas que he probado en años.

—Puedo enviarte una ración todos los días, si quieres.

Mis ojos se abrieron como platos y me eché a reír.

—Lo digo en serio.

—¿De verdad? —pregunté, sin poder contener mi sorpresa—. Sería muy generoso de tu parte.

¡Generoso es poco! ¿Era capaz de hacer eso solo porque me había gustado?

Centré mi atención en mi último mejillón, cogí hasta la última pizca del relleno y mastiqué lentamente, cerrando los ojos mientras disfrutaba del sabor. Respiré hondo y tragué antes de volver a abrirlos. Julian seguía con la mirada puesta en mí.

—Madre mía. Tu forma de disfrutar de la comida me está dando ideas indecentes.

—Guárdalas para más tarde —respondí con un guiño.

Justo cuando acababa de dejar la última concha vacía de mejillón, Oliver irrumpió por la puerta con una enorme bandeja. Me pregunté: ¿Había una cámara en la azotea? ¿Cómo sabía que habíamos terminado el entrante? ¿Habría estado escuchando nuestra conversación desde la puerta? No, eso era imposible.

Dejó la bandeja y se movió con gran destreza para retirar los platos vacíos y colocar dos platos de *jambalaya* delante de nosotros. *¡Qué bien huele!*

—Gracias, Oliver —dijo Julian, y me di cuenta de que el hombre me miraba expectante.

Cogió la bandeja a regañadientes y asintió antes de marcharse.

—¿Por qué me ha mirado así? —le pregunté a Julian.

—Estaba esperando tu veredicto.

—Pero él no es el chef, ¿verdad? —dije con una risa.

—No, pero lleva mucho tiempo con nosotros, y está muy apegado al restaurante.

Eso hablaba muy bien sobre cómo la familia trataba a sus trabajadores. Si eran así de leales, significaba que estaban a gusto en la empresa.

—Tengo que pedirte algo: independientemente de tu veredicto, dile a Oliver que es el mejor arroz que has probado. —Y tras guiñarme un ojo, añadió—: Pero a mí me puedes decir la verdad. Siempre.

Sabía que no se refería solo a la comida, y tuve la certeza de que lo decía en serio. Qué reconfortante era sentir que le podía contar cualquier cosa y no me juzgaría.

Cogí un puñado de arroz con el tenedor, y antes que llevármelo a la boca, cerré los ojos y aspiré su aroma lentamente. Lo hice para provocar a Julian, pero también para embriagarme mejor del olor. Luego me llevé el tenedor a la boca, abriendo los ojos de par en par.

Mastiqué rápidamente y antes de tragar siquiera comenté:

—Está de muerte.

—¿Pero es la mejor *jambalaya*? —bromeó Julian.

—Mmm... todavía no tengo el veredicto final. —Pese a que cuanto más comía, más me gustaba—. Pero desde ya te digo que es adictivo.

Julian me observaba con una sonrisa juguetona y no pude evitar preguntarle:

—¿Por qué me miras así?

—Ya he escuchado ese tipo de comentarios de otros clientes: que después de un par de bocados, el sabor se siente con más intensidad. Durante años hubo un gran debate en la familia sobre qué restaurante servía la mejor *jambalaya*.

—Ah, porque Isabeau y Celine eran las chefs de *LeBlanc & Broussard*.

—¡Bingo! —dijo Julian.

—¿Y estaban de acuerdo en que este era el mejor?

—¡Qué va! —dijo entre carcajadas—. Isabeau sigue convencida de que su arroz es el mejor de Nueva Orleans.

—Pero, ¿cuál es tu opinión?

—Te lo diré solo si me prometes no contárselo a nadie.

Su voz era seductora, y me volvía loca.

—Te lo prometo. Además, Isabeau me genera mucho respeto.

—Creo que es la persona más cabezota de la familia. Y mi favorita.

—¿Entonces le mientes a tu abuela en la cara? —pregunté con una sonrisa.

—Para nada. Isabeau da por hecho que a todo el mundo le gusta su *jambalaya*. Ni siquiera pregunta.

Ojalá llegue el día en que yo tenga esa confianza en mí misma.

—Has estado bien en no pedir más nada. Voy a reventar y ni siquiera he terminado.

—Te lo dije, el plato es enorme.

—Necesito una pausa —dije después de unos cuantos bocados más.

—Claro. No tenemos prisa.

—¿No? —pregunté en un tono muy descarado—. En la tienda me dio otra impresión.

A Julian le brillaron los ojos:

—Georgie, no me lo recuerdes. Joder, es que tu olor... —Respiró hondo y miró la mesa para no perder el control. Que se excitara así de rápido era una forma de constatar lo mucho que yo le gustaba—. Sabes, hemos hablado de mí, pero nada de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de Kyle, ¿tuviste otros novios?

—No diría que Kyle fue mi novio. Apenas estuvimos unos meses, pero me dejó una huella imborrable. Antes de él, salía esporádicamente con chicos. Mi última relación duradera terminó cuando me hice cargo de la tienda.

—¿Y eso por qué?

—A pesar de que llevaba años trabajando en el local de mi madre, no me percaté que estar al mando del negocio me consumiría tanto tiempo. A mi novio de aquel entonces no le gustó que no estuviese tan disponible como antes para él.

—Qué imbécil. Claro que gestionar un negocio requiere mucho trabajo. Lo siento.

—Es lo que hay. Fue hace años, y he pasado página —dije con sinceridad—. ¿A ti te pasó lo mismo cuando te hiciste cargo de los bares?

Julian asintió:

—En algunos aspectos, sí. Al igual que tú, también pensaba que, como llevaba toda la vida trabajando, no podía ser tan difícil. Aún así no lo cambiaría por nada.

Seguí comiendo mi *jambalaya* mientras escuchaba a Julian, que ya casi había terminado su plato. ¿Cómo podía comer tan rápido? Y yo que pensaba que comía acelerada.

De repente, tenía muchas ganas de dar la cena por terminada. Estaba muy a gusto en la azotea, pero quería pasar a la siguiente parte de la velada.

—Vaya, veo que has acelerado el ritmo de la comida —comentó Julian.

—Es que tú ya has terminado y no quiero perder más tiempo.

Me di cuenta de que mi comentario sonó mal, pero a juzgar por la sonrisa de Julian, entendió perfectamente mi mensaje.

—Vaya, veo que tienes prisa por salir de aquí. ¿Para ir a dónde exactamente?

—Julian, ya lo sabes —respondí con fastidio—. No me hagas decirlo en voz alta.

—¿Por qué no?

—Porque me pondré roja como un tomate.

Su sonrisa burlona se hizo más pronunciada:

—Está bien, no lo haré. Imagino que no te apetece el postre, ¿no?

—No puedo creer lo que voy a decir, pero estoy demasiado llena y si me paso... ya sabes... no podré disfrutar de ti. No me lo permitiste en la tienda, si mal no recuerdo.

Julian gruñó:

—Georgie, si no me hubiese puesto un freno, no habríamos salido de allí en toda la noche.

—Tampoco me parece una mala idea.

—El único mueble cómodo que tienes ahí es ese sillón.

—Y no pienso profanarlo. —Julian tenía razón.

—Podemos irnos si has terminado. ¿Quieres más vino?

—No, gracias. ¿Pedimos la cuenta?

Él negó con la cabeza:

—Ya está todo arreglado. Propina incluida.

—Vale, gracias —sonreí—. Entonces estamos listos para irnos. ¿Es muy evidente que tenemos muchas ganas de estar solos?

—No —dijo Julian, que se inclinó para besarme en la mejilla—. Déjalo en mis manos.

—Confío plenamente en ti.

Bajamos al primer piso con pasos rápidos, y Oliver salió a nuestro encuentro:

—¿Ya se van? Aún no han tomado postre.

—Nos vamos, Georgie tiene ganas de ir al *Café Du Monde*. —Apenas pude reprimir un grito ahogado. Oliver parecía francamente ofendido, pero Julian continuó—: No hay nada mejor que los *beignets* de allí. Lo sabes.

Oliver arqueó una ceja, pero no respondió. Tuve la sensación de que se contuvo solo porque Julian era un LeBlanc.

—Oliver, ha sido la mejor *jambalaya* que he probado en mi vida —comenté en un intento de compensar su atento y esmerado servicio.

—Gracias —respondió con una gran sonrisa, y supe que lo había conseguido—. Le daré el cumplido al chef. Permítame que coja su abrigo.

Entró en una habitación contigua unos segundos y regresó con mi chaqueta. Julian me ayudó a ponérmela.

—Nos vemos, Oliver —dijo Julian mientras me cogía de la mano y salíamos de *The Apothecary*. En ese momento el restaurante estaba completamente lleno.

Una vez fuera, dije:

—No volveré a confiar en ti. ¿Por qué le dijiste al pobre que íbamos a comer *beignets*?

—Conozco a Oliver, no basta con decirle que estábamos llenos, y antes de pestañear, nos habría traído a la mesa una pequeña selección de dulces. Como ya me ha pasado varias veces, he aprendido a no caer en sus trucos.

Me eché a reír:

—Oliver se parece mucho a mi abuela: la gente le decía que estaba llena y ella no hacía ni caso. Se lo tomaba como un gran cumplido, y seguía sirviendo más comida.

La calle estaba un poco más concurrida que cuando llegamos al restaurante.

—¿Te acuerdas que habíamos dicho de dar una paseo? —preguntó con los ojos brillantes.

Me había parecido una buena idea aquella noche que me acompañó a la parada del autobús, pero en *ese* momento, no me apetecía lo más mínimo.

—Sí, claro. ¿Qué tienes en mente?

Julian inclinó la cabeza y me miró con picardía:

—Me apetece invitarte a mi casa a tomar un digestivo antes de dormir.

—¿Ah, sí? ¿Para poder "disfrutar de ti"? Eso fue lo que dije antes, ¿verdad?

—Ese podría ser mi plan, sí.

Sus ojos azules parecían resaltar aún más en la oscuridad, con la única luz procedente de las ventanas y alguna que otra farola.

—¿Dónde está tu casa?

—Justo en el límite del Barrio Francés, a tres manzanas del bar. Lejos del bullicio.

—Está bien.

—Mi sugerencia es que vayamos andando hasta mi casa y exploremos lo que hay por el camino.

Eché la cabeza hacia atrás y me eché a reír:

—Ya veo. ¿Cuál sería el plan B? ¿Ir corriendo a toda prisa?

—Esa es la otra opción que queda —respondió entre risas.

—Me parece muy bien. Además, hace años que no recorro la parte más tranquila del casco antiguo.

—Entonces, trato hecho.

Se acercó y caminamos por la calle cogidos del brazo:

—¿Quieres pasar por el bar? —pregunté—. Siempre vas los fines de semana por la noche, ¿no?

—Sí, pero esta noche es para nosotros. Te quiero toda para mí.

—Vale —dije con una sonrisa.

Caminamos por la calle empedrada a un ritmo pausado... hasta que de repente percibí que Julian se puso tenso y resopló. No entendía qué pasaba.

—Buenas noches, Robert —le dijo a un señor que pasaba a nuestro lado, y le tendió la mano.

Yo también me puse tensa al instante. Fue como si nos hubieran pillado haciendo algo malo, lo cual no tenía ni pies ni cabeza.

—¡Hola! ¡Qué casualidad encontrarnos aquí! —dijo Robert—. ¿Qué tal os va?

Julian entrelazó nuestros dedos, llevó el dorso de mi mano a su boca y la besó.

¿Era por Robert? ¿O una forma de tranquilizarme?

—Bien. Hoy es noche de cita.

—¿Así es como lo llamáis ahora? ¿Una cita, a pesar de llevar un tiempo juntos?

Me puse aún más tensa. *Mierda, deberíamos haber hablado de esto*. No sabía qué decir ahora que estábamos saliendo de verdad.

¿Había que seguir fingiendo la relación de cara a los demás? Aunque cuanto más lo pensaba, menos sentido le encontraba.

—Me gusta consentir a mi chica —respondió Julian.

—Nos vemos en la fiesta de los Landry —dijo Robert.

—Por supuesto que sí.

—Bien. Estoy deseando charlar contigo —añadió, antes de volver a estrechar la mano de Julian y despedirse.

Una vez que se marchó, Julian me miró y preguntó:

—¿Estás bien?

—La situación ha sido un poco incómoda.

—Ya te digo.

—Deberíamos hablar ahora de la fiesta de los Landry, ¿no crees? —pregunté antes de morderme el interior de la mejilla.

—No te preocupes por nada, Georgie, ¿vale? Todo saldrá bien.

—Tienes razón. —Y aparté esos pensamientos de mi mente. No tenía por qué pensar en nada de eso esa noche—. Por favor, sé mi guía turístico hasta que lleguemos a tu casa.

—*Ya* que estamos cerca, ¿quieres unos *beignets*?

—Me da pena decir que no, pero estoy demasiado llena.

—Vale, entonces evitemos el cruce de Decatur y Ursulines.

—Buena idea.

Mientras caminábamos, Julian me fue señalando varios edificios en los que su familia tenía negocios o que eran sitios que querían adquirir. Su casa estaba en la calle Marais, cerca de Governor Nicholls. No recordaba la última vez que había estado por allí, aunque probablemente había pasado por delante varias veces de camino a Esplanade Avenue. Era una zona bastante tranquila con casas pintorescas, y una en particular me llamó la atención porque tenía la fachada tan inmaculada que debía de haber sido renovada recientemente.

Y esa fue justo la que Julian señaló:

—Esta es mi casa.

La fachada era de color azul claro y la barandilla del balcón azul oscuro o negro. Tenía dos plantas, con tres ventanas en cada una. Era exactamente el tipo de casa con la que soñaba tener algún día.

Entramos y me sorprendió la fusión entre lo moderno y lo tradicional. La cocina era de última generación, con encimeras de mármol. El salón parecía sacado de una película futurista, y la televisión estaba montada en un panel deslizante que se podía apartar en cualquier momento. El pasillo rendía homenaje a la antigüedad de la casa con una enorme araña de cristal y paredes de ladrillo junto a una escalera que conducía al piso superior. Julian se quitó la chaqueta del traje y me ayudó a quitarme el abrigo, antes de colocarlos en un perchero junto a la entrada. También nos quitamos los zapatos.

—Es absolutamente impresionante. ¿Te has mudado hace poco?

—No, ya llevo diez años aquí, pero el año pasado renové la fachada.

—¿También tienes patio?

—Sí, uno pequeño.

Me llevó a una puerta con una ventana antigua al otro lado de la sala de estar. Estaba bastante oscuro fuera, pero pude ver un banco y el suelo pavimentado con piedras.

Julian se acercó por detrás y me susurró al oído:

—¿Quieres que tomemos la copa fuera?

—Oh... había olvidado lo de la copa. —Me giré para mirarlo y agregar—: No, mejor sigamos la cita aquí dentro. ¿Qué tenías en mente?

—Tengo un ron excelente que vendemos en el bar. ¿Te apetece un chupito?

—Nunca he bebido un chupito de ron —respondí con los ojos abiertos como platos.

—No es lo más común, pero este es exquisito.

—Vale, voy a probarlo —asentí.

Caminamos hacia la isla de la cocina y sacó una botella de un estante, junto con dos vasos de chupito.

—Veo que te has tomado lo del digestivo antes de dormir muy en serio —dije en tono burlón.

—Fue la excusa que se me ocurrió para traerte aquí.

Me dio el vaso y lo olí.

—Yo me lo beberé de un trago, pero tú puedes tomarlo a sorbos si lo prefieres —explicó.

—Eso no evitará que me emborrache.

Sin embargo, probé un pequeño sorbo, porque no estaba segura de poder beberlo del tirón. Los chupitos no eran lo mío.

—Está delicioso —comenté.

—Te lo dije.

—Es suave y aromático.

Julian se lo bebió de un solo trago y me decanté por hacer lo mismo. Para mi sorpresa, no me quemó la garganta y me permitió saborear los aromas.

—Vaya, me ha calentado todo el cuerpo —dije con sinceridad, acercándome a él—. Un buen digestivo antes de dormir. De todos modos, quiero que sepas que no hacía falta. —Le acaricié el bíceps derecho y añadí—: Con esto era más que suficiente para traerme hasta aquí. O esto —agregué al tocar su brazo izquierdo, y deslicé mis manos sobre sus pectorales—. Cualquier parte de tu cuerpo es más que suficiente para que caiga rendida a tus pies.

Julian se rió, pero sus ojos brillaron y se oscurecieron. Cogió los vasos vacíos y los puso sobre la encimera con tanta precisión que parecía estar realizando una operación quirúrgica.

Se volvió hacia mí y pude observar el momento en que perdió por completo el control y el instinto tomó el mando. Julian empezó a besarme con más pasión que en la tienda, y me entregué al placer.

Quería más... mucho más.

Capítulo Veinticinco

Julian

Era un misterio cómo había conseguido controlarme toda la noche, pero ya no podía más. Necesitaba a Georgie: sentir su boca, su piel, su cuerpo. Quería escuchar sus gemidos de placer y hacer que se corriera.

La apreté contra mí para que sintiera mi erección.

—Julian... —murmuró, antes de llevar sus labios a mi garganta y empezar a lamerme la nuez.

Joder.

La alejé de la encimera de la cocina, y me dispuse a llevarla a la planta superior cuanto antes. Mi polla se estremeció y bajé la cabeza para capturar su boca de nuevo y entrelazar nuestras lenguas. La deseaba con locura, y necesitaba tenerla desnuda en ese mismo instante. Le desabroché los vaqueros antes de llegar a la escalera.

Quería deshacerme de su pantalón y rápidamente se lo bajé hasta los muslos. Llevaba un minúsculo tanga, y no podía dejar de acariciar la suave piel de su trasero.

Acto seguido, me aparté para girarla y me agaché. Georgie estaba dos escalones más arriba, y como tenía el culo justo delante de mi cara, no me lo pensé... le bese y lamí ambas nalgas.

—¡Julian! —exclamó con voz temblorosa.

Cuando deslicé dos dedos entre sus muslos y los presioné contra sus bragas, sus piernas estuvieron a punto de ceder. Le cogí el muslo izquierdo para mantenerla firme mientras le acariciaba las nalgas y movía los dedos hacia adelante y hacia atrás. Estaba empapada, y mi erección tan dura que ya no podía soportar la presión de la bragueta, de modo que me desabroché el botón y bajé la cremallera. A medida que su excitación aumentaba, metí la mano dentro de mis calzoncillos y me agarré la polla para evitar correrme.

Georgie giró la cabeza y dijo:

—Madre mía.

Tenía los labios rojos de tanto mordérselos. Iba a hacer que se corriera allí mismo, en la escalera. Deslicé los dedos bajo la tela de su tanga, acariciando su piel desnuda. Georgie inclinó los hombros, y cuando arrimó su culo hacia mi cara, casi pierdo el equilibrio. Al darse cuenta, se enderezó bruscamente.

—¡Julian, lo siento mucho! No me he dado cuenta.

—Cariño, me encanta que pongas tu precioso culo en mi cara.

Le toqué su centro y le rodeé el clítoris con los dedos. Una vez más, se inclinó y se aferró a la barandilla. Empezó a mecer rítmicamente las caderas para frotarse con más intensidad contra mis dedos. Era tan alucinante que corría el riesgo de correrme en los pantalones, así que solté mi miembro a pesar de que necesitaba bombearlo más que nunca. Pero no podía tocarme y concentrarme en ella al mismo tiempo. Y Georgie necesitaba más.

Mientras seguía acariciando su clítoris con mi índice y mi dedo medio, introduje el pulgar dentro de su abertura. En cuanto lo curvé y alcancé su punto G, ella se vio completamente desbordada.

—¡Julian! —gritó, aferrándose más fuerte a la barandilla.

De repente, se puso de rodillas y colocó las manos unos escalones más arriba. Joder, verla en cuatro patas y preparada para el orgasmo era sublime. Continué acariciando su centro con mis dedos, y me coloqué de tal manera que pudiese besarle las nalgas. Georgie arqueó la espalda y se contrajo tan fuerte que terminó expulsando mi pulgar.

Ya estaba llegando al clímax, así que presioné con fuerza su clítoris y se corrió de forma espectacular. Sus gritos resonaron por todo el pasillo. Retiré la mano de entre sus piernas, manteniéndola firme; sentía sus espasmos y no quería que se hiciera daño. Cuando su respiración se calmó, y me miró de reojo, tenía la cara completamente colorada.

—Julian... —murmuró, y bajó la mirada—. Dios mío, todavía llevo puestos los vaqueros.

—Sí, pero voy a solucionarlo ahora mismo —dije con una sonrisa.

Con cuidado de que no perdiera el equilibrio, le bajé los vaqueros y el tanga hasta los tobillos, y cuando se los quité del todo, los arrojé por la escalera.

Nos pusimos de pie al mismo tiempo. Se veía aún más irresistible así, desnuda de la cintura para abajo.

Su jersey, que dejaba un hombro al descubierto, era jodidamente sexy, pero yo no quería ninguna prenda de por medio. Solté un gruñido al ver que no llevaba sujetador. La giré y fruncí el ceño al ver sus pechos.

—Upsss, no recordaba que llevaba estas copas de silicona.

Se las quitó y sus pezones se endurecieron. Las dejó en un escalón y se levantó con una sonrisa:

—Estoy lista para que me folles fuerte.

Gruñí antes de cogerla en brazos para terminar de subir la escalera, y la besé hasta que nos quedamos sin aliento. Si no me daba prisa, me la terminaría follando allí mismo. Georgie tenía el tamaño perfecto para mí, su pequeña complexión no me suponía un gran esfuerzo.

El dormitorio principal y el baño en *suite* ocupaban toda la segunda planta. Apenas tuve el autocontrol suficiente para llegar a la cama.

—No me lo puedo creer... —murmuró cuando la apoyé en el suelo—. Hemos llegado al dormitorio, pensé que lo haríamos en las escaleras.

—Pero cuánto descaro junto. Te hacen falta unos cuantos orgasmos más, ¿verdad?

—Oh, sí —asintió—. En eso estamos totalmente de acuerdo. Pero primero, quiero hacer esto.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, metió la mano en mis pantalones y me apretó el pene.

Eché la cabeza hacia atrás y exclamé su nombre. Me desabroché los dos primeros botones de la camisa y me la quité por encima de la cabeza. No tenía paciencia para hacerlo poco a poco.

Al mismo tiempo, sentí que Georgie me bajaba los pantalones. Me los terminé de quitar de una patada y ella se arrodilló delante de mí, mirándome con los párpados entrecerrados.

Necesitaba estar dentro de ella pero cuando puso sus labios alrededor de mi glande, me rendí. *Esa boca... Joder*. Fue acogiendo mi erección poco a poco, y cuando llegó a su tope, empezó a

moverse hacia adelante y hacia atrás. Le agarré el pelo con la mano porque no quería perderme de esa hipnótica visión, el movimiento de sus hombros, de su cuello, y ver mi polla entrando y saliendo de su preciosa boca.

Podría correrme así, y sería un puñetero espectáculo. Pero necesitaba más. Necesitaba su coño, llenarla a fondo y hacer que gritara por mí.

—Georgie, necesito estar dentro de ti.

Sentir la reverberación de sus gemidos en mi miembro me llevó al límite, y se me tensaron los testículos. Estaba cerca. Demasiado cerca.

—Preciosa, voy a salirme, ¿vale?

Georgie dejó de moverse, relajó los labios, y aunque mi pene protestaba, me separé lentamente de su boca. La ayudé a ponerse de pie y la besé con suavidad. Quería explorarla a un ritmo diferente, pero cuando ella bajó la mano para bombearme, ese beso lento ya no era suficiente.

La llevé hacia atrás hasta el borde de la cama y caímos sobre el colchón. Ella quedó tumbada con las manos levantadas, yo me posicioné de rodillas, y me llevé su pierna izquierda por encima de mi hombro.

—Quiero que estés preparada, Georgie. Voy a penetrarte a fondo.

—Sí, sí, por favor.

Bajé la mirada y la estampa me puso aún más a mil.

—Joder, se me ha olvidado el condón.

—Ya que estamos... quería decirte que llevo años tomando anticonceptivos —afirmó—. No te lo dije antes porque...

—No me debes ninguna explicación —le aseguré, antes de tragar saliva y añadir—: Estoy sano.

—Yo también —me aseguró—. Hace poco me hice un chequeo completo.

—Necesito estar dentro de ti ahora mismo.

Froté la punta de mi erección contra su clítoris y recorrí toda su abertura. Estaba tan húmeda por el orgasmo que me deslicé sin

dificultad y tuve que hacer un esfuerzo consciente para reducir la velocidad. Me introduje poco a poco; no quería hacerle daño.

—Joder.

Cuando solo quedaba un centímetro, la penetré hasta el fondo y ella echó la cabeza hacia atrás, entre gemidos.

Verla sucumbir y sentir su piel sin barreras no se comparaba a nada que hubiese conocido.

Sus paredes internas empezaron a contraerse en torno a mi polla, y gemí cuando un espasmo sacudió mi cuerpo. Enderecé la espalda un momento, y bajé el ritmo, observando sus reacciones. Cada vez que estaba a punto de correrme, me quedaba quieto. Volví a inclinarme solo para besarle los hombros.

Una fina capa de sudor le cubría la piel. Encendí la luz; la primera noche en el Marriott, no había podido verla como quería, y ahora quería observar cada una de sus reacciones.

Cuando sentí que mi pulso se aceleraba, le ordené:

—Tócate. Enséñame cómo te gusta.

—Pero si tú ya lo sabes —murmuró ella.

—Tócate —repetí.

Bajó la mano y la seguí con la mirada para no perderme de nada. Craso error: ver cómo se tocaba haría que me corriera aún más rápido. No me quedó más alternativa que levantar la mirada y centrarme en su hermoso rostro conforme aumentaba mis acometidas.

—¡Julian!

Echó la cabeza hacia atrás, elevando la barbilla y me incliné para besarle el cuello. Sentí sus dedos deslizarse por el costado de mi pene mientras presionaba la palma de su mano contra su centro.

Los siguientes segundos fueron una completa nebulosa. Mis sentidos ardían mientras el placer me arreciaba. Me corrí tan fuerte que ni siquiera podía moverme; tras penetrarla a fondo me quedé inmovil, pero gritando su nombre. Lo único que podía sentir era que me apretaba con fuerza.

Georgie estaba desencajada y con la boca abierta. Al principio no emitió ningún sonido, pero luego un gutural gemido intensificó mi propio placer.

Me quedé enterrado en ella, hasta que ambos quedamos agotados y satisfechos.

Qué noche más espectacular.

Capítulo Veintiséis

Georgie

A la mañana siguiente, me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Abrí los ojos, pero la luz del día me cegó con tanta fuerza que tuve que volver a cerrarlos. Giré la cabeza hacia el otro lado y una oleada de náuseas amenazó mi garganta.

¿Qué me pasa? No había bebido tanto la noche anterior, pero sentía el cuerpo caliente y un malestar muy intenso.

—Se está despertando. Avíseme cuando esté por llegar. Gracias.

La voz de Julian me llegaba desde la distancia, pero no entendía cómo, si la habitación no era tan enorme.

Volví a abrir los ojos luchando contra el resplandor. Y como no lo veía por ninguna parte, me apoyé en los codos para incorporarme, pero un segundo después, me desplomé.

—Quédate acostada.

Julian parecía estar más cerca ahora. Sentí que el colchón se hundía a mi lado y pude verlo con claridad cuando su silueta ocultó la luz que irradiaba a través de la ventana.

—¿Qué pasa?

—Tienes fiebre, y anoche vomitaste.

—No recuerdo nada.

Julian apretó los labios. Estaba más serio de lo habitual.

—Estabas fatal, cariño.

Me aclaré la garganta y pregunté:

—¿Pero llegué a vomitar en el baño por lo menos? ¿Tú has estado conmigo?

—Eso da igual. Te acompañé y cuidé de ti.

—Por favor, dime que no me viste vomitar.

—Cariño, necesitabas ayuda.

Quería desaparecer bajo las sábanas.

—Creo que te ha sentado mal algo de lo que comiste anoche.

—¿Tú también estás malo? —pregunté.

—No —respondió, negando con la cabeza.

—Entonces no creo que fuera la comida del restaurante. Ayer por la tarde comí un poco de un queso que tenía en la nevera de la tienda. Sabía un poco raro, pero pensé que aún estaba bueno. —Tras una breve pausa, añadí—: ¿De verdad me viste vomitar? Al menos dime que no tuviste que sujetarme el pelo mientras... —Julian me miraba fijamente. Seguía con cara seria—. Oh, no me lo puedo creer —me lamenté.

—¿Prefieres que te mienta?

—Creo que lo prefiero, sí.

—Vale: estaba profundamente dormido, y no me enteré de nada. Tú me contaste lo que pasó cuando volviste a la cama.

—No, no me hace sentir mejor. —Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la claridad, pude mirarlo bien—. ¿Te mantuve toda la noche despierto? Tienes pinta de no haber dormido mucho.

—Llevo despierto un buen rato. Tenías fiebre, estaba preocupado, y estuve llamando sin parar al médico de familia. Al final contestó y está de camino.

—Julian, estoy segura de que lo único que necesito es beber suficiente líquido.

—Esa es la cuestión: lo he intentado, pero cada vez que bebías un sorbo vomitabas.

—Vaya, entonces he vomitado varias veces —deduje atónita.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó, y me di cuenta de que estaba realmente desconcertado.

—Estamos empezando a salir. No quiero que me veas en este estado.

—Georgie, deja de decir esas cosas. Estás enferma; no tienes por qué avergonzarte. Te he asistido en todo lo que pude, y pienso seguir cuidando de ti el resto del día.

Resoplé y volví a recostarme.

—¿Qué hora es? —pregunté y una nueva oleada de náuseas me invadió.

Debo evitar los movimientos bruscos.

—Las once.

—¡Dios mío! Zelda debe de estar de los nervios. Tengo que llamarla.

—Llamó hace unas horas, contesté tu teléfono y le conté lo que pasaba. Me aseguró que se encargaría de la tienda hasta que te recuperaras. Le ofrecí enviar ayuda por si la necesitaba.

Sentí una extraña pero reconfortante sensación en el pecho.

—¿A quién podrías enviar?

—A uno de mis hermanos.

—Como si no tuvieran nada mejor que hacer el fin de semana —respondí entre risas.

—Me harían el favor si se lo pido. No sé si serían de gran ayuda en la tienda, pero le echarían ganas.

—Hay que ver las cosas que dices.

—El médico ha dicho que puedes comer pan tostado. Voy a bajar a preparar algo.

—Gracias.

Ahora que lo mencionaba, mi estómago estaba *rugiendo*. Aunque no sabía si era por hambre u otro incipiente ataque de vómitos; crucé los dedos para que fuera lo primero.

Después de que Julian se marchara, me quedé mirando al techo y me percaté de que era literalmente un cuadro antiguo de trazos y remolinos de color salvia, marrón claro y tonos tierra. Era una vista impresionante, tan relajante que sentía que podría contemplarla durante horas. Tomé una respiración profunda, dejando escapar el aire lentamente.

Julian regresó en un santiamén, con dos tostadas y un vaso de agua.

Dejó el plato en la mesita de noche, pero cuando intenté incorporarme, dijo:

—Un momento, quiero ayudarte.

Deslizó una mano entre mi espalda y el colchón y me ayudó a enderezarme. Que fuera tan amable y atento superaba todas mis expectativas. Me senté y esa vez no sentí náuseas. Colocó la almohada contra el reposacabezas y me recosté contra ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, no siento náuseas.

—Me alegro.

Me ofreció el plato, cogí una tostada y le di dos pequeños bocados. La mastiqué con cuidado antes de tragar.

—Creo que voy bien —dije después de unos momentos.

—Estupendo.

Di dos bocados más antes de hacer una pausa y concluir:

—Bueno... no me han dado ganas de vomitar.

Me sentía un poco más optimista al pasar a la segunda rebanada de pan.

—No comas tan rápido —advirtió Julian.

—Tienes razón.

—¿Quieres probar a beber un poco de agua?

Miré el vaso, y por alguna razón, intuí que me sentaría mal.

—¿Tengo que hacerlo?

Julian se rió, parecía una niña pequeña.

—El médico dijo que si no puedes beber líquidos, tendrá que pasarte suero por vía intravenosa.

—Eso es un poco exagerado, ¿no? —repliqué, enarcando una ceja.

—Se preocupó cuando le dije la cantidad de veces que vomitaste anoche, y por eso aceptó venir.

—Entonces intentaré beber unos sorbos.

Fui aún más cautelosa que con el pan tostado. Julian sostenía el vaso como si temiera que yo no tuviera fuerzas suficientes para hacerlo por mi cuenta. *Es adorable*.

Di unos sorbos muy pequeños y dije:

—Creo que ya está bien, no quiero excederme.

—Vale, tengo instrucciones de que te bebas la mitad de ese vaso antes de que él aparezca.

—¿Y cuándo será eso?

—En media hora, más o menos.

—Qué médico tan mandón —me quejé—. Y tú tampoco te quedas atrás. Estoy enferma, ¿no se supone que debes ser amable conmigo?

Julian arqueó una ceja, pero no respondió.

Durante la siguiente media hora, bebí obedientemente mientras comía mi tostada. Por suerte, mi estómago retuvo todo lo ingerido.

El doctor Charles, que llegó puntual, parecía tener unos setenta años. Tenía la barba y el bigote blancos como la nieve, pero el pelo gris. Incluso tenía algunos mechones negros entremezclados.

—Bueno... —comenzó con delicadeza—. Julian me ha contado lo que pasó anoche. Dígame exactamente cómo se siente ahora.

Miró mi vaso de agua con recelo. Intenté describir mi malestar lo mejor que pude.

—Aún así, me gustaría levantarme de la cama —concluí.

—Me temo que hoy tiene que guardar reposo.

—¿Reposo absoluto? —pregunté sorprendida.

—A ver... puede moverse por la casa. —Miró a Julian—. Pero intente descansar y no hacer esfuerzos.

—Aunque no recuerdes nada, estuviste despierta gran parte de la noche —dijo Julian.

—No es solo eso —añadió el doctor Charles—. Se encuentra muy deshidratada. La gente cree que los médicos exageramos cuando insistimos en la necesidad de beber mucho líquido, pero los desequilibrios electrolíticos son extremadamente peligrosos. Como ha conseguido beber esa cantidad en media hora y no la ha vomitado, soy muy optimista: no habrá necesidad de poner una vía. —Se volvió hacia Julian de nuevo y prosiguió—: Tiene que ser muy estricto con ella, y asegurarse que beba doscientos cincuenta mililitros cada hora. Mi recomendación es dos litros de agua al día.

Aunque su voz era muy severa, su mirada era cálida.

—Lo haré.

—Cómprele una de esas bebidas isotónicas, como Gatorade, que ayuda a una mejor hidratación. —El médico se volvió entonces hacia mí y me dijo—: Le vendría muy bien, y si su estómago lo tolera tampoco se exceda. Una botella es más que suficiente.

—Entendido —dijo Julian.

—Eso es todo. Por favor, manténganme informado. Si vuelve a vomitar o no puede ingerir más líquidos, tendré que ponerle una vía intravenosa.

—Odio los hospitales —resoplé.

—No hace falta ir al hospital, puedo hacerlo aquí mismo.

Intenté contener mi sorpresa: no sabía que eso era posible.

—Me voy. Le prometí a mi mujer que la llevaría a almorzar y no quiero llegar tarde. Pero estoy disponible para lo que necesiten —dijo alternando la mirada entre los dos.

Ojalá no tengamos que llamarlo. Ya me daba bastante apuro robarle tiempo al pobre hombre un sábado por la mañana.

Mientras Julian lo acompañaba escaleras abajo, volví a mirar mi vaso y di unos sorbos más. Escuché atentamente a ver si Julian volvía después de oír la puerta principal cerrándose. Para mi gran sorpresa, la casa quedó sumida en el más absoluto silencio. Quizás había decidido acompañar al médico hasta el coche. Al fin y al cabo, yo era la que tenía que quedarse en casa sin hacer nada; él podía ir a donde quisiera.

Julian regresó poco después y subió corriendo las escaleras.

—Oye, ¿dónde has estado? —pregunté.

—Fui a comprar Gatorade —dijo, levantando una botella con un líquido azul fluorescente.

Mi corazón dio un vuelco:

—¿En serio has ido a comprarme la bebida?

—Sí, el médico lo ha recomendado y quiero seguir sus instrucciones.

—Pensaba que nunca le hacías caso a nadie —respondí, para chincharle.

—Ya, pero a los médicos hay que hacerles caso. —Destapó la botella, miró mi vaso y sonrió—: Te has bebido todo el agua —observó con orgullo.

—Sí.

—Vale, entonces dejaremos esto para más tarde —Volvió a colocar la tapa—. No creo que sea bueno tomar demasiado líquido de una vez.

—No creo que mi organismo pueda retenerlo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Pedir un Uber.

Me miró fijamente:

—¿Qué dices?

—Para volver a casa. En otras circunstancias cogería el autobús, pero tal como estoy, sería incapaz de soportar el viaje.

—Georgie, ¿de qué estás hablando? No te irás a ninguna parte.

—Pero el médico me ha dicho que debo descansar.

—Claro, pero aquí en mi casa, y conforme te sientas mejor puedes tumbarte en el sofá de abajo.

—No creo que quieras pasar todo el día encerrado en tu casa.

Julian se sentó en el borde de la cama y me tocó la cara:

—Quiero pasar el día contigo y estar pendiente de ti para ver si debo volver a llamar al médico.

Madre mía, esto no se parece en nada a una simple cita... sino a una relación.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Y si intentas irte, puede que termine atándote a la cama.

Eso sí sonaba interesante.

Julian me miró las mejillas y se echó a reír:

—Estabas pensando en sexo, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Es un síntoma de que estás empezando a recuperarte —dijo con una sonrisa.

Capítulo Veintisiete

Julian

Georgie durmió a ratos durante el resto del día. Verla tan decaída me tenía intranquilo. Seguí las instrucciones del médico: le controlé la temperatura y me aseguré de que bebiera la cantidad necesaria en los intervalos indicados. Lamentaba mi falta de conocimientos médicos, y no tener el control de la situación.

Por la tarde empezó a recobrar fuerzas e incluso pudo retener una comida completa. El médico me aseguró que no era necesario hacerle otra revisión.

Durmió como un tronco toda la noche, lo que interpreté como una buena señal, porque significaba que no devolvería la cena, lo cual era un gran avance.

A la mañana siguiente me desperté a las nueve como de costumbre. Georgie todavía dormía, así que decidí preparar el desayuno para los dos. El día anterior comentó que le gustaba untar miel en la tostada, así que eso fue lo que le preparé. No le puse mantequilla porque el doctor Charles dijo que evitara el consumo de grasas por unos días. Le preparé una taza de té verde y lo puse todo en una bandeja. Me hubiese gustado sorprenderla con unos *beignets*, pero el médico había sido estricto con su dieta, y debía tomar alimentos blandos. *Sí, se lo había preguntado expresamente*.

Llevé la bandeja arriba y, para mi sorpresa, la encontré saliendo del baño principal.

—He vuelto a la vida. ¿Qué es eso? —preguntó mirando la bandeja.

—Desayuno en la cama.

Sonrió y dejó caer la toalla, saltando a la cama completamente desnuda.

—Oye, tranquila.

—Ni hablar, me siento bien y pienso aprovechar hasta la última gota de energía. Oh, le has puesto miel a la tostada —murmuró al

ver el pan.

—Ayer te apetecía pero no pudiste comerlo.

—Sí, y de hecho, me desperté pensando en ello.

—Me lo imaginaba.

Su cuerpo desnudo era un espectáculo y me moría por hacerla mía. Pero tendría que esperar hasta que ella se recuperara del todo.

—Tengo otra idea —comenté—. ¿Quieres salir al patio a desayunar?

—Me encantaría. —Y tras una breve pausa, preguntó con evidente confusión—: Julian, ¿qué pasa que no me miras?

—Es que verte completamente desnuda en la cama es demasiado para mí, cariño. Estoy haciendo un esfuerzo enorme para no abalanzarme sobre ti.

—Oh, ya veo... No era mi intención provocarte. Déjame darle un bocado a la tostada y me visto.

—Te esperaré abajo, en el patio.

—Qué poco autocontrol, ¿eh?

—Sabes que no puedo resistirme a ti —le aseguré mientras la miraba de reojo.

Estaba de pie junto a la cama con las manos en las caderas, y sus pechos en todo su esplendor.

Joder, lo estaba haciendo a propósito. Su sonrisa la delataba.

Soltó una carcajada y tuve que respirar hondo.

—Georgie...

—Vale, lo pillo. Me vestiré rápido.

—Bien.

Bajé las escaleras y preparé la mesa del patio; la verdad era que no disfrutaba de esa parte de mi casa tanto como me gustaría. Era una suerte que a Georgie le encantara.

Fui a la cocina a prepararme un café, y cuando volví, ella ya estaba sentada con los ojos cerrados y la barbilla levantada al sol. Me quedé mirándola. Deseé grabar esa imagen en mi memoria; encajaba perfectamente en mi hogar.

Abrió los ojos y me miró:

—Qué mañana más bonita.

No tenía palabras para expresar lo mucho que me gustaba tenerla allí. Quería que se *quedara*. ¿Se me estaba yendo la cabeza?

Me senté en la otra silla y tomé mi café.

—¿No vas a desayunar? —preguntó.

Ella ya llevaba la mitad de su tostada.

—No tengo hambre.

—¿Quieres más?

—No, tampoco quiero pasarme —respondió.

Bebí otro sorbo de mi café justo cuando el teléfono vibró, indicando cientos de mensajes en el grupo familiar. Lo había silenciado el día anterior y me dispuse a leer el chat.

—¿Qué pasa? —preguntó Georgie al ver que sonreía.

—Lo había olvidado... Mi familia organiza hoy un *brunch* en la mansión.

Ella parpadeó:

—¿A qué hora tienes que estar allí?

La miré fijamente:

—Tenemos... me gustaría que vinieras conmigo, Georgie.

—¿"La mansión" es uno de vuestros restaurantes?

—No, es la casa donde viven mis padres y mis cuatro abuelos.

Georgie se irguió en la silla, enderezando la espalda y echando los hombros hacia atrás:

—Claro, ¿por qué no? Me encantaría volver a ver a tus abuelas y conocer al resto de la familia.

—Somos un montón, pero al menos ya conoces a varios.

—¿Y puedes sumar a alguien más con tan poca antelación?

—Eso no es problema en mi familia. Podría caer con un grupo de gente y ni se inmutarían.

Georgie se echó a reír:

—Aunque no pueda comer mucho, me parece un planazo.

Sabía que estaría limitada con la comida, pero me gustaba que fuera como yo: divertida y espontánea. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que éramos tan parecidos?

—¿A qué hora salimos? —preguntó.

—En cinco minutos.

—Menos mal que no necesito cambiarme —comentó mirando su ropa—. Espera un segundo... —Me miró, mordiéndose el interior de la mejilla—: ¿Qué clase de evento es? ¿Debería arreglarme?

—No, solo es un *brunch*. No te preocupes.

Georgie se rió, pero me di cuenta que estaba nerviosa.

Di la vuelta a la mesa y me acerqué a ella:

—¿Qué pasa, Georgie? No tenemos que ir si no quieres. Podemos pasar el día aquí o salir a dar una vuelta por la ciudad.

—Es que la tienda...

—Zelda se encargará de todo.

—Lo sé, me ha enviado un mensaje diciendo que todo va bien. Pero...

—Te he dicho que cuidaría de ti hasta que te recuperaras . Ese es uno de los motivos por los que quiero que vengas. —Aproveché esa excusa para acercarme y rozar mis labios con su frente.

—¿Hay otra razón? —susurró.

—Quiero pasar el día contigo —confesé, mirándola. Sus acelerados latidos resonaban contra mi pecho—. Vamos.

* * *

Los *brunch* de los domingos en la mansión LeBlanc-Broussard se caracterizaban por su informalidad. Mis abuelas preparaban una gran mesa repleta de comida y cada uno aparecía a la hora que le apetecía, sin una hora fija de llegada.

La comida estaba servida en el comedor, aunque la familia prefería congregarse en la sala de estar, donde se levantaban para servirse en sus platos. La mayoría ya había llegado. Mis abuelos, Felix y David, estaban en los sofás comiendo, pero no veía a mis abuelas en el salón. Mis padres charlaban con Bella, y cerca de ellos estaban Chad, Xander y Zachary. Solo faltaban Anthony y Beckett, algo que me aliviaba, pues solían llegar incluso después que yo y detestaba ser el último.

Georgie no había dicho ni una palabra desde que entramos. No dejaba de mirar a su alrededor con expresión de sorpresa.

Pensé que quizás debería de haberle avisado de nuestra particular dinámica familiar. Yo me dejaba llevar y les seguía la corriente, aunque, claro, contaba con treinta y ocho años de experiencia.

—¡Hola a todos! Os presento a Georgie.

La reacción de los presentes no tuvo desperdicio. Mis padres saltaron de sus asientos; mis abuelos, un poco más lentos, también se pusieron de pie. Eran la viva imagen del arquetipo de caballero del sur: siempre impecablemente vestidos, de conversación fluida y modales exquisitos.

Bella comenzó a dar palmas con las manos:

—Nana, ¡tenías razón! El tío Julian tiene novia.

Su comentario rompió el hielo, y toda la sala estalló en carcajadas.

Miré a Georgie, que tenía las mejillas encendidas y el rostro descompuesto.

Me incliné hacia ella y le susurré al oído:

—Lo siento. Mi familia puede ser muy intensa.

Georgie emitió un pequeño sonido, pero no dijo nada. Era comprensible. Si me ponía en su lugar, yo también me habría quedado sin palabras.

Mi madre se acercó a nosotros con una disculpa en la mirada:

—Siento mucho la reacción de Bella —me susurró—. Hemos estado hablando, y creo que... ha sacado conclusiones precipitadas. Georgie, encantada de conocerte. He oído hablar mucho de ti. Creo que ya conoces a la mayoría de mis hijos, pero no está de más hacer una ronda de presentaciones.

Mientras mi madre presentaba a Georgie a todos, no le quitaba los ojos de encima, buscando cualquier indicio de que se estuviera agobiando.

Entonces mis abuelas llegaron con una gran sonrisa:

—¡Hemos oído que Georgie está aquí! —exclamó Celine.

—¡Hola, Isabeau y Celine! —saludó Georgie, mirando a mis abuelas como si fueran sus salvadoras.

Qué inocente.

Isabeau y Celine solo echarían más leña al fuego.

Ahora que lo pensaba veía más probable que mis abuelas, Isabeau especialmente, fuese la responsable de implantar a mi sobrina la idea de que yo tenía "novia". Y quizás mi madre no estuviese tan implicada en el asunto como pensé al principio.

—Georgie, querida, me alegro de verte —saludó Isabeau.

—Quería daros las gracias por hablar con una de mis clientas. Se puso en contacto conmigo y restableció nuestro contrato.

—¡Me alegro! —respondió Isabeau con una sonrisa sincera.

Acto seguido, se acercaron a la mesa del *brunch*.

—Hemos preparado algunas de nuestras especialidades. Queremos que pruebes todo y nos des tu opinión —dijo Celine.

—Me encantaría, pero no creo que pueda comer mucho. Me estoy recuperando de un virus estomacal —respondió Georgie.

Celine se enderezó e Isabeau frunció el ceño.

—¿Te pusiste mala después de haber cenado en *The Apothecary*? —preguntó Isabeau, y luego se volvió hacia Celine—. Tenemos que supervisar esa cocina.

Me sorprendió tanto que supieran de nuestra cita que no reaccioné al momento.

Georgie se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo sabéis que hemos cenado allí? —pregunté finalmente con brusquedad.

Georgie parecía querer que se la tragara la tierra. Desde luego, debería haberla preparado mejor.

—Oliver llamó para presumir de que había conseguido que otro LeBlanc reconociera que la *jambalaya* de *The Apothecary* era mejor que la mía —comentó Isabeau—. Y me pareció sospechoso porque, hasta donde yo sabía, todos mis nietos ya habían comido allí. Oliver no me lo dijo expresamente, pero fue fácil atar cabos.

—¡Oh! —exclamó Georgie, con la cara roja.

—Vaya manera de ponerlos en un aprieto, Isabeau —intervino Anthony, que se acercó a nosotros junto a Beckett.

—Creo que ya conoces a mis hermanos pequeños —le dije a Georgie.

—Sí, claro. —Beckett me miró con los ojos entrecerrados. —Aunque parece que me he perdido un par de episodios. ¿Desde

cuándo estáis juntos?

—Tío, eres peor que las abuelas —gruñó Anthony.

—Eso no es de vuestra incumbencia —respondí de forma evasiva, y pude sentir que Georgie se relajaba.

Bien. Porque lo que hay entre nosotros es real, y quiero que quede absolutamente claro.

Zachary, que estaba en el sofá, se acercó apresuradamente al ver la situación.

—¿Necesitas que te eche un cable? —me preguntó sin más preámbulos.

Georgie se echó a reír. Zachary poseía esa habilidad especial para intervenir y hacer que la gente se sintiera a gusto, por lo que yo lo había apodado el "mediador".

—Tío, te necesitaba antes. Ya es demasiado tarde.

Zachary miró a Georgie:

—Lo siento mucho. Estaba demasiado ocupado hablando con Bella sobre... No importa.

Beckett me miró y dijo:

—Estaba a punto de ponerme del lado de las abuelas, pero creo que ya has tenido suficiente por hoy.

—Menos mal. Si tú no estuvieras hoy aquí —le dije a Georgie—, no me lo dejaría pasar tan fácilmente.

—Me alegro —respondió ella, recuperando parte de su descaro.

Agradecía que se estuviera adaptando gradualmente a la dinámica familiar, aunque las cosas se iban a poner más intensas. Lo anterior fue solo un simple "calentamiento", ya que había traído a Georgie sin previo aviso.

—Me gustaría comer algo —dijo Georgie—. Me muero de hambre.

—Lógico, si solo has comido tostadas con miel.

Al volver a la mesa, vi la sorpresa de Beckett y Anthony, que nos miraban boquiabiertos. Zachary, por su parte, me hizo un gesto de aprobación levantando el pulgar. Entendía la incredulidad de mis hermanos pequeños: siempre había presumido de ser un alma libre, y lo que tenía con Georgie se parecía mucho a una relación formal. Aún así, yo estaba feliz.

La acompañé a la mesa del comedor y dije:

—Coge lo que quieras.

—Vaya, que presentación tan elegante —comentó Georgie—. Parece un restaurante.

—Por más que pasen los años, las abuelas no consiguen quitarse el delantal de chef —explicó Chad, uniéndose a nosotros—. Y aunque ya no puedan llevar un restaurante, lo preparan todo de forma muy profesional.

Se acercó para hacernos un comentario que solo nosotros pudiéramos escuchar:

—Por cierto, siento que Bella os haya delatado. No sé quién le ha contado lo vuestro.

—Hermano, esa es la única desventaja de tener una familia grande.

—Está claro que a ti no te conviene —dijo Chad entre risas—, pero a mí me hace gracia. ¿Cómo va el negocio, Georgie?

Me gustó que mi hermano se interesara por *Books & Beads* y por ella.

—Al final hemos tenido una temporada de carnaval estupenda, mucho mejor de lo que me temía antes de Navidad. Y tengo pensado introducir otros tipos de artículos al negocio.

No pude evitar sonreírle a mi chica. Su habilidad para los negocios era única: honraba el legado familiar, pero al mismo tiempo escuchaba las necesidades del mercado.

—Me alegro mucho —comentó Chad, mientras todos volvíamos al salón con nuestros platos.

Georgie se sintió muy a gusto, y me enorgulleció que todos los miembros de mi familia se tomaran un rato para hablar con ella y darle una calurosa bienvenida. Al final, lo que iba a ser un simple *brunch*, se extendió toda la tarde.

Por la noche, Georgie me pidió que la llevara a su casa. Estuve tentado de convencerla de que se quedara en la mía porque quería estar pendiente de ella, pero necesitaba cambiarse de ropa.

—¿Quieres entrar? —me preguntó después de aparcar.

—Claro. ¿Qué tal te lo has pasado hoy?

—Muy bien —contestó con una sonrisa—. No sabía si encajaría bien con tu familia, pero me he sentido muy a gusto. —Abrió la puerta de su casa y dijo—: Bienvenido a mi humilde morada.

Capítulo Veintiocho

Julian

Entramos al salón y le besé la nuca, sujetándole el pelo con la mano.

—Ahora entiendo por qué querías entrar —bromeó—. Mi dormitorio está justo ahí —señaló una puerta que daba al salón.

Al entrar Georgie en la espaciosa y oscura habitación, la luz de la luna llena dibujó su silueta, creando una escena de película.

—¿Podrías ayudarme a desvestirme? —preguntó.

—Claro. Será un placer —respondí, y me coloqué justo detrás de ella—. Tu cuello me lleva tentando todo el día —le confesé al oído.

Incliné su cabeza hacia adelante para descubrir mejor su nuca antes de acercar mi boca.

—¿De verdad? ¿Y por qué no intentaste nada?

—Sabes cómo soy, Georgie. No me habría contenido. Te habría arrinconado en cualquier habitación para, ya sabes...

Se le puso la piel de gallina. Tras quitarle el jersey, le besé el omóplato derecho. Pese a haberla deseado todo el día, no tenía prisa. Después de un día agotador, parecía que el mundo se detenía. Pasé a su lado izquierdo, siguiendo el trazo de su columna vertebral, y me sorprendió que volviera a estremecerse.

Le quité los vaqueros, dejándola únicamente en ropa interior.

—Eres maravillosa —dije—. No he podido apartar los ojos de ti en todo el día. Me gusta que tu jersey te cubra... y que nadie vea lo que es mío.

Ella se rió, y noté la vibración en su pecho.

—Vaya, no sabía que tenías ese lado tan... primitivo.

—Aún no has visto *nada*.

Su respiración se volvió más agitada. La giré para quedar frente a ella y le quité el sujetador.

—Me encanta el sabor de tu piel...

Deslicé mi boca desde su clavícula en línea recta, y en cuanto succioné un pezón, Georgie se puso rígida. Seguro pensaba que

sería más delicado, y esa era mi intención... pero cuando tuve sus pechos frente a mi cara no pude resistirlo.

Le acaricié el otro pezón provocadoramente con la palma de la mano, jugando con mis dedos. Georgie gimió, y empezó a balancearse con los talones. Poco a poco, estaba llegando al punto de excitación que deseaba... el mismo en el que yo había estado todo el puñetero día. Mi deseo por ella se apoderó de mis pensamientos.

Luego descendí a su ombligo para tirar de su tanga y bajárselo de un tirón. Ella jadeó y se tambaleó hacia adelante. Con la ropa interior ahora a la altura de sus rodillas, puso ambas manos sobre mis hombros y me sonrió antes de decir:

—Otra vez estuve a punto de estamparme contra tu cara.

—Sabes que nunca me quejaría por eso —dije con una sonrisa.

Me incliné y pasé la lengua por su centro.

—¡Julian! —exclamó con la voz quebrada.

Georgie continuó balanceándose, sin perder el equilibrio.

Ahora que la había probado, quería más. Y al ver el escritorio situado junto a la ventana, no lo dudé... haría que se corriera en esa misma mesa.

—Siéntate en el escritorio —le ordené—, y abre bien las piernas.

—¿Así?

Me encantó que obedeciera mis instrucciones.

—Un poco más, así puedo tener todo de ti.

Quité la silla y, de repente, se me ocurrió sentarme.

¡Vaya, soy un genio! Ahora sí la tendré como quiero.

Coloqué sus pies sobre mis muslos para separarle aún más las rodillas. Georgie se sentó justo al borde del escritorio, y al ver la ventana, le pedí que se recostara contra ella.

El cristal estaría fresco, pero no frío. Observé sus movimientos y, en el instante exacto en que se apoyó contra la ventana, mi lengua se deslizó por su abertura. Ella soltó un gemido y presionó los pies contra mis muslos mientras arqueaba las caderas, despegándolas del escritorio. *Qué bien*. Deslicé mis manos bajo sus nalgas para sostenerla a unos centímetros de la superficie y así poder manipular su pelvis a mi antojo. La limitación era que no podía usar mis dedos

para darle placer, pero mi boca sería suficiente. Introduje mi lengua en su intenso calor; sus glúteos se contrajeron con fuerza y, a medida que aceleraba el ritmo, sentí las contracciones de sus paredes internas.

Retiré la lengua de su abertura para trazar círculos alrededor. Subí hasta su clítoris, lamiéndolo con pasión. Georgie parecía a punto de perder el control, elevando la pelvis. Le concedí un breve descanso antes de bajar suavemente sus caderas, momento en el que me volví a concentrar en succionar su botón sensible con mis labios y rodearlo con mi lengua.

—Cómo me gusta tu sabor... No me canso de ti.

Ella respondió con un gemido. Se había alejado del cristal de la ventana; era normal que no aguantara la postura con tanta excitación.

Seguí acariciando su centro con la punta de la nariz mientras introducía mi lengua dentro de su abertura. La combinación de mis caricias pareció desatar su lado más salvaje. Una vez más, arqueando el cuerpo, levantó las caderas y comenzó a mecerse rítmicamente, frotándose contra mi cara.

Mi miembro estaba completamente duro, hasta el punto de doler. Georgie era la mujer más sexy que había visto en mi vida. Quería bajarme los pantalones y follármela allí mismo, sobre el escritorio. Sin embargo, el espacio no lo permitía, y mi prioridad era llevarla a otro orgasmo antes de penetrarla. Mi nuevo y placentero vicio era provocarle muchos orgasmos, y se los merecía.

Pero sabía que necesitaba más. Estaba tan empapada que introduje dos dedos en su apretado calor sin esfuerzo; Georgie echó la cabeza hacia atrás y gimió con más fuerza que nunca. La escena me dejó sin aliento: extendida sobre el escritorio, sus curvas irresistibles destacaban por el brillo de la luna llena.

Aún así, no le di respiro; mis dedos se movían con la misma cadencia con la que me movería yo. Me incliné para succionarle el clítoris, y alternar caricias rápidas y frenéticas con toques suaves y delicados. Cuando los músculos de sus piernas se tensaron, supe que sería cuestión de un par de minutos.

Pero me equivoqué; fueron apenas unos segundos. Al curvar mis dedos y succionar su clítoris con toda la intensidad, el orgasmo se apoderó de Georgie por completo, que arqueó los hombros hacia atrás, elevando el pecho y haciendo que sus senos rebotaran. Respiró hondo, y sus piernas cedieron. Uno de sus pies se deslizó por mi muslo, pero yo la mantenía segura. No quité la mano de su centro hasta que sus gemidos cesaron y finalmente pudo respirar.

Georgie volvió a apoyarse contra la ventana, con la respiración entrecortada y los ojos brillantes. Quería memorizar esa mirada para siempre.

Me quité la camisa de un tirón, sin importarme que algunos botones salieran disparados.

—Mmm... Qué *striptease* tan pasional—murmuró—. Me gusta.

Se enderezó y se ocupó de mi cinturón y de mis pantalones mientras yo me quitaba la camisa. Me quité el resto de la ropa, dejándola caer al suelo.

—¿Has estado tan duro todo este tiempo? —jadeó al verme completamente desnudo.

—Georgie, llevo horas excitado por ti. No puedo dejar de desearte ni un solo momento.

En ese instante, supe que no podía esperar a llevarla a la cama. Su sexo desnudo era demasiado tentador y estaba a la altura perfecta para penetrarla.

Acerqué mi miembro a su entrada. Al ver que se estremecía, supe que todavía estaba sensible. El contacto de su piel me estaba volviendo loco. Me incliné para besarla, frotando mi pene contra su pelvis con movimientos lentos y provocativos. Era casi una tortura, sí, pero de alguna manera, disfrutaba de esas caricias, saboreando nuestra conexión de una manera completamente distinta.

Georgie gimió mientras la besaba, y noté cómo su cuerpo se tensaba de nuevo. Sus jadeos se intensificaron, una clara señal de que el simple contacto era suficiente para llevarla al límite. Saber que yo era la causa de su placer me excitó aún más.

Sin embargo, que llegara al clímax me estaba costando toda mi fuerza de voluntad. Con cada roce alimentaba mi necesidad de penetrarla y estaba a punto de explotar.

Georgie estaba tan cerca que sus gemidos se volvieron más agudos. Me agarró el bíceps con fuerza, clavándome las uñas en la piel. Entonces, separó sus labios de los míos, echó la cabeza hacia atrás, y soltó un gemido gutural que llenó toda la habitación. *¿O debería decir toda Nueva Orleans?* Fue el sonido más erótico que jamás había escuchado.

En el momento en que ella alcanzó el clímax, me introduje en su húmedo calor. Estaba tan mojada que me acogió completamente de una sola embestida.

—Georgie...

Apenas podía articular palabra; era probable que ella no entendiera lo que estaba murmurando. Después de haber pasado todo el día deseándola con locura, no podía creer que mi recompensa había llegado. La sentía apretándome con sus paredes internas, una sensación tan excitante que temía correrme al instante.

Pero eso no va a pasar.

Comencé a penetrarla de forma controlada, acompañando cada embestida con besos. No importaba cuán cerca estuviéramos, ni cuánto la tocara, la besara o la poseyera; nunca me parecía suficiente.

Ajusté sus piernas para que rodearan mis caderas, lo que me permitía penetrarla más profundamente. Al mismo tiempo, me incliné sobre ella y apoyé las manos en el escritorio para un mejor acceso.

Georgie intensificó sus gemidos y apoyó las rodillas contra mis costillas, abriéndose aún más para recibir mis embestidas.

—¡Joder! —exclamé—. Georgie, mi amor... Esto es increíble. Eres maravillosa.

Con cada acometida, alternaba besos en su boca y en su cuello. Me encantaba escuchar sus gemidos, así como sentir sus labios mientras estaba enterrado profundamente en ella.

Su tercer orgasmo me tomó completamente por sorpresa. O tal vez estaba demasiado absorto en mi propio deseo como para notar las señales. Cuando ella gritó, mi propio clímax se mezcló con el suyo. Abandoné todo mi autocontrol y moderación, ya no los

necesitaba. Me entregué por completo a Georgie. Mi placer le pertenecía, yo le pertenecía.

Arremetí con fuerza hasta que, de repente, ya no pude moverme más. Me sostuve sobre mis antebrazos, aún profundamente enterrado en ella, asegurándome de no aplastarla contra el escritorio.

—¿Estás bien, preciosa? —le susurré al oído.

Georgie se limitó a mordisquearme la oreja, y esa fue la respuesta que necesitaba.

Capítulo Veintinueve

Georgie

La fiesta de los Landry llegó en un abrir y cerrar de ojos. Una vez terminada la temporada de carnaval, mi negocio volvió a centrarse en la venta de libros. Ya estábamos trabajando en los diseños de las carrozas del año siguiente, pero no teníamos prisa.

—Tenías razón —declaré, tomando aire mientras le sonreía a la multitud congregada en el jardín de la casa de los Landry.

Me encantaba el ambiente distendido de la fiesta. Todos reían y sostenían una copa, pero no precisamente de champán. Los invitados bebían cócteles o cervezas, algunos incluso directamente de los botellines. Tal como me había aconsejado Julian, llevaba un vestido informal y zapatos planos por miedo a sufrir otro incidente en el tobillo. Ya eran las siete de la tarde y estaba oscuro, sin embargo, el jardín se mantenía bien iluminado gracias a las numerosas luces, que se complementaban con los calefactores.

—Saludemos a los Landry —sugirió Julian.

—Claro.

Me tomó del brazo y me llevó al otro lado del jardín, donde había una pareja de edad similar a Calliope y Bo.

—Julian, qué alegría verte. Y esta debe ser la famosa Georgie —dijo el señor Landry.

¿Cómo sabe mi nombre? Ah, quizás lo leyó cuando confirmamos nuestra asistencia.

—La misma —respondió Julian.

—Gracias por la invitación —respondí con sinceridad—. Estoy disfrutando mucho de la fiesta.

—De eso se trata. Hemos tenido suerte con el tiempo, pero si empieza a llover tenemos todo preparado para seguir con el evento en el interior de la casa.

—¿Siempre la organizáis en el jardín? —pregunté.

—Depende de la fecha de carnaval de cada año —respondió la señora Landry—. Esperamos hasta después de *Mardi Gras* para celebrar la fiesta, pero este año ha tocado más tarde de lo habitual. —Saludó a una persona que se encontraba a su lado antes de dirigirse a nosotros con una sonrisa—. Espero que lo paséis bien. Más tarde seguimos la conversación.

—Por supuesto —respondió Julian.

Una vez que nos alejamos, me besó de nuevo en la cabeza. Me encantaban esos tiernos gestos que tenía conmigo.

—¿Estás bien?

—Claro.

Aunque sabía que Kyle iba a asistir, estaba muy relajada. Ya no me importaba; había recuperado mi fuerza. No sabría decir el momento exacto en que ocurrió ese cambio, ni cuándo dejó de tener el poder de hacerme daño, pero sabía que Julian había tenido mucho que ver. Desde que entró en mi vida, era una persona diferente y estaba plenamente feliz.

—¿Buscamos a Robert? —pregunté.

—Ya lo he visto —asintió Julian.

Robert se encontraba junto a la extensa mesa, repleta de una gran variedad de platos. Realmente era una fiesta magnífica; había incluso un grupo de música actuando en un rincón del jardín. Estaba deseando bailar más tarde.

Lo encontramos cogiendo un botellín de cerveza; era evidente que él también disfrutaba del ambiente distendido del evento.

—Hola, Robert —saludó Julian.

—¡Hola! —respondió levantando la vista de la mesa y estrechándonos la mano—: Me alegro de veros aquí. Creo que volveré más tarde a por la comida. ¿Queréis dar un paseo?

—Claro.

Julian me cogió de la mano. No me cansaba de estar en contacto permanente ni de sus caricias constantes.

—¿Has tomado una decisión con respecto a mi oferta? —preguntó Julian.

—¿Directo al grano, eh? —Julian no respondió, pero sabía que se estaba impacientando. No era la primera vez que quería cerrar el

trato—. Hemos venido a disfrutar de la fiesta —replicó Robert.

—Mira, Robert —dijo Julian negando con la cabeza—, seré sincero. Como esto se ha alargado demasiado, voy a dar por hecho que no te interesa. No lo tomes a mal, pero tengo que seguir adelante y buscar otro sitio.

Robert puso cara de decepción y sentí una oleada de satisfacción. Me encantaba que Julian no tuviera pelos en la lengua.

—Maldita sea, los LeBlanc siempre andáis con prisas. He reflexionado mucho sobre esta compraventa; de hecho, he investigado un poco sobre ti y sobre Kyle. Y sinceramente, prefiero venderte mis propiedades a ti.

Desde mi posición, vi cómo Julian se llenaba de orgullo. Sentí un impulso de saltar de alegría. *¡Genial!* Me alegraba mucho por él, y al mismo tiempo, sentía una inmensa satisfacción porque Kyle quedara fuera de juego. Se lo merecía.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Julian—. ¿Qué te parece si le pido a mis abogados que empiecen a redactar los contratos mañana mismo?

Robert, riéndose entre dientes, respondió:

—No suelo hacer las cosas tan rápido, pero si tu equipo se encarga del papeleo, adelante. Ya me ocuparé de pedirle a mis asesores que revisen la documentación. Las cláusulas son las mismas que acordamos y que están en la hoja de la propuesta. Y, entre tú y yo, necesito cerrar la venta pronto... los edificios son un despilfarro de dinero.

—Me alegro de quitártelos de encima —dijo Julian entre risas.

—¿Cómo va lo vuestro? —preguntó Robert, alternando la mirada entre Julian y yo. Parecía genuinamente interesado.

—Muy bien —respondió Julian.

—¿Tenéis planes de futuro? Espero que me invitéis si finalmente hay una boda LeBlanc.

Me puse tensa, y Julian soltó una carcajada nerviosa:

—Vaya presión —comentó—. Por ahora no hay planes, aunque la idea de comprar una casa enorme en las afueras, con jardín y una típica valla blanca, nos ronda la cabeza.

Su comentario me caló en lo más profundo. Me encantaba la idea de vivir en el Barrio Francés, pero la imagen de la casa que Julian describió se materializó con detalle en mi mente.

—Parece que lo tenéis todo bien planificado. ¡Buena suerte! —dijo Robert—. Hablando del rey de Roma...

Giré la cabeza y vi a Kyle dirigiéndose hacia nosotros, con el ceño fruncido.

Esto no me lo pierdo por nada.

—Veo que LeBlanc te ha abordado primero, Robert. Espero que no hayas cerrado el trato todavía —soltó Kyle.

—Lamento decirte que sí —respondió Robert—. He descubierto algunas cosas sobre ti que no me han gustado nada.

Por primera vez, vi a Kyle completamente descolocado. Echó la cabeza hacia atrás y contraatacó:

—Lo que sea que te hayan contado Robert, es mentira y puedo demostrar que no es cierto. Y más aún si tu fuente de referencia es LeBlanc.

—Oye, yo no tengo nada que ver con todo eso —intervino Julian, disfrutando visiblemente de la situación.

—No me faltes el respeto, muchacho. He hecho mi propia investigación —dijo Robert en un tono cortante—. Y por eso le venderé los edificios a Julian. Ahora, si nos disculpas, tenemos que concretar algunos detalles.

Kyle se quedó aún más perplejo que antes. Nos alejamos de él, porque era evidente que no pretendía alejarse.

Robert negó con la cabeza y comentó:

—Desde luego, no se lo ha tomado muy bien. Pero su reacción ha sido muy poco profesional.

—Gracias por tu voto de confianza —dijo Julian.

—¿Qué te parece si aprovechamos que ya estamos aquí para concretar algunos detalles?—respondió Robert—. No lo pospongamos más.

—Por mí, encantado.

—Voy a dar una vuelta por el salón —anuncié, para darles un poco de privacidad.

—Claro, cariño. Avísame si necesitas algo.

Las palabras de Julian sobre la casa que compraríamos me tenían todavía en una nube. ¿Era posible que estuviera planeando un futuro juntos? Porque yo sí lo estaba... No llevábamos mucho tiempo juntos, pero mi corazón le pertenecía por completo. Por primera vez desde el fiasco con Kyle, me atreví a imaginar un futuro con Julian.

Eché un vistazo al bufé y me apeteció probar la *jambalaya*. Desde nuestra noche en *The Apothecary*, quería probar todos los arroces *jambalaya* que pudiera. Aunque, después de pensarlo, todavía no tenía mucha hambre, así que decidí acercarme al grupo que se estaba preparando.

—¿Qué cojones ha sido eso?

La voz de Kyle me llegó por la espalda justo cuando estaba mirando los instrumentos de los músicos.

Me giré para enfrentar a mi ex con desgana. Había mucha gente a nuestro alrededor, pero él no se molestó en bajar la voz.

—¿De qué estás hablando?

—De lo de Robert y LeBlanc. No me creo que Julian no tuviera nada que ver.

—Aunque te cueste asimilarlo, no ha tenido nada que ver. Eso es lo que pasa cuando eres un sinvergüenza... se corre la voz.

—Retira inmediatamente lo que has dicho —gruñó—. Además, ¿qué sabes tú de mis asuntos?

—Sinceramente, no se nada de tus chanchullos, y jamás me ha importado. Pero de que eres un imbécil, de *eso* sí que puedo dar fe.

Me di cuenta de que varias personas nos estaban mirando, pero ¿a quién le importaba? *Tenían* que saberlo. No tenía nada que ocultar.

—Ni siquiera tuviste el valor de romper conmigo. Le pediste a tu nueva novia que lo hiciera por ti. —Alcé la voz para que todos los que estaban cerca pudieran oírme—. Sí, como habéis escuchado: fui a verlo a su bar y él mandó a *su novia* a que cortara conmigo.

Kyle dio un paso atrás, visiblemente nervioso, y miró a su alrededor:

—¡Retira eso ahora mismo!

—¡Es la verdad!

Se estaba poniendo rojo. A Kyle le importaba el qué dirán más que nada en el mundo, y la escena lo estaba dejando en muy mala posición.

Un movimiento periférico me alertó: Julian se acercaba.

—¿Algún problema? —preguntó.

—¡Los dos sois unos auténticos gilipollas! —exclamó Kyle.

Aunque no parecía que fuera a ceder, la humillación pública fue suficiente, ya que se dio la vuelta y se fue.

Julian me miró con preocupación:

—Cariño, ¿estás bien? Lo siento, no me di cuenta de que se había acercado a ti.

—Estoy perfectamente, de verdad. Qué bien sienta desahogarse.

—Lo has dejado en su sitio —comentó con una sonrisa, dejando atrás la preocupación.

—¿Me oíste? —pregunté, aún un poco agitada.

—Todo el mundo lo hizo, pero no pasa nada. Ese imbécil se lo merecía. Creo que la gente está empezando a ver cómo son realmente Kyle y Beau Deveraux.

—Ya ves. Y lo mejor de todo es que su presencia no me afectó en absoluto.

—¿De verdad? —inquirió Julian, acariciándome la mandíbula.

—Te lo juro —asentí—. Y todo es gracias a ti.

—No, cariño. Tú siempre has sido fuerte; Kyle hizo que te olvidaras de lo que vales.

—De todos modos, quiero compensarte de alguna manera.

—¿Cómo?

—Primero, con un baile en la pista, y después... Oh, nada más, porque esta noche tengo que acostarme temprano. Mañana me espera un buen madrugón para entregar un pedido.

—Más tarde lo vemos —dijo Julian, cogiéndome de la mano y llevándome hasta donde se había instalado el grupo.

Julian no había exagerado, la música en la fiesta de los Landry era espectacular. Tocaban jazz y otros géneros muy animados, perfectos para bailar.

Qué acierto haber traído zapatos planos.

Cuando Julian me llevó a casa, era tan tarde que estaba casi dormida al momento de aparcar.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —preguntó.

—No, porque mañana tengo que levantarme muy temprano y tú me mantendrás despierta toda la noche.

—Puedo hacer un esfuerzo y portarme lo mejor posible —insistió con una sonrisa.

Lo miré con los ojos entrecerrados, en tono juguetón:

—No, no confío en que cumplas esa promesa.

—Tienes razón —admitió, encogiéndose de hombros—, ni yo mismo me lo creo. —Entrelazó nuestros dedos y me besó el dorso de la mano—. Me lo he pasado muy bien en la fiesta.

—Sí, yo también. Has estado muy ocurrente con eso de "la casa grande en las afueras". —El recuerdo me aceleraba el corazón.

Julian soltó una carcajada:

—¿Has visto? Fue lo primero que se me vino a la cabeza —confesó, y mi corazón se encogió al instante—. Fue bastante extraño —continuó—. Y más viniendo de mí, que nunca pienso a largo plazo.

Mierda, ¿por qué creí que lo decía en serio? ¿Y por qué me sentía tan desilusionada al saber que había sido una invención?

Porque la imagen que había pintado me había cautivado; me imaginaba a su lado para siempre.

Pero estaba claro que él no.

—Espera, te acompaño —se ofreció, abriendo la puerta del coche.

Lo detuve con un gesto:

—No es necesario.

—Puedo portarme muy bien si no entro en la casa.

—Por alguna razón, tampoco te creo —murmuré. De repente, quería estar sola.

—Vaaale... Me quedaré aquí hasta que entres.

Me reí antes de salir del coche y corrí hacia la entrada. Podía sentir cómo me observaba. Una vez que abrí la puerta, lo miré de reojo.

—¡Mi oferta sigue en pie! —exclamó.

—Ni hablar —respondí antes de entrar y apoyarme contra la puerta.

Dios mío, ¡menuda noche!

Había ocurrido de todo, y lo más destacado fue la preciosa descripción de Julian de nuestra futura casa.

Lo malo era que no había sido real.

Capítulo Treinta

Julian

A la mañana siguiente, me sentía en la cima del mundo. Me dirigí a la sede de *The Orleans Conglomerate*, que quedaba en el Barrio Francés, para reunirme con el departamento jurídico. Quería que empezaran a trabajar de inmediato en el papeleo de los edificios de Robert, y sellar de forma oficial el contrato de compraventa para evitar que se echara atrás.

En cuanto llegué a la planta correspondiente, mi móvil sonó. Era mi asistente, a quien aprovecharía para informarle que no acudiría a mi oficina habitual en el bar ese día.

—Buenos días —saludé, mientras entraba en mi despacho. Como no aparecía muy a menudo por allí, no lo sentía mi espacio—. Oye, quería decirte que hoy me quedaré todo el día en la sede de *LeBlanc-Broussard*.

—Vale, pero cuéntame... ¿ha pasado algo en la fiesta de Landry?

Parpadeé, y me apoyé en mi escritorio para mirar por la ventana, con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —Ni siquiera recordaba haberle dicho específicamente que había asistido a esa fiesta—. ¿Aparte de convencer a Robert de que me vendiera sus propiedades?

—Eso es genial. Enhorabuena.

—Pero no te refieres a eso... —deduje por su tono.

—No, es que esta mañana hemos recibido una llamada de la familia Tableau. Nos preguntan si hemos tenido algún problema con Georgie y su trabajo.

—¿Qué?

—Yo también me quedé muy sorprendida. Dijeron que Kyle Deveraux les contó que algunos clientes se habían quejado, y querían averiguar quiénes eran. Ha sido bastante extraño y no entiendo qué está pasando.

—Yo creo que sí —respondí apretando los dientes. Kyle estaba iniciando una campaña de desprestigio contra Georgie. *Qué hijo de puta*—. Gracias por contármelo. Me encargaré de ello.

—¿Qué les digo a los Tableau?

—Que Deveraux es un mentiroso compulsivo. Quiere difundir esos rumores porque Georgie lo puso en evidencia delante de todos en la fiesta de Landry.

—Bien hecho. Ese tío nunca me ha caído bien, menos mal que por fin alguien le está bajando los humos.

—Y yo me encargaré del resto —le aseguré.

—Voy a llamarles de inmediato y les contaré todo esto, pero de una manera más educada.

—Sí, te lo agradezco.

Al fin y al cabo, teníamos que mantener la profesionalidad. Pero por dentro estaba hecho una furia.

Después de colgar, me quedé mirando por la ventana un rato más. No solía distraerme y procastinar, y menos cuando estaba cerrando una compraventa de esa envergadura. Llamé al departamento legal para informarles de los siguientes pasos, pero eso fue todo; Deveraux me quitaba toda la concentración.

Nada iba a detenerlo a menos que alguien le diera una lección. Kyle no soportaba perder, y tras haber perdido los edificios de Robert encima Georgie lo había humillado en la fiesta.

Solo se me ocurría una cosa: llamar a Xander. En ese instante, deseé que él también tuviera una oficina en la sede principal, lo que habría simplificado todo. Afortunadamente, respondió de inmediato.

—Hola —saludó.

—Hola, Xander. Gracias por contestar.

—Qué temprano llamas —respondió—. ¿Es porque has conseguido los edificios de Robert?

—Vaya, las noticias vuelan —dije.

—Las noticias importantes, sí.

—De todos modos, no te llamo por eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿Qué sabes sobre la estafa que cometió Kyle Deveraux el año pasado?

—Tengo bastante información. Lo he investigado a fondo porque quería asegurarme de que no nos salpicara de ninguna forma.

—¿Tienes documentación que demuestre su culpabilidad?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Xander.

—Necesito esas pruebas.

—No te las daré así como así. Primero dime qué planeas hacer con ellas.

—Ahora no es el momento. —No estaba de humor para una conversación larga.

—Si quieres que te entregue información confidencial, necesito saberlo.

Tiene razón.

—Quiero que se sepa que Kyle es un estafador. Que lo sepa todo el mundo.

Xander silbó ruidosamente:

—Joder, veo que detestas a ese tío. ¿Es por Georgie?

—¡Pues claro! Está difundiendo el rumor de que algunos clientes no están contentos con su trabajo.

—¡Qué hijo de puta! —Me enorgullecía que mi hermano se indignara por mi chica.

—Ya te digo.

Mientras deambulaba por la oficina, un plan se iba gestando en mi mente.

—Con esta información, saldrán a la luz las personas a las que Deveraux ha estafado. Y no les gustará un pelo quedar como tontos.

—Habrá que hacerlo con cuidado y sin revelar nombres. Podemos rastrear sus fondos y ver adónde fue a parar todo ese dinero.

—La cosa se pone interesante, pero necesito saber bien qué quieres hacer antes de entregarte la documentación.

—¡Xander! —exclamé, perdiendo la paciencia—. No tengo nada planeado, te estoy diciendo lo primero que se me ha venido a la mente.

—Es que así no va a funcionar. Lo siento, pero necesito un plan más concreto.

—¿Quieres que te prepare un PowerPoint o qué?

—No sería mala idea.

—No iba en serio —resoplé.

—Lo sé, pero creo que hay una forma de hacerlo. Estoy seguro de que Anthony, Beckett y Zachary pueden ayudarnos.

—No lo entiendo... ¿para qué necesitamos su ayuda si tú tienes las pruebas?

—Nuestros hermanos tienen recursos que nosotros no tenemos —explicó Xander.

—Como tú dices: "necesito un plan más concreto".

—Podrán rastrear exactamente a dónde transfirió Kyle el dinero. Y, además, podrán hacer pública esa información sin tener que mencionarnos como fuente.

—Pareces un personaje de la película de James Bond —respondí, aunque en el fondo sabía que tenía razón y no quería seguir bromeando.

—Bueno —respondió Xander—. Llamaré a nuestros hermanos. ¿Necesitas que eche un vistazo a la documentación de la adquisición de los locales de Robert?

—Si tienes tiempo, claro.

—Para un asunto familiar siempre tengo tiempo.

—Gracias, hermano. —Confiaba en nuestro equipo legal y financiero, pero Xander era el mejor en todo—. Estamos en contacto.

Después de colgar, me sentía completamente eufórico. Tenía ganas de llamar en ese mismo momento a mis hermanos, pero lo dejaría en manos de Xander.

Revisé mi correo electrónico para ver si tenía noticias del departamento legal, y como era de esperar, convocaron una reunión por la tarde. ¿Por qué había dado por hecho que lo resolverían en un abrir y cerrar de ojos? *Me lo merezco, por arrogante*. Las personas con las que trabajaba a diario sabían mi naturaleza impulsiva, y se adaptaban a mis necesidades. Pero el departamento legal gestionaba todos los asuntos de *The Orleans Conglomerate*, no solo los míos.

No tenía sentido prolongar mi estancia allí hasta la tarde. Mientras bajaba las escaleras hacia la planta baja, aproveché para llamar a Georgie. Era temprano, así que podía ir a tomar un café.

—¡Hola! —saludé—. ¿Estás ocupada?

—La tienda está tranquila, así que estoy aprovechando para revisar los lotes de libros.

Me sentía muy orgulloso de ella y de su inquebrantable ética de trabajo.

—Oye, no sé si lo sabes, pero Kyle está...

—Haciendo correr algunos rumores.

—Ya te has enterado.

—Sí —respondió con un suspiro—. Me ha llamado Calliope, y hemos tenido una larga conversación. Cuando le conté todo lo que había pasado entre Kyle y yo, entendió por qué se empeñaba en difundir esas mentiras.

—No te preocupes. Pronto todo el mundo sabrá que es un estafador.

—¿A qué te refieres?

—Xander y yo nos encargaremos de demostrarle a todo el mundo que es un estafador profesional.

—Julian, no tienes que hacer eso por mí.

—No es solo por ti, aunque así nos aseguraremos que nunca más vuelva a molestarte. Kyle es una amenaza para todos, y ya es hora de que todo el mundo lo sepa. ¿Quieres que me pase por allí con un café?

—Eh... mejor no, gracias.

—Pareces distante. ¿Te pasa algo? —pregunté al llegar al pie de la escalera y tomar la salida de empleados hacia la parte trasera. La estrecha calle lateral estaba bastante vacía a esa hora del día.

—No lo sé.

Me sorprendió su respuesta.

—Georgie, háblame —pedí al ver que ella permanecía en silencio. Estaba seguro de que algo iba mal pero no sabía qué—. Me estás preocupando. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

Ella carraspeó, pero siguió sin decir nada.

—Voy a la tienda —declaré.

—No, quizás sea más fácil hablarlo por teléfono.

Me detuve justo cuando estaba a punto de salir a la calle Royal y me apoyé contra una pared de ladrillo. Parecía algo serio.

—Te escucho.

—Es solo que... ayer, en la fiesta, cuando le dijiste a Robert que teníamos pensado buscar una casa en las afueras... —*¿Y eso a qué viene?*—... sonó muy real.

¿Y qué tenía de malo? Esa era la intención.

—Y no pude evitar ilusionarme —murmuró.

Fue entonces cuando empecé a comprender lo que quería decir.

—Georgie...

—No, por favor, déjame terminar. Me cuesta mucho expresar esto.

—Claro. Lo siento. Adelante.

—Y cuando me dijiste que fue lo primero que se te pasó por la cabeza y que no era propio de ti hacer planes a largo plazo, me di cuenta de que... si nuestra visión de futuro difiere tanto, quizá deberíamos replantearnos nuestra relación.

Tragué saliva con dificultad. Para mi gran consternación, me quedé sin palabras. Nunca en mi vida había tenido una conversación tan delicada como esa.

Estaba tan fuera de mi zona de confort que no tenía ni idea de qué decir. Ni siquiera cómo tranquilizarla. Al final, opté por lo único que se me vino a la cabeza:

—Georgie, no era mi intención hacerte daño. Lo siento.

—Lo sé. Has sido increíble conmigo, pero no se trata de eso. Quiero decir... me encanta estar contigo pero no puedo seguir enamorándome de ti y haciéndome ilusiones... para terminar con el corazón roto.

—A tomar por saco. Voy para allí para hablar en persona.

—¡No! No sabría qué decirte —contestó apresuradamente—. Lo siento, yo tampoco tengo las cosas claras. Solo te estoy contando lo que me pasa.

—Gracias por tu sinceridad. Sabes que puedes decirme lo que sea —le aseguré.

Estaba decidido a ir a su tienda, pero ella me pidió explícitamente que no y tenía que respetarla.

—Oye, han entrado algunos clientes. —Había escuchado la campana varias veces, sabía que no era una excusa—. Hablamos

más tarde, ¿vale?

—Claro.

La llamada se cortó y solté un bufido. *¡Maldita sea! Menudo desastre.* Ni siquiera estaba seguro de lo que acababa de pasar.

Salí a la calle Royal y, como estaba desesperado por un café, me dirigí al puesto de Maria. Seguía sumido en mis pensamientos, dándole vueltas a las palabras de Georgie. Le había hecho daño y no me había dado cuenta. Tenía que arreglarlo.

Entré en la cafetería y esperé pacientemente en la fila.

Maria no dejaba de mirarme con recelo mientras atendía a los demás clientes. Cuando llegó mi turno, preguntó:

—¿Dos cafés para llevar?

—Solo uno.

—¿No vas a sorprender a tu chica esta mañana?

—Solo un café, por favor.

—Ya que estás aquí, ¿te importaría llevarles un par de cafés a tus abuelas? Las pobres están tan ocupadas que no han tenido tiempo de venir hoy por aquí —dijo rápidamente, desviando la mirada.

Qué raro.

—Claro, yo se los llevo.

No me apetecía lo más mínimo volver a la oficina, y pasar por la perfumería de mis abuelas era una buena excusa para posponerlo. Necesitaba salir y pensar qué iba a hacer con Georgie.

Más le vale a Maria dejar de hacer preguntas.

Quizás sabía los cotilleos de la fiesta de los Landry, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Aquí tienes —dijo en cuanto puso los tres cafés en un portavasos—. Las llamaré para decirles que vas de camino.

—No creo que sea necesario.

Maria apartó la mirada con un murmullo evasivo.

No tenía duda de que estaba actuando de forma extraña, pero no le di mucha importancia porque necesitaba centrarme en Georgie.

Quería entender qué estaba pasando y cómo solucionarlo. Su felicidad era todo para mí, y estaba sufriendo por mi culpa.

Llegué rápidamente a Dumaine. Como no vi muchos peatones, me pregunté si mis abuelas estarían atendiendo a un grupo de

turistas. ¿Qué otra explicación habría para que estuvieran tan ocupadas que no pudieran ni tomar un café?

La tienda estaba completamente vacía. Isabeau se encontraba esperando en la puerta.

—Entra, cariño. Maria nos avisó de que pasarías por aquí.

—Me encargó que os trajera el café.

Dejé el portavasos en el mostrador. Celine y yo cogimos nuestra taza.

—Me dijo que no teníais tiempo porque estabais ocupadas. Supuse que teníais clientes.

Celine miró a Isabeau antes de responder:

—Sí, pero parece que fue la excusa más rápida que se le ocurrió a Maria.

—¡¿Cómo?! —exclamé, y casi escupo el café.

Miré a Isabeau, que había cerrado la puerta y girado el cartel.

¿Qué demonios está pasando aquí?

—Las palabras textuales de Maria fueron: "Me doy cuenta cuando alguien sufre *mal de amores*" —dijo Isabeau.

—¿Eso fue lo que dijo? —pregunté, echando la cabeza hacia atrás.

—Sí, y además pensó que necesitarías nuestra ayuda.

Madre mía, ¡qué entrometida es la gente! Le di otro sorbo al café, preparándome para lo que venía.

Isabeau se unió a nosotros, apoyándose en la encimera:

—Cariño ¿conoces mi regla de oro? Cuando hablas sobre un problema, se vuelve más pequeño.

—¡Isabeau, por favor! —reprendió Celine—. Tal vez Maria solo estaba exagerando.

Isabeau me clavó la mirada:

—No, no estaba exagerando.

Celine suspiró y le dio un sorbo a su café:

—Lo siento, cielo. Lo he intentado. Pero si no quieres contarnos lo que pasa, lo entendemos perfectamente.

Casi se me escapa la risa al ver la expresión de Isabeau; era obvio que no se creía ni una palabra de lo que decía Celine.

Tomé otro sorbo. En realidad, no estaba molesto; era la primera vez que sentía la necesidad de hablar con alguien. No me costaba admitir que no sabía qué hacer.

—Georgie y yo comenzamos nuestra relación como parte de un plan —empecé lentamente.

Isabeau sonrió con sarcasmo:

—Eso no se lo creyó nadie.

—Hicimos que la gente pensara que estábamos juntos incluso antes de convertirnos realmente en pareja. Robert, por ejemplo, es uno de ellos.

—Por cierto, hemos oído que has comprado sus edificios. Enhorabuena.

No hacía falta que Xander se molestara en desmentir lo de Kyle; en el Barrio Francés, la verdad siempre salía a la luz.

—Durante una conversación con Robert, dio por sentado que Georgie y yo ya estábamos haciendo planes para el futuro. Me dejé llevar y le dije que estábamos pensando en comprar una enorme casa con jardín en las afueras.

Isabeau frunció el ceño:

—No entiendo qué tiene de malo eso.

Tragué saliva.

Celine cerró los ojos. Al igual que mi madre, su intuición era muy acertada.

—No, el problema es que no iba en serio... y se lo dije a Georgie justo antes de dejarla en su casa. —Ahora que lo decía en voz alta, recordé la conversación y caí en cuenta de que había sonado muy cortante.

—Ay, Julian... —se lamentó Celine.

Isabeau se limitó a apretar los labios, lo que era una señal clara de que pensaba que la había cagado por completo.

—Georgie está dolida —confesé, sin entrar en más detalles.

—Es lógico —sentenció Isabeau finalmente.

—Además dijo que deberíamos replantearnos la relación, porque se está enamorando de mí y no quiere terminar sufriendo.

—¿Y tú qué le has dicho? —preguntó Celine.

—No mucho —admití.

—Julian, creía que te importaba esta chica —dijo Isabeu llevándose una mano al pecho.

—¡Y me importa! Muchísimo.

—Cuando una mujer se atreve a abrir su corazón, espera sentirse correspondida —apuntó Celine en voz baja.

—¡Joder! —protesté.

Aunque normalmente nos reprendían por las palabrotas, esta vez ni se inmutaron.

—Ese es un buen resumen.

—La conversación dio un giro tan inesperado que no supe como reaccionar —expliqué.

—Es entendible —respondió Celine—. Entonces, ¿tú sientes lo mismo por ella?

—Georgie es muy importante para mí. No me di cuenta de que... ¿Cómo demonios pude estar tan ciego?

—Nos han llegado ecos de tu plan para desenmascarar a Kyle Deveraux. Supongo que eso habrá acaparado tu atención, y se te pasó lo de Georgie.

—¿Has hablado con Xander? —pregunté.

—Brevemente, pero volvamos a lo vuestro —respondió Isabeau.

—No, mejor no. —Alterné la mirada entre ambas, con un plan en la cabeza.

Oh, al diablo con las estrategias. Nunca he sido bueno para planear nada.

—¿Cuánto tiempo tardaríais en hacer una fragancia personalizada?

Ambas se irguieron y se encogieron de hombros.

—Muy poco. ¿Qué necesitas? —inquirió Isabeau.

—Un perfume que exprese: "Lo siento. Te amo y quiero estar toda mi vida a tu lado".

Capítulo Treinta y Uno

Georgie

Me gustaba la temporada baja de vender libros. Durante el periodo de carnaval la gente parecía olvidar la sección de libros de la tienda. A decir verdad, hasta a mí se me olvidaba, porque todo el mundo pedía collares de cuentas y demás artículos de carnaval.

Pero ese día había recibido un nuevo envío. Hacía un mes había puesto a la venta algunas *mystery box*, y tras su rotundo éxito, decidí volver a implementarlo.

El concepto era simple pero efectivo: preguntaba a los clientes sobre sus gustos literarios y programas de televisión favoritos, y con esa información, preparaba una caja con doce libros personalizados. De momento, nadie se había quejado. Al principio, temía una avalancha de devoluciones, pero no fue el caso. De hecho, ese día había vendido un número récord de trece cajas. Estaba que me salía.

Pero el corazón me pesaba como un lastre. Tenía la esperanza de que Julian me llamara por la tarde, y aunque se hubiese asustado por mi cruda sinceridad, lo cierto es que no quería ocultarle lo que sentía. Ahora me daba cuenta de que, en el fondo, esperaba que él dijera que había sido solo una forma de hablar y que, por supuesto, veía el futuro conmigo, pero no ocurrió.

Por otra parte, era injusto exigirle ese nivel de compromiso. Nuestro vínculo se centraba en el presente y nunca habíamos hecho planes a futuro.

Debo ser agradecida por todo lo que tengo, me recordé a mí misma. Tenía una pareja que me mimaba muchísimo, y esperaba que siguiera a mi lado. Y si la relación se terminaba, al menos tendría un bonito recuerdo de él.

Mi tienda iba mucho mejor de lo que esperaba tras el parón del *Mardi Gras*. Mis clientes confiaban en mí y no dudaron en llamarme cuando los desagradables rumores de Kyle llegaron a sus oídos.

Todo iba perfectamente. Tenía muchas cosas por las que estar agradecida.

Estaba a punto de ir a la trastienda cuando se abrió la puerta principal y sonaron las campanas.

—¡Estamos cerrados! —grité, antes de darme la vuelta—. ¡Oh! Hola, Julian.

—Hola —dijo con su característica media sonrisa.

¿Era mi imaginación o estaba un poco más apagado de lo habitual?

—Estaba a punto de cerrar —comenté nerviosa.

Se quedó un momento en la puerta antes de dar unos pasos hacia el interior de la tienda.

—No he podido resistir las ganas de venir a verte —confesó.

Sus palabras me subieron un poco el ánimo.

—¿De verdad?

Julian se acercó un poco más. Me moría de ganas de acercarme también, y sentir su contacto, pero me contuve.

—Sí. Pero me pediste que no viniera, así que esperé hasta el cierre. Ahora solo estamos nosotros dos aquí.

Me detuve, inhalé y exhalé con un suspiro de alivio cuando Julian terminó de acercarse.

—Te pido perdón por cómo reaccioné esta mañana... —empezó —. También por lo de anoche. No me di cuenta de lo mal e insensible que había sonado mi comentario.

Me encogí de hombros y bajé la mirada:

—No has sido insensible... es solo que no era lo que yo quería oír.

—¿Qué era lo que querías oír? —preguntó, acariciándome la mandíbula con el dorso de los dedos.

—No lo sé... —susurré, negando con la cabeza—. La verdad es que no estaba preparada para volver a abrir mi corazón de esa manera. Me sentí demasiado vulnerable.

—Entonces te diré lo que debería haberte dicho... Lo que realmente siento. Te amo, Georgie.

Levanté la vista tan rápido que tuvo que apartarse, dado que estuve a escasos milímetros de golpearle la nariz con mi frente.

—Te amo con locura, joder. Debería habértelo dicho hace tiempo, pero...

—Las cosas han ido demasiado rápido —terminé por él, con una enorme sonrisa.

Y mi corazón, que segundos antes pesaba una tonelada, parecía una pluma.

—Lo supe desde la primera vez que viniste a mi casa. No quería que te fueras nunca.

—¿Llegaste a esa conclusión después de verme vomitar? —pregunté riendo.

—Me encanta estar contigo, Georgie, y quiero estar siempre a tu lado. Me gusta tenerte en mi cama, en mi casa, en el patio, sonriendo al sol. Cada vez que te ibas, no dejaba de pensar qué excusa inventarme para que volvieras. —Tras una breve pausa, prosiguió—: Es la primera vez que vivo una situación así, y sinceramente, nunca pensé que querría tener una relación seria. Pero ahora entiendo las palabras de mis abuelas: aún no había conocido a la persona adecuada. Y ahora que te he encontrado, Georgie, ni loco voy a dejarte marchar.

—Un momento, ¿tus abuelas lo saben? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Qué tienen que ver ellas en todo esto?

—Es una larga historia, y no quiero entrar en detalles ahora mismo. Para resumir, digamos que me dieron un gran consejo. Además —añadió, sacando algo del bolsillo del pantalón—, te he traído esto.

—¿Es mi perfume de lilas? —pregunté cogiendo el frasco de su mano—. Tenía intención de encargar uno porque me queda muy poco.

Abrí el pequeño frasco de color rojo oscuro y lo olí. No era mi perfume, pero se trataba del aroma más delicioso que había olido jamás. Era suave y seductor al mismo tiempo, con un toque fresco, y elegante.

—Madre mía, es espectacular.

Julian me observó fijamente. Tomó el frasco y lo dejó sobre la encimera antes de llevar mis manos a su boca.

—Se supone que la fragancia debe transmitir un mensaje... "Lo siento. Te amo y quiero estar toda mi vida a tu lado".

Tragué saliva con dificultad, con los ojos llenos de lágrimas. No podía ponerme a llorar ante semejante declaración de amor.

—Sin duda, es lo que transmite.

—Fantástico.

Soltó mis manos. Apenas besó una comisura de mi boca, sentí una oleada de calor entre mis muslos. Al besar la otra esquina ya tenía todo el cuerpo encendido. Era increíble lo sensible que era a sus caricias.

Puso una mano en la parte baja de mi espalda para atraerme hacia él, y me besó con tanta pasión que no pude contener un gemido contra sus labios.

—Julian... —susurré, al tiempo que echaba la cabeza ligeramente hacia atrás—. La gente podría vernos desde fuera.

—Entonces vayamos a la trastienda —contestó entre gruñidos.

Buena idea.

Estaba tan excitada que era impensable salir de la tienda. De hecho, no pude ni esperar a llegar a la parte trasera: me alcé de puntillas y, literalmente, lo asalté a la vista de quienes pasaban. Julian me tomó en sus brazos, sujetándome por el trasero, y me llevó a la trastienda.

Por el camino, apagué uno de los interruptores para que el mostrador quedara a oscuras.

* * *

Julian

Fuimos a una de las habitaciones de la parte trasera, donde no había mucho más que un espejo, algunas sillas, una mesa, y cajas apiladas en una esquina. Delante del espejo había una alfombra gruesa.

La piel de Georgie era suave como la seda. Le acaricié los brazos con el dorso de los dedos, moviendo las manos lentamente hacia arriba y hacia abajo hasta que se le puso la piel de gallina. Me deleitaba con cada reacción, cada suspiro, cada jadeo.

Era el momento más especial que habíamos vivido de toda nuestra relación y me sentía más conectado a ella que nunca. Al ver que se estremecía, supe que estaba lista para más. Me incliné para trazar con mis labios un camino desde el lóbulo de la oreja hasta la comisura de la boca. Ella entreabrió los labios, pero no la besé, sino que me desplacé hacia la otra comisura y continué mi camino hacia su otro lóbulo.

—No tienes idea de lo mucho que te deseo.

Al bajar a su cuello, Georgie inclinó la cabeza hacia atrás por instinto, facilitándome el recorrido.

—Quiero tenerte así siempre y hacerte todo lo que quiero.

—No voy a oponerme a nada de lo quieras hacerme —susurró.

Necesitaba sentirme aún más conectado con ella. Tras besar su clavícula, me enderecé y capturé su boca. Georgie descansaba sus antebrazos sobre mi pecho, y pude sentir el momento en que pasó de estar tensa a relajarse en mis brazos. Estaba tan nerviosa que un simple beso le proporcionó alivio. Subí el bajo de su vestido, deslizando la tela ligera por su cuerpo. Mi desesperación por explorarla era tal que toda mi atención se centraba en el beso, actuando puramente por instinto.

Interrumpí el beso y di un paso atrás.

Ella levantó los brazos y continué quitándole el vestido. Se enganchó un momento en su sujetador, pero lo liberé con bastante facilidad.

Después de deshacerme de él, noté que me miraba la camisa.

Joder, ¿cómo me quito toda esta maldita ropa sin dejar de besarla y tocarla?

Empecé a besarle el hombro, haciendo pequeños círculos con mi lengua mientras me ocupaba del cinturón y la cremallera. Me quité los pantalones y los calzoncillos y los aparté de una patada lo más rápido posible.

—Esto es un récord —susurró mientras me arrodillaba para poder besar su cuerpo—. Te has desvestido más rápido que yo.

—No quiero que nada se interponga entre nosotros —gemí contra su piel—. No te preocupes. Te quitaré toda la ropa.

Me detuve justo por encima del borde de sus bragas, moviendo la boca lentamente de un lado a otro, como había hecho en su hombro. También le pasé la lengua y sentí cómo se le contraía el vientre.

—Julian... —suplicó.

Aparté sus bragas a un lado. *Joder, qué húmeda está*. Sabía que estaba excitada, pero no pensaba que tanto.

Georgie bajó la mirada, tratando de anticipar mi siguiente movimiento. Sin romper el contacto visual, mis dedos se deslizaron dentro de su abertura. Ella comenzó a jadear, con los ojos entrecerrados y la mirada perdida, mientras sus caderas se mecían rítmicamente.

Joder. Verla sucumbir al placer solo aumentó mi deseo. Agarré mi polla y empecé a tocarme.

—Mira —la invité, señalándole el espejo.

Ver su reflejo en el espejo mientras me masturbaba era demasiado para mí. Y para *ella*, dado que su humedad se hizo más abundante.

—Te excita verte en el espejo, ¿verdad?

—Sí —susurró.

Me encantaba su lado travieso.

Podía darle placer con las bragas apartadas a un lado, pero también quería lamer su centro.

Retiré la mano y le ordené:

—Quítate las bragas ahora. Rápido.

—¡Julian! —gimió.

—Sé que deseas mi tacto, mi preciosa, y te lo daré. Tendrás todo lo que necesites.

Georgie jadeó al quitarse las bragas y volvió a su posición. Presioné mis dedos sobre su abertura antes de deslizarlos dentro de nuevo, y ella gimió.

Apreté mi polla aún más fuerte al oír sus gemidos.

—Mírate en el espejo —ordené.

Aunque ya estaba temblando ligeramente, giró la cabeza.

—Mírate mientras te recorro con la boca y tengo mis dedos dentro de ti.

—Me excita muchísimo ver cómo te tocas —susurró—. Es muy sexy.

Cuando mis dedos rozaron su clítoris, ella jadeó, arqueó el pecho hacia adelante y se contrajo con tal fuerza alrededor de mis dedos que apenas podía moverlos. Un segundo después, la tensión se disipó levemente, y sabía que no necesitaba mover los dedos para hacer que se corriera... bastaba con que apenas los curvara. Entonces empecé a lamer uno de sus pezones.

—Julian... Julian...

Cada vez que pronunciaba mi nombre, me apretaba la polla con más fuerza. Joder, deseaba sentir su boca sobre mí. Lo necesitaba tanto como el aire para respirar. Y lo quería en ese mismo momento.

Hice que se arrodillara en la alfombra y le pedí:

—Eres jodidamente preciosa. Quiero que me la chupes.

Ella acató rápido mi pedido, y eso me excitó aún más. Me tumbé en la alfombra y se colocó encima de mi cuerpo.

Era perfecto; tenía su coño justo encima de mi boca *y* podía seguir penetrándola con mis dedos.

Fue entonces cuando sentí su lengua en la punta de mi pene; comenzó a lamerlo y lo sostuvo por la base con una mano. Por un momento perdí el sentido, pero me recompuse para posar mi lengua sobre su clítoris, imitando el ritmo con el que ella me estaba lamiendo. Sus gemidos se intensificaron; el sexo oral mutuo nos estaba llevando a un nivel de excitación inesperado. Cuando su boca me acogió por completo, supe que era el momento de hacerla llegar al clímax.

Conocía su cuerpo lo suficiente como para saber lo que necesitaba; curvé los dedos para estimular su punto G y le rodeé el clítoris con la punta de la lengua. No pensaba parar hasta hacer que se corriera.

Alcanzó el orgasmo mientras aún tenía mi miembro en su boca, y fue lo más surrealista que viví en toda mi vida. Con su cuerpo sobre el mío, sentí cada vibración que la recorría, desde su centro, expandiéndose por su vientre y pechos. También lo sentí en su boca, formando un ciclo de tensión y liberación. Succioné sin descanso su clítoris y curvé mis dedos dentro de su ardiente intimidad hasta que

empezó a temblar. Poco a poco, después de unos segundos, comenzó a calmarse, aunque sus músculos aún temblaban.

—¡Julian! —Soltó mi pene y respiró hondo—. ¡Julian!

Volví a lamer su clítoris, explotó de nuevo, y sus glúteos se tensaron.

Unos instantes después, su cuerpo se distendió completamente.

—Date la vuelta, Georgie.

Aunque parecía agotada unos segundos antes, sentí que su cuerpo se excitaba de nuevo. Necesitaba mi polla.

Se puso a horcajadas, y su cara quedó a la altura de la mía con una gran sonrisa.

Hice un gesto con la cabeza para que mirara el espejo.

Lamiéndose los labios, giró ligeramente la cabeza y frunció el ceño:

—¿Cómo es posible que me guste tanto esto?

—Disfrútalo, cariño.

La agarré por el trasero con ambas manos y la hice descender sobre mi polla. Tras el contacto de sus labios, yo estaba a punto de explotar. La observé en el espejo mientras cerraba los ojos y movía los hombros de forma rítmica. Echó la cabeza hacia atrás, y un gutural gemido resonó una vez más en todo su cuerpo cuando me hundí hasta el fondo dentro de ella.

Nuestros encuentros sexuales eran muy intensos, pero nada, *nada* se comparaba con lo que estábamos haciendo en ese momento. Sentí que el placer se apoderaba de cada célula de mi cuerpo. Georgie comenzó a mover las caderas con la cabeza aún inclinada hacia atrás. Parecía una visión celestial, y no podía saciarme. Pero como necesitaba más fricción, tuve que empezar a moverme. La cogí por las caderas y empecé a embestirla con salvaje abandono, presionando mi pelvis contra su clítoris con la certeza de que eso la ayudaría a correrse.

—Georgie, por favor, tócate. Acaricia tus pezones y tu clítoris a la vez.

—¿Ahora? —susurró ella—. Estoy a punto de explotar.

—Eso es lo que quiero, preciosa. Verte llegar al orgasmo con mi polla dentro de ti.

Con cierta timidez, se llevó una mano a su pecho y la otra en su entrepierna. Empezó a mover los dedos en círculos sobre su clítoris, aunque tardó un momento en sincronizar el mismo movimiento con su pezón.

Tuvo precisamente el efecto que yo quería. Cerró los ojos y me apretó con tanta fuerza que, si no fuese porque estaba a horcajadas, habría expulsado mi miembro fuera. Mi chica estaba alcanzando el orgasmo, y tenía una vista perfecta de ella y de su reflejo en el espejo.

Su boca se abrió en una "O" silenciosa mientras una sacudida eléctrica parecía recorrer su cuerpo. Entre jadeos, se contoneó sobre mí antes de retirar la mano de su intimidad para aferrarse a ambos pechos.

Me detuve un instante para ver en el espejo cómo arqueaba la espalda. Pero rápidamente volví a mirarla porque no quería perderme la expresión de su cara. Siempre era preciosa, pero en pleno éxtasis, era algo sublime.

La tensión en mi interior se disparó, y una ola de placer me arrasó, apoderándose de mí por completo. Cerré los párpados para procesarlo todo: mis propios gemidos llenando la habitación, su cuerpo a horcajadas sobre el mío, sus frenéticos movimientos y los sensuales jadeos que emitía.

Cuando supe que su orgasmo había terminado, la atraje suavemente hacia mí para que quedara recostada sobre mi pecho, con mi pene aún enterrado dentro de ella. Giré la cabeza hacia un lado y observé la imagen en el espejo.

Quería complacerla así todos los días... y varias veces al día, de ser posible.

Para siempre.

Capítulo Treinta y Dos

Georgie

Cuatro meses después

Cerré los ojos bajo la luz del sol matutino y disfruté de la sensación de los rayos sobre mi piel. El sol aún era intenso al final del verano, pero me encantaban las mañanas como esas. Reinaba un silencio absoluto en el patio de la casa de Julian, salvo por el canto de algunos pájaros. La mayoría de las noches me quedaba a dormir en su casa.

—Me encanta cómo disfrutas del sol de la mañana —comentó.

Abrí un ojo y lo miré de reojo:

—Es mi momento favorito del día —admití.

—El mío también.

—Pero si nunca vienes a sentarte aquí conmigo.

—No, pero me gusta observarte.

Dios mío, ¿me ha estado observando por las mañanas? ¿Cómo no me he dado cuenta?

Julian se acercó con una sonrisa, y fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba algo escondido a la espalda. Intenté adivinar sin éxito de qué se trataba, ya que no paraba de moverse.

—¿Qué escondes?

—Una sorpresa.

Acto seguido, puso una preciosa caja azul sobre la mesa. No tenía ningún logo, nada que revelara su contenido.

Le quité la tapa al instante, y dentro había una llave adornada con un lazo. Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo: sabía que era la llave de su casa.

Me abrazó por detrás, poniendo una mano en mi cintura y besándome la oreja:

—Quería formalizar lo de vivir juntos.

—Oh, Julian —susurré—, ¿estás seguro?

—Sí, por supuesto. Llevo queriendo vivir contigo desde nuestra primera noche juntos.

Me reí porque, sinceramente, no quería recordar esa primera noche. Para él había sido de lo más romántico, pero para mí, todo lo contrario.

—Gracias. Estoy muy feliz de mudarme oficialmente aquí contigo.

Esa casa era, sin duda, mi lugar favorito, quizá solo superada por *Books & Beads*.

Cuando cogí la llave, me di cuenta de que el lazo estaba atado a la parte inferior de la caja, y levanté el cartón.

—Oh, no, creo que estoy rompiendo la caja.

—O tal vez haya algo más en el fondo.

Tiré de la llave y el cartón se desprendió, revelando algo precioso. Me quedé sin aliento y sentí que Julian cambiaba de posición al tiempo que me enderezaba en la silla.

Había un anillo dentro.

Al mirar a mi derecha, vi que Julian ya estaba arrodillado, ofreciéndome una enorme sonrisa. Me humedecí los labios y quise decir algo, pero no me salieron las palabras.

—Georgie, te amo con todo mi ser. Lo eres todo para mí. Nuestra relación es... —Su voz temblaba, pero entrelazó los dedos de mi mano izquierda con los de su mano derecha—. Es lo más bonito que me ha pasado nunca.

Sacó el anillo de la caja y lo sostuvo frente a mi dedo anular izquierdo.

—Me encantaría que compartieras tu vida conmigo. Que seas mi esposa, la madre de mis hijos, que construyamos un futuro juntos. ¿Me concederías ese honor?

Tomé una respiración profunda e intenté hablar de nuevo, esperando poder articular una respuesta. Sin embargo, no pude; la emoción era tan abrumadora que solo pude asentir.

Julian se dispuso a ponerme el anillo en el dedo.

—¿Va en la mano derecha o la izquierda?

Me eché a reír.

—No lo sé —respondí, incapaz de contener las lágrimas.

Nos pusimos de pie, y Julian me subió a la mesa. Coloqué mis brazos sobre sus hombros y me besó profundamente. Todo mi cuerpo vibró y sentí su amor con tanta intensidad que parecía una fuerza de la naturaleza.

Le devolví el beso con fervor, bajando mis manos desde sus hombros hacia su pecho, luego hacia su abdomen, hasta llegar a su cinturón. Acto seguido, deslicé mis dedos bajo su camisa, para tocar sus irresistibles abdominales, provocándole un gemido.

Miré mi anillo y luego, de reojo, la llave que reposaba en la mesa. Sin lugar a dudas, era el día más feliz de mi vida.

Acercó su boca a mi oído:

—Quiero que nos quedemos en casa todo el día.

—Qué casualidad. Yo también.

—Quiero hacerte tantas cosas...

—¿A qué estás esperando?

Mi corazón dio un gran suspiro mientras él me sonreía. Mis empleadas se encargarían de la tienda ese domingo por la mañana. Tenía intención de pasarme por la tarde, pero si el buenorro de mi novio tenía otros planes para mí, estaba más que feliz de renunciar a los míos.

Me sorprendió que no fuéramos a visitar a su familia ese día, ya que nos invitaban a su mansión casi todos los fines de semana. Los últimos meses habían sido increíbles, no solo con Julian, sino también por haber conocido más íntimamente a su familia. Todos sus hermanos me caían genial, aunque debo confesar que Xander era probablemente mi favorito; había ayudado a Julian en desenmascarar a Kyle cuando empezó a sabotearme con mis clientes. La primera vez que Julian me comentó que había malversado el dinero de los clientes, creí que quizá exageraba. Sin embargo, la verdad salió a la luz. A pesar de la gran labor de Xander como detective fiscal, el éxito de la operación se debió al esfuerzo conjunto de los hermanos LeBlanc. Kyle se libró por los pelos de terminar entre rejas, lo cual era frustrante, pero él y su hermano se vieron obligados a marcharse de la ciudad con una mano atrás y otra adelante. Su padre se hizo cargo de la empresa y vendió algunos de los activos.

La guinda del pastel fue que Julian se hizo con su local de la calle Bourbon. Estaba muy orgullosa de él y muy agradecida de tenerlo en mi vida. Sentir su apoyo incondicional era increíble. El respaldo de toda la familia LeBlanc era, de hecho, un regalo inesperado.

Durante toda mi vida solo habíamos sido mi Nana, mi madre y yo; no teníamos más familia que esa. Ahora era diferente. Mi madre se sentía cómoda y feliz en los eventos familiares, a pesar de que yo me sentía un poco culpable por no haberle hablado de Julian antes. Ella me aseguró que se había dado cuenta de nuestra relación tras la breve conversación que tuvieron antes de nuestra primera fiesta juntos.

Julian me cogió en brazos, haciéndome reír. Le rodeé los hombros para ayudarlo a sostenerme.

—Te encanta llevarme en brazos, ¿eh?

—Claro que sí, cariño —respondió, acercando su boca a mi oído —. ¿Cómo olvidar aquella primera noche en que te llevé en brazos a tu casa? Si estaba deseando hacerlo desde el momento en que te torciste el tobillo en la pista de baile.

—Vaya, no pierdes oportunidad para estar conmigo, ¿eh?

—Y no pienso disculparme.

Siguió hablándome al oído mientras subía las escaleras hacia el dormitorio principal. Sentir la punta de su nariz en mi cuello me erizó el vello de la nuca.

—Desde el primer momento tenía claro que quería que fueras mía, Georgie. Solo mía.

—¿Tan bueno fue ese primer beso? —me burlé al llegar arriba.

Me llevó directamente a la cama y me tumbó sobre el colchón. La música jazz del Barrio Francés se colaba por las ventanas de la habitación. Ya me había acostumbrado al murmullo constante y a escuchar la música de varios artistas tocando a la vez, excepto a primera hora de la mañana como en ese momento. Una melodía lenta y romántica acompañaba perfectamente el instante.

Julian puso una rodilla en la cama, se inclinó ligeramente y me acarició la mandíbula con el dorso de los dedos.

—Ese beso lo cambió todo —dijo con mirada pícara.

—¿En serio?

—Sí. Aún no sé cómo explicarlo —respondió entre risas, y se encogió de hombros—. Fue un momento clave, un antes y un después. Pensé que con uno bastaría, pero fue al revés: quería más.

Nos estábamos acomodando en la cama cuando un fuerte silbido de la calle nos sobresaltó.

—Mejor cierra la ventana. Por la mirada traviesa que me echas ya sé tus planes y... no creo que pueda guardar silencio —respondí con descaro.

No me quitó los ojos de encima mientras iba a cerrar la ventana y regresaba rápidamente.

Volvió a la cama, y en lugar de detenerlo, lo atraje aún más hacia mí.

Epílogo

Georgie

Un mes después

Me encantaba septiembre en Nueva Orleans. De hecho, me encantaban todas las estaciones, pero el otoño tenía algo mágico. Los niños volvían al colegio, todo el mundo regresaba de vacaciones, los calurosos días de verano quedaban atrás y llegaba de nuevo el momento de quedarse en casa, acurrucada con un buen libro. Fue un mes muy bueno en cuanto a ventas de libros. Mis empleadas y yo volvíamos a estar a tope, preparando las decoraciones para las carrozas de cara a la próxima temporada de carnaval.

—Deberíamos irnos —dije, mientras Julian me besaba el cuello.

Íbamos a comer con toda la familia en *LeBlanc & Broussard* y no quería llegar tarde.

—Debería decirle a mi familia que deje de hacer planes los fines de semana. Me apetece estar a solas contigo.

Me reí porque su aliento me hacía cosquillas:

—Guarda todas esas ideas para cuando volvamos del *brunch* —le dije con un tono juguetón.

Julian gruñó en mi oído, provocándome un escalofrío.

—Vaaale.... Entonces vámonos antes de que pierda completamente el control.

—Por cierto, ¿quieres que le contemos a tu familia que ya tenemos fecha? —pregunté.

—Sí, creo que se pondrán muy contentos.

Vimos bastante movimiento cuando salimos a la calle, lo cual era lógico; eran casi las once de la mañana.

—¡Chicos! —gritó Xander cuando giramos hacia Royal Street.

—¡Hola! —saludé.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó Julian.

Xander levantó una bolsa del *Café Du Monde* y dijo:

—He comprado *beignets* para Bella.

Julian echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír:

—¡Qué *crack*! Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

—¿No habrá un montón de comida en el restaurante? —pregunté.

Xander me sonrió:

—Es que los *beignets* son sus favoritos.

Dios mío, si los hermanos LeBlanc no existieran, habría que inventarlos.

—Pareces cansado —le comenté—. ¿Otra vez estás trabajando más de la cuenta?

—Cariño —intervino Julian—, es Xander... siempre se exige demasiado.

—Ayer me quedé en la oficina hasta las ocho.

—¿Un viernes? ¡Vaya por Dios! —exclamé con los ojos muy abiertos.

—He estado revisando las finanzas de *The Orleans Conglomerate*, porque hay algunos negocios que no van bien. Quizás deberíamos cerrar algún local o, al menos, cambiar de estrategia.

—¿A qué negocio te refieres? —preguntó Julian.

—La confitería de pralinés, por ejemplo.

Mi asombro fue mayúsculo, y no pude evitar protestar:

—¡No! Xander, son los mejores de Nueva Orleans.

—Pero, en conjunto, el negocio es un pozo sin fondo.

—Ni se te ocurra, tío —intervino Julian—. Y sobre todo, no se lo comentes a las abuelas. Ya sabes lo mucho que aprecian ese proyecto.

—No voy a sacar el tema hoy, pero tendré que hacerlo en algún momento —respondió, encogiéndose de hombros.

—Podemos darnos el lujo de mantener algún negocio menos rentable dentro del grupo empresarial. Conozco a Bailey y a su hermana, Avery; han ido a la mansión varias veces durante la temporada navideña y son encantadoras.

Julian me había comentado que ellas estaban al frente de esa actividad.

Xander se limitó a repetir el gesto:

—Sí, pero eso no viene al caso.

Dirigí una mirada de súplica a Julian:

—Por favor, dime que eso no va a pasar. No concibo la ciudad sin los famosos pralinés de *LeBlanc & Broussard*.

Él se rió, me atrajo hacia sus brazos y me besó en la sien.

—No te prometo nada. Cuando a Xander se le mete algo en la cabeza, es imposible convencerlo.

—Pues sí, hermano, me conoces mejor que nadie —confirmó Xander.

Mmm, nuestro experto financiero se parece más al Grinch que a otra cosa.

Entramos en el restaurante y nos dirigimos a la enorme mesa situada en la esquina opuesta a la entrada. El local se estaba llenando, a pesar de que solo llevaba abierto un par de minutos.

Toda la familia estaba ya sentada, y Bella fue la primera en vernos. A decir verdad, vio a Xander y la bolsa de *beignets* que llevaba. Su carita se iluminó, y fue lo más adorable que había visto nunca.

—Eres un *crack* —le dije a Xander.

—Lo sé —respondió Xander mientras Bella corría hacia él.

—¿Son para mí? —preguntó con inocencia, pestañeando.

—Por supuesto que sí.

—Gracias, tío Xander.

Cogió la bolsa y la abrazó como si fuera un tesoro antes de regresar a su sitio.

Cuando todos tomamos asiento, Julian carraspeó:

—Ya que estamos todos aquí, tenemos una noticia importante: la boda será en junio.

—¡Ay! —exclamó Isabeau—. ¡Enhorabuena!

—No puedo creer que otro de nuestros nietos se vaya a casar —añadió Celine. Me miró con inmensa ternura—. Todos estamos muy contentos por vosotros.

—Gracias —respondió Julian.

Yo solo pude asentir, estaba demasiado emocionada como para responder.

—Tenías razón —le dijo Bella a Isabeau—. ¿Y yo cuándo voy a tener mi perfume de lilas?

Toda la mesa estalló en carcajadas.

Felix, con una mano en la espalda de Isabeau, bromeó:

—A ver cómo sales de esta, cariño. Te dije que presumir demasiado de tus esencias te pasaría factura tarde o temprano.

—Tonterías —replicó Isabeau, volviéndose hacia su bisnieta—. Bella, cielo, tendrás que esperar hasta que seas mayor de edad.

—¿Perdón? —intervino Chad—. ¿No deberías consultarme a mí?

Bella se volvió hacia él y, por su expresión, supe que le daría una respuesta descarada:

—No, papá. Cuando cumpla dieciocho años, seré adulta, y no necesitaré tu permiso.

Las carcajadas se intensificaron, mientras Chad se limitaba a negar con la cabeza.

—Me encantaría escuchar la historia completa del perfume de lilas —pedí, alternando la mirada entre Celine a Isabeau, quienes parecían muy contentas de que me interesara el tema.

—Celine debería contarlo —dijo Isabeau—. Al fin y al cabo, ella fue quien inició todo.

Celine se enderezó y me dedicó una sonrisa:

—Todo comenzó porque mi Adele estaba triste antes de su baile de graduación... no tenía ningún pretendiente que la acompañara.

Adele confirmó desde el otro extremo de la mesa:

—Es verdad, no tenía acompañante.

Julian simplemente sonrió.

—Siempre me ha apasionado crear fragancias —continuó Celine —. Creo firmemente en el poder y la magia que encierran los aromas de las hierbas y las flores. Así que le hice un perfume personalizado a mi niña con esencia de lila.

—¿Y adivina quién la llevó al baile? —interrumpió Remy, pasando un brazo por los hombros de su esposa—. Fue amor a primera vista. —Miró a su suegra y añadió—: Lo siento, Celine, pero no creo que fuera por tu perfume.

Celine frunció el ceño y se cruzó de brazos:

—Retira lo que has dicho, jovencito.

Apenas pude contener la risa. Era muy gracioso oír a alguien llamar "jovencito" a Remy.

Scarlett se inclinó hacia delante y comentó:

—Lamento decirlo, Remy, pero estoy de acuerdo con Celine e Isabeau. Sus perfumes tienen poderes mágicos, no solo con el de lila, sino también el otro que hicieron para mí.

Una ola de entusiasmo recorrió la mesa. Bella parecía a punto de estallar, y al final gritó:

—¡Voy a tener una hermanita o un hermanito!

Chad y Scarlett se rieron. Evidentemente, no era como habían planeado anunciar el embarazo, pero aun así fue muy bonito.

—¡Dios mío! ¡Qué gran noticia! —exclamó Isabelle—. ¡Qué día tan fantástico!

Después de que todos felicitaran a Chad, Scarlett y Bella, pregunté:

—Pero, ¿qué tiene que ver tu perfume con el embarazo?

—Me hicieron una fragancia especial para mí la pasada Navidad, con ingredientes que aumentan la fertilidad —explicó Scarlett.

—Dicho así parece muy técnico —intervino Isabelle—. Pero, básicamente sí, esa era la idea.

—Vaya, la familia está creciendo muy rápido —comentó Xander.

Zachary asintió. Anthony y Beckett estaban conversando animadamente con Bella, quien les explicaba que, aunque ahora iba a haber un bebé en la familia, quería que le siguieran haciendo caso. Los chicos la escuchaban con tanta seriedad que parecía que estuvieran cerrando un trato importante.

—¿Alguien más tiene buenas noticias? —preguntó Isabeau, mirando significativamente a Xander.

Él se revolvió incómodo y respondió:

—No exactamente, pero tengo otro tipo de noticias.

Julian le lanzó una mirada de advertencia, pero Xander no le hizo caso.

—Estoy pensando en hacer algunos cambios en el sector de la confitería.

Isabelle parpadeó:

—¿Qué tipo de cambios? ¿Por qué?

—No hay un plan concreto, pero os avisaré en cuanto lo tenga.

—Tío, ¿por qué hay que hacer un cambio? Avery y Bailey están haciendo un trabajo estupendo —intervino Zachary.

—¿Todos conocen a las hermanas menos yo? —preguntó Xander.

Hubo un coro de respuestas afirmativas alrededor de la mesa.

—No las conocemos *tanto* —dijo Anthony—, pero son la caña.

—Sí —añadió Beckett—. Y desde ya os digo que Bailey será la que le de más guerra a Xander.

Todos los hermanos, incluidos Chad y Julian, empezaron a opinar, lo que visiblemente molestó a Xander.

Madre mía, Xander es un auténtico gruñón.

Isabeau y Celine estaban teniendo una conversación aparte, pero yo estaba lo suficientemente cerca como para enterarme de que estaban hablando de sus perfumes. Y aunque no entendía a qué se referían, escuché las palabras "Xander" y "lila" en la misma frase.

Vaya, los próximos meses van a ser muy divertidos...

Otras Obras de Layla Hagen

Este es el final de la historia de Julian. La serie continúa con la historia de Xander.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

https://dl.bookfunnel.com/kr02nnmcfe

Lista de Libros:

Los Hermanos Whitley

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

laylahagen.com

Únete al Grupo de Lectores de Layla

https://www.facebook.com/groups/304552278505177
